

Mi refugio en un recuerdo

Lida P. Gómez

**Mi refugio en un
recuerdo**

Lida P. Gómez

MI REFUGIO EN UN RECUERDO

© 2023, Lida Gómez

© portada: Nivelly Olaya

© Publicación independiente

Segunda edición, febrero 2024.

Todos los derechos reservados.

Este libro no puede ser reproducido por ningún medio, ni en todo ni en parte, sin el permiso del editor.

Distribuido por Amazon.com.

Para mi abuelo, que está en el cielo. Porque no alcancé a contarle que escribo historias. Para mi familia paterna, que sabe encontrar refugio en la unión, la compañía y las risas al intentar soportar su ausencia.

*Hay recuerdos que el tiempo no borra. El tiempo
no hace la pérdida olvidable, solo superable.
-Cassandra Clare*

Contenido

[Sinopsis](#)

[Nota del autor](#)

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[Capítulo especial](#)

[Agradecimientos](#)

Sinopsis

Savannah Williams y Steve Jacobs no son tan diferentes como piensan, e inmediatamente nace una conexión entre los dos desde el día que se conocen. Así empiezan un romance en el que exponen sus sentimientos rápidamente. Steve se prepara para su primera misión en Afganistán y Savannah debe enfrentarse a la incertidumbre, refugiándose en los recuerdos que dejaron aquellos momentos que la hicieron feliz. Sucesos inesperados harán que Savannah viva de nuevo la oscuridad de las tragedias como lo tuvo que hacer en el pasado, desvaneciendo todos los planes que tenía en mente para el futuro de la familia que anhelaba tener.

Nota del autor

Esta ha sido una de las historias más difíciles de escribir, emocionalmente hablando. El dolor que deja la ausencia de nuestros seres queridos se mantiene en algún rincón de nuestro corazón en silencio, y al hurgar en lo más recóndito para poder escribir, reaviva esos sentimientos que en algún momento pensé, había superado. Lo más curioso de todo fue darme cuenta con el paso de los días mientras escribía, que el dolor no es el mismo. Que no se puede comparar una muerte con otra, ni la intensidad con la que extrañamos. Llegué a la conclusión de que todo depende de los lazos afectivos que creamos con las personas.

Siempre me gusta acompañar la escritura con música, por eso dejé un código **QR** en la contraportada del libro. Una vez lo escaneen, podrán escuchar toda la playlist.

Si eres sensible o has perdido a alguien especial, esta lectura no será fácil, pero espero que puedas encontrar un poco de tranquilidad y paz al final de ella. *Lo que hacemos y decimos en vida por y a quienes amamos, es lo que realmente cuenta.*

Prólogo

Hay algo en los recuerdos que nos impulsa a querer vivir encerrados en ellos. Tal vez es esa tranquilidad y paz que no logramos conseguir en el presente por más de que nos esforcemos; o tal vez es simplemente un impulso que nos obliga a hacerlo para no sentirnos solos, tristes, miserables e incompletos. Justo allí, en los recuerdos, es donde encontramos eso que no tenemos en el momento: personas. Llegamos a ser tan efímeros en la vida, que al final los recuerdos son los que mantienen vivo nuestro nombre.

Todos en algún momento quisimos volver a revivir un momento que marcó nuestras vidas, pues en ellos están todos los que alguna vez perdimos, los que se fueron, los que se han olvidado en el camino; y aquellos que están, pero no con nosotros de la manera que quisiéramos.

Vivimos un momento de felicidad perpetua en aquella burbuja, sintiendo que son días completos, aunque en realidad solo sean un par de minutos. Porque el tiempo allí no se siente de la misma manera y todo se convierte en relatividad: el tiempo, la vida, las risas, las lágrimas, las palabras e incluso uno mismo. Y al abrir los ojos, la realidad es otra. Entonces, esa felicidad que sentíamos desaparece.

Ahora los recuerdos duelen, lastiman, nos deja vacíos y nos llenan de culpa y remordimiento porque muchas veces tuvimos la oportunidad de hacer las cosas mejor, pero no lo hicimos. Porque pudimos haber dicho algo diferente, pero no lo dijimos. Porque pudimos dar un abrazo, pero preferimos reprimirlo. Nos engañamos a nosotros mismos diciéndonos que preferimos vivir atrapados en un recuerdo porque así es más fácil menguar el dolor de sentir la ausencia, pero no lo es. Enfrentar la realidad después de vivir en la fantasía, nos ofrece un atisbo de lo compleja y deprimente que es nuestra vida en ese presente que odiamos injustamente, porque aquellas personas que le daban color a la misma ya no están.

Decidí compartir mi historia contigo para mostrarte la belleza de los recuerdos. La grandeza de recordar incluso los malos momentos con valentía y así mismo, la importancia de apreciar el presente sin vivir ansioso por ver llegar el futuro; o deprimido por extrañar el pasado con el anhelo de querer volver allí.

Para decirte que no necesitas cuestionar las vicisitudes de la vida, porque en el camino todo empieza a encajar como fichas de rompecabezas. Logras dejar atrás los suplicios de tu pasado y le permites a tu corazón y tu mente sanar esas cicatrices que no dejaban de sangrar.

La mente y la memoria son una de las tantas cosas increíbles que poseemos los seres humanos, y así como recordamos y nos encerramos en esa pequeña burbuja de sentimientos, es necesario ser conscientes y objetivos para avanzar. Aterrizar a la realidad de lo que realmente está frente a nosotros para poder crecer, soltar, dejar ir, y aceptar finalmente que por más de que quisiéramos,

ya no están con nosotros.

Mi mamá decía que tenía un don, pero ahora pienso que a pesar de que era mi refugio, era también lo que me mantenía en un círculo vicioso del que no quería salir, en el que quería quedarme estancada hasta el día que todo terminara para mí. Siempre fue mi lugar seguro en los momentos más desolados de mi vida y mi compañía en el silencio. Hacer de cuenta que no lo tenía, fue la parte más difícil, pero aprendí a vivir con ello. Ahora me quedan los sueños, porque esa también es una manera de recordar. Dicen que, si sueñas con alguien que ya no está, es porque buscas de alguna manera su opinión antes de tomar una decisión; o, te quieren advertir sobre algo que va a pasar. La verdad es que, soñar suena menos agotador que viajar a un recuerdo. Justo ahora me siento satisfecha y en paz conmigo misma. Nunca se trató de las personas que estaban o no en mi vida; se trataba de mí y de lo que pasaba por mi cabeza día y noche.

Estás a punto de conocer lo dolorosa y trágica que fue mi adolescencia y juventud, pero antes me gustaría que hicieras algo. Cierra los ojos y pregúntate: si tuvieras la oportunidad de volver a un recuerdo, ¿cuál sería?

Primera Parte

1

Todo cambió después de que mamá murió. Casi todas las noches soñaba con ella y cada vez los sueños se sentían más reales. Tenía tres trabajos y la responsabilidad de llevar a mi sobrina Madison a la escuela. Todas las mañanas abría los ojos con la esperanza de que ya no estuviera esa sensación de vacío en mi pecho, pero cuando me levantaba de la cama, aterrizaba a la realidad. No me gustaba pensar en ello, hacía lo posible por ignorar eso que no lograba explicarme ni a mí misma, pero cada vez que intentaba ser indiferente, el sentimiento se magnificaba hasta hacerme llorar. No, todavía no superaba la muerte de mi mamá, ni quería aceptar la manera como las cosas pasaron, aunque hubiera sucedido cinco años atrás. Recordaba todo como si hubiese sido ayer que lo viví. Todos los días me quejaba por lo injusto que era tener que vivir sola soportando todo ese dolor y lo peor de todo, por tener que obligarme a continuar con la vida sin más.

El reloj marcaba las seis de la mañana y rezongué. La noche era tan corta y el cansancio parecía nunca desaparecer. Comencé a preparar el desayuno y mientras lo hacía, desperté a Madison para que empezará a vestirse. Desayunó como si no hubiese comido la noche anterior y a pesar de que ya sabía que siempre tenía buen apetito, seguía sorprendiéndome.

La niña y yo caminábamos todos los días de lunes a viernes, un poco más de diez minutos para llegar a la parada de autobús que quedaba en la calle *Mary*. Atravesábamos la calle *Coming* y *Morris* a paso ligero, o al menos eso era lo que creía mi sobrina, pero en realidad solo íbamos al ritmo apresurado de sus pequeños pasos. El autobús hacía cinco paradas en total: pasaba por la calle *Woolfe*, *Line*, *Sheppard*, *Johnson* y, por último, la calle *Cedar*. Allí nos bajábamos con Madison para caminar otros diez minutos por la calle *Meeting* y *Huger* hasta la calle *King*. Madison cursaba la primaria en la escuela *James Simons* desde el año pasado cuando decidí inscribirla. Pensé que, si ya había pasado dos años desde que mi hermana se había ido, no volvería pronto.

Después de dejar a Madi en la escuela, caminaba de vuelta a la calle *Meeting* para tomar de nuevo el autobús que me llevaría a mi primer trabajo. Servía café y sándwiches en Cafecito; una pequeña cafetería de café cubano. El señor Jacobs llegó justo unos minutos después de que yo llegara. Se sentó a leer su periódico con seriedad y tranquilidad. No decía mucho durante el tiempo que permanecía en la cafetería mientras desayunaba. Siempre me regalaba una cálida sonrisa cuando le llevaba su desayuno y me decía: «Hoy te ves hermosa como siempre, niña». Yo sonreía y le contestaba: Gracias, señor Jacobs. Cuando terminaba el desayuno y la lectura de su periódico, se marchaba. Parecía que nada en la vida lo perturbaba y me daba curiosidad saber si en realidad era feliz. Vivía solo, retirado del ejército hacía más de trece años, su esposa murió en sus brazos siete años atrás. Fue amigo de mis padres por muchos años y desde que mamá

había fallecido y papá nos había abandonado, siempre se preocupó por mis hermanos y yo.

Al terminar mi turno en la cafetería, descansaba veinte minutos en uno de los cuartos para empleados y luego salía a tomar el autobús para recoger a Madison. Caminábamos tomadas de la mano hacia la parada de autobús y en el trayecto, aprovechaba para contarme todo lo que había hecho en clase y sobre las conversaciones que tenía con sus amiguitas de curso: Andy y Riley. Cuando íbamos en el autobús, me preguntó si las dos podían ir a casa el sábado para jugar y hacer una pijamada. Estuve a punto de decirle no de manera automática y abrupta, pero luego reflexioné en lo aburrido que debía ser para Madison no poder jugar con niños de su edad durante las tardes que se quedaba en casa del señor Jacobs. Asentí al mirarla, alborotándole un poco el cabello. Sus ojos se iluminaron y pasó sus brazos por mi cintura para abrazarme.

Probablemente ese era uno de los viajes más aburridos que podíamos hacer con Madison. El autobús hacía diez paradas a lo largo del camino, y solo lo soportábamos porque era gratis. Nos quedábamos en el Centro de Visitantes y de allí caminábamos un poco más de nueve minutos por la calle *Meeting, Ann y King*, hasta llegar a la calle *Radcliffe* que era donde vivía el señor Jacobs. Allí se quedaba con él y con Brenda, su enfermera. El señor Jacobs se había ofrecido a cuidar a la pequeña Madison el año pasado mientras yo trabajaba el resto de la tarde y la noche. Y desde ese entonces, la cuidaba todas las tardes con mucho agrado.

—Sé una buena niña y pórtate bien con el señor Jacobs y Brenda, ¿de acuerdo? —aconsejé a Madison antes de irme.

—Lo haré, tía —aseguró con dulzura—. No olvides llamar a las mamás de Andy y Riley para decirles que vengan a casa —me recordó.

Sonreí y acaricié sus mejillas.

—Está bien, lo haré.

Le di un beso en la frente y miré a Brenda.

—Termino turno a las dos, así que...

—No te preocupes. Mejor vete antes de que se haga tarde.

Asentí.

—Hasta pronto, señor Jacobs. Cuídese —me dirigí a él con una sonrisa.

—¡Ten un buen turno, niña! —exclamó con entusiasmo.

Caminé hasta el trabajo porque solo me tomaba once minutos hacerlo. Lo mejor de caminar por la ciudad de esa manera, era apreciar los paisajes, las casas de los diferentes barrios, saludar a algunos vecinos que ya sabían que siempre pasaba por allí para ir al trabajo; y disfrutar del clima, aunque fuera lo suficientemente frío como para querer estar entre las cobijas. Trabajaba de las cuatro y media a las ocho y media de la noche en *Big Gun Burger Shop and Bar*, en la calle *Calhoun*. La parte positiva era trabajar con Dylan, mi mejor amigo desde la infancia. Juntos fuimos a la escuela, juntos estuvimos en la secundaria, pasábamos tiempo con mi hermano Peter, nos graduamos, y entonces juntos trabajábamos en el mismo lugar. La diferencia era que él lo hacía para poder cubrir sus gastos universitarios. Yo intentaba sobrevivir mientras cuidaba a mi sobrina.

—Lamento llegar tarde. Pasé por La Parrilla de Moe para comprarme un burrito, luego entré a Walgreens y se me pasó el tiempo —me excusé al entrar por la puerta con afán y seguir caminando por el pasillo sin parar.

Dylan miró el reloj.

—Solo fueron dos minutos, Sav. Tampoco hay mucha gente, ha estado un poco tranquilo —

respondió como si mi urgencia por estar a tiempo no fuera gran cosa.

Volví a aparecer en el salón con el uniforme puesto y sin dejar de respirar agitada.

—Cálmate. Te va a dar algo. —Dylan sirvió un vaso de agua del grifo y me lo ofreció.

Bebí el agua y seguidamente suspiré profundo. Solo fue cuestión de minutos para que el lugar empezara a llenarse de clientes. A pesar de que mi turno terminaba a las ocho y media, no había manera de que pudiera salir a tiempo porque en medio de tantas órdenes, no lograba estar pendiente de la hora. Y aunque lo hiciera, tampoco podía irme sin más mientras mis compañeros se quedaban con toda la carga. Cuando al fin pude salir, lo hice sobre las nueve; cuando ya debía estar en el bar sirviendo cervezas y cócteles.

—Ya debo irme —anuncié al quitarme el delantal—. ¿Podrías guardarlo por mí? —le pedí al descargarlo sobre la mesa.

Dylan vio la urgencia que empezaba a apoderarse de mi cuerpo.

—Está bien. Cindy y Alex deben estar por llegar —apuntó con la intención de calmar mi ansiedad.

Por su expresión sabía que quería decirme algo y sabía que volveríamos a tocar el mismo tema.

—Dilo. ¿Qué pasa?

—Ya sabes lo que pienso, no tengo que repetírtelo —respondió sin ánimo de discutir, pero en realidad sí quería repetírmelo.

—Ya te dije que es temporal, lo sabes —insistí como las otras veces.

—Sí, es lo que has dicho desde el año pasado. De verdad, Sav. ¿Cuánto tiempo seguirás haciendo esto?

—No exageres... —repliqué. Él endureció su mirada—. Solo es una niña y es mi sobrina. No tiene la culpa de nada.

Todos reprochaban mis acciones, pero no parecían entender la situación.

Dylan suspiró, reflexionando en lo que le había dicho.

—Vete, o Brian va a matarte —sugirió, suavizando su mirada y su voz.

Asentí, apretando los labios.

Dylan tenía razón, como todos los demás, pero Madison no tenía la culpa de todos los errores que su madre cometía. Yo solo me esforzaba para que las dos no termináramos como ella.

—¡Llegas tarde! —Brian, el administrador del bar, me reprendió con severidad.

—Lo siento. Se me pasó el tiempo, cuando me di cuenta ya eran las nueve. —Traté de justificarme, pero no funcionó.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no me importa, Savannah? Tu turno empieza a las nueve, termina a las dos. Quiero que seas responsable y cumplas tu maldito horario. Si mañana vuelves a llegar tarde, ni te molestes en cruzar la puerta.

—Brian, por favor...

—Disculpa ¿dijiste algo?

—No, señor —negué y bajé la mirada.

Quería llorar, pero estaba tan ocupada que ni siquiera tuve tiempo de hacerlo. El bar solo quedaba a siete minutos caminando desde el Burger Shop, y si corría, podía llegar en cuatro minutos con suerte. Después de que Brian me llamó la atención, miré la hora; por alguna razón ya pasaban doce minutos de las nueve. Justo cuando necesitaba que el tiempo pasara con lentitud, era todo lo contrario. Estaba segura de que había corrido con rapidez y no me había demorado más de cuatro minutos, pero parecía que todo estaba en mi contra. Me recogí el

cabello en una cola alta y entré al cuarto de empleados para guardar mis cosas, ponerme el delantal y el botón que tenía mi nombre. Al principio el ambiente era tranquilo, pero una hora más tarde, el *Republic Garden and Lounge* se llenó de gente como nunca había sucedido. Charleston era una ciudad muy turística y era normal ver a personas de diferentes países en cada rincón, pero ese año, todos parecieron ponerse de acuerdo para viajar desde finales de diciembre hasta principios de febrero. Sobre todo, porque uno pensaría que las probabilidades de que viajen en verano son más altas, pero al parecer el invierno y la primavera son más atractivos.

Me interesé por un grupo de cuatro chicos y dos chicas que no hacían más que tomarse fotos y bailar como si nunca en la vida lo hubieran hecho. Uno de ellos, que antes había permanecido sentado viendo cómo sus amigos bailaban, ahora bailaba gracias a los efectos del alcohol. Me pidieron que les tomara una foto grupal y me felicitaron por ser oriunda de la ciudad. Halagaron a Charleston como si fuera lo más hermoso que tenía el país y me pidieron que les recomendara lugares para visitar. Justo cuando lo pensaba, caí en cuenta de que a pesar de que toda mi vida había vivido en Charleston, no conocía muchos lugares porque después de todo lo que había sucedido en mi familia, nunca más volvimos a aventurar.

Les recomendé visitar La Casa de Jonathan Lucas y algunas playas. Me respondieron que ya habían ido a las playas e incluso habían visitado los pueblos cercanos, pero que volverían solo porque yo se las había recomendado. Me dejaron propina todas las veces que les llevé las bebidas que pidieron y justo cuando los vi marcharse, pensé en lo divertido que se veía hacer algo como lo que ellos estaban haciendo. Quise negarlo porque no suelo ser así, pero no pude evitar sentir envidia. Y me pregunté cómo eran sus vidas; tal vez sus madres estaban vivas y sus padres no los habían abandonado como lo hizo el mío. Tal vez tenían el trabajo de ensueño donde ganaban más que suficiente como para poder visitar otro país. Y definitivamente no tendrían que cuidar los hijos de sus hermanos, porque los miembros de sus familias eran responsables y cada uno se hacía cargo de su hogar. Sé que es imposible, pero llegué a pensar que personas como ellos, no tenían problemas.

Al terminar el turno, Martha, una de mis compañeras, me llevó en su auto hasta la casa del señor Jacobs para recoger a Madison. Solo le tomaba dos minutos llevarme a casa, el tiempo definitivamente es relativo. Ese día me esperó hasta recoger a la niña y me dejó en la puerta de mi casa. Solo me limité a decirle: te lo agradezco mucho. Pero por dentro, me provocaba saltar sobre ella y apretarla en un abrazo. Estaba tan cansada, que mentalmente me quejé todo el camino por lo difícil que sería caminar hasta casa con Madison en brazos en medio del frío de aquella madrugada. Martha había caído del cielo como un ángel.

Recosté a la niña en la cama y la cubrí con su manta de lana. Le di un beso en la frente, salí de la habitación y caminé unos pasos hasta la habitación de mi hermana. Sumergida en la soledad, la cama estaba perfectamente tendida, las sábanas no tenían ninguna arruga, el suelo y las repisas estaban limpias; y todo en su lugar perfectamente ordenado. En un impulso acelerado saqué mi teléfono y empecé a escribirle un mensaje de texto: «Hola ¿Cómo va el trabajo? Madi te extraña, todos los días pregunta por ti.»

Pero luego borré el mensaje, sacudiendo la cabeza. Me llené de ansiedad unos segundos, pero al fin me decidí. La llamé, esperando a que esta vez sí contestara. Me dirigí a mi habitación y empecé a desvestirme mientras seguía esperando con ansiedad escuchar su voz. Después de insistir varias veces y no obtener el resultado que esperaba, me senté en el borde de la cama y lancé el teléfono cerca a la almohada. Terminé de deslizar mis piernas por el pantalón para sacarlas y suspiré cansada después de dejarlo en el suelo. Resignada tomé el teléfono otra vez y

le escribí un mensaje: «Hola. ¿Cómo va el trabajo? Madi te extraña y yo también. Te estuve llamando, espero que estés bien. Llama cuando tengas tiempo. Te quiero». Después de enviar el mensaje, terminé de prepararme para dormir. Peter se pasó por mi mente. Tercié los labios hacia un lado en una mueca de preocupación, viendo las gotas de lluvia que empezaron a golpear la ventana con fuerza y entonces cerré los ojos.

Descargué el mentón en mi mano izquierda, mientras apoyaba el brazo en la barra que dividía la sección de las mesas y la caja de pago. El señor Jacobs hizo su aparición con el periódico debajo del brazo y una sonrisa contagiosa, aunque yo solo quería cerrar los ojos. Había dormido tres horas y media, como de costumbre. Sentía la cabeza pesada y solo le rogaba a Dios que no llegara mucha gente, porque no me apetecía servir mucho café ese día.

—Te ves terrible esta mañana, niña —expresó con preocupación.

—Estoy bien, señor Jacobs. ¿Cómo amaneció usted? —musité sin darle mucha importancia.

Erguí el cuerpo para disponerme a servirle café.

—La verdad no pude dormir muy bien. Estuve preocupado por ti toda la noche.

—No tiene por qué hacerlo. De verdad estoy bien —insistí, enseñándole una sonrisa—. ¿Qué quiere tomar hoy?

—Un café con leche está bien —indicó y se sentó en una de las sillas junto a la barra. Me recibió la taza de café y le dio un sorbo. Llevó la mano a su bolsillo y volvió a mirarme—. Toma, esto es para ti. —Su mano sostenía un frasco mediano de color blanco con tapa azul.

—¿Qué es esto? —pregunté al recibirlo.

—Son vitaminas. Mi esposa siempre las tomaba, estoy seguro de que te van a dar toda la energía que necesitas para seguir con tus labores —indicó con cariño.

—Muchas gracias, señor Jacobs. Le prometo que las tomaré todos los días.

—Pues eso espero. —Hizo una pausa—. ¿Llamaste a la mamá de Andy y a la mamá de Riley?

Abrí los ojos y se me escapó un ligero suspiro.

—¡No puede ser! ¡Lo olvidé por completo! ¡Madi se va a enojar conmigo! —La angustia se apoderó de mí.

Saqué el celular del bolsillo del pantalón para hacerlo en ese momento antes de volver a olvidarlo.

—Tranquila, tranquila. Está bien, Brenda ya lo hizo —me tranquilizó, poniendo su mano en mi brazo para evitar que llamara.

Casi entro en pánico.

—¿Qué? —pregunté, poniéndome una mano en la frente.

—Madison no estuvo tranquila hasta que Brenda lo hizo. Le dijo que a ti se te iba a olvidar con tantas cosas que tienes por hacer.

Fruncí el ceño y hundí la cara en mis manos después de apoyar los codos en la barra. De repente me sentí tan cansada.

—Está bien, no te preocupes. No se va a acabar el mundo por algo así —me alentó, dándome palmaditas en la espalda.

De pronto se escuchó ruido en la calle, un ruido inusual. Risas en medio de conversaciones fuertes y alegres. Nuestra atención fue puesta en un auto deportivo de color rojo que se detuvo al otro lado. Cinco hombres vestidos con camiseta verde y pantalón camuflado bajaban del auto sin dejar la diversión de lado. El señor Jacobs murmuró algo inaudible y sonrió.

—¿Los conoce? —pregunté interesada.

—Claro que sí, son los chicos que serán enviados a Afganistán. Mi sobrino está ahí también, es todo un Jacobs —halagó con orgullo.

—No sabía que tiene un sobrino, señor Jacobs.

—¡Oh!, sí. No hablamos mucho sobre mi familia, ¿verdad?

Negué y le sonreí igualmente.

—No importa, estoy segura de que es un buen hombre, igual que usted.

—En eso tienes razón, es un buen chico. Ha pasado por mucho, igual que tú. Estoy seguro de que se llevarían muy bien —comentó pausadamente.

—¡Sería genial! Usted sabe que no tengo muchos amigos —coincidí con él mientras pasaba un trapo por la barra para limpiarla. Ya lo hacía de manera automática, estuviera sucia o no.

—Lo sé, cuando tengas tiempo los presentaré.

Me pregunté cuándo sería ese día. Tiempo era lo que me faltaba.

—De acuerdo —acepté, encogiendo los hombros.

Él volvió la mirada a la calle. Nuestra conversación estaba por terminar.

—¿Todavía envían hombres a lugares como Afganistán? —curioseé.

—¡Ah! —suspiró—. Vivimos en un mundo en el que es más importante la guerra que cualquier otra cosa. Con el tiempo aprendes a vivir con eso, aunque no lo entiendas. La guerra nunca terminará, Savannah —lamentó con un aire de decepción.

Fruncí levemente el ceño con tristeza.

—No sé qué decirle, Señor Jacobs. Es... algo horrible.

—Descuida, también estoy acostumbrado al silencio. —Su voz era tan calmada.

Terminó de tomarse el café y pagó mientras se levantaba de la silla dispuesto a salir de la cafetería.

—Espere, ¿no va a desayunar?

—¡Oh!, no. Iré a ver a mi sobrino. Está esperándome ahí. Le prometí que desayunaría con él en casa. Hace años no tengo compañía, quiero aprovechar. Ten un buen día, niña.

Ese día se veía muy alegre.

—Lo mismo para usted, señor Jacobs.

Me quedé viendo el frasco de vitaminas que me había obsequiado. Por un momento llegué a pensar que no necesitaba vitaminas para tener energía, lo que necesitaba era descansar y dormir, pero el señor Jacobs solo intentaba ser amable. Guardé el frasco en el bolsillo de mi delantal y levanté la mirada; vi al señor Jacobs abrazar a uno de los chicos. Caminaron juntos hacia la izquierda y a pesar de mis esfuerzos por ver el rostro de su misterioso sobrino, no lo logré. Me mordí el labio inferior con curiosidad y quise salir a la puerta para intentar verlo mejor, pero uno de los soldados que acompañaba al sobrino del señor Jacobs en el auto minutos antes, entró para dañar mis planes. Me sonrió, me pidió un café sencillo y se sentó a una mesa para decidir qué desayunar. Aunque deseé no tener que hacer mucho esa mañana, no descansé hasta que me subí al autobús para recoger a Madison en la escuela. Algunas veces me quedaba dormida, hasta que el sonido de la puerta abriéndose me despertaba.

Mientras estaba finalizando mi turno en el Burger Shop, no hacía más que pensar en cómo evitar que Brian me despidiera esa noche. Escuchaba a los clientes, iba y venía, entregaba los pedidos exactamente como los ordenaban, pero la realidad era que mi cabeza estaba en otro lugar: estaba en el bar. A eso de las ocho de la noche, un grupo de cinco chicos entró y se sentaron en una mesa central. Me presenté, les entregué los menús y les pregunté qué querían

comer, como de costumbre.

—Hola, Savannah. Qué lindo nombre. —Uno de los chicos me halagó. El tono de su voz fue tan profundo que me produjo emoción escucharlo.

Por lo general, las personas van al grano y piden hamburguesas o lo que sea que vayan a comer, pero él se había fijado en lo lindo que era mi nombre. Justo ahí olvidé por completo el estrés que sentía por llegar tarde al bar, y toda la preocupación que estaba sobre mis hombros por pensar en que me despedirían, había desaparecido. Al levantar la mirada lo vi sonriéndome con tanta simpatía, que me fue imposible no sonreír, y la profundidad del gris de sus ojos me provocó una sensación en el pecho que me intimidó.

—Te lo agradezco —respondí suavemente—. ¿Vas a comer algo? —insistí en el pedido.

—Sí, claro. —Bajó la mirada al menú—. Quiero una clásica con papas, una porción de papas adicional y té dulce. Por favor... Savannah —señaló, levantando la mirada a mi rostro.

Apreté los labios y enarqué las cejas. La manera como decía mi nombre era... diferente.

—De acuerdo —asentí al tomar nota en la libreta.

La curva que se hacía en su rostro cuando sonreía, era bonita. Se dibujaba una pequeña línea en la comisura de sus labios que lo hacía ver tierno y sensual al mismo tiempo. Apreté los labios y dirigí mi mirada hacia los demás, esperando a que me dijeran qué querían comer. Todos pidieron lo mismo, a excepción de la porción de papas adicional.

—Savannah —me llamó después de darles la espalda.

—¿Sí? —contesté al girar para verlo.

—Soy Steve, por cierto. —Se presentó, poniendo una mano sobre su pecho.

—Claro. Un placer, Steve —asentí y volví a darle la espalda para continuar mi camino.

Pasé el pedido a la cocina para que lo prepararan. Mientras tanto, Dylan estaba de pie, apoyando las manos en la barra y descargando todo el peso de su cuerpo en una pierna. Los miraba con recelo, como si escondieran algo.

—¿Están dando problemas? —preguntó con seriedad.

—Para nada. Por el contrario, parecen muy amables —contesté, recordando a Steve.

—¿Alguna razón en especial? —Dylan mantuvo la seriedad en su rostro sin dejar de mirarlos.

—Ninguna en especial —mentí, pero Dylan no parecía tener intención de quitarles la mirada de encima—. Oye, ¿podrías disimular por lo menos?

—Lo siento, pero hay algo en ellos que no me convence.

—Lo que pasó no fue tu culpa, y fue hace meses. Ellos no son así, deja de mirarlos.

—Está bien, está bien.

Dylan levantó las manos y retrocedió unos pasos hasta irse con un par de menús en la mano para dárselos a una pareja que acababa de entrar. Tres meses antes, un grupo de cinco chicos entró al Burger Shop, pidieron hamburguesas y cervezas para comer en el lugar. Al final, esperaron a que estuviéramos muy ocupados para irse y no pagar la cuenta. Nunca supimos cómo lograron pasar desapercibidos, pero Dylan había sido la persona que tomó la orden y lastimosamente tuvo que pagar de su sueldo lo que se habían comido. Por eso actuaba tan precavido, como si fuera posible que pasara otra vez.

Llevé el pedido a la mesa y en menos de treinta minutos, los chicos terminaron de comer. Steve y yo estuvimos intercambiando pequeñas miradas mientras yo hacía mi labor y disimuladamente peinaba mi cabello rubio para verme un poco más presentable; él por su parte, terminaba su hamburguesa. Admito que participar en ese juego de miradas me desconcentró y me hizo pensar solo en lo que me produjo su forma de mirarme. Minutos después Steve se acercó a la caja para

pagar y volvió a mirarme sonriendo, pero esta vez no disimuló y yo tuve que apartar la vista porque sentí que la cara se me puso caliente.

—Ciento dos dólares y treinta centavos. —Dylan cobró antes de que yo pudiera hacerlo y la sonrisa de Steve se desvaneció al escucharlo.

—Claro —asintió y sacó un par de billete de su billetera—. El cambio es para Savannah, por favor —apuntó sonriente antes de que Dylan pudiera entregarle el cambio.

Dylan enarcó una ceja, chasqueando la lengua. No entendí su actitud. Me ruboricé al escuchar a Steve e incliné la cabeza intimidada por cómo me coqueteaba. Me atrapó en solo minutos.

—Bien. —Dylan contestó, sonriendo con sarcasmo.

—Hasta pronto, Savannah —se despidió, y yo no quería que lo hiciera.

En ese momento su voz se escuchó profunda y sexy.

—Gracias por la propina —mencioné, levantando una mano para despedirme también.

Steve asintió, dirigiéndose a la salida con sus amigos.

—Hasta pronto, Savannah. Eres tan linda, Savannah. Qué lindo nombre, Savannah. —Uno de sus amigos lo imitaba de manera divertida.

—Eres un idiota. ¡Ya cállate! —Steve le dio un golpe en el brazo a su amigo, el bromista, y salieron del Burger Shop mientras yo pensaba que tal vez al día siguiente volverían por otra hamburguesa. Steve me dejó suspirando.

—¿Acaso no es guapo? —pregunté, agudizando mi voz.

—Pues no es mi tipo. —Dylan refunfuñó, rodando los ojos.

2

Cindy y Alex entraron por la puerta y mi sonrisa se borró. Faltaban cinco minutos para las nueve. Sabía que ya no alcanzaba a llegar, pero al menos debía intentarlo. Cogí mi bolso, me quité el delantal lo más rápido que pude y salí corriendo del local. Choqué con Steve y otro chico al pasar por en medio de ellos, me resbalé con mis propios pies y caí al suelo. «¡Mierda!», maldije.

—¿Estás bien, Savannah? —Steve se acercó con preocupación.

Me ayudó a levantar al sujetarme de un brazo y me sacudí la ropa una vez me puse de pie. Sentí un leve dolor en la cadera después de poner mi mano en ella y hacer presión para confirmar que no me había dislocado un hueso o algo parecido.

—¡No! ¡No lo estoy! —grité desesperada.

Me acerqué y le apreté los brazos, mirándolo con angustia. Steve se sobresaltó al sentir mis manos apretando sus brazos, pero no hizo nada para detenerme.

—¡Brian va a despedirme si no llego a tiempo! —grité con el mismo desespero que antes.

—¿Va a despedirte?

Asentí, suplicándole ayuda con mi mirada.

—Cálmate, nadie va a despedirte. Yo te llevaré —afirmó, tratando de entender la gravedad del asunto.

—¿En serio?, ¿harías eso por mí? ¿Tienes auto?

—Claro que sí. Harry, dame las llaves del auto —le pidió a uno de los chicos.

—Sí, claro —respondió burlesco, pensando que su amigo solo bromeaba. Los demás rieron también.

Steve se mantuvo a la expectativa. Harry expresó seriedad y frunció el ceño al darse cuenta de que su amigo no bromeaba.

—¿Qué? ¿Qué te pasa, amigo? Claro que no. —Se opuso con firmeza.

—Harry, dame las malditas llaves del auto. Necesita nuestra ayuda. —Steve insistió con más seriedad.

—¿Te volviste loco?, acabas de conocerla.

—Solo dame las llaves, la llevo y vuelvo con ustedes.

—Harry, por favor. Te lo suplico, es de vida o muerte —intervine con urgencia.

Su amigo me miró con el ceño fruncido. Sacó las llaves del bolsillo de su pantalón y se las pasó a Steve.

—Gracias, amigo. —Steve le dio un golpe suave en el pecho después de coger las llaves—. Vamos, corre —añadió, dirigiéndose a mí.

—De verdad, gracias —le dije a Harry, uniendo las manos. En seguida corrí detrás de mi salvador.

Steve puso en marcha el auto con rapidez, como si se tratara de algo que lo afectaba directamente a él. Condujo lo más rápido que pudo después de indicarle por dónde ir. Llegamos al bar en menos de dos minutos. No tuve cabeza para agradecerle por lo que había hecho por mí, solo pensaba en Brian y la explicación rebuscada que intentaría acomodar para excusarme al verlo. Corrí hacia la entrada revisando la hora; ya pasaban tres minutos después de las nueve. Tuve el leve presentimiento de que esa vez sí podría pasarlo por alto, pero luego de ver su expresión al entrar, todo rayo de esperanza desapareció. Brian estaba de pie, apoyando parte de la espalda en la barra con los brazos cruzados, y apenas me vio, me pidió que fuera a su oficina con tan solo un movimiento de cabeza. Caminé tras él y Martha me miró con lástima. Se sentó en su gran silla acojinada, sacó su chequera, se dispuso a llenar una de las hojas, la firmó, puso un sello, y extendió su mano para entregármela después de arrancarla.

—Esto debe ser suficiente por el tiempo que trabajaste —explicó sin mirarme.

—Brian, te lo suplico. Sabes que necesito el trabajo. Solo fueron tres minutos. Lo intenté, te lo juro —expliqué, creyendo que él lo entendería.

—Ya basta, Savannah. Has trabajado aquí casi un año, y durante todo ese tiempo, nunca fuiste puntual ni un solo día. Sé que lo intentaste, pero eso no es suficiente. Eres hacendosa, no puedo negarlo, pero esto no está bien. No puedo exigirle a los demás que cumplan su horario si dejas que tú llegues tarde. No es justo, las reglas son para todos.

Incliné la cabeza porque tenía razón. Esperar a que me tuviera lástima ya no funcionaría.

—Con esto te estoy haciendo un favor. Es más que obvio que no puedes hacerlo ni controlarlo todo, deja de pretender que puedes. Necesitas ayuda, Savannah. Tal vez pienses que soy una mala persona, pero en un futuro me lo agradecerás —continuó, hablándome con cariño a pesar de que podría parecer todo lo contrario—. Recíbelo y vete a casa, hay una niña que te está esperando porque su madre no está para cuidarla.

Lo peor de vivir en una ciudad pequeña es eso: casi todos te conocen, casi todos saben lo que te pasa, cómo vives, con quién y por qué; y a pesar de que hacían un esfuerzo por mantenerse al margen de mi situación, siempre se escuchaban comentarios de mal gusto.

Recibí el cheque, sintiendo un poco de alivio. Eso bastaría para pagar las cuotas del banco atrasadas y quedar al día, y así podría organizar mejor los pagos de los siguientes meses con el sueldo de los otros dos trabajos. En teoría, sí me hacía un favor: al fin podría dormir más de tres horas. Con ese cheque lograría mantener un poco de estabilidad con mis obligaciones y me alcanzaría para comprarle un helado a Madi. Todo eso pasó por mi mente en un minuto, pero luego la realidad se atravesó: después de unos meses, el dinero volvería a faltarme, no me alcanzaría para cubrir los gastos y eso era lo que me asustaba. Ya no podía aguantar más el cansancio y el enojo que sentía por las cosas que continuamente me pasaban, por lo injusta que se había vuelto mi vida de un momento para otro, por todo lo que tuve que dejar de hacer para poder sostener una vida que ni siquiera era mía. Sentí un nudo en la garganta, impotencia y muchas ganas de llorar, pero no tuve otra opción más que aceptar.

—Gracias por todo, Brian. De nuevo, lo lamento. —Fue lo único que le dije.

Él asintió, frunciendo los labios. Salí de la oficina, caminé en medio de la gente que reía y mantenía conversaciones tranquilas. Mis ojos encontraron a Martha, quien estaba a la expectativa de algún gesto o palabra. Sacudí la cabeza en señal de negación, dándole a entender que no tuve oportunidad. Inmediatamente su rostro se entristeció, como si le hubiesen dicho a ella que era

despedida. Pude leer sus labios cuando me dijo: «lo siento». Parpadeé tres veces para secar mis ojos porque las lágrimas querían hacer su aparición y solté una bocanada de aire. Al salir vi a Steve recostado en el auto, esperando con ansiedad. ¿Por qué estaba tan tenso?

—Sigues aquí —señalé al detenerme a unos pasos de distancia de él.

—¡Oh!, hola. Sí, no quería irme sin saber qué pasaría contigo.

Escuchar su preocupación fue bastante agradable. ¿Se comportaba así con todas las personas o esa era una excepción?

—Te despidió, ¿verdad? —preguntó, metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón.

Asentí, desviando la mirada a la calle.

—Lo lamento.

—Sí, yo igual —coincidí con él y crucé los brazos.

Mantuve la mirada en la calle, pensando qué hacer. Estaba enojada y no quería desquitarme con él.

Steve se aclaró la garganta y exhaló con fuerza.

—Si quieres puedo entrar y hablar con él. Puedo decirle que fue mi culpa y tratar de arreglarlo —sugirió con consideración.

Levanté la mirada a su rostro al escucharlo.

—¿Y por qué harías eso? —Encogí los hombros.

—No lo sé, solo quiero ayudarte.

—¿Por qué? Ni siquiera me conoces.

—Porque... te ves muy triste.

Sentí una punzada en el pecho. «Sí, Steve. Estoy muy triste, pero no es solo por esto, es por todo. Y tengo la sensación de que a pesar de que lo intentes, no lo entenderías.»

—Ya tengo que irme —anuncié, ignorando sus palabras.

—Puedo llevarte —insistió.

Exhalé con cansancio al inclinar la cabeza y cerrar los ojos.

—Has sido muy amable, y no quiero ser grosera, pero no tienes que molestarte. Gracias, pero prefiero caminar —repliqué.

Steve asintió, alineando los labios, dándose por vencido en su intento de conquista o amabilidad. Le di la espalda y comencé a caminar. Noté que subió al auto y lo puso en marcha, yendo en dirección contraria a la que yo iba.

Caminé por toda la calle *King* hasta *Radcliffe* a paso lento. Lo que duraba cinco minutos aproximadamente, duró el doble. Me quedé mirando la casa del señor Jacobs por unos segundos, tan grande y bien pintada en el exterior que provocaba entrar y no volver a salir de allí. En lugar de entrar para recoger a Madi, seguí caminando hasta llegar a casa. Hacía días que anhelaba tener un momento a solas y por fin había llegado. Como siempre, aprecié el silencio y la soledad en la que se sumergía la casa constantemente. Después de evaluar cada rincón de la casa con mis ojos en aquella misma posición, subí las escaleras sin afán y me senté en el borde de la cama al entrar a mi habitación. Lloré como si no lo hubiera hecho en mucho tiempo. Lloré por todo lo que había guardado dentro de mí en los últimos años. Desde la muerte de mamá que seguía golpeándome, el abandono de papá y Alana; la desaparición de Peter, y todo lo que había pasado después de eso. Me preguntaba una y otra vez cómo lograba la gente sobrellevar una pérdida. ¿Se sentiría el mismo dolor al perder una madre o una esposa?, ¿el señor Jacobs lo sabría? No tenía idea de qué era lo que me mantenía en pie, y apreciaba tener a mi lado personas que se preocupaban por mí de alguna manera, pero al final del día mis problemas seguían ahí; conflictos que nadie podía

tratar de solucionar porque eran internos.

Me di una ducha después de sentirme liviana, aunque me dejara una sensación de vacío al final. Luego intenté disimular mis ojos hinchados con un poco de maquillaje para volver a casa del señor Jacobs por Madison. Pretender estar bien era lo que mejor sabía hacer.

—No puedo creerlo, llegas temprano. —Brenda me saludó con efusividad, besándome la mejilla izquierda.

Sonreí.

—Sí, creo que ya no volveré a recoger a Madi en la madrugada —expliqué, queriendo sonar animada.

Brenda ladeó un poco la cabeza y su sonrisa fue desvaneciéndose lentamente.

—Te despidió, ¿verdad? —supuso en voz baja. Yo asentí—. Cariño, cómo lo siento. Podría intentar hablar con él si quieres —sugirió tal como lo hizo Steve. Al parecer era cosa de todos, no solo de él.

—Está bien, no pasa nada. Así tendré más tiempo para Madi y sus tareas —consideré.

—¡Tía!, ¡ya llegaste! —Madi venía corriendo hacia mí con los brazos abiertos.

—¡Madi! —La abracé cuando se lanzó a mis brazos—. ¿Qué tal estuvo el día?

—El señor Jacobs y su sobrino me llevaron al parque. Jugó conmigo todo el tiempo, fue muy divertido, tía —relató con mucho entusiasmo.

—¡Suena bastante divertido! —coincidí con entusiasmo—. Despídete de la señora Brenda, es hora de irnos a casa a dormir.

Madison asintió. Ayudé a empacar sus cosas mientras intentaba echar un vistazo por la casa, buscando al misterioso sobrino, pero no tuve suerte.

Él señor Jacobs no fue a desayunar a la mañana siguiente. Cada vez que veía a un chico alto entrar por la puerta, tenía la esperanza de que fuera Steve. Él no sabía que yo trabajaba ahí, pero por alguna razón creía que podía llegar a donde fuera que yo estuviera para ser mi salvador. Tampoco entendía exactamente cuál era la razón por la que quería volver a verlo, solo sentía una leve ilusión que me ponía ansiosa. Luego consideré que tal vez podría ir a Burger shop en la tarde, pero ni él ni sus amigos aparecieron por allí. Me sentí culpable, solo quería verlo y disculparme por cómo le había hablado. La realidad es que, fue extraño recibir tanto de su parte cuando apenas sabía mi nombre. Recordé lo bien que se escuchaba al decir “Savannah” y sonreí.

Me dediqué entonces a limpiar las mesas y la barra sin decir mucho durante la tarde. Se me pasó por la mente cientos de cosas que podría hacer en las noches. De repente, la lista era interminable. Fue inevitable dejar escapar una pequeña sonrisa que podía parecer tranquila, pero por dentro me llenaba de emoción y esperanza.

—¡Ey!, ¡Sav! ¿Por qué tan callada? —Dylan interrumpió mis pensamientos con mucha efusividad.

—No es nada. Solo estoy pensativa —contesté, sonriendo.

—Mamá y yo iremos a la isla de Sullivan este fin de semana. Estaba pensando que tal vez tú y Madi podrían venir.

Levanté la mirada a la cubierta y suspiré cansada. Había perdido la cuenta de las veces que Dylan hacía planes e intentaba incluirme en ellos. Luego de varios rechazos dejó de insistir. Él sabía que no lo hacía con mala intención, era todo lo contrario; moría de ganas por volver a disfrutar de la ciudad y sus alrededores junto a él, pero las obligaciones siempre se atravesaban en nuestro camino. Si Madi no enfermaba, entonces yo debía cubrir turnos en alguno de mis

trabajos, pero nunca podíamos concretar nada.

Por otro lado, no iba a la isla de Sullivan desde que... desde que mamá había muerto. Los lugares cobran vida cuando el recuerdo de nuestros seres queridos lo convierte en algo memorable. Casi todos los veranos, desde que tenía once años, papá nos llevaba a mis hermanos y a mí a la isla de Sullivan junto a Dylan y su madre. La estancia está llena de fotografías de nuestra infancia en lugares como ese. Procuro evitar verlas muy seguido porque la imagen de Peter, siendo un niño inocente y feliz se torna desgarradora. Aun así, todas siguen en el mismo puesto, donde mamá las ubicó alguna vez.

—¡Ah! Me encantaría, pero me temo que no podremos ir. Le prometí a Madi que la dejaría hacer una pijamada en casa con Andy y Riley.

Dylan hizo una mueca de pesar.

—Intenta convencerla, tal vez cambie de parecer.

Negué con la cabeza mientras Dylan seguía hablando.

—Sabes cómo se pone cuando se le mete algo en la cabeza y a mí no me hace caso. Tal vez tú puedas convencerla.

—Lo intentaré —Dylan levantó las manos—, pero no prometo nada.

Sonreí, encogiendo el hombro derecho.

Una descarga de tranquilidad me invadió el cuerpo cuando vi a Cindy y Alex caminar hacia Burger shop a paso tranquilo mientras conversaban. Nunca me había sentido tan feliz de terminar turno. Esa era la primera noche en la que podría dormir desde las nueve hasta las seis de la mañana si tenía suerte. El caso es que ya no tendría que volver a casa sobre la madrugada para dormir dos o tres horas nada más. Lo aceptaba, se sentía bien poder estar libre por lo menos en las noches. Entonces me pregunté: si Steve no hubiera estado en el Burger shop ese día, ¿la situación habría sido diferente? Supongo que nunca lo sabré.

Dylan empezó turno ese día a la misma hora que yo, así que juntos terminamos turno al mismo tiempo y por suerte, pudo llevarme a casa. Tal vez era la primera noche que compartiríamos juntos después de no sé cuántos años de solo vernos para trabajar. Había heredado el auto clásico de uno de sus tíos paternos. Siempre que estaba tras el volante, se sentía demasiado importante y orgulloso, aunque no fuera un modelo del último año como algunos preferirían. Eso era lo bueno de Dylan: siempre era feliz con lo que le obsequiaban. Fuera poco o mucho frente a los ojos de los demás, para él era invaluable. De camino a casa, hablamos sobre lo terrible que todavía era para él, trabajar en el Burger shop y no poder comer todo lo que se le antojaba. Supongo que sí eran cosas que Dylan no podía controlar, porque yo ya estaba acostumbrada. Ni siquiera me sentía atraída por el olor, ni me daba hambre, pero no podía comentarle algo como eso porque entonces un gran sermón empezaría a salir de su boca y no pararía hasta que le diera la razón y prometiera comer de manera saludable. Yo solo asentía y seguía la conversación por su lado, hablando siempre de él para que nada recayera sobre mí. No era que tuviera problemas con la alimentación: solo era cuestión de tiempo. No comía regularmente porque no me quedaba el tiempo para hacerlo y cuando lo hacía, era a deshoras y entonces perdía el apetito. Terminé por acostumbrarme a comer una o dos veces al día nada más y porciones pequeñas. Algunas veces pensaba en ello, claro que lo hacía. En cualquier momento podría enfermarse y todo acabaría. ¿Quién se haría cargo de Madison? ¿Quién se encargaría de trabajar y llevar comida a casa? ¿Quién pagaría las deudas? ¿Quién? ¿Quién? Savannah Williams no podía permitirse la idea de enfermarse porque nadie más haría las cosas que ella hacía en casa.

—Sav... ¡Sav! —me llamó Dylan, sacándome de mis pensamientos.

—¿Qué pasa? —pregunté al girar la cabeza para verlo.

Dylan frunció el ceño.

—Ya llegamos. ¿En qué estabas pensando?

—Lo siento, me distraje por un momento.

—Ya lo sé. ¿A caso escuchaste lo último que te dije? —preguntó al bajarse del auto.

Me bajé igualmente y suspiré.

—Dijiste que al llegar a casa le dirás a tu mamá que prepare hamburguesas para cenar, tres veces a la semana —contesté. En realidad, sí lo estaba escuchando.

Esa era una de las habilidades que tenía: a pesar de estar inmersa en mis pensamientos, podía escuchar lo que decían a mi alrededor.

Dylan levantó una ceja desconfiado.

—Sí, es cierto —afirmó, arrastrando las palabras—. Es que siento que eso hará que deje de tener jaqueca durante el día. ¿Verdad que sí?

—Tu mamá no aceptará, pero puedes intentarlo —advertí.

Dylan chasqueó la lengua porque sabía que yo tenía razón, pero no quiso insistir más en el tema. Juntos entramos en casa del señor Jacobs para recoger a Madison. Dylan cruzó un par de palabras con el anciano y hablaron un poco sobre la economía de la ciudad. No entendía por qué siempre que iba a su casa quería hablar de esos temas con él, pero era soportable. Hablé con Brenda mientras tanto sobre algunas tareas que Madison había hecho en el transcurso de la tarde y de las que faltaban. Ya se había quedado dormida porque se la pasó jugando después de terminar sus deberes, y al final cayó rendida. Por suerte Dylan era el fortachón que la llevaría en brazos hasta el auto y luego hasta su cama al llegar a casa. Di pequeños saltos de felicidad al pensar en ello y en menos de lo que pensé, ya estábamos en casa, entrando con Madison en brazos mientras intentábamos no hacer ruido para que no se despertara. Como fuera, nuestros intentos fallaron y la niña abrió los ojos con amplitud, como si no hubiera estado durmiendo en realidad.

—Hola, Dylan —saludó con suavidad.

—Hola, pequeña. ¿Qué tal el día? —preguntó Dylan.

—¡Bah! No me gusta quejarme, pero la profesora no es nada objetiva. En fin, es su problema. No quiero entrar en detalles —relató como si fuera una persona adulta hablando de las dificultades en la vida.

Dylan sonrió mientras seguía subiendo las escaleras al segundo piso de la casa. ¿De dónde había sacado la palabra “*objetiva*”? Yo iba tras de ellos con los brazos cruzados, tratando de pasar desapercibida.

—Tienes razón, esa profesora no sabe nada de la vida en realidad. —Dylan coincidió con ella.

Madison hizo un gesto y cerró los ojos suspirando. No planeaba quedarse dormida otra vez, solo era su manera de asentir al comentario de Dylan. Al llegar a su habitación, él se dirigió a la cama mientras yo encendí la luz. A pesar de que quería seguir hablando con Dylan, estaba somnolienta y no le daban las fuerzas para mantener una conversación. Se giró hacia el lado izquierdo, donde estaba la ventana y se mantuvo así mientras esperaba su pijama. Dylan le frotaba con suavidad el brazo derecho, buscando el momento para hablarle del viaje a la isla de Sullivan y yo buscaba en su armario algo que pudiera cubrirla del frío de esa noche.

—Oye, ¿sabes qué será divertido? —Dylan le dijo.

Madison movió la cabeza hacia arriba para saber.

—Mamá y yo iremos este fin de semana a la isla de Sullivan. Es genial porque hay playa,

parques, lugares divertidos para caminar, jugar y conocer —relató con emoción en su intento de convencimiento.

Madison no dijo nada. Dylan giró la cabeza para verme, crucé los brazos con la ropa en las manos y alineé los labios esperando a que continuara intentándolo.

—¿Te gustaría acompañarnos, Madi? —preguntó.

Madison se incorporó y se sentó en la cama flexionando las piernas.

—Te lo agradezco, pero ya tenemos planes con mi tía. Andy y Riley vienen mañana para hacer una pijamada. ¿Verdad, tía?

Asentí después de que sus ojos hicieron contacto con los míos.

—Bueno, ¿y qué te parece si les decimos a Andy y Riley que vengan el siguiente fin de semana a la pijamada? —Dylan insistió.

Madison negó de inmediato.

—Mejor vamos otro día a la isla, Dylan. Hace tiempo les prometí que haríamos una pijamada en casa y si prometes algo, debes cumplirlo. ¿Verdad?

Dylan asintió, dándose por vencido.

—Tienes razón —le apretó una mejilla—. Eres una niña muy comprometida. Saluda a Andy y Riley de mi parte.

—Está bien —contestó, sonriendo con inocencia.

—Descansa, pequeña. Buenas noches.

Dylan le dio un beso en la frente a Madison antes de levantarse de la cama. Me acerqué para ponerle su pijama y no me dejó. Me dijo que ya era una niña grande y podía hacerlo sola. Como ya se hacía una niña independiente, salí de su habitación después de darle un beso de buenas noches. Ella misma se prepararía para dormir y apagaría las luces. Tal vez hubiera podido hacer más, pero estaba claro que Madison solo existía en ese momento para una pijamada. Ni siquiera le importaba ir de viaje, ver el mar, o conocer otro lugar. Simplemente quería pasar tiempo con niños de su edad.

—Esa niña es difícil —reprochó Dylan después de bajar las escaleras.

—Dime algo que no sepa —continué divertida.

—Bueno —suspiró—, supongo que será en otra ocasión —concluyó, haciendo una mueca.

Encogí los hombros.

—No te preocupes, ve con tu mamá. Será divertido de todas formas. Luego veremos qué podemos hacer los dos. —Lo animé para que quitara esa expresión de su rostro.

—Sí, luego veremos —coincidió, pero sin convencerse de que así sería.

Metió las manos en los bolsillos de su pantalón. Lo noté indeciso, como si quisiera decir algo más. Como si no quisiera marcharse aún. ¿Qué más podía decirle?

—¿Quieres algo de tomar? —Me vi forzada a continuar la conversación.

—Claro. —Sonrió—. Café está bien —aceptó y caminó detrás de mí.

Fruncí el ceño de camino a la cocina. Dylan parecía incómodo.

Serví café para los dos y nos sentamos a la mesa de madera que se ubicaba a un extremo, cerca al jardín.

—¿Te sientes bien? —pregunté, empezando a preocuparme.

—Sí —asintió, riendo nervioso—, estoy bien.

Sus dedos golpeaban el pocillo, haciendo un sonido arrítmico.

—Creo que mejor me voy. Debes estar cansada y tienes que despertar temprano —anunció, siendo considerado.

—Está bien, no importa. Hace rato que no teníamos un momento así.

Dylan me miró con profundidad y pasó saliva.

—Descansa, te veo mañana.

Se levantó de la silla con urgencia y se dirigió a la puerta como si debiera salir de mi casa lo antes posible. Fui tras él, tratando de detenerlo, pero no funcionó. Dylan azotó la puerta de la entrada con fuerza y cuando la abrí de nuevo para llamarlo, ya estaba sentado frente al volante de su auto. Se marchó sin siquiera girar la cabeza para mirarme.

3

El lunes desperté más temprano que de costumbre. Me tomé en serio la idea de arreglarme un poco más, solo para ir a solicitar empleo como mesera en otro bar que quedaba en la calle *King* también. No acostumbraba a maquillarme porque no me quedaba tiempo para hacerlo y no me gustaba mucho. Mamá decía que el maquillaje envejece la piel. Lo único por lo que me preocupaba realmente, era por mantener los labios hidratados. Siempre cargaba bálsamo labial en el bolso y creo que con eso era suficiente para verme bien. A pesar de que necesitaba con urgencia otro empleo, empezaba a acostumbrarme a tener las noches libres. Solo habían pasado tres, pero se sentía muy bien poder dormir sin pensar en lo cansada que estaba. No se lo dije a nadie; si lo hacía, corría el riesgo de dejarme convencer para que me quedara solo con los dos trabajos que tenía. Probablemente sí era demasiado, pero era necesario. Todo el dinero que ganaba en Cafecito era destinado al pago de la hipoteca de la casa. Nunca veía un centavo de ese sueldo, y a pesar de que faltaba poco para terminar de pagar, era frustrante.

Mamá y papá decidieron hipotecar la casa cuando ella enfermó, el dinero lo utilizamos para sus tratamientos y demás cosas. Luego nos dijeron que no se podía hacer mucho por ella y en cualquier momento moriría. Entonces ya se había acabado el dinero, todo lo habíamos invertido en los costosos tratamientos que no sirvieron de nada, porque igual la perderíamos y papá nos abandonó al recibir la noticia. Alana y yo nos dedicamos a trabajar duro para poder pagar; yo lo hacía en el día en Cafecito y ella en la tarde, en un restaurante cerca de Folly Beach, y Peter continuaba estudiando. Así nos turnábamos para cuidar de Madison y podía decirse que vivíamos bien. Nos teníamos el uno al otro y me sentía invencible. En cuanto al segundo y tercer trabajo; era pagado por horas, así que con ellos podía comprar las cosas básicas que Madison y yo necesitábamos: ropa, comida, zapatos, útiles escolares, pago de servicios, el transporte público, etc. El hecho de que dejara uno de esos trabajos ya suponía la falta de alguna de las cosas básicas que necesitábamos.

Por alguna razón me sentía con energía esa mañana. La señora Jones, —mamá de Dylan—, me regaló una enorme sonrisa al cruzar la puerta y buscar una mesa para sentarse. Me acerqué con un café sin azúcar, porque así era justo como le gustaba. Tomé nota de su pedido para desayunar y lo pasé a la cocina para que lo prepararan. Después de unos minutos, dejé su plato en la mesa y continué atendiendo a todas las personas que iban llegando. Terminaba de servirle una taza de café a otro cliente que frecuentaba la cafetería tres veces a la semana, cuando la campana de la entrada sonó. Levanté la mirada sonriendo y vi a Steve frente a mí, con una camiseta sin mangas, un poco sudado y con las mejillas coloradas. Me miró y sus pupilas se dilataron. Sentí que palidecí al verlo, pero le sonreí con entusiasmo. Él me devolvió la sonrisa, pero no de la misma manera. De repente, su efusividad y alegría se apagó al verme y me sentí mal cuando bajó la

mirada y continuó caminando después de asentir.

—Buenos días —saludé al ver que se acercó a la barra.

—Buenos días —contestó sin levantar la mirada.

Se concentró en leer el menú, decidiendo qué pedir para desayunar. Lo más extraño de todo fue su actitud; hizo de cuenta que yo no estaba ahí con él. Dejé salir un suspiro de cansancio, dándome por vencida y rodé los ojos, esperando a escuchar lo que pediría para tomar su pedido.

—¿Podría ser atendido por alguien más, por favor? —solicitó, manteniendo la vista en el menú.

—¿Disculpa? —exclamé en voz baja, frunciendo el ceño.

Steve levantó la mirada, sus ojos grises penetraron mis ojos con tal intensidad, que sentí el corazón darme un vuelco.

—Tranquila, solo bromeaba. —Sonrió—. Quiero jugo de naranja, una porción de fruta, *pancakes* con mucha miel y una taza de café con leche deslactosada. Por favor —ordenó, revisando el menú una última vez.

No dijo mi nombre. Sentí cómo esa pequeña química que había entre nosotros desaparecía.

—Claro —contesté con seriedad.

Serví su desayuno y solo dijo «gracias», manteniendo la mirada distante. Lo importante es que seguí en lo mío cada vez que veía a un cliente entrar por la puerta, o al escuchar el tintineo de la campana cuando la puerta se abría. Así podía evitar sobre pensar en lo que ocurría. Honestamente no entendía por qué le daba tanta importancia a su indiferencia. Después de todo, se suponía que no tenía tiempo para involucrarme en esas cosas.

—¿Más café? —pregunté, lanzándome de nuevo a ser ignorada.

—¿Si te digo que sí prometes no derramarlo sobre mi cabeza? —preguntó mientras cortaba trozos de *pancake*.

—¿Qué? —rezongué—. Oye, esto es un poco ridículo e inmaduro de tu parte. —Lo juzgué, sintiendo que perdía la paciencia.

—Qué suerte que no pedí tu opinión —contestó sin importarle sonar grosero, aunque por su cara, parecía divertido al iniciar una discusión.

Me hacía perder la paciencia.

—¿Qué pasa? —pregunté, sentándome a la mesa frente a él para terminar con eso de una vez por todas—. ¿Estás así por lo que pasó el otro día?

Steve encogió los hombros, dándome el beneficio de la duda.

Cerré los ojos impaciente, pero apreté los puños y respiré con calma para razonar mejor lo que diría.

—Lo siento —me disculpé con suavidad y Steve dejó de cortar trozos de *pancake*—. Lamento mucho si te hice sentir mal, no fue mi intención. Solo querías ayudarme y a mí me pareció increíble que quisieras hacer tanto por mí, por eso reaccioné así. —Steve me estaba mirando con atención—. No quise ser grosera contigo, solo estaba bajo mucha presión.

Steve irguió la espalda y cruzó los brazos. Sus ojos no dejaban de estudiar mi rostro y tuve que inclinar la cabeza porque su mirada empezó a intimidarme.

—Está bien. Disculpas aceptadas —concertó al fin.

Levanté la cabeza y lo vi sonreír. Su expresión de efusividad y alegría había vuelto por fin. Me sentí aliviada, como si me hubiera quitado un peso de encima y después de escucharlo, le devolví la sonrisa.

—¿Te gustaría salir conmigo mañana en la noche? —propuso mientras volvía a su desayuno.

Volví a palidecer. Él sonrió divertido al notar mi expresión.

—¿Qué? —pregunté. Mi voz apenas era audible.

—Que si quieres salir conmigo mañana en la noche —repitió como si creyera que de verdad no lo había escuchado.

—¿Por qué? —Fruncí el ceño.

—¿Por qué no? —Encogió los hombros—. Eres linda y simpática.

Sentí que las manos me empezaron a sudar.

—No te ofendas, pero no te conozco. ¿Por qué habría de salir contigo?

—Esa es una buena razón para que lo hagas —señaló, agitando su dedo índice en el aire—. Si sales conmigo podrás conocerme.

Reí, sacudiendo la cabeza.

El sonido de la campana me distrajo. El señor Jacobs llegó a la cafetería.

—¡Oh! Aquí estás, hijo. Te estaba buscando. Brenda dijo que habías salido a correr y no habías llegado a desayunar. Supuse que vendrías aquí, y veo que ya conociste a Savannah —habló, dirigiéndose a Steve cuando se acercó a la mesa—. Savannah, este es mi sobrino Steve —lo presentó con una gran sonrisa.

—¿Su sobrino? —repetí, frunciendo el ceño.

—Sí, mi sobrino —confirmó, dándole un par de palmaditas en la espalda—. Le he hablado mucho de ti —susurró, mirándome con complicidad.

—¡Oh! —exclamé, agudizando la voz—. Entonces tú ya lo sabías —afirmé, fingiendo una sonrisa al mirar a Steve.

Él enarcó una ceja, ladeando la cabeza en un corto movimiento para asentir.

Alineé los labios, mirándolo con seriedad. Me sentí estúpida. Steve notó mi desagrado porque lo hice evidente. No pretendía ocultar nada después de la manera como me engañó.

—Ya traigo su desayuno, señor Jacobs —anuncié, levantándome de la silla.

No entendí por qué prefirió ocultarlo, por qué quiso fingir que no sabía nada de mí. Me vi como tonta frente a él, creyéndome afortunada de haber conocido a alguien que no conocía todo por lo que pasaba y que me ofrecía su ayuda sin ninguna intención. La realidad es que lo tomé como un acto de caridad que se sumaba a la lista de personas que sentían lástima por mí. Me sentí desnuda, frágil, vulnerable. No me gustaba que mi historia ni mis problemas fueran divulgados por terceros. No quería hacer un drama de todo eso, solo hubiera preferido ser yo quien le pudiera contar todo cuando fuera el momento indicado. Bueno, si es que llegábamos a tener algo que superara la primera cita.

Llevé a la mesa el desayuno del señor Jacobs y regresé a la barra después de mostrarle una sonrisa angelical, y rodar los ojos al ver a Steve. Minutos después, juntos se levantaron y se dirigieron a la barra para pagar. El señor Jacobs se despidió de mí y le dijo a Steve que lo esperaba afuera. Él asintió y volvió a mirarme. Me concentré en mantener la vista lejos de él, lo más lejos posible. Por alguna razón sentía que podía ser débil y ceder ante su encantadora mirada y su perfecta voz. ¿Por qué de repente sentí tantos nervios? Solo era un chico, no era el fin del mundo.

—Savannah —me llamó, pero lo ignoré—, oye... —continuó, agitando una mano en el aire para que le prestara atención.

—¿Qué? —contesté, poniéndome a la defensiva.

Steve cerró los ojos y respiró profundo. Por su expresión, parecía que se había dado cuenta de que cometió un error.

—Lamento no haberte dicho que ya sabía de ti antes de conocerte.

—¿Por qué no lo mencionaste? ¿Por qué no me dijiste que eres sobrino del señor Jacobs? —reclamé alterada—. ¡Por Dios! Hiciste que me viera como una estúpida que pide a gritos una obra de caridad en su vida. ¿Qué crees? He tenido suficiente caridad en mi vida, no necesito de tu lástima también —recriminé sin intención de detenerme.

Me convencí de que la razón por la que me dijo cosas lindas y me invitó a salir, fue porque quería hacerme sentir bien, porque quería recordarme cómo es que alguien coquetee contigo; porque me veía tan miserable, que un momento de flirteo y sonrisas deslumbrantes podían darle un rayo de esperanza a la sombría y deprimente vida de Savannah Williams. Me sentí mucho más pequeña en el mundo de lo que ya lo era. Quería llorar, la ira me invadió.

—No, claro que no —negó, frunciendo el ceño.

De pronto su rostro se transformó. Era más angustia que cualquier otra cosa.

—¿De qué hablas? Jamás se cruzó por mi mente todo lo que estás diciendo. No siento lástima por ti, nunca la tendría —refutó mis suposiciones y prejuicios con contundencia. Le creí.

Entendí cuál era la razón de su angustia: el afán por querer arreglar el malentendido que se interpondría entre los dos, el que no nos daría chance a intentar al menos una primera cita porque todo se había estropeado.

—Solo intentaba ser amable en verdad. Iba a decírtelo, pero cuando te vi quise dejar que las cosas fluyeran con naturalidad porque me gustas —confesó con suavidad.

Levanté la mirada a sus ojos. Me costaba mucho doblegar mi orgullo, aunque lo intentaba.

—Es una pena que no lo dijeras antes.

Steve me miró con ojos de súplica. Desvié la vista hacia la puerta. Un grupo de personas entraron con la intención de llenar el lugar y alargar su estadía. Me dirigí a ellos para tomar su orden. Dejé a Steve solo en la barra. Le tomó unos segundos entender que ya no había nada que pudiera decir para convencerme, y tampoco quería que lo hiciera. No me gustaba que insistieran cuando más ofuscada me sentía. Solemos tomar malas decisiones en momentos así. Finalmente se marchó. Lo vi pasar a través del cristal de una de las ventanas y tensioné los hombros. Parecía que le relataba a su tío nuestra discusión. Cerré los ojos y aparté la vista. Sentí ira otra vez.

Llegué al Burger shop para mi turno. No tenía ánimo para soportar una hora más de trabajo. Quería sentarme en algún lugar silencioso y no hacer nada más que pensar. En lugar de eso, me senté en una silla sin espaldar, de las que estaban frente a la barra. Hice un puchero mientras doblaba servilletas y las ordenaba en el servilletero, buscando dejarlas perfectamente alineadas. Dylan cantaba una canción de *Elvis Presley* a todo pulmón, con pasión y actitud mientras limpiaba las mesas como si en realidad disfrutara hacerlo. Me lanzaba miradas fugaces de vez en cuando cantándome a la cara, como si me dedicara la canción o quisiera que lo siguiera en el coro. Sacudí la cabeza al mirarlo fugazmente sin abandonar aquel puchero, porque no me apetecía seguirle la corriente.

—Está bien. ¿Qué pasa ahora? —preguntó después de bajar el volumen a la música.

No estaba segura si debía mencionarlo. El viernes actuó muy extraño y no contestó mis llamadas el domingo. Cuando me vio entrar al Burger Shop, me dijo que solo fue una tontería, pero todo estaba bien. No le creí. Dylan era tan predecible. Algo lo tenía inquieto y lo peor de todo es que, no sentía la confianza de contármelo.

Suspiré y dije:

—Olvídalo, no creo poder lidiar con eso ahora.

Dylan dio unos pasos al frente. Descargó el trapo con el que limpiaba las mesas en su hombro

derecho, y cruzó los brazos.

—¿Qué pasa? Tu mala cara hace que los clientes no quieran comer hamburguesas hoy.

—¡Soy una tonta, Dylan! —exclamé.

—La mayor parte del tiempo tal vez, pero... ¿Qué hiciste ahora?

—Ja, ja. Muy gracioso —lo reprendí, rodando los ojos.

—Ya, en serio. Cuéntame.

—¿Sabes quién es Steve Jacobs?

Alzó la mirada a la cubierta, pensando en el nombre que le había dado.

—Sí, el sobrino del señor Jacobs. ¿Qué pasa con él?

Suspiré y le conté todo. Desde su pequeño secreto hasta la enorme discusión que tuvimos en Cafecito, que en realidad no lo fue, pero yo la veía de esa manera.

Dylan parecía desconcertado.

—Entonces... ¿aceptaste salir con él?

Sacudí la cabeza, fijando la mirada en una de las mesas. Dylan exhaló por la boca.

—¿Estás segura de que estás molesta con él y no contigo por cómo reaccionaste?

Fijé los ojos en él. El negro de los suyos no me dejaba ver si sus pupilas se dilataban o no. Las quemaduras por el sol hacían ver sus mejillas coloradas. Levanté las cejas, haciendo una mueca de molestia. Su pregunta me irritó porque tenía razón: estaba molesta conmigo por haber dejado que el orgullo y el enojo se apoderaran de mí. No contesté nada, incliné la cabeza. Dylan asintió, alineando los labios. Aquella fue mi manera de responderle: el que calla otorga.

—Creo que deberías esperar unos días y luego intentar hablar con él —sugirió—. Tal vez sí te enojaste, pero ambos sabemos que quieres salir con él, y que también sientes algo por él.

Dylan siempre decía las palabras correctas.

—No lo sé —dudé—. Creo que ya no importa, lo eché a perder, y tampoco tengo tiempo para estas cosas. Solo vivo rodeada de drama todo el tiempo —musité pesimista.

Me levanté de la silla, aclarándome la garganta. Parpadeé varias veces al darle la espalda a Dylan para ir a cualquier otro lado donde no me viera siendo patética, las lágrimas querían hacer su aparición.

—Oye, oye. Ven aquí. —Su mano me sujetó la muñeca, deteniendo mi intento de huir.

Lo miré al girar el cuerpo.

—No vas a trabajar toda la vida como lo estás haciendo ahora, ni cuidarás a Madison por siempre; crecerá y un día también se irá. Está bien que pienses en tu futuro de vez en cuando. Sabes que tengo razón. —Sus manos descansaban sobre mis hombros.

Asentí, mostrándole una débil sonrisa.

—Bueno... ¿adivina qué? —inquirió con misterio al dar un aplauso y frotar las manos.

—¿Qué cosa?

—¿Recuerdas a Ethan?

La verdad es que no lo recordaba.

—No. ¿Quién es?

—Ethan Johnson, de la preparatoria.

—Mmm, ahora lo recuerdo —asentí, cruzando los brazos—. ¿Qué pasa con él?

—Escuché que está en la ciudad. Vino a visitar a sus padres y quiere hacer una fiesta con todos los graduados. Ya sabes, como un reencuentro.

Sacudí la cabeza en seguida.

—No, Dylan. De ninguna manera —negué de inmediato, y le di la espalda.

—Sav, no seas aguafiestas. Debemos ir. ¿Sabes hace cuánto tiempo no vamos a una fiesta a divertirnos? —Dylan me sujetó del brazo y me hizo regresar.

—Volver a ver a mis excompañeros de preparatoria no es algo que esté en mi lista de propósitos para este año, Dylan. —Crucé los brazos otra vez—. Todos van a presumir sus carreras y trabajos perfectos, mientras yo sigo estancada aquí.

—Olvídate de eso por un segundo y piénsalo. ¿Hace cuánto tiempo no vas a una fiesta? ¿Hace cuánto no bebes un trago, te ríes y te diviertes? ¿Hace cuánto no haces algo diferente a lo que siempre haces todos los días? —resaltó, tratando de convencerme.

Lo miré a los ojos sin parpadear. Está bien, logró hacerme pensar en las cosas que no había vuelto a hacer. Viajé en el tiempo y llegué a la preparatoria. Esa fue la última vez que me divertí, reí e hice cosas que un adolescente normal haría.

—¿A qué hora es la fiesta? —pregunté. Ya me había dejado convencer.

—¡Sí! —Dylan celebró como si hubiera anotado un punto en un partido de futbol americano.

Me apretó las mejillas y me dio un sonroso beso en la frente.

—A las nueve en casa de Ethan. ¿Paso por ti? —contestó a mi pregunta.

—Sí —suspiré resignada—. Pasa por mí.

Dylan sonrió y volvió a celebrar.

4

La música se escuchaba una calle antes de donde vivían los padres de Ethan. El alboroto era grande y la canción que sonaba te hacía querer mover el cuerpo, era un ritmo electrónico, pero suave. Transmitía vibras de verano. Había gente afuera, con vasos de plástico en la mano, bebiendo, riendo, divirtiéndose. No eran solo excompañeros de preparatoria, casi toda la juventud de Charleston estaba en esa casa.

Dylan y yo bajamos del auto. Cruzamos miradas, como si buscáramos en el otro la aprobación para continuar. De repente no parecía tan buena idea como creímos, o simplemente nos hacíamos “viejos” al pensar que lo que veíamos era mucho. Hizo un movimiento de cabeza señalando la casa para que avanzáramos, y lo seguí. Algunos nos miraron tratando de recordar quiénes éramos. Era de esperarse. Otros ni nos determinaron. Mi amigo saludó a algunos chicos que estaban en la entrada de la puerta. Algunos lo reconocieron porque casualmente tenían clases en común con él en la universidad, y otros simplemente eran de la ciudad y sabían quién era Dylan Jones. Parecía un chico popular entrando por esa puerta, sonriendo y estrechando las manos de todos, mientras yo iba tras él con la cabeza inclinada para que nadie me notara, pero fue un caso perdido. Muchos me saludaron y empezaron conversaciones con la frase: «Eres Savannah, ¿verdad?». Me sorprendía que me recordaran por algo diferente a la muerte de mi mamá, o por ser la tía de la niña que su madre abandonó. Ethan apareció frente a nosotros, vistiendo un pantalón playero corto, una camiseta sin mangas y una gorra al revés. Estrechó la mano de Dylan y se proporcionaron unas fuertes palmadas en la espalda el uno al otro al abrazarse. Cuando me vio, me abrazó y me elevó en el aire. Dejé salir un pequeño grito por la acción inesperada. Se rio conmigo al soltarme y dijo: «síéntanse como en su casa». Sonreía más de lo habitual, más de lo que una persona normal podría sonreír diariamente. Era mucho más efusivo y alto de lo que yo recordaba, y aún tenía perforaciones en las orejas, tal como en la secundaria.

Dylan me dejó sola después de sentirse incluido en el mundo de los populares, si así se le podía llamar. Mientras tanto, yo me quedé parada cerca al marco que dividía la sala y un salón en el que ubicaron una gran mesa de billar y barriles de cerveza. Un grupo de cinco chicos entre los diecinueve y veintitrés años, se entretenían jugando. Observé toda la casa desde ahí, y analicé cada grupo de personas que se ubicaba en diferentes partes de la casa. Algunos fumaban, otros se besuqueaban, otros jugaban con una botella y sonreí al ver el último cuadro. El juego de la botella me traía recuerdos que prefiero mantener para mí. Cuatro chicas estaban paradas junto a las escaleras que llevaban al segundo piso. Me miraban, como si quisieran estar seguras de que era yo la persona que tenían en mente, antes de acercarse a mí. Una rubia, dos de cabello castaño y una pelinegra. Las reconocí de inmediato. Samantha, Avery, Bethany y Evelyn. Todas fueron mis compañeras de clase desde octavo grado si mal no recuerdo.

Durante el primer semestre empecé a hablar con Bethany, y nos reuníamos en la hora de almuerzo para ir a ver a los chicos jugar fútbol. Después del entrenamiento, se quitaban las camisetas y era cuando realmente disfrutábamos del espectáculo. Ella se había obsesionado con Cole Baldwin y yo me podía pasar horas viendo a Will Bagley. Al final tuvo la osadía de coquetearle a Cole. Él no se resistió, claro que no. Los chicos nunca se resisten a una chica hermosa. Además, a él también le gustaba ella. Siempre que se quitaba la camiseta le lanzaba miradas, o cuando anotaba goles. Ambas perdíamos la cabeza cuando eso sucedía.

Cole y Bethany empezaron a salir, y entonces dejamos de hablar. Para el primer semestre de noveno grado, se les veía por los pasillos besuqueándose sin control y sin importarles lo que dijeran los demás. Estuvieron en la oficina del director casi todos los días por “*conducta inapropiada*”; y para el segundo semestre, los rumores de que había perdido la virginidad con él y estaba embarazada, se esparcieron por toda la escuela en menos de lo que canta un gallo. Fue un verdadero escándalo. Los rumores de su embarazo se desmintieron, pero solo eso. La mamá de Bethany amenazó a los padres de Cole con demandarlos por violación mientras todos los estudiantes la escuchaban gritar por los pasillos de la escuela como loca. Bethany hacía lo posible por soltarse de la mano de su madre y Cole quería ir tras ella. Mientras los adultos luchaban por alejar y controlar a sus hijos, ellos se gritaban con desespero que se amaban. Ella lloraba mientras su mamá la arrastraba por la puerta trasera y Cole exigía que los dejaran vivir sus vidas. Parecían verdaderos protagonistas de un drama romántico de los ochenta. Fue fascinante. Después de eso, Cole fue transferido a otra escuela y Bethany no volvió a saber nada de él. Estuvo deprimida durante todo el año. Sus calificaciones bajaron, se volvió agresiva e iracunda, y casi todo el tiempo mantenía en detención. Si no hubiera sido por sus padres, el par de enamorados habrían vivido su cuento de hadas. Se notaba que en verdad se amaban.

Me sentí mal por ambos. La escuela era el lugar donde más injusticias se cometían. Los adultos creían saberlo todo, pero nunca se preocupaban por saber qué pasaba por la mente de nosotros como adolescentes. Los sentimientos y emociones son más intensas y desde luego, sinceras, pero nada de eso fue tomado en consideración. Sentía que debía hacer algo por ella, y con ayuda de Dylan, conseguí su número de teléfono. La vida pareció volver al cuerpo de Bethany cuando le dije que podía hablar con Cole, pero solo en la hora del almuerzo. Fue feliz por un par de semanas, hasta que alguien se dio cuenta y nos delató en la dirección. Dylan y yo estuvimos castigados por una semana, y Bethany fue expulsada por cinco días. Esa fue mi manera de intentar acercarme a ella de nuevo, pero no funcionó: su madre le prohibió que fuéramos amigas. Era bastante radical y estricta. En ese entonces lucía como una verdadera villana que tenía como objetivo arruinar la vida de su hija, pero ahora la entiendo. Era madre soltera. Quedó embarazada en preparatoria y como todos los padres, tampoco quería que a su hija le pasara lo mismo que a ella. Su única urgencia en la vida era mantener en la línea a su alocada hija, hasta que pudiera ir a la universidad y entonces su manera de ver la vida cambiara.

Las cuatro se acercaron a mí, apuesto que me reconocieron también.

—¿Savannah? —preguntó la pelinegra.

Asentí. Ella enarcó las cejas, abriendo la boca con sorpresa. Su cabello era demasiado liso y brillante. Tal vez lo había cepillado.

—¡Por Dios! ¡Estás hermosa! —exclamó, halagándome al pasar su mano por mi hombro en una leve caricia.

Incliné la cabeza, alineando los labios.

—Gracias —contesté al volver a mirarla.

—¿Te acuerdas de mí? —preguntó a la expectativa, poniendo una mano en su pecho.

—Claro que sí. —Rodé los ojos. Cómo olvidarla—. Eres Bethany Davis. —Sentí que me ruboricé.

Bethany rio bajito al escucharme. Sus dientes quedaron al descubierto cuando lo hizo. Ya no tenía alambres y su sonrisa era como la de una modelo de revista. Me miraba como si no pudiera creer que yo estaba ahí. Tal vez porque recordó nuestras aventuras. Descuida, Bethany, yo también lo hice al verte.

—Ven aquí —me dijo, apretándome en un abrazo.

Ni siquiera me dio tiempo de acercarme a ella. Me estrechó en cuanto pronunció la primera palabra, impulsada por la emoción de verme otra vez después de tanto tiempo. Apretó su labio inferior con los dientes al soltarme. Puso sus manos en mis brazos y sacudió la cabeza sin poder creerlo aún. La escuela puede ser difícil, pero cuántas memorias caben al pronunciar esa palabra: “*escuela*”.

Giró el cuerpo, descargó su mano en el hombro de la chica rubia y me preguntó si la recordaba a ella, y a las demás. Asentí y comenzamos a interactuar, a charlar, a tener una conversación en la que nos dedicamos a recordar los viejos tiempos como si fueran cosas locas y dignas de ser mencionadas.

—¿Seguiste de novia con Will Bagley? —preguntó una de las de cabello castaño, Avery.

Negué, frunciendo la cara.

—No, terminamos al graduarnos.

—¡No! —exclamaron a coro sorprendidas por la respuesta—. Hacían una linda pareja —añadió Avery.

Encogí el hombro derecho, alineando los labios.

—Queríamos cosas diferentes.

La verdad es que preferí no profundizar en las razones por las que decidimos tomar caminos separados: la muerte de mi mamá. La gente me miraba diferente cuando lo mencionaba y luego me forzaba a continuar con los detalles de por qué seguía en Charleston. No era necesario.

—Ah, eso siempre pasa —coincidió la rubia, rodando los ojos, Samantha. Al parecer, mi comentario le trajo recuerdos.

—Y hablando del rey de Roma... —La otra chica de cabello castaño anunció entre dientes, Evelyn.

Las cuatro levantaron la mirada al frente disimuladamente. Me vi obligada a girar la cabeza para ver también. Ahí estaba, William Bagley, luciendo tan perfecto como lo hizo en la preparatoria. Era injusto que siguiera siendo tan atractivo, o mucho más que antes. Volví a mirar a las chicas y pasé saliva asustada. No lo veía desde que habíamos terminado. Sentí un balde de agua fría encima.

—Deberías hablar con él —sugirió Bethany—. Ya sabes, para recordar viejos tiempos. —Guiñó el ojo izquierdo con malicia.

—¿Estás loca? —exclamé, frunciendo el ceño.

Bethany abrió los ojos con sorpresa por mi reacción.

—Está bien, no lo hagas, pero si fuera yo y tuviera la oportunidad... me lanzaría a sus brazos —suspiró la última frase.

Levanté las cejas y rodé los ojos con diversión. Parecía que seguía siendo la misma. Solo un poco más descarada y directa que antes.

—Si Cole estuviera aquí ¿lo harías? —Avery la retó con curiosidad.

Bethany se mordió el labio inferior. No le gustó que lo hubiera mencionado.

—Tal vez —contestó, encogiendo un hombro—. Tengo sed, voy a buscar algo de tomar — anunció cortante y se marchó.

—¿Por qué dijiste eso? —reprochó Samantha al dirigirse a Avery.

Ella la miró como si no entendiera qué hizo mal.

—Jamás vuelvas a mencionar algo sobre Cole. Eso la pone muy mal —advirtió Evelyn.

—Lo siento, no sabía —se disculpó ella, poniendo los dedos sobre su boca.

Las otras dos chicas sacudieron la cabeza, desaprobando aún su imprudencia, aunque lo hubiera dicho inconscientemente. A pesar de que el tiempo había pasado, Bethany parecía no superar a Cole. A pesar de que su historia no me reconfortaba del todo, me sentí aliviada. No era la única con un pasado acuestas que me atormentaba, aunque fueran situaciones diferentes.

Apreté los labios, sintiendo incomodidad y pena ajena por Avery. Al levantar la vista hacia el salón donde el grupo de chicos jugaba billar, vi a Steve en el jardín trasero a través del cristal de la enorme ventana que parecía una puerta. ¿Qué hacía ahí? ¿Acaso era mi oportunidad?, ¿o el destino intentaba unirnos?

—Disculpen, chicas, voy a tomar aire —anuncié, agudizando la voz—. Me dio gusto volver a verlas.

—No te pierdas. Hay que salir un día de estos —mencionó Evelyn con entusiasmo.

Asentí. Nos sonreímos mutuamente y les di la espalda para avanzar. No sabía qué le diría a Steve, pero necesitaba hablar con él. La frescura de la noche me rozó la cara. Adentro se sentía demasiado cálido, acogedor y enérgico. De repente hubo quietud, un poco de silencio y espacio. Steve estaba sentado en una de las sillas playeras junto a la piscina. Se veía pensativo, mucho más de lo normal. Apenas podía verse cabello en su cabeza. Tenía puesto un jean y un suéter color mostaza. Su mirada se centró en la piscina y el vapor que salía de ella.

—¿Estás pensando en un chapuzón? —pregunté detrás de él.

Pasé saliva. Me preocupaba su reacción.

Steve giró la cabeza. Frunció el ceño al verme.

—Tal vez lo hagas si me acompañas —contestó, pero con seriedad.

Apreté los labios y avancé unos pasos hasta sentarme junto a él.

—¿Qué estás haciendo aquí? Es una fiesta para ex graduados de la preparatoria, y hasta donde sé, no asististe a nuestra escuela.

—¿También vas a regañarme por eso? —Su voz era muy tranquila y suave. No tenía deseos de entrar en una discusión.

Cerré los ojos al escucharlo. Me lo merecía. Al escucharlo entendí que fui bastante melodramática. Yo tampoco tenía intención de discutir con él. Solo sentí curiosidad por saber cómo había llegado a esa fiesta. Era una enorme coincidencia que justo estuviera en el mismo lugar que yo.

—Lamento que sonara así —me disculpé—. Mejor me voy, creo que quieres estar solo, y no quiero molestarte.

Me levanté de la silla y alcancé a dar dos pasos para volver al interior de la casa, cuando su voz me detuvo:

—No quiero. Quédate.

Giré el cuerpo para verlo. Steve ya estaba de pie. Se acercó a mí y suspiró.

—¿Qué te parece si empezamos de nuevo? —propuso, pero no entendí a qué se refería.

Ladeé la cabeza.

—Me llamo Steve Jacobs. Soy la tercera generación de los Jacobs que se une al ejército de los Estados Unidos y en dos semanas me enviarán a mi tercera misión —se presentó, extendiendo su mano para que la estrechara—. ¿Y tú?

Sentí apretado el corazón.

—Soy Savannah Williams, y trabajo en Cafecito. El mejor lugar de Charleston para beber café cubano. Es un gusto conocerte. —Estreché su mano al presentarme también.

Steve asintió. Soltó mi mano y metió la suya en el bolsillo de su pantalón.

—Resulta que mi amigo Luke tiene un amigo llamado Jake y él tiene un amigo llamado Logan que conoce a Ethan y así fue como llegué a esta fiesta —explicó, extendiendo los brazos a los lados.

La tensión se desvaneció. La barrera que había entre los dos se rompió.

Me reí.

—Aun así, no fuiste a *Burke* con nosotros —insistí, cruzando los brazos.

Steve frunció el ceño.

—¿A dónde?

Reí.

—A Burke. La secundaria.

—¡Oh! Bueno, considerando que casi medio Charleston está en esta casa, no creo que lo noten —susurró, haciendo una mueca.

Reí.

—Espera, ¿qué es eso? —preguntó, mirándome concentrado.

—¿Qué pasa?

—¿Eso fue una risa? ¿Te reíste de algo que dije?

—Ajá, muy gracioso. Yo me río de todo. Soy una persona que siempre ríe —exageré, tratando de hacer que sonará real. Steve frunció el ceño y asintió, poniendo su mano debajo del mentón. No parecía convencido—. Yo puedo reírme de algo que digas, puedo reírme si te caes, puedo reírme si veo a un... gatito con gafas de sol —enumeré las opciones por las que probablemente reiría.

Steve rio, frunciendo la cara. Se cubrió los ojos con una mano y continuó riéndose.

—¿Qué? ¿De qué te ríes? —pregunté divertida.

—Lo siento, eres graciosa cuando mientes.

Encogí los hombros.

—¿Quieres tomar algo? Puedo traerte una cerveza —me ofreció.

—No, gracias. Yo no bebo —rechacé amablemente.

—¿Viniste a una fiesta que está llena de alcohol y no vas a beber?

—¿Ves al chico que está sobre la mesa bailando como si supiera, pero en realidad hace el ridículo? —pregunté, señalando el interior de la casa. Era la mesa de billar.

Dylan hacía su acto más icónico, bailando sobre la mesa de billar en medias y sin camisa. Todos lo aplaudían.

—Sí, lo veo —asintió Steve al girar la cabeza para verlo.

—Pues es el dueño del auto que me trajo hasta aquí —indiqué y Steve chasqueó la lengua—. Ahora solo hay una persona que puede llevarnos a casa sanos y salvos. Es la chica que ves aquí —concluí, poniendo la mano izquierda en mi pecho.

Steve suspiró y negó con un movimiento de cabeza.

—Tenía que intentarlo —dijo para sí mismo—. ¿Qué tal una soda con limón? —propuso a la

expectativa.

—Suenan perfecto —acepté, tronando los dedos.

Steve sonrió y se dirigió al interior de la casa. Me senté en una de las sillas playeras a esperar que volviera. Parecía que se tomaba su tiempo, así que me levanté de la silla y comencé a caminar por el borde de la piscina. Me incliné y metí una mano en el agua, estaba tibia, perfecta para un chapuzón como lo propuso Steve.

—Aquí está tu soda —informó tras de mí. Me sobresalté.

Me levanté y recibí la bebida. Toqué su mano por accidente y nos miramos a los ojos. Él no soltaba el vaso y yo tampoco. Pasé saliva y desvié la mirada. Soltó el vaso, aclarándose la garganta. Steve dio un paso hacia atrás, dejó su cerveza sobre la pequeña mesa que hacía juego con las sillas de playa y se frotó las manos.

—¿Estás lista? —preguntó entusiasmado.

—¿Qué? ¿Para qué? —pregunté confundida después de beber algunos sorbos de soda.

Steve me quitó el vaso y lo dejó sobre la mesa junto a su cerveza.

—Para el chapuzón —contestó como si fuera obvio.

—No, claro que no —negué, dando un paso hacia atrás.

El corazón se me aceleró en cuestión de segundos. Claro que quería lanzarme con él.

—Sí, claro que sí —refutó, sonriendo.

Steve me agarró por la cintura y me levantó. Se lanzó a la piscina conmigo entre sus brazos. Un pequeño grito nervioso salió de mi boca y caímos hasta tocar el fondo. Me impulsé para salir a la superficie y al sentir el aire en mi cara, inhalé y exhalé con fuerza para recuperar el aire que contuve. Steve salió segundos después de que yo saliera. La piscina era profunda y apenas podía mantener mis piernas moviéndose para flotar. Mi estatura tampoco me hacía justicia. Nos reímos al vernos y me lancé sobre él para hundirlo otra vez. Puse mis manos en sus hombros y descargué todo mi peso sobre él. Después de unos segundos bajo el agua, salió a la superficie, haciéndome caer de espaldas. Quien se hundió en el agua después fui yo. Comenzamos un juego en el agua como si fuéramos niños, en el que Steve me llevaba ventaja. Era si acaso unos veinte o quince centímetros más alto que yo, y lograba apoyar los pies en el suelo de la piscina. Cualquiera podía perder contra eso.

—Lamento haber dañado los perfectos rizos de tu cabello —se disculpó, aunque no parecía arrepentido.

—No te disculpas, lo vas a pagar caro —rechacé su débil excusa y me acerqué con la intención de volver a hundirlo en el agua.

Steve expresó asombro por mi respuesta y se alejó de mí para evitar que llevara a cabo mi plan. Cada vez que nadaba hacia adelante para acercarme a él, él nadaba hacia atrás para alejarse. Se burlaba de mí al ver que lo intentaba y fallaba.

—Eres un cobarde, ven aquí —lo reté sin dejar de insistir.

—Atrápame si puedes —continuó, burlándose de mí.

Mi respiración se agitó y me cansé de avanzar sin ver resultados. Me di por vencida.

—Apuesto que fuera del agua no eres tan valiente. —Volví a retarlo. Le di la espalda para acercarme a la orilla—. Cobarde —musité.

La mano de Steve me hizo volver. Me arrinconó contra la pared. Me vi obligada a rodear su cintura con mis piernas para mantenerme a flote. Ya no quería moverme más en el agua, estaba exhausta. Apoyó sus manos en el borde de la piscina, pasando sus brazos por encima de mi cabeza. Toda yo quedé escondida entre la pared y su corpulento cuerpo. Si quería, podía hacer lo

que quisiera conmigo en ese momento. Estaba indefensa. El suéter se pegó a su torso y se marcaron sus abdominales. Su cuerpo y el mío se estrecharon. No hubo lugar al espacio entre nosotros, más que el que existía en medio de sus labios y los míos. Mi corazón latía a un ritmo acelerado. A un ritmo que desconocía.

—¿Quieres salir conmigo? —susurró, insistiendo en la cita. Pude sentir su aliento.

Rodeé su cuello con mis brazos y miré directo a sus ojos con un aire de misterio y seducción. Como si fuera a besarlo.

—Tal vez —respondí, vacilando.

Mi mano acarició su mejilla derecha.

Steve ladeó los labios a la izquierda para sonreír. Acerqué mi rostro al suyo. Creyó que lo besaría. Honestamente quería hacerlo, pero me contuve.

—Lo pensaré —susurré en su odio al desviar mi rostro.

Volví a mirarlo con maldad y lo empujé.

—¡Ese fue un buen chapuzón, chicos! —gritó Ethan al aparecer a un extremo de la piscina.

Habíamos olvidado por completo que aquella casa no era nuestra, que estábamos en una fiesta y que alguien pudo ver lo que sucedió segundos antes y malinterpretarlo todo.

—¡Vengan todos a la piscina! —gritó Ethan al girar el cuerpo hacia el interior de la casa.

Una multitud corrió al jardín trasero y uno a uno se tiraron al agua. La música se escuchó más duro y la diversión se multiplicó gracias a nuestra hazaña. Steve volvió la mirada a mí con ganas de seguir divirtiéndose, y yo, por primera vez en varios años, no quería que la noche acabara.

5

Salí de Cafecito una hora antes. Visitaba a mi mamá con regularidad. Cada ocho días sin falta iba al cementerio con flores nuevas y frescas, pero últimamente no había vuelto. Eran varias las razones por las que me abstenía de ir, pero no era capaz de decírselas. No sabía si podía verme u oírme, fuera cualquiera el caso, no era capaz de decirle que una de las razones más grandes era que me costaba mucho asimilar el tener que visitarla en ese lugar tan triste y silencioso.

Me dirigí a su tumba con un pequeño ramo de margaritas moradas y rosas rosadas. Eran las favoritas de mamá cuando estaba viva. Me paré frente a la lápida y leí su nombre escrito allí. Pasé saliva y me arrodillé. Quité las flores marchitas y puse las que había llevado. Me quedé en silencio por unos minutos, mordiéndome los labios y mirando la lápida ansiosa. Incliné la cabeza y tomé aire muy despacio, recargándome de valor para poder hablar.

—Hola, mamá —saludé al fin, pero sin levantar la cabeza.

Cerré los ojos, imaginando su voz al saludarme de vuelta y sonreírme.

—Perdón por no haber venido antes. Decidí inscribir a Madison en la escuela este año y casi no he tenido tiempo ni para mí misma —continué mi conversación como normalmente lo hacía.

Apreté los labios arrepentida de haberle dicho eso. Seguramente me reprendería por decir que no tengo tiempo ni para mí misma, y se angustiaría por lo que estaba pasando con Alana y la niña. «Los hermanos no deben pelearse, deben amarse y apoyarse», eran sus palabras.

—Lo sé, lo sé. No te preocupes, es temporal. Alana volverá pronto. Además, ahora tengo las noches libres —expliqué como si ella estuviera reprochando mis acciones, y mentí descaradamente como si la tuviera frente a mí. Tal como en los viejos tiempos.

Me rasqué la frente con las uñas, buscando la manera de cambiar de tema. Quería hablarle de Steve. Fue la razón por la que ese día me obligué a sacar el tiempo para ir a verla.

—Conocí a un chico —revelé al fin—. Es muy guapo, divertido, inteligente y valiente —describí sus cualidades—. Es sobrino del señor Jacobs y me hubiera encantado que lo conocieras.

Me quedé callada otra vez, imaginando su reacción y gestos al escuchar lo que le estaba contando.

—Lo sé, tampoco sabía que el señor Jacobs tiene un sobrino —continué, como si mamá estuviera hablando conmigo. Reí con naturalidad—. Se llama Steve Jacobs. Le gusto y creo que él a mí también, pero... —le conté al bajar la mirada al césped—, está en el ejército y no sé si pueda soportarlo.

Volví la mirada a la lápida. Sentí los hombros tensionados y no pude evitar que las lágrimas salieran de mis ojos. No supe qué diría mamá en ese caso. Tenía las respuestas para lo demás porque eran cosas que a simple vista sabes qué va a contestar la otra persona, pero eso: hablar de un chico, esperando un consejo y no recibir nada salvo el silencio que penetra hasta los huesos y

te llena de nostalgia, me hizo sentir tan miserable que dejé que su ausencia volviera a causarme dolor y rabia. Me sequé las lágrimas y limpié mis ojos después de haber llorado por un buen rato. Tendría que hacerlo por mi cuenta. Cinco años y aún no asimilaba la idea de tener que hacerme cargo de mí, de mis problemas y decisiones. Era difícil poder hacerlo cuando sentí que mi adolescencia fue cortada a la mitad como romper un velo con las manos. Así de frágil. Así de ligero. Era difícil cuando el significado de la palabra *familia* había perdido valor y sentido para mí.

Me levanté y exhalé para dejar salir el último trozo de tristeza que quedaba dentro de mí siempre que iba a visitarla.

—Te amo, mamá. Espero que estés feliz en algún lugar bonito digno de ti —me despedí, ladeando los labios.

Fui a casa del señor Jacobs alrededor de las nueve de la noche para recoger a Madison después de terminar mi turno en el Burger shop. Brenda me abrió la puerta después de tocar el timbre la primera vez. Me hizo seguir mientras ella volvía a la cocina. Toda la casa olía delicioso, el aroma que venía de allá penetraba todos los rincones y en ese momento, me invadió la nostalgia otra vez. Extrañé a mi mamá con tanto desespero que sentí ganas de gritar. Brenda estaba preparando una comida que olía exactamente como cuando ella solía cocinar. Corrí al baño para limpiarme las lágrimas que lograron escaparse, y para lavarme la cara. La voz de Madi y sus risas sonoras esparciéndose por la casa me hicieron volver a la realidad. Salí del baño y caminé despacio por el pasillo de donde creía venían las risas. Justo en el salón donde el señor Jacobs tenía una especie de estudio, estaba Madi, corriendo hacia cada esquina mientras Steve tenía los ojos vendados e intentaba atraparla. Sus mejillas se veían coloradas, parecía agitado y cansado por el juego, mientras ella aún tenía energías para correr por toda la casa si era necesario.

—¡Oh!, aquí estás. Te estaba buscando. —Escuché a Brenda detrás de mí. Giré la cabeza y la vi venir hacia nosotros con una sonrisa.

Volví a girar la cabeza para mirar hacia el salón. Madi dejó de correr y Steve se quitó la venda de los ojos, prestando atención a lo que sucedía.

—Escuché a Madi reírse, así que quise ver qué era lo que le causaba tanta diversión — mencioné con suavidad. Brenda se detuvo en el marco de la puerta junto a mí.

—¡Oh!, se la pasan en esto casi todas las tardes. A veces tengo que decirles que se vayan al parque porque me vuelven loca —explicó efusiva. Al parecer todos tenían energía ese día.

Yo sonreí y bajé la mirada después de intentar hacer contacto visual con Steve y no lograrlo. No me sentía bien, la poca alegría que tenía se había desvanecido desde esa tarde cuando decidí erróneamente ir al cementerio. Los estados de ánimo también son relativos, así como el tiempo, y no tiene nada que ver con la bipolaridad. Tiende a tener una relación más estrecha con la depresión y la ansiedad. Por cosas que ya pasaron que te cuesta olvidar o dejar atrás, y por cosas que aún no pasan y te empeñas en querer saber.

—Ven, Madi. Vamos a lavarte las manos y limpiar tu cara. Estás sudando. —Brenda invitó a Madi, extendiéndole la mano y ella corrió a sujetarla sin quejarse.

—Nosotras ya nos vamos —anuncié, deteniéndola.

—No seas tonta. Preparé un estofado delicioso, quédate a cenar. Al señor Jacobs le encantará tener un poco de compañía, ¿verdad que sí, Steve? —insistió, lanzándole una mirada al soldado que ahora trabajaba de niño.

Él sonrió y asintió con calidez.

—Está bien, gracias —asentí.

Madison se fue con Brenda, dando pequeños saltos mientras yo metía las manos en los bolsillos de mi pantalón. Steve caminó hacia las ventanas para asegurarlas y recogió algunos juguetes. Me acerqué para ayudarle también y guardar las cosas de Madison en su bolso. Lo saludé y él respondió mi saludo igualmente.

—¿Estás bien? —preguntó al verme a los ojos.

—¿Eh?

—Tus ojos se ven un poco marchitos —señaló.

El problema de tener los ojos claros era ese: todos podían darse cuenta de que había estado llorando. Y al parecer, Steve tenía la habilidad de fijarse en todos los detalles físicos y emocionales en mí. Además de siempre estar alerta a preocuparse por lo que me pasara.

—¡Ah!, no te preocupes. Estoy bien, a veces la luz me irrita los ojos —mentí, desviando la mirada.

Sacudí la cabeza para que el cabello me cubriera la cara.

Asintió, pero no pareció convencerse.

—Parece que te llevas muy bien con mi sobrina —mencioné para cambiar de tema.

—Es una niña muy dulce y educada —señaló—. La has criado muy bien.

—Hago lo que puedo. La mayor parte del tiempo lo pasa aquí con tu tío y con Brenda.

—Porque tienes dos trabajos —justificó, acentuando cada palabra.

Me lanzó una mirada de reprensión. Asentí sin refutar.

—¿Dónde está su madre? —preguntó después de poner los juguetes en una caja de madera que estaba a un extremo del salón—. Si puedo saber, claro.

—Quisiera saberlo también. Un día dejó una nota sobre la mesa y no volvió. Le ofrecieron un trabajo en otra ciudad y me pidió que cuidara a Madi por un tiempo. Era lo que decía la nota. Ya pasaron dos años y no ha regresado. —Profundicé un poco más en la historia que no era capaz de contarle a nadie más.

La mayoría de las personas lo sospechaban. Cuando Alana se fue de casa, todos empezaron a rumorar que había abandonado a la niña y muchas otras cosas, pero nunca confirmé nada, tampoco lo refuté. Al fin y al cabo, la única que sabía cómo habían sucedido las cosas, era yo, y no le debía explicaciones a nadie. Sin embargo, la gente creía que tenía el derecho a opinar sobre algo que no les incumbía. Nunca se molestaron por preguntar si la niña o yo necesitábamos algo. Siempre se interesaron por querer saber más sobre mi hermana, como si el saberlo fuera a servir de algo.

—Creo que Madi está mejor sin ella —presumió al mirarme.

Volvimos a hacer contacto visual, sonreí. Bajé la mirada al bolso de Madi para cerrar la cremallera, el broche se atoró y me pellizcó el dedo índice. Un jadeo de dolor salió de mi boca y solté el bolso, dejándolo caer al suelo.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí, solo me lastimé con el broche de la cremallera —contesté, frunciendo el ceño.

—Déjame ver —detalló la herida. Un punto rojo se hizo visible y con prisa se acercó al estante de la otra esquina del salón—. Está sangrando. Siéntate, voy a curarte.

Me senté y volvió con un pequeño botiquín en la mano. Tomó otra silla y se sentó frente a mí con seriedad, como si el asunto fuera muy importante y pudiera desangrarme por el dedo. Sacó un frasco de alcohol, algodón y pequeñas vendas. Aplicó el alcohol y con el algodón retiró la sangre. Sentí ardor y volví a quejarme. «Lo siento» dijo, y sopló con suavidad. Me regaló una

sonrisa que me atravesó el pecho y sentí la cara caliente. Puso la venda con cuidado y le devolví la sonrisa.

—Tus mejillas... están muy rosadas —susurró, rozándolas con su pulgar.

—Es que hoy quise maquillarme —mentí.

Steve sonrió como si no me hubiera creído.

—No tenía idea de que la luz podía hacer que los ojos se vieran tristes —musitó, volviendo al tema que se suponía habíamos olvidado.

Incliné la cabeza. No había manera de mentirle y que me creyera. Mi problema es que no sabía mentir. Mi cara siempre decía lo que no me atrevía a decir con palabras.

—Mi vida es complicada, Steve —lamenté, frunciendo el ceño.

—¿Y por eso crees que estás condenada a ser miserable?

Sus palabras fueron tan... justas. Que hablara de esa manera solo podía significar una cosa: había pasado por algo similar a lo que yo tuve que pasar. Su comprensión y paciencia conmigo estaban a otro nivel. Suspiré al escucharlo y una lágrima resbaló por mi mejilla derecha. Steve puso su mano sobre ella y con el pulgar, limpió aquella tibia lágrima.

—No seas tan dura contigo misma —musitó al aconsejarme. Aquello se escuchó como un abrazo de consuelo para mi alma.

No lo había pensado hasta ese momento sentada frente a él. Era dura conmigo misma, me exigía cada día cosas que al final del día eran inhumanas. Demandaba perfeccionismo en cosas que no eran tan trascendentales en mi vida. Solo tenía veintitrés años. Necesitaba un respiro.

Me quedé en silencio, viendo cómo me miraba. Sus ojos se centraron en mis labios y los separé al notarlos.

—No acostumbro a besar hombres antes de la primera cita —bromeé en voz baja.

Steve rio. Su mano derecha me apartó el cabello de la cara. Dejó su mano en mi cabeza y se acercó para besarme. Cerré los ojos dispuesta a dejar que lo hiciera, pero el señor Jacobs nos interrumpió:

—Brenda me dijo que estaban aquí, pero había mucho silencio y me preocupe. Ya vamos a cenar, ¿nos acompañan?

Nos levantamos de las sillas con rapidez, alejándonos un paso hacia un lado para evitar la cercanía. Steve se aclaró la garganta y se alisó un poco la sudadera que traía puesta. Yo asentí, respondiendo a su pregunta porque Steve no contestó nada. Su rostro parecía un pedazo de papel blanco que causaba gracia ver. El señor Jacobs sonrió con maldad y salió del salón. Steve y yo cruzamos miradas incómodas, y fuimos tras él.

Brenda tenía razón, era un estofado delicioso. No recordaba la última vez que me había sentado a la mesa a disfrutar de una cena familiar como lo hice en ese momento. Ayudé a recoger los platos de la mesa después de cenar mientras Brenda se encargaba de hacer el chequeo diario al señor Jacobs. Steve se acercó con ánimo de querer ayudar y yo no me opuse. Él lavó los platos y yo los sequé para ponerlos en su lugar. No hablamos mientras hicimos la labor, pero las miradas y sonrisas cómplices no faltaron. Brenda entró a la cocina justo en el momento que ya habíamos terminado de limpiar todo, solo para avisarme que Madi se había quedado dormida en el sofá, y antes de que pudiera decir algo, Steve se ofreció a llevarla por mí. Brenda lo miró con complicidad y luego a mí. Le agradeció tanta amabilidad y volvió a dejarnos solos en la cocina. Sacudí la cabeza al mirarlo. Steve no disimuló ni un poco, y Brenda era muy perspicaz.

Llevé en mis manos el pequeño bolso de Madison, mientras Steve la llevaba a ella en sus

brazos y caminábamos por una cuadra y media por la calle *Coming* hasta la calle *Warren*, donde vivía yo. A pesar de que era un poco tarde no quiso apresurar el paso. Se mantuvo caminando a paso lento, a mi ritmo. Extrañamente comencé a sentirme de buen ánimo. Era como si al estar cerca de él se alejara la angustia y la tristeza.

—Mi tío mencionó que estabas buscando otro trabajo. ¿Puedo preguntar por qué la urgencia?

Suspiré.

—Es una larga historia. Para resumirla: mamá enfermó, y papá decidió hipotecar la casa para pagar su tratamiento. Papá nos abandonó cuando se enteró de que mamá no mejoraría. Mi hermano menor cayó en las drogas, nos robó algunos ahorros a mi hermana y a mí, y mi hermana también se fue, así que... debo pagar la hipoteca o no tendré dónde vivir.

—¿De qué enfermó tu madre?

—Tenía diabetes —empecé a narrar los hechos—. Trató de llevar una vida normal, hasta que le diagnosticaron miocardiopatía dilatada; su corazón era más grande de lo normal a causa de la diabetes. Mis hermanos y yo pensábamos que no iba a resistir más de un año, pero pasó un año y siguió con nosotros, así que lo olvidamos. Aun así, siempre cuidamos de ella —continué, observando cada árbol que había en el camino—. Murió diez meses después de eso. Se quedó dormida tejiendo un suéter, Alana fue quien se dio cuenta.

—Lo lamento, no quise hacerte recordar ese momento. De verdad, lo siento. —Steve se disculpó.

—Está bien, no te preocupes —asentí, aclarándome la garganta—. Me gusta recordarla ¿sabes?, aunque aún no logró controlar esa sensación de vacío. Es como una presión que se siembra aquí y se siente horrible —expliqué, poniendo una mano en mi pecho.

—No hace falta que quieras explicarlo, entiendo perfectamente el sentimiento —coincidió conmigo.

Aquello se escuchó sincero. Pensé que sería la introducción que daría paso a la narración de su historia, pero no lo hizo. Tal vez eran muchos recuerdos tristes para una sola noche.

Abrí la puerta de la entrada al llegar a casa, Steve se dispuso a entrar, pero su brazo derecho chocó con la puerta. El golpe sonó un poco fuerte, Madison hizo un movimiento y se quejó al sentir incomodidad. Subió las escaleras, se dirigió hasta su habitación y la recostó en la cama. Le quitó los zapatos y se aseguró de que la manta la cubriera. Salió de la habitación sonriéndome mientras yo esperaba en el pasillo. Juntos bajamos las escaleras, contemplando el silencio que atrapa la casa. Me detuve en el pasillo con los brazos cruzados mientras él echaba un vistazo al lugar, luego se detuvo en la sala asintiendo.

—Es una linda casa —señaló.

Solté los brazos y di unos pasos hasta llegar al salón donde él se encontraba.

—Lo sé —coincidió con él—. Gracias por habernos acompañado y por traerla.

—No hay problema. —Metió las manos en los bolsillos de su pantalón—, puedo seguir trayéndola cuando lo necesites. Bueno, mientras esté en la ciudad.

—¡Oh, no! No quiero molestarte —refuté, dando un paso hacia atrás.

—No me molesta para nada —insistió, dando un paso hacia adelante para acercarse a mí.

—Está bien —acepté al fin, desviando la mirada hacia un lado al retroceder un paso más—. ¿Te gustaría tomar un vaso de limonada o agua? —pregunté para tratar de librarme de la situación en la que nos encontrábamos, pero él ya había avanzado dos pasos más y yo ya no tenía opción de seguir retrocediendo.

De repente mi espalda chocó con la pared y abrí los ojos con amplitud al verme acorralada.

—No, estoy bien. Ya debería irme —rechazó mi oferta, sin tener intenciones de querer irse en realidad.

Yo asentí, pero no hizo ningún movimiento que indicara que se iría. Empecé a reír nerviosa porque seguía frente a mí sin dejar de mirarme.

—¿Por qué te ríes? —preguntó.

Su voz retumbó en mi pecho. Yo negué, tratando de disimular los nervios.

—Por nada... ¿Qué haces? —pregunté al ver que dio un paso corto y quedó a centímetros de mi rostro.

—Tal vez quiero besarte —contestó rápidamente.

Alineé los labios. Las piernas me temblaron. Levantó su mano y acomodó los mechones de cabello que tenía en la cara, detrás de mi oreja. Automáticamente se me erizó la piel al sentir su mano pasar por mi rostro.

—O tal vez quiero saber si esta vez dirás que sí, si vuelvo a pedirte que salgamos —continuó, poniendo una mano en la pared.

Sentí el olor de su perfume. Tal vez fue una mala idea haber aceptado que me acompañara a casa. Era débil, y Steve hacía que todo el cuerpo me temblara cuando se me acercaba con tanta seguridad y descaro.

—Solo lo sabrás si vuelves a preguntar —sugerí en voz baja.

Steve sonrió, ladeando los labios. La mano que había dejado libre se aferró a mi cintura. Abrí la boca al sentir la calidez y el contacto. Pasé saliva. No podía permitir que pasara sin siquiera haber tenido una cita en la que pudiéramos hablar de algo diferente a mis miserias, pero llevaba tanto tiempo sola, sin estar con alguien, que al sentirlo tan cerca, la excitación se activó dentro de mí como encender un interruptor.

—Me gustas, Savannah Williams —susurró en mi oído, y yo dejé de existir en este mundo.

Levanté la mirada para ver sus ojos y sus labios. El poco cabello negro que resaltaba en su cabeza brillaba por la luz de las lámparas de la casa. Acarició mi mejilla derecha con su pulgar. Sus ojos me miraron como si me dijeran que yo debía pedirle que me besara. Me gustaba que tuviera la osadía de confesarme lo que sentía por mí sin miedo a nada.

—Invades mi espacio personal. Por favor, esto es raro —musité, tratando de recuperar la compostura.

Puse las manos en su pecho. Se sintió fuerte y firme. En un pensamiento alocado quise quitarle la camiseta y pasar mis manos por sus brazos, pecho y abdomen. Me humedecí los labios con la lengua al pensarlo. Steve sonrió divertido y retrocedió un paso. Respiré hondo y aliviada de no tenerlo tan cerca.

—Es increíble que pienses que puedo llegar a besarte sin tener tu consentimiento o por lo menos una cita —alegó como si fuera una ofensa lo que yo pensaba—. Creo que mejor esperaré a que tú invadas mi espacio personal —me señaló con el dedo índice. Su tono de voz sonó divertido y maldadoso.

Sacudí la cabeza. Fruncí la cara al reír. Steve rio conmigo también. Tal vez en su cabeza sonó diferente aquella frase.

—¿Qué harás mañana en la noche? —preguntó después de dejar de reír.

—No lo sé. —Encogí los hombros.

—Bien, entonces paso por ti mañana a las diez. ¿Qué dices? —propuso, mirándome con expectativa.

Abrí la boca y se me escapó un suspiro. Negué sutilmente al apretar los labios. Steve Jacobs era

un hombre muy persuasivo.

—No puedo dejar a Madison sola —refuté.

—Que venga con nosotros.

—¿Qué?

—Es broma. La dejamos en casa de mi tío.

Rei otra vez. Me gustaba su sentido del humor.

—Está bien, mañana a las diez —acepté.

—¡Sí! —Steve celebró, empuñando las manos y agitándolas en el aire— Es una cita, Williams.

Descansa.

Sin preverlo se acercó y besó mi mejilla izquierda. Aquello me dejó desconcertada.

—Tú igual —balbuceé.

Metió las manos en los bolsillos de su pantalón y se dirigió a la salida. Respiré profundo cuando escuché que la puerta se cerró y me dejé caer en el sofá boca abajo. Qué calor el que sentí de repente. Quería gritar, pero sabía que no era apropiado. Me di la vuelta hasta quedar boca arriba y puse una mano en el pecho y la otra en la frente. ¿Cómo podía ser posible que una persona lograra hacerme sentir que el corazón se me saldría del pecho? Se sintió terriblemente bien todo lo que pasó minutos antes. Chillé de emoción ahogando aquel grito para que Madison y los vecinos no se despertaran. Agité las piernas en el aire. Era demasiado para poder asimilarlo en unas horas, me robó el sueño como si hubiera tomado mucho café durante el día y aunque intenté varias veces recostarme en la cama y conciliar el sueño, no lo logré. Me preparé para el insomnio causado por Steve Jacobs esa noche.

6

No comí nada desde las siete de la noche porque me acercaba a la hora de la cita con Steve y la ansiedad se empezó a pronunciar. Solo quedaba media hora antes de que pasara por mí, y me sentía fuera de órbita consumida por los nervios. No sabía cómo vestirme, la mayoría de mi ropa eran vestidos que me gustaba usar en primavera y verano. Me agradaba sentir la frescura de la tela delgada, la comodidad de las tiras, y la calidez de los colores pasteles. Eran mis favoritos. Después de sacar toda la ropa del closet y dejarla amontonada sobre la cama, al probarme un vestido tras otro, terminé por usar el primero.

Escuché el motor de un auto apagarse y abrí los ojos alarmada: Steve ya había llegado. Me asomé por la ventana y confirmé que se trataba de él. Le pidió prestado el auto a su tío y al parecer no tuvo que insistir mucho. Giré la cabeza para ver la hora, el reloj marcaba las diez en punto exactamente. Me sorprendió lo puntual que era, luego recordé que estaba en el ejército y todo tuvo mucho más sentido. Me miré en el espejo una última vez y asentí después de darme el visto bueno. El timbre sonó mientras bajaba las escaleras y al abrir la puerta, el aroma del perfume que Steve se había aplicado se esparció rápidamente en el interior de la casa. Su ropa se veía impecable. La camisa blanca que llevaba puesta, hacía juego con el pantalón azul oscuro que había elegido y todo parecía acomodarse a su tono de piel. Me mostró sus pequeños dientes alineados al sonreír cuando nuestras miradas se encontraron y abrió la boca al mirarme de pies a cabeza.

—¡Wow! Te ves... muy bonita —apreció. Parecía nervioso.

—Gracias —contesté, sonriéndole con timidez—Tú también te ves muy bien.

—Bueno, esto fue —señaló la camisa—, ayuda de Brenda en realidad.

Reí.

—¿Vamos? —preguntó al ofrecerme su brazo.

Di un paso afuera. Aseguré la puerta. Asentí y sujeté su brazo con la mano derecha. Me abrió la puerta del auto y me senté en la silla del copiloto. La calefacción estaba encendida y se sintió bastante cálido ahí dentro. Steve se subió por el otro lado y me regaló un intento de sonrisa porque en realidad apretó los labios. Encendió el auto y luego la radio. Se puso en marcha con cautela y mantuvo el volumen de la radio en un nivel bajo para que pudiéramos conversar sin interrupciones.

—¿A dónde vamos? —pregunté interesada.

—Es una sorpresa —contestó, arqueando las cejas.

—Está bien.

—¿Te preocupa que seas víctima de secuestro?

—No. —Reí—. En realidad, no me preocupa nada.

—¿De verdad? —Steve frunció el ceño. Su voz sonó incrédula.

Asentí, moviendo la cabeza reiteradamente al alinear los labios.

—Prometí dejar que las cosas fluyan. No voy a estresarme.

Steve asintió al levantar las cejas.

—Muy bien dicho, Williams —me felicitó—. Imagino que conoces bien la ciudad y sus alrededores —supuso mientras miraba en ambas direcciones antes de doblar una esquina.

—La verdad muy poco. Papá solía llevarnos a mis hermanos y a mí a La Isla de Sullivan cuando estábamos pequeños. Algunas veces fuimos al norte de Charleston, pero fue más por cosas de trabajo de papá cuando quería que lo acompañáramos; y con mi hermano Peter y mi amigo Dylan, solíamos ir a la isla de *Palms Beach* y *Folly Beach* porque ya sabes, son los lugares que más se frecuentan en verano. Salíamos de la escuela y Dylan convencía a su mamá para que le prestara el auto. Eran buenos tiempos —narré con emoción.

Steve parecía entretenido escuchándome.

—Son buenos sitios —apuntó—. ¿Qué tal el acuario de Carolina del Sur? —preguntó y negué al escucharlo—. ¿*John Island*? —continuó y volví a negar—. ¿*James Island*?

—No, tampoco —negué.

—¡Ja! Parece que tendremos mucho trabajo estas semanas, señorita Williams —anunció optimista.

Fruncí el ceño confundida.

—Ya lo verás. Por lo pronto, nuestro destino esta noche será otro —indicó sin darme muchas pistas.

Asentí sin insistir. Steve se encargó de mantenerme ocupada todo el camino contestándole preguntas con respecto a cualquier cosa que se le ocurriera: sobre cómo le iba a Madison en la escuela, sobre cómo me sentía en cada uno de los trabajos que tenía, sobre las cosas que me gustaría hacer si tuviera más tiempo libre; y cuando me di cuenta, ya se había estacionado en la calle *East Bay*.

—Llegamos —anunció sonriente al detenerse.

Miré por la ventana hacia afuera. Algunos locales seguían abiertos, pero no se veían restaurantes ni lugares de interés en los que pudiéramos tener una cita. Steve se bajó del auto, solté el cinturón de seguridad para seguirlo y antes de que pudiera abrir la puerta, él lo hizo por mí. Bajé con el abrigo en la mano y vi cómo sacaba algunas cosas del baúl. Puso un abrigo sobre su hombro, y una bolsa de tela grande después de percatarse de que ya tenía todo listo.

—Deberías ponerte el abrigo —sugirió al levantar la mirada y encontrarme frente a él con las manos entrelazadas.

—Claro —asentí.

Steve se acercó y me ayudó a organizar las mangas y el cuello del abrigo después de que lo tenía puesto, se giró hacia atrás para coger una bufanda que había dejado sobre el auto y la puso alrededor de mi cuello. Luego se puso su abrigo y me ofreció la mano para continuar nuestro camino. Justo en la calle de *East Bay*, hay una intersección por la séptima *Clark Park* que lleva al puente que está sobre el río *Cooper*. Después de caminar unos minutos y dirigirnos hacia la zona peatonal, Steve se detuvo y soltó mi mano.

—Bienvenida al puente Arthur Ravenel Jr. —admiró como si fuera el mejor lugar del mundo— ¿Habías estado aquí antes? —preguntó al girar la cabeza para mirarme.

—Jamás —contesté y su rostro se iluminó.

Se sintió satisfecho porque su plan salió a la perfección hasta ese momento.

—Bueno, pues hoy será tu primera vez.

Me extendió su mano otra vez y la sujeté. Continuamos caminando a paso lento para apreciar la vista.

—Hoy seré tu guía turístico —mencionó con seriedad, como si requiriera de profesionalismo.

—Muchas gracias —contesté, asintiendo.

—El puente Arthur Ravenel, tiene 2.5 millas de largo y es el puente más largo de los Estados Unidos. Hacía allá —señaló al frente—, queda la ciudad de *Mount Pleasant* y otras playas. Ubicado en la ruta diecisiete, cuenta con ocho carriles. Si deseas disfrutar de su arquitectura, también puedes pasar justo debajo del puente en un crucero turístico o simplemente caminar de un extremo al otro y disfrutar de la vista y la brisa —concluyó, cambiando el tono de su voz, como si en realidad fuera un guía turístico.

—¿Cómo es que sabes todo eso? —pregunté asombrada.

—Solía venir con papá. Le gustaba ser espectador de los eventos anuales que realizan, como la carrera del puente del río *Cooper*. Era un fanático. Gracias a él descubrí muchas cosas interesantes. No solo de Charleston, de otras ciudades también.

—¡Wow! Es increíble —admiré.

—Lo es... Me gusta venir aquí a ver el paisaje y pensar. Cuanta más brisa sientas invadiendo tu espacio personal, mucho mejor —bromeó, lanzándome una mirada divertida.

Reí, inclinando la cabeza.

Nos detuvimos en algún punto del puente. No supe en qué parte estábamos realmente, pero cada vez que intentaba mirar hacia el frente, el camino se hacía pequeño hasta perderse en la oscuridad. Seguramente no habíamos caminado ni la mitad de todo el puente. Steve descargó la bolsa de tela que traía en el hombro y yo descargué los brazos en uno de los tubos de la reja que tenía el puente al costado. La vista era fascinante, nunca había visto algo parecido. Admiré lo enorme que se veía el río, el puerto de la ciudad iluminada al lado izquierdo y más agua que nos rodeaba detrás de nosotros. La brisa era tan fuerte que sentía el ruido que hacía al soplar, y el frío que empezaba a apoderarse de mis piernas.

—Ven, siéntate —me dijo Steve, sacándome de mi asombro.

Giré la cabeza y lo vi sentado, recostado a la pequeña pared que dividía la zona peatonal de la vía de transporte. Me senté junto a él, desdobló una manta de lana y la puso sobre mis piernas. Mi reacción fue levantar la mirada a su rostro mientras me cubría. No me miró, estaba concentrado acomodando la manta para asegurarse de que el frío no me invadiera.

—¿Estás bien? ¿Tienes frío? —me preguntó al levantar la mirada, desentendido de lo que yo estaba pensando en ese momento.

—No, estoy bien —contesté, agudizando la voz.

—Bien —asintió.

Giró la cabeza y continuó sacando cosas de aquella bolsa de tela que empezaba a parecerme mágica. La bolsa mágica de Steve.

—Traté de pensar en algo diferente, pero créeme que, a pesar de todo, lo único que combinaba con este momento, eran hamburguesas doble carne con queso extra. —Su explicación sonó a una manera de excusarse por no haber conseguido algo mejor.

—Valoro el esfuerzo. Y, además, amo las hamburguesas doble carne con queso extra.

—¡Perfecto! —exclamó con satisfacción.

Steve me entregó una hamburguesa. Todavía estaba tibia y justo cuando percibí el olor de la carne mezclada con el queso fundido, sentí hambre. Comimos hamburguesas con Coca-Cola

mientras veíamos aquel paisaje como si disfrutáramos de una película en el cine. Nunca había hablado tanto con alguien como lo había hecho con Steve ese día. Nos cansamos de hablar en algún punto, supongo, porque de repente nos quedamos en silencio. Yo sentí dolor en la espalda y recosté la cabeza en el brazo de Steve, o simplemente fue una excusa para poder hacerlo. Sentí el olor de su perfume otra vez y quise abrazarlo.

—¿En qué piensas? —Steve preguntó.

—En nada —mentí en voz baja.

Sí pensaba en algo: Steve me gustaba mucho más de lo que podía imaginar. Incluso en los días que intentaba negarme a sentir algo, era cuando más lo hacía. Levanté la cabeza y lo primero que hice fue mirar sus labios. Luego levanté la mirada a sus ojos. ¿Qué más debía esperar? Tal vez no estaba bien, pero la atracción que sentía al verlo era más grande que mi control. Puse una mano en su mejilla y acerqué mis labios a los suyos. Seguramente Steve estuvo deseando por mucho tiempo que ese momento llegara. Sus labios eran suaves y estaban fríos. Qué beso más sensual y candente.

—¿Te gustaría salir conmigo otra vez? —me preguntó al separarse de mis labios.

—Me encantaría —contesté enseguida y volví a besarlo.

Abrí la puerta de mi casa con afán. Steve la azotó de un golpe al cerrarla. Entramos besándonos con efusividad. Comenzó a desabrochar los botones de su camisa y lo ayudé para que lo hiciera más rápido. Caí en el sofá de la sala y Steve cayó sobre mí. Su pecho quedó descubierto cuando desabrochó todos los botones de la camisa. Le ayudé a quitársela y la tiré a la alfombra. Puse mis manos en sus hombros y fui bajando por sus brazos. Vi algunas cicatrices que resaltaban sin necesidad de observar con atención. Fruncí el ceño. No era muy acogedor ver algo así. Era evidente que aquellas cicatrices eran producto de las heridas que dejaron sus misiones en el pasado.

Steve me besó por el cuello y cerré los ojos. Su mano derecha comenzó a subir por mi pierna y de repente la moralidad se cruzó por mi mente y pensé que lo que estábamos haciendo no era correcto.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunté entre jadeos al sentir su mano cerca de mis glúteos.

—¿De qué hablas? —contestó sin dejar de besarme.

—Esto. Yo no... —Me vi obligada a hacer una pausa. Mi respiración se entrecortó—, besó chicos en la primera cita. Tampoco me acuesto con ellos —expliqué.

La realidad es que estaba atrapada en un conflicto interno enorme.

—Esta será una excepción —apuntó sin intención de detenerse.

—¡Detente! —exclamé y Steve se detuvo de inmediato.

Se incorporó y yo lo hice igualmente. Ambos intentamos controlar la respiración.

—Lo siento. —Steve se disculpó.

Apretó los ojos arrepentido. No era su culpa. Se dejó llevar porque yo se lo permití.

—No quiero que pienses que tenía planeado esto porque no es así —se excusó.

Sacudí la cabeza al acomodarme el vestido y peinarme el cabello.

—No es tu culpa —refuté—. Yo... esto fue mi idea. No es tu culpa.

Steve levantó su camisa y me dio la espalda para vestirse. Su espalda también estaba llena de cicatrices. Algunas más profundas que otras. Fruncí el ceño. Sentí angustia al verlo y pensar en escenarios atroces en los que pudo hacerse esas heridas.

—Mejor me voy —anunció al girarse.

Me levanté del sofá asintiendo. Crucé los brazos, esperando a que lo hiciera, pero no se movió. Nos quedamos mirándonos. Me mordí el labio inferior con ansiedad. Parecía que él esperaba a que le dijera que no se fuera. Yo esperaba a que él dijera que no quería irse.

Dio un paso hacia adelante y luego otro. Me dio un beso en la frente para despedirse.

—Buenas noches —musitó con suavidad.

Steve salió de mi casa y me senté en el sofá, soltando una bocanada de aire. Cerré los ojos desconcertada. No había manera en la que pudiera olvidar algo así. Algo tan intenso.

7

La noche anterior a ese día —y a pesar de lo que había sucedido con Steve—, había soñado con Will Bagley. Supuse que fue producto de haberlo mencionado en la fiesta y haberlo visto, aunque solo hubieran sido un par de segundo. Lo tuve en mente todo el día, y me reproché a mí misma el no poder alejarlo de mi mente. ¿Qué me estaba pasando? Era más confusión que persona ese día. No tenía cabeza para pensar racionalmente. No sentía nada por Will, pero nuestra historia no tuvo un buen final y nunca lo hablamos.

Recordé la primera vez que hablé con él, fue en la cafetería. Se acercó a la mesa donde estaba almorzando, me mostró una deslumbrante y seductora sonrisa, y me dijo: «Hola, Williams. ¿Te gustaría ir al cine conmigo esta noche?». Lo miré intimidada, ruborizada, pero coqueta. Le devolví la sonrisa y le contesté: Me encantaría. Will se ruborizó también sin darse cuenta. Dijo que pasaría por mí a las ocho de la noche y me guiñó el ojo izquierdo antes de irse. Me gustaba que hiciera eso. Siempre me sentí a la altura a su altura, siempre sentí que éramos la pareja perfecta mientras estábamos en la escuela, pero ya hacía parte del pasado y necesitaba avanzar. Fuera de Cafecito, William Bagley esperaba recostado a su auto, con paciencia y el ceño fruncido. Su mirada me encontró y la expresión en su rostro cambió. «Hola», me saludó desde el otro lado de la calle, levantando una mano y sonriendo al verme. Hubiera querido reaccionar de otra manera, pero lo primero que hice fue fruncir el ceño y quedar inmóvil. Dio un paso al frente para aproximarse y la respiración se me cortó de golpe cuando me di cuenta de que venía hacia mí. No lo había terminado de procesar todavía: el hecho de que sí era a mí a quien se dirigía. Apreté los puños. Los nervios me invadieron. Ya era muy tarde para intentar huir, Ya estaba a mi lado.

—¿Cómo estás? —preguntó con el ánimo de iniciar una amistosa conversación.

—Bien —respondí, agudizando la voz—. ¿Qué tal tú?

—Han sido días buenos —asintió sin intención de alardear.

Alineé los labios, asintiendo. No se me ocurría qué más podía decir. Era como si las palabras dejaran de existir cada vez que lo veía. Bueno, solo desde que supe que vino a Charleston para la fiesta que Ethan hizo. Para ese entonces, pensé que ya estaba de vuelta en la universidad o donde fuera que estuviera viviendo. No contaba con tener que verlo modelar por las calles de Charleston. Aún era sexy y guapo. Tuvimos historia, aunque hubiera pasado el tiempo. Tal vez por eso seguían sobresaliendo ciertas cosas de él ante mis ojos. Tal vez por eso había soñado con él.

—Escuché que estuviste en la fiesta de Ethan, pero no te vi. Me hubiera gustado saludarte y hablar —continuó, intentando ser amigable.

¿Cómo supo que estuve en la fiesta? Apuesto que fue Bethany quien se lo dijo. Después de

haber mostrado tanto interés en que hablara con él, no me sorprendió que le hubiera mencionado algo. El problema era que temía que lo que le hubiera dicho, fuera comprometedor. No quería confundir más mi situación.

—Sí, es que me fui temprano. Dylan ya estaba fuera de control —expliqué, tratando de hacer memoria de lo ocurrido esa noche.

—Me imagino. Dylan siendo Dylan —intuyó, negando con la cabeza.

Reí bajito y asentí. Todos lo conocíamos.

—Bueno, me dio gusto verte, pero ya debo irme —anuncié y giré el cuerpo para darle la espalda.

—Espera —me detuvo al sujetarme del brazo.

Volví a mirarlo. Me soltó y pasó saliva.

—¿Qué harás esta noche? Me gustaría que fuéramos a comer algo —propuso nervioso.

¿Qué? ¿Acaso me estaba invitando a salir?

—¿Como una cita? —pregunté confundida.

—Bueno... solo quiero hablar contigo, si me lo permites —refutó mi suposición.

Respiré tranquila al escucharlo. William Bagley no podía aparecer de repente en mi vida y alterarlo todo. Fuimos novios por tres años en la secundaria, hasta que nos graduamos y él escogió su camino. Alguien como él, un deportista de ese nivel no podía quedarse en Charleston solo por la situación que yo estaba pasando. Era cruel verlo desde la perspectiva de cada uno, pero lo era aún más exigir cosas que estaban fuera de nuestra realidad. Fui yo quien terminó con él. Tal vez era la razón por la que me sentía tan incómoda y nerviosa al verlo y sentirlo cerca de mí. Teníamos asuntos pendientes, probablemente de eso se trataba; y quizá sabíamos que no estaríamos juntos para siempre, pero una relación de tres años se vuelve significativa y un tanto difícil de olvidar después de tantos momentos y primeras veces vividas.

—Claro, para hablar —repetí, sonriendo—. Tengo turno en el Burger shop. Salgo sobre las ocho y media, o nueve. Si quieres podemos vernos cerca de ahí —propuse.

—No te preocupes, yo paso a recogerte.

—Está bien —acepté.

—Hasta la noche —se despidió, retrocediendo para volver a su auto.

Asentí, bajando la mirada al suelo. Lo vi marcharse en el lujoso auto que sus padres le regalaron como premio por graduarse y lograr una beca. Todo gracias a su habilidad en el deporte. Aún se mantenía en forma.

Solté una bocanada de aire al fin. Apreté los labios y pensé que tal vez no era una buena idea como parecía ser al principio. ¿De qué teníamos que hablar? ¿Qué podía decirme después de cinco años? Debí ser yo quien lo buscara para hablar, para saber cómo estaba y cómo iban sus planes a futuro. Tal vez merecía una disculpa de mi parte tras tres años de relación, pero vivir ensimismada reducía la complejidad de las cosas a no decir nada y dejarlo pasar.

El auto de William estaba estacionado frente al Burger shop. Crucé los brazos indecisa y al mismo tiempo consumida por la curiosidad.

—Entonces era verdad. —Dylan habló detrás de mí y me sobresalté al escuchar su voz grave y profunda.

—¿Puedes dejar de hacer eso? —recriminé al verlo con seriedad.

Dylan se rio con malicia.

—Mi mamá dice que el pasado se debe dejar ahí, en el pasado. Es mejor no remover

sentimientos que quedaron sepultados —citó con sabiduría y profundidad.

Tal vez era cierto, pero me mataba la curiosidad.

—¿Entonces crees que no debería ir?

—Ve, no pierdes nada con intentarlo. Escucha lo que tiene que decir —me aconsejó con suavidad al poner sus manos sobre mis hombros.

Pensé que su respuesta me haría sentir segura, pero me sentí más indecisa que antes. Giré el cuerpo y hundí la cara en mis manos.

—¿En qué momento mi vida se volvió un drama romántico, Dylan? —reclamé al mirarlo a los ojos.

Dylan se rio.

—En serio, estaba mucho mejor cuando era invisible —continué, quejándome.

—Nunca has sido invisible —refutó—. La mayoría de imbéciles que vienen a comer a este restaurante, quieren salir contigo. Tú los ignoras y eso es diferente —me recordó que era una vil rompe corazones.

—¡Ah! ¡Cállate! No me estás ayudando —exclamé, volviendo a hundir la cara entre mis manos.

Dylan volvió a reírse.

—Te daré el mejor consejo que un amigo puede darle a otro amigo —mencionó con misterio. Lo miré con expectativa—. Ve con él, bésalo. Si besa mejor que Steve, quédate con él. Si no, deséchalo y quédate con Steve —bromeó.

Rasgué los ojos al mirarlo y lo golpeé en la cabeza con uno de los menús. Soltó una carcajada al ver mi expresión. La verdad es que sonó a algo que diría Bethany. Estaba perdida.

Me dirigí a la salida. William se bajó del auto y abrió la puerta del copiloto para que subiera. Unas calles más adelante, se detuvo y entramos a un pequeño restaurante de comida de mar. Tan solo me tomó cinco minutos para darme cuenta de que seguía siendo el mismo chico de la secundaria. La gente que nace y crece en Charleston es así, como William Bagley: lleno de carisma y una manera de hablarle a los demás con tanta amabilidad que era imposible no destacarlo como una de sus mejores cualidades. Siempre fue tan respetuoso y elegante a su manera.

Pidió arroz con camarones para los dos con un par de limonadas, y Nuggets de salmón para compartir antes de que llegara la comida. Recordé que siempre fue amante de la comida de mar, después de eso no hice más que recordar y recordar una cosa tras otra. ¿Qué hubiera sido de nosotros si él no se hubiera ido de Charleston? ¿Qué hubiera pasado si yo me hubiera ido con él? Estaría terminando una carrera profesional probablemente. A pesar de que el ochenta por ciento de las cosas que pensaba no ocurrían, me gustaba reflexionar en el “que hubiera sido si...”. Te abre un mundo de posibilidades, dudas existenciales, y alimenta la creatividad de maneras que nunca podrías imaginar. Genera nuevas ideas y al mismo tiempo frustra tus decisiones.

—Te ves muy bonita hoy. —Fue lo primero que me dijo, y la manera como quiso iniciar la conversación.

Mi sonrisa se desvaneció. Volví a tener diecisiete, y todos los momentos en los que William me dijo aquella frase, se agruparon en mi mente. Incliné la cabeza para evitar mirarlo. Evitar era lo único en lo que era buena últimamente.

—Este lugar es nuevo, ¿verdad? —preguntó para cambiar de tema.

—Sí, es nuevo. Lo inauguraron hace un poco más de un año —respondí y él asintió, dándole el

visto bueno.

Volví a mirarlo. Entrelacé las manos incómoda y desvié la mirada hacia la calle al darme cuenta de que él también lo hacía.

—Has cambiado —afirmó con suavidad.

Aquello me obligó a volver la mirada a él. Parecía que entramos a una conversación seria y profunda.

—¿Quién no lo hizo? Incluso tú cambiaste. No eres el mismo chico que conocí en la preparatoria —mentí para no sentir que todo el peso de los cambios caía sobre mí.

—Yo siento que sigo siendo el mismo —objetó, encogiendo los hombros.

Eso derribó mi teoría sobre el cambio.

—Tal vez en algunas cosas, pero todos cambiamos eventualmente —insistí.

—Nunca pierdes una, ¿eh? —Sonrió y enarcó una ceja, dándose por vencido.

Reí. La tensión empezaba a desvanecerse.

—Las circunstancias y el tiempo nos obligan a cambiar, aunque no queramos. De repente, un día, sin saber cómo, te das cuenta de que ya no eres el mismo —reflexionó.

No quise preguntar qué fue aquello que lo hizo tener ese concepto sobre el cambio. En el fondo sabía que parte de su lamento era mi culpa. ¿Aún sentía algo por él? No lo sé. Era muy pronto para saberlo, pero sentía un profundo gusto por tenerlo frente a mí, aunque el recuerdo de todas esas cosas que viví junto a él doliera tanto, que me presionara el pecho.

—Tienes razón —coincidí.

Lo miré, sintiéndome culpable.

—Me siento diferente desde que terminaste conmigo —manifestó.

Cerré los ojos e incliné la cabeza.

Acabar con la ilusión del primer amor destroza el corazón. Te hace pensar que estar enamorado no es nada más que algo cruel y masoquista. Nunca piensas en los pormenores. Siempre te centras en la felicidad que sientes en el momento, y está bien. ¿Para qué pensar en el futuro y dañar toda esa alegría? El problema es, cuando llega ese futuro que no pudiste predecir, y manejado por los impulsos, tomas malas decisiones. Luego debes recoger con dolor los pedazos que quedaron de ti después de haberle entregado parte de tu vida a esa persona. No importa quién tomó la decisión de separarse. El sufrimiento no es relativo, se queda en el pecho como una herida abierta y punzante. Cada recuerdo se convierte en la sal de esta, y perdura hasta que te acostumbras a vivir con él.

—Lo sé. Yo también me siento diferente desde ese entonces.

Una oleada de verdades y confesiones provenientes desde la sinceridad, comenzaron a salir de nuestras bocas. Todo aquello que no pudimos decirnos por culpa de las cosas injustas que saltaron sobre nosotros, encontraban su camino al fin.

Las relaciones sentimentales en la secundaria son complejas. Cada persona es un mundo diferente, y esos sueños que alguna vez anhelábamos perseguir, estaban lejos de poder estar en sintonía mutuamente. En algunos casos eso es lo que sucede. En otros, la muerte y el dolor solo pasan como una bala saliendo de un arma al dispararse, y todo se derrumba.

—Lamento no haberme ido contigo —sollocé—. Fue lo que debí hacer. Lo sabía, pero estaba sufriendo tanto, que me dejé hundir por el dolor. No podía pensar en nada más. Sé que te lastimé, y lo lamento demasiado —musité y volví a bajar la cabeza.

El aire se me iba, no podía pronunciar una palabra más. William expresó angustia al verme llorar, como si se arrepintiera de haber traído a colisión el tema. Él se levantó de la silla y se

sentó a mi lado. Pasó su brazo alrededor de mi espalda y me frotó el brazo con su cálida mano. Recosté la cabeza en su pecho. Tenía remordimientos, pero me costaba aceptarlo. Mi vida era un desastre y no lograba hacer que todo fuera de nuevo funcional. Siempre que lo intentaba, el agobio y la soledad me abofeteaban. No lograba desprenderme de las cosas que me arrebataron el futuro y la felicidad. Era cruel conmigo misma.

—Está bien. Tal vez no fue la mejor decisión, pero no tienes por qué ponerte así —me consoló con suavidad.

Eso era lo mejor que sabía hacer.

La mesera apareció frente a nosotros con los Nuggets de salmón. Hundí la cara para limpiarme las mejillas mientras ella descargaba la bandeja sobre la mesa. William le regaló una sonrisa simpática que ella le devolvió, y se marchó como si no hubiese visto nada. Me quedé mirando la comida. Olía y se veía delicioso. Al lado de la bandeja, un pequeño recipiente que contenía salsa de ceviche hacía resaltar nuestra entrada. Sentí hambre.

—¿Estás bien? —William me preguntó al poner sus dedos debajo de mi mentón para que ladeara la cara y lo viera.

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Olvida lo que pasó. Lo que importa ahora es el presente. Encárgate de que las decisiones que tomes te favorezcan a ti, primeramente —me aconsejó, alisando mi cabello con ternura.

No contesté nada. Mis ojos iban y venían, detallando su rostro: las escasas pecas que estaban en sus mejillas, sus largas pestañas y cejas gruesas, además de ser muy negras. Tan negras como si las hubiera reteñido con un lápiz. El color azul claro de sus ojos y la forma alargada de su nariz.

—¿Comemos? —inquirió con una sonrisa.

Asentí, sonriendo también.

Los Nuggets no duraron ni cinco minutos en la bandeja. Y haber terminado de comerlos, solo hizo que el hambre se magnificara, pero pude actuar con serenidad al esperar. Mientras tanto, me dejé llevar. Todo fluyó, y en medio de la charla, las risas comenzaron a surgir. Parecíamos dos viejos amigos que lograron superar su doloroso pasado y se ponían al corriente de todo lo que habían hecho en sus vidas hasta el momento.

William abrió la puerta para que bajara del auto. Me acompañó hasta el porche y ahí nos detuvimos, uno frente al otro.

—Gracias por esta noche. No sabía que la necesitaba hasta que... la vivimos —reconocí, sonriendo.

—Me alegra oír eso —asintió.

—¿Cuánto tiempo más estarás en Charleston?

—Mañana me regreso.

—Oh. En ese caso, te deseo buena suerte.

William asintió.

—Te compré esto —anunció, extendiendo el brazo que tenía escondido detrás de él.

Su mano sostenía un paquete mediano, de color rosa pastel. Aún recordaba que el rosado pastel era mi color favorito. Sonreí.

—No debiste hacerlo —refuté al recibirlo.

—No lo abras todavía. Hazlo cuando estés en tu habitación.

Le lancé una mirada cargada de misterio.

—Está bien.

Su abrazo inesperado me dejó consternada, lo que me obligó a suspirar. Se sintió como una segunda despedida, una definitiva.

William me soltó y volvió a mirarme. Metió las manos en los bolsillos de su pantalón y suspiró con fuerza.

—Me alegró volver a verte Savannah. Estuve muy preocupado por ti, pero ahora me voy tranquilo sabiendo que estarás bien —concluyó, encogiendo los hombros.

Asentí, inclinando la cabeza. Una sensación incómoda se sembró en mi pecho al darme cuenta que nos despedíamos para siempre, tal vez.

William subió a su auto y se marchó. Cuando lo perdí de vista, bajé la mirada a la bolsa. La abrí en mi habitación, como lo sugirió. Una caja forrada con papel y una tarjeta estaban ahí dentro.

*«Los mejores recuerdos pertenecen a momentos que vivimos con intensidad cuando nuestros sueños se materializan. Encárgate de que así sea de ahora en adelante. Aún estás a tiempo.
Con cariño, William.»*

Era lo que decía la nota. Me cubrí la boca con las manos al destapar la caja y encontrar una cámara semi profesional. No lo había olvidado aún. El último día que estuvimos en la playa —un mes antes de nuestra graduación y de que mamá muriera—, hablamos de nuestros sueños. De lo increíbles y prestigiosos que seríamos. Recordé que alguna vez tuve un proyecto de vida. Que alguna vez quise ser fotógrafa, y retratar a las modelos más famosas del país. Que soñé con tener mi propio estudio y ser reconocida por muchos. Gracias a William, las cosas a las que me aferré con convicción alguna vez y dejé en un rincón, volvían a resplandecer como el sol en medio de las nubes al amanecer.

8

Madison estaba frente a mí, llamándome para que despertara. Me costó más de lo que imaginé porque sentía los párpados pegados. La noche anterior le prometí que iríamos al parque en la mañana. Entonces ahí estaba yo; tratando de despertar para ir de paseo con Madison.

Caminé descalza y en pijama por la casa hasta la cocina. El teléfono sonó y automáticamente centré los ojos en él. Descolgué la bocina y lo puse en la oreja mientras me disponía a preparar el desayuno. Madison ya estaba lista, solo faltaba tratar de hacer algo por mí para verme decente esa mañana. El sábado era el día en el que la mayoría de los padres llevaban a sus hijos al parque. La ansiedad de Madison sobrepasaba los niveles. En la escuela no tenía suficiente tiempo para jugar al parecer. En realidad, nunca era suficiente para ella.

—¿Hola? —contesté, buscando la caja de cereal.

—Buenos días, pequeño rayo de sol. ¿Cómo te fue anoche? —preguntó Dylan al otro lado del teléfono con efusividad, yendo al grano.

Sonreí, sacudiendo la cabeza. No pudo soportarlo. Tuvo que llamar temprano para averiguar lo que sucedió con William la noche anterior. Giré la cabeza para ver si Madison estaba cerca. No quería que escuchara algo sobre Will. Menos cuando pasaba tanto tiempo con Steve. Todo lo que pudiera decir cerca de ella podía ser usado en mi contra.

—¿Es la única razón por la que me llamas? —reproché divertida al darme cuenta que era la única en la cocina.

—Claro que no —refuté, siguiéndome el juego—. ¿Qué tal está Madi? ¿Hizo sus tareas?

Reí. Serví el cereal en un plato hondo, saqué la leche de la nevera y la agregué. Puse una cuchara dentro y la dejé sobre la mesa de madera que se ubicaba al extremo de la cocina.

—Buen intento, Jones —advertí—. Madi, a desayunar —anuncié en voz alta, alejando el teléfono para no gritar a Dylan.

Volví a poner el teléfono en mi oreja.

—Por favor. Quiero saber. Anoche no pude dormir. Apiádate de mi ansiedad —imploró con jocosidad.

—No lo haré. No te contaré nada —negué divertida.

Madison llegó a la cocina. Venía corriendo. Descargó su pequeño bolso de princesas en una de las sillas vacías. Se sentó a la mesa y comenzó a comer con mucha rapidez.

—Oye, más despacio —sugerí en voz baja.

La niña me miró y bajó la velocidad a la que masticaba. Aún era temprano, no necesitaba comer como si no tuviera tiempo de vida.

—Me conformaré con un resumen —insistió.

—En lugar de preocuparte por mi vida sentimental y personal, deberías preocuparte por la

universidad y las chicas con las que no logras establecer una relación —aseveré, volviendo al mesón. Estaba preparando café.

—Puedo hacerlo todo sin ningún problema —afirmó y yo reí.

Le dije a Madison que estuviera pendiente de la cafetera mientras iba a vestirme. Continué hablando con Dylan mientras me duchaba. Así era como nos poníamos al corriente de las cosas. La voz de Madi llena de urgencia me hizo fruncir la cara. Bajé las escaleras con afán. Su plato de cereal estaba vacío, junto a un paquete de galletas y un vaso de cristal también. Ella misma se había servido jugo de naranja para complementar su desayuno. Rodó los ojos al verme y notar que aún no estaba lista. Solo me faltaba cepillar mi cabello y no iba a demorar más de cinco minutos. El café ya estaba listo. Me serví un poco y le di un sorbo.

—Tía ya deberíamos salir —sugirió con el mismo tono de voz. Parecía malhumorada.

—Ya lo sé, cariño. Solo me tomo el café y salimos.

Madison resopló, mirando hacia la cubierta. Caminó hacia la sala con su bolso colgado al hombro.

—Dylan, hablamos luego. Si no salgo ahora, mi sobrina me va a matar —me despedí.

—¿De qué hablas? No me has contado nada...

—¡Tía, date prisa! —gritó desde allá.

—Adiós, te quiero.

Colgué la llamada, sonriendo con picardía.

—Ya voy, ya voy —anuncié para calmar su afán.

Cuando miré a Madison al llegar a la sala, tenía los brazos cruzados y me miraba con desaprobación.

—Cariño, entiendo que quieres darte prisa, pero debes calmarte —empecé a advertirle con suavidad al llegar a ella y frotar sus brazos—. Estás alterando los nervios de tu tía. —Sonreí, conteniendo el estrés que me producía verla así.

Le di un beso en la frente y corrí al segundo piso otra vez para terminar de organizar mi cabello antes de que pudiera decir algo más. Ese día en especial estaba más impaciente que cualquier otro día y no entendía por qué. Todo el día estaríamos fuera, iríamos al parque, a la playa, al cine.... Era lo que hacíamos los sábados, y apenas eran las ocho y media de la mañana. Algo no estaba bien. Descansé lo suficiente la noche anterior, pero en cuanto vi la actitud de Madison, el cansancio volvió a mí.

Me senté en una banca del parque a verla jugar con otros niños. De repente se detuvo, porque lo que veía frente a ella era mucho más atractivo. Le brillaron los ojos y salió corriendo mientras gritaba: «¡Steve!», con mucha emoción. Extendió los brazos para abrazarlo mientras corría. Steve usaba unos lentes de sol, vestía un jean y una camiseta blanca que le quedaba ajustada al cuerpo. Traía una canasta en sus manos, y la descargó en el suelo en cuanto vio a Madison correr hacia él. Le mostró una sonrisa enorme, como si de verdad le causara alegría verla y se apoyó en sus rodillas para recibir ese pequeño y cálido abrazo. Intercambiaron algunas palabras, como si Madison tuviera muchas cosas que contarle a un hombre que apenas había conocido hace unos días. La niña me señaló, y Steve alzó la mirada para buscarme. Se levantó, retiró los lentes de su rostro, tomó la canasta y le dio la mano a Madison para caminar hacia mí. Ahora tenía sentido el porqué de su afán.

—Mira tía, Sav. El tío Steve vino a verme —me contó emocionada.

—¡Oh! ¿El tío Steve? —repetí, frunciendo el ceño. Ella asintió.

—También me dijo que venía a verte a ti —agregó, delatando a Steve.

Expresa sorpresa al mirarla y ella se rio.

—Oye... te dije que era un secreto. —Steve le reclamó.

Madison rio, se cubrió el rostro como si hubiera hecho una travesura y salió corriendo a jugar con los niños otra vez. Steve descargó la canasta a un lado de la banca y se sentó junto a mí.

—¿No pensaste que sería muy probable que Madi me contara tu secreto si tú se lo decías? —me dirigí a él.

—Ese era el plan —confesó al mirarme a los ojos y pasar su dedo índice por mi nariz.

Sonreí.

—¿Qué traes ahí? —pregunté, señalando la canasta con mis ojos.

—Oh, es el almuerzo. Vi una receta mexicana entre las cosas de Brenda y quise intentarlo —contestó, poniendo la mano sobre la canasta.

—No me digas que también cocinas. —Crucé los brazos y las piernas.

—Hago lo que puedo —contestó, presumiendo su habilidad.

—¡Vaya!, pero qué modesto.

—Es cierto, lo soy.

Steve apartó la mirada y llamó a Madison para ir a almorzar. Una cadena colgaba en su cuello con dos placas que reconocí inmediatamente: eran del ejército.

Nos levantamos de la banca en cuanto Madison se acercó a nosotros y caminamos por el sendero hasta llegar a las zonas verdes. Algunos estaban tendidos en la hierba sobre una manta, otros practicaban algún deporte y otros jugaban con sus perros. Los rayos de sol tenues nos brindaron calor ese día. El cielo se había despejado y a pesar de la brisa, parecía ser un día perfecto como para salir a la playa o al parque.

Tendimos la manta debajo de un frondoso árbol, Madison se sentó y dobló las piernas, esperando a que Steve empezara a sacar cosas de la canasta. El plato de comida que nos ofreció se veía y olía realmente bien, pero degustarlo fue la mejor parte. Tanto así, que Madison pidió repetir un poco más porque según ella, era lo más delicioso que había probado en el mundo. Claramente había olvidado el pollo estofado, la lasaña, las papas rellenas y la pizza casera que yo cocinaba algunas veces. Ahora todo giraba en torno a Steve, la tía Savannah iba quedando poco a poco en el olvido.

Madison terminó de comer y minutos después se levantó para jugar a un extremo de donde nos encontrábamos. Me aclaré la garganta porque sentí molestia de repente, mientras la atención de Steve se ponía en alguien más.

—Mira, es Harry. Le diré que venga —consideró efusivo—. ¿Está bien que lo invite? —me preguntó como si fuera necesaria mi aprobación.

—Claro, no pasa nada —contesté, disminuyendo el volumen de mi voz.

—¡Harry! —exclamó Steve, agitando una mano en el aire para que su amigo lo viera.

Escuché a Harry a lo lejos contestar el saludo, y Steve se levantó para estrecharlo en un abrazo. Yo quise hacer lo mismo, pero por alguna razón no sentí el ánimo. De pronto, no pude respirar igual. No sabía si mi nariz se tapaba o algo en mis pulmones no estaba bien, pero el aire que intentaba inhalar se volvía más y más denso. En cuestión de segundos sentí más dificultad, como si mi laringe se cerrara y no pudiera pasar el aire. Empuñé la mano y la descargué en la manta. Intenté regular la respiración, pero fallé.

—Oye, ¿estás bien? —Steve volvió la mirada a mí cuando notó mi incomodidad.

Segundos después de escucharlo, mi corazón se aceleró de una manera inexplicable y un

sonido agudo salió de mis oídos. Intenté hablar, pero no lo logré y comprendí lo que sucedía. Sentí miedo y una punzada de dolor me atravesó la cabeza. Sujeté con fuerza la camiseta y el brazo de Steve. Me angustié, pensé que iba a morir.

—Steve, ¿qué le pasa? —preguntó Harry con preocupación.

—No lo sé, estaba bien hace un minuto —contestó confundido—. Savannah, ¿qué pasa? —insistió.

Traté de decírselo, pero no podía pronunciar las palabras.

—¿Qué?

—Mi tía Savannah es alérgica al pimentón. —Madison intervino, explicando la razón de mi ahogamiento.

—¿Qué? —Los ojos de Steve se llenaron de miedo—. La comida tenía pimentón.

—¡Mierda! —exclamó Harry, llevando las manos a su cabeza.

—¡Tengo que llevarla al hospital! —exclamó con urgencia, levantándome en sus brazos—. Harry, lleva a Madison a casa de mi tío. Dile lo que pasó —le pidió a su amigo mientras apresuraba su paso.

—Está bien, date prisa —asintió.

Steve me recostó en el asiento trasero al llegar al auto. Segundos después ya estábamos en marcha. Fui consciente del momento en el que me pusieron en una camilla, de la máscara de oxígeno y la mano de Steve sosteniendo la mía mientras los enfermeros corrían conmigo por el pasillo. Antes de cerrar los ojos, su rostro sonrojado y mojado por el sudor, fue lo último que vi.

Cuando desperté, me sentí mejor. Lo primero que vi fue una bolsa de suero conectada a mi brazo, y luego a Steve, caminando de un lado a otro; expresando preocupación, culpabilidad, desespero tal vez. Respiró profundo con cansancio, entrelazó las manos y las pasó por detrás de la cabeza. Giró el cuerpo hacia el frente y al verme, abrió los ojos ampliamente. Su expresión de angustia cambió de inmediato.

—¡Santo cielo! ¡Al fin despiertas! —exclamó, sintiéndose aliviado.

Intenté hablar, pero me dolía la garganta. Solo asentí al escucharlo.

—¡Dios! —suspiró—. Qué susto me diste, Savannah. —Hizo una pausa—. Lo siento tanto.

Su voz se escuchó tan arrepentida. Negué, agitando la mano que estaba sobre mi abdomen para que no se disculpara. Había intentado levantarla, pero la sentí tan pesada, que preferí no esforzarme. El médico entró en la habitación y me regaló una sonrisa amable cuando se dio cuenta de que ya había despertado. Le pidió a Steve que lo acompañara por un momento porque necesitaba hablar con él y tuve que quedarme sola. Intenté dormir un poco, pero no pude hacerlo. Encendí la televisión y vi un programa de dibujos animados hasta que Steve volvió. Intenté incorporarme para sentarme y se apresuró a sostener mi espalda y el brazo izquierdo. Acomodó la almohada para que pudiera hacerlo sin ningún esfuerzo y me ayudó a comer después de que la enfermera llevó el carrito de comida.

La primera vez que tuve una reacción alérgica al pimentón, mi mamá lo descubrió a los siete años y lo controló con medicamentos que hacían que la reacción pasara. Pero esa vez se sintió mucho más fuerte, al punto de hacerme perder la razón. Tampoco recordaba cómo se llamaba el dichoso medicamento, porque después de que mamá se dio cuenta de mi alergia, nunca más volví a comer pimentón. Hasta ese día.

—¿Cuándo podré irme a casa? —pregunté despacio para no esforzar la voz. Se escuchaba terriblemente ronca y seca.

No me gustaban los hospitales y ya llevaba varias horas ahí. Era suficiente. Me preocupaba

Madison.

—Eso depende de cómo sigas —contestó.

—Pero ya me siento mejor —refuté, tratando de disimular la urgencia.

—Pero no lo estás —contradijo—. ¿Sabías que tu alergia al pimentón se llama anafilaxia? Hubieras muerto si no reacciono rápido y te traigo al hospital.

—No lo sabía —contesté, desviando la mirada.

—Eso no es todo. Tienes inicios de anemia, no estás en tu peso ideal y estás deshidratada —continuó—. Te han inyectado cuatro de esas —señaló con un movimiento de cabeza la bolsa de suero que estaba colgada en el tubo al lado de mi camilla.

Giré la cabeza para mirar hacia donde señalaba. Apreté mi labio inferior con los dientes, sintiéndome regañada. No dije nada, no sabía qué decir. En realidad, lo único en lo que podía pensar era en el enojo que sentía por enfermarme, porque no tenía el dinero para cubrir los gastos médicos, ni comprar los medicamentos, mucho menos para ponerme en tratamiento; es más, ni siquiera tenía seguro médico. El seguro expiró después de que papá se fue de casa.

—Y, además, no tienes seguro médico. Ni tú, ni Madison —agregó, relajando el rostro. ¿Qué significaba esa expresión?

¡Bingo, Steve! Justo eso era lo que estaba pensando.

—Lo siento, te pagaré los gastos de hospital —me excusé en voz baja.

—¿Qué? —preguntó como si mi comentario lo hubiera ofendido—. Savannah, ¿no lo entiendes? Estás enferma, casi mueres, no tienes seguro médico y, ¿tú me dices que vas a pagarme los gastos de hospital? No se trata de dinero, Savannah. ¿Qué sucede contigo? —me reprendió con seriedad. Frunció el ceño y su expresión cambió en cuestión de segundos.

—Lo lamento, es que no sé qué más decir. Siempre he estado tan ocupada trabajando, preocupada por otras cosas, que nunca pensé que fuera tan grave —expliqué, haciendo un esfuerzo.

—Sí, lo imaginé —afirmó rápidamente como si fuera muy predecible.

Se levantó de la silla, intentando reprimir cosas que quería decirme, tal vez. Se cubrió la boca con la mano derecha, quería ocultar el hecho de que su rostro se había enrojecido.

—¿Por qué estás tan molesto? —pregunté, manteniendo la mirada en la manta que me cubría.

—No lo sé —negó al suspirar, después de reflexionar en la pregunta—. No estoy molesto, es solo que tu situación me preocupa más de lo que debería —confesó.

El corazón me dio un vuelco. Quise sonreír, pero preferí no hacerlo. Se sintió bien sentirme protegida por él. Se impuso un silencio tenso en medio de los dos. Su mirada se encontró con la mía en algún momento, pero luego la apartó.

—Mi tío se hará cargo de tu seguro médico y el de Madison —informó, manteniendo sus ojos lejos de mí.

—No, Steve. No puedo aceptarlo. No es necesario —negué de inmediato. No me sentía bien cuando la gente hacía ese tipo de cosas por mí.

—Es que no tienes otra opción. Él ya se está encargando de todo —continuó, volviendo la mirada a mí, encogiendo los hombros.

Suspiré resignada e incliné la cabeza. El señor Jacobs era un anciano que necesitaba ayuda médica para estar bien cada día. Lo último que necesitaba, era una carga como yo.

La puerta de mi habitación se abrió. El señor Jacobs entró, mostrándome una tierna sonrisa. Puso su mano en mi espalda y con la otra me acarició el cabello.

—¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes? —preguntó preocupado.

—Me siento mucho mejor, señor Jacobs. Por favor, no se preocupe.

—¡Hmm! Nada de eso. No tienes por qué mentir, vengo de ver tu historial médico —refutó con seriedad.

Apreté los labios al escucharlo. Miré a Steve. Tenía los brazos cruzados y expresando el mismo gesto que su tío expresaba.

Incliné la cabeza.

—Le agradezco lo que está haciendo, pero no tiene por qué hacerlo —insistí en el tema del seguro médico.

El señor Jacobs negó inmediatamente.

—Te equivocas. Yo le prometí a tu mamá que siempre cuidaría de ti. Solo estoy cumpliendo mis promesas.

Fruncí los labios.

—Debes ser prudente con tu salud. Nadie cuidará de Madi como tú lo haces, ¿verdad? —continuó, hablándome con cariño.

Asentí, dándole la razón en todo.

—No quiero ser un problema para usted —argumenté en voz baja.

—Jamás lo has sido, y jamás lo serás —refutó otra vez.

Steve asintió cuando desvié la mirada hacia él.

—Gracias, señor Jacobs —pronuncié. Los ojos se me llenaron de lágrimas.

El anciano asintió y me dio un beso en la cabeza. Volvió a salir de la habitación para continuar con el papeleo de mi seguro médico. Entretanto, Steve dio pasos cortos y lentos hasta acercarse a la camilla. Soltó sus brazos y me miró indeciso. Quería abrazarme, pero no sabía si era prudente hacerlo. Al final lo hizo, después de notar lo frágil que me veía.

—Vamos a casa —susurró.

9

Madison era una niña que no tenía la culpa de tener una madre como mi hermana. No tenía la culpa de que mi mamá hubiera muerto, ni tenía la culpa de que yo no tuviera dinero suficiente para poder pagar un seguro médico, o darle las cosas que una niña de su edad necesita y quiere para vivir una infancia un poco más normal. Aun así, era la persona más perjudicada en todo lo que nos rodeaba. No pasamos por la casa del señor Jacobs a recogerla, porque alguien más ya lo había hecho. Sabía que había sido Alana. ¿Quién más podría ser? Se me tensionó el cuerpo cuando lo pensé. Sentí miedo y ansiedad. Tenía el mal presentimiento de que mi hermana tramaba algo. Siempre tenía la costumbre de actuar de manera impulsiva y seguramente esa no sería la excepción.

Volví a casa con Steve. Me apresuré a salir del auto para dirigirme al interior. La puerta estaba abierta. No recordaba que Alana tuviera llaves de la casa, lo que me hizo pensar que era buena idea cambiar la cerradura para evitar situaciones como esa. Al subir las escaleras la vi empacando la ropa y todas las cosas de la niña en una maleta, mientras ella estaba sentada en el suelo, en un rincón.

—Hola, tía. —La niña me saludó con tristeza.

La miré y le enseñé una sonrisa débil.

—¿Alana?... ¿Qué estás haciendo? —pregunté, tratando de mantener la tranquilidad, pero el corazón me latía con fuerza.

—Empaco las cosas de mi hija. ¿No es obvio? —respondió con brusquedad sin dejar de empacar y sin levantar la mirada para verme.

Tenía goma de mascar en la boca, el rímel se le había corrido y marcaba una sombra negra y desagradable debajo de sus ojos que no combinaba con el azul de sus ojos. Tenía sudor en el rostro, el cabello despeinado y el brillo del color rubio que solía tener ya se había opacado. Apestaba a alcohol y el color del barniz de sus uñas estaba desgastado.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —pregunté otra vez.

Soltó una risa pequeña y burlona.

—Haber dejado a mi hija contigo fue lo peor que pude hacer. Debí llevármela el día que me fui, pero ingenuamente pensé que estaría mejor contigo. Resulta que me equivoqué —explicó con un tono de enojo y descaro.

—¿Disculpa?, no estoy entendiendo nada.

—¿Creíste que no me enteraría de que llevas a mi hija todas las tardes a convivir con un extraño?

—El señor Jacobs y Brenda no son unos extraños. Son lo que han cuidado de Madison mientras yo trabajo, porque qué crees, necesito el dinero.

Dejó de empacar, dio unos pasos hacia mí, se pasó los dedos por la nariz, me miró desafiante y dijo burlándose:

—Pobre Savannah.

Miró a Steve y volvió a mirarme a mí.

—No vengas aquí a echarme en cara lo que has hecho por mi hija con tu cara de inocente. Es obvio que pasas el tiempo revolcándote con cualquiera que se cruza en tu camino —me acusó, entre dientes y desnudó a Steve al mirarlo de pies a cabeza.

Sentí que la cara se me puso caliente. Levanté la mano y la abofeteé. Madison se levantó del suelo y empezó a llorar pidiéndome que no golpear a su mamá. Steve caminó hacia ella y la tomó de la mano diciéndole que todo estaba bien, pero que nosotras necesitábamos hablar. Se llevó a la niña al piso de abajo mientras yo esperaba que Alana enloqueciera y me golpear a también, pero no lo hizo. Se rio como si disfrutara ser golpeada por mí y como si disfrutara hacerme enojar.

—Eres igualita a mamá —dijo entre risas y se dio la vuelta para seguir empacando.

Cerré los ojos, conteniendo las ganas de querer volver a golpearla porque entendí que lo hizo solo para provocarme.

—No viniste a llevarte a Madi porque estuviera pasando las tardes en casa del señor Jacobs. Ni siquiera lo sabías porque nunca llamaste, nunca contestaste una llamada, nunca te interesaste por saber cómo estaba, ¿pero ahora de repente te interesa? —la acusé con la intención de hacerla hablar.

—¡Eso a ti no te importa! ¡Es mi maldita hija! —gritó.

Alana tenía la habilidad de enojarse fácilmente, de ser agresiva y discutir con histeria.

—¡Claro que me importa! ¡Porque durante todo este tiempo yo la he cuidado y tú no has estado para ella! —exclamé y la garganta me dolió.

Ignoró mis palabras y salió de la habitación, bajó las escaleras y se dirigió a la cocina. Sacó varios paquetes de galletas, volvió a la habitación y los empacó en la maleta. Nuevamente salió, dirigiéndose al baño. Tomó las cosas de aseo de Madison y volvió a la habitación para guardarlas.

—¿Dónde estuviste durante todo este tiempo? ¿Por qué desapareciste así? ¿Por qué nos abandonaste, Alana? —le reclamé, empezando a llorar mientras la voz se me iba al sentir molestia en la garganta.

—Ahora te das cuenta de que la vida no es fácil, ¿eh, Sav? —reprochó, ignorando mis preguntas— ¿Qué se siente saber que te abandonan, que te dan la espalda, que eres la última en todo? Dime, querida Sav. ¿Qué se siente?

Mientras tanto, luchaba para cerrar la cremallera de la maleta.

—¿De eso se trata? ¿Sigues molesta conmigo por lo que pasó con Peter y por como mamá me trataba?

—¡Sí! ¡Estoy molesta contigo, Savannah! ¡Muy molesta! —confesó, gritándome— ¡Y me importa una mierda lo que digas!, ¿entiendes? —continuó gritando—. ¡Deja de creer que el puto mundo gira a tu alrededor, porque no es así! Lo único que hizo mamá fue malcriarte después de que inventaras estupideces.

De repente el pecho me dolió. Podía ver el odio en sus ojos.

—No eres especial como mamá lo decía, no tienes ningún propósito en este mundo y todo lo que dices que puedes hacer, es basura. No me interesa escucharte, eres patética —afirmó entre dientes, bajando la voz.

Su único propósito era herirme. Lo logró.

—¿Cómo puedes decirme algo así? —sollocé, sintiendo que me derrumbaba—. Cuido a tu hija, la llevo a la escuela, apenas duermo y como. Hago lo posible para seguir existiendo. Eres mi hermana, Alana. —relaté sin comprender por qué era capaz de decir cosas tan horribles—. Quédate, por favor. Lo resolveremos.

Alana se quedó mirándome por un momento, sosteniendo las maletas.

—Tú y yo jamás podremos vivir bajo el mismo techo. No después de todo lo que me hiciste —sentenció con crueldad.

La detuve al apretarle el brazo.

—Espera, por favor. Dime por qué te la llevas.

—Suéltame —me miró enojada y se soltó de mi mano—. Deberías celebrar que no vas a tener que hacerte cargo de mi hija nunca más —acentuó en voz baja—. Preocúpate por ti, tu cara apesta —agregó sin compasión y sin pensar en cómo se veía ella.

—Por favor, Alana —imploré, llorando con desespero.

—Vete a la mierda, Savannah —me insultó.

Salió de la habitación con las maletas en las manos y bajó las escaleras con prisa. Llamó a Madison y la niña salió del jardín trasero; y Steve detrás de ella.

—Es hora de irnos, vamos —le ordenó con brusquedad, pero Madison la miró con miedo.

—Quiero quedarme con la tía Sav —dijo, agudizando su voz.

—Madison, no tengo tiempo para esto. Vámonos ¡Ahora!

Alana se acercó a ella y la sujetó del brazo para hacerla caminar.

—¡No! ¡Suéltame! ¡No quiero ir contigo! —La niña empezó a gritar, llorando asustada.

—¡Madi! —exclamé al escucharla.

Alana la soltó y dejó que corriera hacia mí. La atrapé en un fuerte abrazo y dejamos salir el dolor que nos causaba aquella separación.

—No quiero irme, tía —sollozó sin apartarse de mi abrazo.

—Lo sé, mi amor, lo sé. Pero Alana es tu mamá y si ella quiere que vayas con ella, debes hacerlo.

—¿Volveré a verte? —preguntó, apartándose para verme a los ojos.

—Claro que sí, cielo. Nos volveremos a ver —afirmé mientras limpiaba sus lágrimas.

—Te amo, tía Sav.

Algo dentro de mí se quebró.

—Yo también te amo, cielo.

—Por favor cuida a mi tía Savannah por mí, tío Steve. —Madison miró a Steve con las mejillas llenas de lágrimas.

—Te lo prometo —contestó él al mostrarle una débil sonrisa.

La niña se dirigió a la puerta donde estaba su madre, pero no quiso darle la mano. Salí tras ellas para verlas marcharse. Sentí en el pecho que una parte de mí se desprendía al verla subir las cosas a un auto viejo y destartalado que estaba estacionado en frente. La niña se sentó en el asiento trasero sin apartar la vista de la ventana. Su pequeña mano se apoyaba en el cristal sin dejar de llorar. Verla hacerlo me partía el corazón en pedacitos.

Alana se sentó en el asiento del copiloto. Un hombre estaba al volante, pero no supe quién era. En cuanto se puso en marcha, empecé a llorar con intensidad y me dejé caer al suelo. Steve se inclinó, puso sus manos en mis brazos y los frotó con suavidad. Era su manera de consolarme. Probablemente nada se hubiera sentido mejor que su presencia en ese momento. Habría tenido

que soportarlo en soledad si él no hubiera estado ahí. Todo parecía ser un patrón; cada cosa que pasaba iba unida a la siguiente y en cada momento dramático de mi vida, Steve estaba presente.

Había algo en las ausencias y abandonos que no me dejaban ser yo misma. Me aterraba volver a casa y encerrarme en la tristeza que inundaría esas cuatro paredes. Todas las memorias y recuerdos felices que tenía de momentos vividos en esa casa empezaban a desvanecerse en el aire. Se escondían entre las paredes, mientras todo el dolor relucía con mucha más facilidad. Se esparcía como el veneno en terreno de cultivos. Madison se había ido y no existía un solo motivo por el que pudiera decir que era feliz y valía la pena seguir existiendo. No pude ir a la universidad, me condené a trabajar como si no hubiera un mañana y desarrollé la necesidad de estar acompañada todo el tiempo, de no estar sola. Creé una dependencia emocional que se magnificaba con cada abandono que vivía. Entre más tragedias, más sentía la urgencia de estar al lado de alguien o de que alguien estuviera cerca de mí, porque sería la manera más fácil de llenar el vacío que en el pasado alguien dejó. Sería la manera más fácil de intentar cerrar esas heridas que se abrían todos los días al recordar lo miserable que se había vuelto mi vida en un abrir y cerrar de ojos.

El cielo se nubló en un momento y comenzó a llover sin piedad. Rápidamente nos empapamos mientras seguía llorando y Steve no me soltaba.

—Vas a estar bien, lo prometo —susurró, después de darme un beso en la cabeza con suavidad.

Quise creer que aquella promesa se cumpliría. Ojalá estar bien pudiera decidirse como el encender un interruptor. No encontraba sosiego en ese momento. No era el hecho de que la niña se hubiera ido; era el hecho de que mi hermana prefería estar lejos de mí porque me odiaba, y le repugnaba pensar que yo era quien cuidaba de su hija en su ausencia. Tal vez eso fue lo que la hizo volver a Charleston, y yo tendría que obligarme a fingir que podría soportarlo y continuar.

A pesar de todo lo que la gente pudiera decir, Madison lograba mantenerme ocupada y llenaba ese vacío que mi papá y mis hermanos dejaron un día. Esa niña de seis años me hacía feliz con su existencia en mi vida, le daba un propósito. Y también me la habían arrebatado.

—Ven, entremos a casa. No quiero que te enfermes. —Steve sugirió con suavidad.

Sin una pizca de aliento me dejé llevar por su paso hasta entrar en casa otra vez.

Desperté al sentir la claridad del día en el rostro. Un cobertor estaba sobre mí y las cortinas que cubrían las ventanas de la sala dejaban que los pocos rayos del sol se filtraran. Me incorporé desperezándome, sin ser consciente de lo que había sucedido horas antes. Había dormido en el sofá, y el único ruido que se escuchaba, era el cantar de los pájaros afuera. Steve apareció de repente con una taza entre las manos. Me la ofreció, diciéndome que me ayudaría a calmar los nervios. Solo era té, pero en ese momento se escuchó medicinal.

—Gracias —susurré, sonriéndole.

—No hay de qué —contestó y se sentó frente a mí en uno de los sillones.

Bebí un sorbo y miré a través de la ventana. Nos mantuvimos en silencio. Steve no sabía qué decirme. Parecía sabio al estar y callar.

—En verdad aprecio esto que haces por mí. No tienes por qué hacerlo, pero lo haces. Gracias. —Rompí el silencio.

Steve asintió como si eso hubiera sido suficiente. Como si fuera lo único que habría querido recibir de mi parte para continuar preocupándose por mí.

Extendió una mano y la puso sobre la mía.

—Puedes contar conmigo para lo que necesites —expresó, inclinándose un poco para frotar mi

mano con su pulgar. Asentí antes de seguir bebiendo el té.

Steve se irguió sin dejar de mirarme.

—¿Qué es lo que sucede con tu hermana? —preguntó al fin. Se notaba que sentía curiosidad.

Negué, arqueando las cejas.

—Cuando era pequeña descubrí que tenía ciertas habilidades. Puedo hacer cosas que los demás no y cuando mamá se dio cuenta, juraba que era un don. Un regalo que Dios me había dado.

Esa era la raíz del problema, de nuestras diferencias y la razón por la que no podíamos llevarnos bien. Todo comenzó con la idea de “ser especial”.

—Alana cree que era la favorita de mamá. Piensa que tenía preferencias conmigo y tal vez tiene razón. El punto es que me odia porque creía que toda la atención la recibía yo —continué relatando los hechos que causaron nuestra rivalidad.

—Entonces, ¿todo esto porque está celosa de ti? —Steve frunció el ceño.

—Eso creo —supuse—. Además, siempre fui muy permisiva con Peter, nuestro hermano menor. Cuando se fue de casa con el dinero que ahorrábamos para el pago de la hipoteca, decidió culparme. Tal vez también tiene razón en eso. No puedes confiar en un drogadicto, Steve. Siempre mienten, te manipulan, se alteran con facilidad y se victimizan para que la culpa caiga sobre ti. Mi error fue confiar en él siempre que volvió arrepentido.

—No tienes la culpa de que tu hermano haya escogido ese camino —refutó, tratando de justificarme.

—Claro que la tengo —lo contradije—. La gente piensa que es mejor esconder lo que sienten, en especial los hombres. Nadie quiere mostrarse vulnerable porque en estos tiempos, vulnerabilidad es sinónimo de exageración, de querer llamar la atención. Peter supo esconderlo a la perfección. No le dimos la atención que merecía. Si lo hubiéramos hecho, te aseguro que estaría conmigo ahora, sin problemas con las drogas.

—No puedes seguir culpándote por algo que pasó hace años. Eras muy joven para ser el apoyo emocional de alguien más, y él también lo era.

—Tal vez, pero tener a alguien a tu lado puede ayudarte a no caer en el abismo al que estás a punto de lanzarte. El hecho de que estés ahí, aunque no hagas mucho, puede salvar una vida.

Steve alineó los labios y asintió, dándome la razón o tal vez rindiéndose en su intento de convencerme de que no era mi culpa.

—Ya no me queda nada, Steve. Mi mamá murió. Mi papá se fue y no tengo idea de dónde puede estar, ni siquiera tengo un número de teléfono para llamarlo; tampoco sé a dónde fue Alana y no tengo idea de si mi hermano sigue vivo o no. La única razón por la que trabajaba tan duro y me esforzaba tanto, era por Madison. No tiene sentido vivir una vida miserable.

—Oye, no es cierto. No digas eso. —Steve frunció el ceño con inquietud—. No permitas que el pasado y la tristeza te robe tus sueños, la felicidad y las personas que te quedan. Tienes a Dylan, a Brenda, a mi tío... —enumeró, haciendo una pausa—, a mí —puntualizó y yo levanté la mirada a su rostro—. Todos nos preocupamos por tu bienestar, estaremos siempre que nos necesites y jamás te dejaremos sola. Por lo menos sé que Brenda y mi tío jamás lo harán. No eres miserable. Todos tenemos un propósito en la vida, aunque ahora no lo creas.

Sonrió. Esa curva que se dibujó en su rostro tenía el ánimo de animarme, pero a pesar de que lo intentó, era triste. Se levantó del sillón y se sentó junto a mí en el sofá. Dejé la taza entre mis manos para que se calentaran, pues aún estaba tibia. Steve pasó sus dedos por mis mejillas y limpió las lágrimas que resbalaban con lentitud. Sentí más nostalgia y tristeza que antes. Me abrazó después de que su sonrisa desapareció. Mi cabeza se descargó aliviada en el hombro de

Steve.

—Te irás en dos semanas —solté de repente.

—Corrección: dos semanas y tres días —refutó, soltándose con suavidad.

—¿Cuál es la diferencia?

—La diferencia es que en tres días pueden pasar muchas cosas.

Su mirada se oscureció y sentí que penetró la mía.

—¿Qué pasará después de que te vayas?

—Bueno, pasarán cinco meses, tal vez seis, y volveré a casa.

—¿Y luego qué? ¿Te quedarás por tres semanas y volverás a irte por otros seis meses?

—De hecho... será un año, pero está bien. Si tú quieres estar conmigo, podemos hacer que funcione.

—Jamás he tenido una relación a distancia. No veo cómo pueda funcionar algo así.

—Hay... Hay maneras. Llamadas, video llamadas, cartas. Siempre, siempre podemos estar en contacto —balbuceó.

Steve empezó a ponerse nervioso. Lo noté por sus respuestas y porque su pierna derecha empezó a moverse a un ritmo acelerado, y no quise continuar la conversación. No tenía intención de abrumarlo ni de complicar las cosas.

—Creo que mejor me voy. Este no es un buen momento para hablar de esto. Yo no planeo pasar el rato o tener una aventura —apuntó—, quiero estar con alguien con quien pueda compartirlo todo —concluyó, bajando la voz. Apenas pude escucharlo.

—No me refería a eso. Solo tenía curiosidad. No está mal que quiera saber tu opinión sobre algunas cosas. No tienes que irte.

—No, no me malinterpretes. No está mal que quieras hacer preguntas, yo solo quería hacerte saber mis intenciones; tal vez eso te ayude a tomar una decisión. Y me voy porque de verdad no es un buen momento. Necesitas estar sola, necesitas aprender a estar sola también, Savannah.

Me quedé con la boca abierta. Tenía razón. Todos lo sabían y seguramente él lo descubrió. No era difícil poder notarlo: mi incapacidad para poder estar conmigo misma a solas. Se levantó del sofá y metió las manos en los bolsillos de su pantalón. Se inclinó y me dio un beso en la frente al despedirse. Pensé que volvería a llorar al sentir el silencio, pero no fue así. Sentí tanta calma que aprecié mi cuerpo alivianarse.

Me levanté del sofá y limpié toda la casa de extremo a extremo, siguiendo el consejo de Steve. Nadie puede hundirse en la depresión desde que intenté mantenerse a flote. Era lo que me decía con convicción. Me di una ducha, cociné porque de repente moría del hambre y luego me senté en el sofá a ver televisión. A disfrutar de programas que estaban de moda y yo no había tenido la oportunidad de ver por falta de tiempo.

Le eché un vistazo a la cámara que Will me obsequió. Pasé mis dedos por ella, como si la estuviera acariciando. Tuve varias veces el impulso de querer sacarla y usarla, pero nunca podía. No era capaz de oprimir un botón. Apreté los labios al sentir el corazón acelerado. Era una locura pensar que todo podía cambiar si decidía salir a tomar fotografías, si decidía contarle al mundo que era mi sueño más profundo. Volví a guardarla. Había algo que me detenía, que me decía que no estaba bien.

10

Dos días después, Steve me llevó al *Island Cabana Bar and Ship Store*. Un restaurante-bar de comida marina frente al mar ubicado en el histórico *Seabreeze Marina*, en el centro de Charleston. Con una vista increíble del puerto de la ciudad y un ambiente que te hace querer quedarte por mucho más tiempo del que planeas. Era nuestra segunda cita. Cuando le dije a Steve que la comida de mar era mi preferida, levantó la cabeza y unió las manos para agradecerle a Dios por el golpe de suerte que tuvo. Probamos tres platos diferentes y tomamos cerveza mientras hablamos. Estuvimos caminando por horas en la playa y el agua se sentía helada a pesar de que el sol hizo su aparición durante el día. Me subí en su espalda y me dio un paseo mientras continuamos nuestra conversación.

Al volver a casa y bajar del auto, aprecié el color naranja que empezó a teñir el cielo a causa del atardecer. Hizo frío y el silencio nos acompañó al entrar a casa. Subí las escaleras para ir directamente al baño y darme una ducha caliente. Cuando salí, escuché un sonido inusual que provenía de la cocina; y percibí también un olor agradable que se esparció rápidamente por toda la casa. Bajé las escaleras envuelta en la toalla, con el cabello mojado, goteando en el suelo. Me asomé en silencio para que no me viera: estaba preparando algo de comer. Tenía salsa en un tazón pequeño, papas fritas en otro, y muchas cosas más sobre el mesón. Me desconcertó, siempre lo hacía. El hecho de saber que invertía casi todo su tiempo conmigo, me asustaba. Ya empezaba a acostumbrarme a su compañía y eso significaba que en algún momento me haría falta estar cerca de él. Todo ese tiempo traté de reprimir mis emociones, aunque fallé en el intento. ¿Qué sentido tenía reprimirlos si seguía estando junto a él? Me estaba obligando a no sentir nada mientras él hacía todo lo posible para que yo sintiera todo.

—¿Qué tal estuvo la ducha? —me preguntó sin darse la vuelta para verme.

Detuve mi respiración unos segundos al haber sido descubierta sin esperarlo.

—¡Genial! —contesté y él asintió—. ¿Qué haces?

—Algo de comer. Dijiste que tenías hambre.

—No, me refiero a por qué lo haces.

Detuvo la acción y se dio la vuelta para verme. Sus ojos me estudiaron de pies a cabeza de manera rápida para que no lo notara, pero ya había sido muy evidente. Se aclaró la garganta después de que yo pusiera mis manos en el pecho para sostener la toalla en la parte de adelante para que no se cayera, y desvió la mirada con incomodidad.

—Pensé que te gustaría que lo hiciera —manifestó, manteniendo la mirada lejos de mí.

—Ese es el problema. Me gusta todo lo que haces por mí y no es bueno. —Mi voz intentaba suplicarle que dejara de tener aquellas atenciones conmigo.

—Claro que lo es. Si no lo fuera, no lo disfrutarías.

—Steve, por favor...

—No digas nada —me interrumpió, poniendo las manos al frente—. Hoy ha sido un buen día, dejemos que lo siga siendo.

Me mostró una sonrisa, pero percibí un poco de decepción en su voz y me arrepentí de lo que dije.

—Está bien —asentí—. Deberías ducharte, si quieres. Tengo ropa de mi hermano que puede quedarte —sugerí.

—Bien, gracias —aceptó.

Anuncié que volvería al segundo piso para vestirme y Steve asintió. Me di la vuelta, esperando que en algún momento me detuviera, pero no lo hizo. Cerré los ojos, recriminándome por mi falta de determinación. Quería mantenerlo lejos de mí, pero quería que estuviera cerca al mismo tiempo. Mientras cerré la puerta de mi cuarto, recordé el aroma que desprendía su piel, la calidez de su abrazo, sus facciones, su sonrisa, su voz; y todo aquello, aceleró mi corazón de una manera excitante. Di la vuelta y abrí la puerta, arrepintiéndome de lo que no hice en la cocina, ni días atrás. Fui al baño y esperé a que el sonido del agua al caer se detuviera. Abrí la puerta cuando terminó de ducharse. Steve estaba envuelto en la toalla, dejando su pecho al descubierto y todas sus cicatrices relucían con tristeza. Sentí un impulso loco por querer tocarlo y sentir su piel de una manera más íntima.

—¿Qué pasa? —preguntó desconcertado.

—Nada... —contesté.

Di un paso adentro y cerré la puerta tras de mí. Apoyé la espalda en ella. Steve pasó saliva. Me miraba a los ojos tensionando la mandíbula. Mantuve las manos en la toalla para no dejarla caer. Apuesto a que él quería que la dejara caer, tanto como yo.

—Estoy segura de que mañana me arrepentiré de esto —empecé diciendo y Steve desvió la mirada—, pero si no lo hago ahora, me arrepentiré toda la vida —confesé.

Steve volvió a mirarme y sus ojos se oscurecieron impulsados por el deseo, por la atracción que sentía por mí. Se acercó dando pasos cortos y lentos. Me moría por besarlo otra vez. Por sentir su cálido cuerpo estrechado al mío.

Levanté mi mano y la puse sobre su pecho. Sentí su corazón acelerado como el mío.

—Tengo mucho miedo de que te vayas —confesé en un susurro—, pero más miedo me da no intentar amar de nuevo.

—No pienses en eso ahora —susurró, negando con un corto movimiento de cabeza.

El deseo que tenía de querer estar con Steve era mucho más grande que mi razonamiento y estaba segura de que después de obtener lo que tenía en mente, me sentiría ansiosa, angustiada y tal vez me odiaría por confundir lo que sentía en realidad con lo que quería en ese momento. El amor y el sexo no tienen nada que ver cuando apenas estás conociendo a alguien, y me lo había repetido una y mil veces, pero supongo que en ese momento ya no importaban esas charlas motivacionales que tuve conmigo misma a los dieciséis años. Después de William, no quise estar con nadie más. No logré sentir con alguien esa química que sentí con él, hasta ese momento: cuando conocí a Steve. Y a pesar de repetirme que era una mala idea, todos mis sentidos me pedían a gritos estar con él.

Steve pasó sus dedos por mi cabello y me besó. Sujetó mis mejillas para seguir haciéndolo. Me empuñé para rodear su cuello con mis brazos. Beso tras beso quería seguir sintiendo sus labios contra los míos. Su lengua en mi boca en un sutil movimiento. La humedad en medio de los

sonidos que hacían nuestros labios. Su respiración se agitó y soltó mi toalla, dejándola caer al suelo. La suya cayó al pasar mis manos por su cadera. Steve me miró a los ojos al dejar de besarme. Mi respiración se agitó. No quería separarme de él. Acercó mi cuerpo contra el suyo para seguir besándome. Sentí su piel tibia rozando la mía y su erección. Me ericé y un calor agradable invadió todo mi ser. En un suave y ligero movimiento me levantó del suelo, mis piernas se aferraron a su cadera y me estrechó a la pared. Sus manos comenzaron un recorrido desde mi cintura, por mis muslos, hasta mis pechos. Jadeé excitada y me mordí el labio inferior al sentir sus besos en mi cuello. Cerré los ojos. Nada más se cruzó por mi mente. Mis piernas se aferraron a su cadera con fuerza y Steve comenzó a hacer movimientos lentos dentro de mí. Eché la cabeza para atrás y dejé salir un gemido de placer al sentir el primer movimiento. Retrocedió algunos pasos hacia atrás y me descargó sobre el mesón del tocador. De manera rítmica sucedió un movimiento tras otro y yo no quería que dejara de hacerlo. Nuestras miradas se encontraron en algún momento y su mano acarició mi mejilla con suavidad, me besó y sentí las piernas tensionadas. La voz se me iba entre jadeos, como si no hubiera suficiente aire para recuperar el aliento. Una descarga de electricidad me atravesó el abdomen y elevaron mis ganas de querer aferrarme a su cuerpo hasta que aquel intenso y placentero momento terminó en cansancio, obligándonos a controlar la respiración.

Steve estaba sentado en el primer escalón de las escaleras a la entrada de la casa. Tenía puesto un pantalón y una camiseta que le había prestado de la ropa de mi hermano. Abrí la puerta y salí con los pies descalzos, me senté junto a él y me quedé en silencio también, observando las cosas a mi alrededor de la misma manera que él lo hacía. De pronto puso su mano sobre mi pierna, estaba tibia. Me miró y me regaló una sonrisa pequeña. Yo le devolví la sonrisa, y le pregunté:

—¿En qué piensas?

—En todo —contestó con profundidad.

—¿Y qué es todo?

—Había un árbol exactamente como ese en el jardín de la casa de mis padres —contestó como si recordara algo que dejó de existir al señalar con la mirada el árbol que estaba a un costado frente a la casa—. Cuando vine a tu casa la primera vez, lo vi y recordé mi infancia.

—¿Tienes buenos recuerdos de tu infancia? —pregunté, esperando que me contara alguna anécdota.

Suspiró ligeramente.

—No exactamente. —Hizo una pausa—. ¿Puedo contarte algo? —preguntó como si fuera necesario tener mi permiso para hacerlo.

—Claro —concerté interesada en escucharlo.

—Mi padre murió en guerra cuando yo tenía trece. Y mi madre se suicidó un año después —relató sin dificultad, pero parecía que le había costado mucho poder reunir valor para hablar sobre ello.

Las palabras se me atoraron en la garganta. ¿Qué podía decirle?

—Como lo siento, Steve. —Fruncí el ceño.

—Yo también —coincidió e hizo una mueca de dolor—. Desde ese entonces mi tío Franklin se ha hecho cargo de mí. Ha sido como un padre y en verdad lo aprecio mucho.

—¿Estás enojado por lo que hizo tu madre?

—No lo sé. Algunos días siento que la odio por haber tomado esa decisión, porque imagino que ni siquiera pensó en cómo yo me sentía, ni lo que pasaría conmigo si ella ya no estaba. Otros

días comprendo por qué lo hizo y la echo de menos. Si yo hubiera sido ella, tampoco habría sido capaz de vivir sin él —explicó, manteniendo la mirada en el árbol.

—Tal vez tu mamá se sentía sola, bajo mucha presión y el dolor era muy grande —supuse, tratando de entender.

—Sí, tal vez —musitó sin parpadear—. Cayó en una depresión profunda. No dormía, no comía, no salía de su habitación. Solo lloraba, reproduciendo una y otra vez videos que solo la hacían sentir peor. Su boda, sus viajes. De cuando se mudaron a la casa que compraron, de la primera vez que papá me enseñó a montar bicicleta, de la vez que juntos fueron a ver mi primer partido de fútbol... Todos los veía, una y otra vez.

Bajé la mirada al suelo porque sentí un nudo en la garganta.

—Estaba enfermándose. A veces me abrazaba cuando entraba a su habitación y me decía que quería que se detuviera porque ya no podía soportarlo más. Yo no sabía qué decirle, solo era un niño. —Una lágrima resbaló por su mejilla derecha—. Dos noches después de que me dijera eso, se tomó todo un frasco de pastillas. La encontré tirada en el baño —concluyó, entrelazando las manos.

Un escalofrío pasó por mi cuerpo. De repente habíamos decidido abrir nuestro corazón al hablar de las cosas más difíciles por las que habíamos pasado, con heridas abiertas aún y el corazón malherido. Hacía doce años, el papá de Steve murió en combate y un año más tarde, su mamá se suicidó. Aún le dolía y lo recordaba como si lo hubiera vivido apenas el día anterior. Entonces me pregunté en ese momento: ¿Cuándo dejaremos de sentir dolor? ¿Cuándo dejaremos de sentirnos abandonados? ¿Cuándo volveremos a ser plenamente felices? ¿Cuándo podremos avanzar sin sentir que el pasado pesa más de lo que imaginamos?

—Entonces no pudo soportarlo —afirmé.

Steve asintió.

Tal vez su madre había cometido un error, pero quiénes somos para juzgar la manera como decidió terminar con su dolor. Lo admirable después de perder a alguien, es recordar todo lo bonito que se vivió junto a quien ya no está.

—¿Qué hay de los buenos recuerdos? —insistí.

Steve sonrió ampliamente al recordar algo. Sus ojos reflejaron ilusión.

—Son demasiados para recordarlos todos justo ahora —apuntó, limpiando los restos de lágrimas que quedaron en su mejilla.

—Suenan a muchos buenos recuerdos para refugiarse —pensé en voz alta.

¿Estaba segura de lo que estaba a punto de hacer?

—¿Buenos recuerdos para refugiarse? —repitió sin entender.

Asentí. Ya no podía retractarme.

—Lo hago siempre que extraño a mamá o a mi hermano Peter. De hecho, lo hago siempre que extraño a alguien que significa mucho para mí —expliqué, esperando que no creyera que estaba loca.

Steve giró un poco el cuerpo y acomodó las piernas para quedar frente a mí. Me miró atento, como si quisiera saber de qué se trataba. Dylan era la única persona que había experimentado mi habilidad y mostrárselo a alguien más producía ansiedad.

—El día que hablamos sobre Alana te dije que tenía cierta habilidad y mi mamá aseguraba que era un don. ¿Lo recuerdas? —pregunté inquieta y Steve asintió—. ¿Te gustaría intentarlo? —pregunté a la expectativa.

—Eh... sí —dudó, alargando su respuesta.

Los ojos de Steve bailaron de un lado a otro sin entender qué era lo que iba a hacerle.

—De acuerdo. Dame tus manos —le pedí, extendiendo las mías.

Steve sujetó mis manos sin apretarlas y sonrió extrañado.

—Vas a hacer exactamente lo que te diga, ¿de acuerdo?

Steve asintió.

—Cierra los ojos —le pedí con suavidad y él obedeció—. Relaja el rostro. Respira profundo y no pienses en nada.

Estaba nerviosa. Era la segunda vez que me acercaba a los sentimientos de una persona a través de sus recuerdos.

—Cuando sientas tranquilidad, trae a tu mente el recuerdo de tus padres siendo felices contigo. Tu corazón empezará a latir fuerte y sentirás hormigueo en las manos, pero no te preocupes, es normal. Cuando estés ahí, solo aprieta mis manos —concluí, suavizando la voz.

—Savannah, ¿qué...?

—Shhh, concéntrate. Haz lo que te digo —lo interrumpí, ordenándole que hiciera silencio.

—De acuerdo —aceptó incrédulo. No parecía entender la magnitud de lo que haríamos.

Sonrió ligeramente, y yo sentí una pequeña descarga de corriente salir de mi cuerpo, apoderándose de Steve. Sus manos apretaron las mías con sutileza y supe que ya estábamos dentro de aquella burbuja: su más preciado recuerdo.

Steve estaba de pie junto a la puerta de la cocina que da al patio trasero. Sus padres estaban preparando galletas y decorándolas con chocolate. En la realidad, su respiración se agitó; y en su recuerdo, no hacía más que sonreír sin parpadear al verlos de nuevo. De vuelta al recuerdo, su papá se quemó la mano izquierda con la lata que sacó del horno. Su madre se apresuró a poner a sujetar su mano y ponerla debajo del agua por unos segundos. Desapareció de su vista y al volver, le aplicó ungüento en la mano para evitar que se irritara. «Te amo tanto», dijo el papá de Steve mirando a su madre a los ojos. «Lo sé», contestó ella dándole un tierno beso en los labios. Después de sonreírse el uno al otro por un instante, sus miradas se centraron en Steve. «¡Ven aquí, campeón!», exclamó su papá y Steve corrió con alegría a refugiarse en los brazos de su padre. Cuando lo alzó, su madre le dio una galleta para que la probara y le diera el visto bueno. Steve no hizo más que dar una crítica sobre el sabor de las galletas que habían preparado sus padres, mientras yo veía desde el patio trasero aquel cuadro familiar lleno de amor y dulzura. «Te amo, cariño», le dijo su madre después de darle un beso en la frente y alborotarle el cabello. La descarga de corriente que había sentido salir de mi cuerpo, volvió a mí.

Abrí los ojos. Las mejillas de Steve estaban empapadas de lágrimas, aunque lloraba en silencio. Su respiración seguía siendo agitada y a pesar de que tenía ganas de dejar salir un sollozo, se sentía más abrumado por lo que había pasado que por lo que causó en él revivir aquel momento con sus padres. Mis ojos se cristalizaron, pero pude contener el sentimiento. Lo más difícil de permitirle a alguien entrar en sus recuerdos, era sentir lo que esa persona sentía en ese momento: viviendo algo que ya había quedado en el pasado, aunque se sintiera como si sucediera en la realidad. Respiró con brusquedad al abrir los ojos, me soltó las manos y giró el cuerpo hacia la derecha, alejándose de mí. Parpadeó repetidamente y miró confundido en todas las direcciones posibles, como si estuviera desorientado.

—¿Qué fue eso? —preguntó, abriendo los ojos con amplitud.

Intentó controlar la mirada borrosa y el mareo. Me miró con el ceño fruncido, como si me tuviera miedo.

—Está bien, está bien. Estoy aquí, no pasa nada. Estás bien. —Intenté tranquilizarlo.

—¿Cómo... cómo hiciste eso? —balbuceó al preguntar.

—Voy a explicártelo todo, pero primero entremos a casa —señalé con paciencia.

—Me hormiguean las manos y me siento mareado —anunció, mirándose las manos.

Estaba tembloroso y sudoroso. Su mirada perdida anunciaba que se sentía desequilibrado y no podría levantarse y dar dos pasos porque probablemente caería desmayado.

—Ven, te ayudaré a levantar. Entremos a casa, voy a darte algo de tomar —sugerí, manteniendo la tranquilidad.

Dylan reaccionó así la primera vez que me pidió que lo intentara. Después de la cuarta vez, solo sentía hormigueo en las manos y el corazón acelerado. Podía decir que eran los efectos secundarios de hacer algo con la mente que muchos creerán imposible de lograr, aunque a Steve le había afectado mucho más.

Steve le dio el último sorbo de agua a su vaso mientras yo esperaba sentada en el sofá a que lo procesara. Ya se veía más tranquilo, pero no sabía cómo iniciar la conversación. Jugué con las mangas de mi suéter, me obligué a suspirar resignada para llenarme de paciencia.

—¿Te sientes mejor? —pregunté al fin.

Steve me miró con seriedad, asintió y desvió la mirada. Respiré profundo, haciendo un sonido de cansancio y volví a jugar con los bordes de las mangas de mi suéter.

—Savannah —me llamó. Su voz se escuchó ronca.

Levanté la cabeza y lo miré. Se inclinó un poco hasta descargar los brazos sobre los muslos de sus piernas. Me miró decidido, como si estuviera planeando todo el interrogatorio que se avecinaba.

—Vi a mis padres preparar galletas. Pude tocarlos y hablar con ellos. Todo se sentía... se sentía real. Era como si hubiera estado ahí. Me vieron, me abrazaron, ellos me... —Hizo una pausa. La efusividad iba subiendo con cada frase que decía—. Abracé a mis padres, Savannah. Mi madre me dio un beso en la frente. Tenía ocho años cuando eso pasó, ocho años. ¿Cómo es posible que haya podido sentirlo tan real diecisiete años después? Esto no tiene sentido.

—Mamá decía que era un don. Lo descubrí cuando estaba por cumplir catorce. —Encogí los hombros cuando lo vi fruncir el ceño.

Steve no me quitó los ojos de encima. Se veía incrédulo, pero al mismo tiempo quería prestar atención a cada cosa que decía.

—Sucedió un día que llegué de la escuela. Me recosté en la cama sin pensar en nada. Todo en mi cabeza parecía caer a un abismo que solo yo podía ver, y mi mente quedó vacía. Estaba de pie en un lugar completamente oscuro en el que solo podía ver mi reflejo. Era como un lugar infinito que no tenía entrada ni salida y en el que podía escuchar el eco de mi voz al hablar. Quería abrir los ojos y volver a la realidad, pero no sabía cómo hacerlo. Sentí desespero y angustia, pero después escuché voces. —Sonreí—. Era como si estuviera escuchando mis pensamientos en voz alta. Todos mis recuerdos caían muy despacio desde arriba como burbujas flotantes. Fue la experiencia más extraña y entrañable que he tenido en toda mi vida.

Miré a Steve. Fruncía el ceño consternado.

—Luego logré salir de ahí y noté que estaba empapada en sudor. Me había deshidratado tanto, que me debilité. No pude volver a hacerlo hasta dos meses después cuando ya sentía fuerzas otra vez —continué relatando los hechos.

Hice una pausa, Steve cruzó los brazos. Aunque me intimidaba su expresión facial, decidí terminar de contarle todo.

—Cuando pude dominarlo, se lo conté a mamá. Lo hacía de vez en cuando para no perder la práctica. Lo hice varias veces por ella, porque extrañaba sentirse sana, fuerte y optimista; pero fue la experiencia más dolorosa de todas las que he tenido, porque podía sentir su sufrimiento. —
Incliné la cabeza.

—Es... difícil de creer —mencionó, enarcando las cejas. Apretó los labios y luego exhaló por la nariz.

Su rostro se veía más tranquilo.

—Puedo hacer que las personas entren en sus recuerdos y los vivan como la primera vez. Tus padres no te vieron como luces ahora, vieron como eras cuando tenías ocho años, solo tú eres consciente de la realidad, aunque no puedes cambiar nada. Ni la situación, ni el momento, ni las cosas que se dijeron. Todo lo revives de la misma manera en la que sucedió —expliqué, tratando de ser más puntual con respecto a mi habilidad.

Steve abrió la boca y frunció el ceño.

—¿Tienes el poder de viajar en el tiempo? —preguntó, como si fuera una locura incluso decirlo.

—Claro que no. —Reí. Su expresión fue divertida—. Yo solo puedo revivir una y otra vez una situación por la que ya pasé, o hacer que alguien más la reviva.

—¡Dios! —suspiró, poniendo sus manos en la cabeza— ¡Es una locura!

—Lamento haber hecho esto sin tu permiso. Entiendo si estás molesto.

—No estoy molesto... Es solo que... ni siquiera sé qué decir. Toda mi vida creí que las personas con poderes solo existían en las películas.

Reí. Él sonrió.

—Solo quería hacerte sentir mejor —musité.

—Lo sé —asintió.

Se levantó del sillón y se sentó junto a mí. Me rodeó con sus brazos. Su corazón aún latía fuerte y su cuerpo se sentía frío.

—No volveré a hacerlo, a menos de que me lo pidas —prometí después de que dejara de abrazarme.

Sus dedos acariciaron mi cabello como si estuviera peinándolo.

—Gracias —musitó y volvió a abrazarme—. ¿Quieres que me quede contigo esta noche? —preguntó, cambiando de tema.

—¿Lo harías?

—por supuesto que sí —contestó como si mi pregunta fuera innecesaria.

Me besó, empujándome hacia atrás para que me dejara caer en el sofá. En ese momento volvimos a hacer el amor.

11

Era el último fin de semana que pasaría con Steve. El lunes volvíamos a la realidad que estuvimos evitando de todas las formas. Evitábamos pensar en lo que pasaría después, en lo que posiblemente se interpondría entre nosotros, en los escenarios negativos, en las despedidas que no queríamos presencias, y en la muerte. Me sentí enferma desde el viernes. Los dolores de cabeza, el mareo y las náuseas iban y venían con regularidad. Llegué a pensar que solo se trataba de los nervios y la ansiedad por la separación que se aproximaba entre Steve y yo. Volvería a estar sola y debía aprender a vivir con ello. Como sea, me concentré en que la razón de mi malestar era ese y no otro. Sin embargo, las cosas terminan siendo todo lo contrario a lo que se espera.

La angustia me consumía. Mi ansiedad por saber que Steve se iría pasó a segundo plano. Los hombros se me tensionaron y sudé como tal vez no lo había hecho en mucho tiempo.

—Por favor, por favor, por favor —suplicaba en voz baja.

Relajé el rostro al observar la segunda rayita que aparecía en la prueba de embarazo que sostenía con la mano derecha.

—No —negué en un susurro que salió de lo más profundo de mi ser. La noticia me impactó tanto que no podía moverme—. ¡Oh, Dios! —exclamé en voz baja.

Desvié la mirada de aquel objeto que cambiaba mi vida por completo. Una bocanada de aire salió de mi interior y al fin pude moverme. Me pasé una mano por el cabello, la preocupación se apoderó de mí.

—¿Qué voy a hacer ahora? —me cuestioné sin encontrarle el lado positivo a la situación.

Me senté, recostando la espalda contra la pared. Flexioné las piernas, crucé las manos y las pasé por detrás de mi cuello. Incliné la cabeza y comencé a mecarme de atrás hacia adelante. Necesitaba tiempo, no podía salir de ahí y darle una noticia como esa a Steve. No cuando estaba a unos días de irse al otro lado del mundo. Apoyé los codos en las rodillas, apreté los labios y me masajé la frente con la mano izquierda. Cerré los ojos, tratando de controlar la respiración y los nervios. Tres semanas. Conocí a Steve hace tres semanas. ¿Cómo me hacía ver eso? Tuve sexo con un hombre que apenas empezaba a conocer, y que además se iría a pelear en una guerra al otro lado del mundo. Vivir a su lado significaba tener que estar preparada para recibir una mala noticia en cualquier momento. Por otro lado, existía una remota posibilidad de que me pidiera hacerme cargo de la situación. Después de todo, me culparía y yo tendría que lidiar con los comentarios en la ciudad. Debí salir de ese maldito lugar en cuanto tuve la posibilidad. ¿Por qué fui tan estúpida?

Me reocriminé lo suficiente como para llegar al punto de pensar que en realidad era mi culpa, sin haberlo discutido aún con Steve. Tuve tiempo de liberar la frustración que sentí, tendida en el

suelo y llorando sin control. Era lo único mejor que sabía hacer: llorar. Alcancé a sentirme arrepentida, luego me juzgué por hacerlo. Recordé las palabras de mamá: «los hijos siempre serán una bendición de Dios». No podía permitir que la confusión me llevara al borde del abismo. Tuve que ser responsable desde muy chica. Esta vez no sería la excepción.

Fue difícil mantener el secreto. Quería decírselo, pero no sabía cuándo era el momento adecuado. Cualquier oportunidad que tuvimos durante ese tiempo, ninguna parecía ser la indicada. Todas parecían ser memorables y divertidas. Una noticia como esa solo alteraría el orden de las cosas. Resolví ocultarlo hasta que volviera de su misión. Eso me daría tiempo de pensar mejor las cosas, hablar con el señor Jacobs, o tal vez pedirle un consejo a Brenda. Me sentí como una adolescente defraudando la confianza de los adultos. La misma historia de Alana se repetía conmigo. Cuando aún hablábamos y éramos unidas, le prometí que haría las cosas bien. ¿Hasta qué punto las palabras tienen poder?

El domingo en la mañana hicimos un viaje con Dylan, Steve y sus amigos, a *James Island*. Era la primera vez que estaba allí y cada rincón de aquel pueblo, era mágico. Hice lo posible por disfrutar del viaje y olvidarme de todo. Fui capaz de fingir que estaba completamente feliz, aunque la preocupación se atravesara por momentos. Regresamos en la noche, lidiando con Luke y otro chico llamado Travis, que se habían embriagado lo suficiente como para tener que llevarlos hasta sus casas. Dylan nos dejó en casa a Steve y a mí después, y se marchó en cuanto dimos un paso hacia el interior. Steve se preparó para dormir y se acostó al lado derecho de la cama. La ansiedad volvió a aparecer de repente. Estábamos solos, en la habitación. No sería fácil continuar sin que mi inquietud fuera evidente. Decisiones. Esa era la palabra del día.

—¿Por qué quisiste entrar al ejército? Nunca me lo dijiste —pregunté al meterme entre las sábanas. Una cosa tenía que ver con la otra.

Necesitaba escuchar sus razones para comprobar un no sé qué que latía en mi pecho con intriga.

—Me gusta lo que hago —aseguró, aunque parecía dudoso.

—¿Crees que tiene que ver con que tu padre, tu tío y tu abuelo hayan sido militares?

—Tal vez, pero desde que estaba en la escuela me interesé por el tema. Luego mi padre murió y fue difícil poder verlo de la misma manera. Salí un tiempo del país, quise estudiar algo en la universidad y luego sentí que estaba listo. Entonces regresé.

—Las cicatrices en tu espalda y pecho... —No terminé la frase. Me estremecí al pensarlo.

Steve asintió. No parecía incomodarle hablar del tema.

—Está fue por una bala —señaló una de las cicatrices en su pecho.

Fruncí el ceño y levanté la cabeza de la almohada. Era demasiado joven para haber soportado dos misiones en las que lo único que lo rodeaba eran guerras, armas, desierto, escombros y la sombra de la muerte. Sentí escalofrío.

—¿Y cómo pasó? —pregunté sin estar segura de querer saberlo en realidad. Otra parte de mí sentía curiosidad por saber qué tan afectado estaba por todo lo que había vivido.

Steve giró la cabeza, manteniendo el cuerpo en la misma posición. Vi las comisuras de sus labios curvarse. Me acarició una mejilla y giró el cuerpo para quedar frente a mí con más comodidad.

—¿En verdad quieres saberlo? —preguntó, dándome la oportunidad de cambiar de opinión.

Sacudí la cabeza. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué de repente tenía interés por saber cómo eran los enfrentamientos en una guerra? Jamás podría quedarme tranquila después de su partida si

sabía todo por lo que había pasado. Esperaba que volviera. Necesitaba que lo hiciera. Me aferraba a Dios, a la fe y a la esperanza de que estaría bien. De que él no correría con la suerte de morir tan joven; ni yo, de quedar sola otra vez.

—¿No te da miedo morir? —continué con el interrogatorio.

—Al principio sí. Luego... me acostumbré. Pienso que nuestra muerte está escrita en algún libro, e inevitablemente sucederá algún día. Pero si tuviera la opción de pedirlo, no quisiera morir joven —me explicó.

Su voz era tranquila. ¿Quién puede sentir tanta paz al pensar en la muerte?

—Quisiera pensar como tú, pero no puedo hacerlo —expresé, mirándolo a los ojos.

—Porque quizás tienes miedo a morir...

Tenía razón. El miedo cohibe todos tus movimientos. No solo el miedo a morir: el miedo a avanzar, a mudarse de ciudad, a estar solo, a estar con alguien que no nos hace bien, a fracasar. El miedo te estanca, haciéndote creer que como estás es como mejor puedes vivir.

—¿Por qué tanto interés por el ejército? ¿Planeas unirte? —bromeó.

Sonreí sutilmente.

—Solo tenía curiosidad —contesté, encogiendo un hombro.

Steve se acercó y me dio un beso en la frente.

—Eres tan hermosa, Savannah —dijo, y me sentí fuera del planeta.

—Ya basta —musité, sonriendo.

Me ruboricé. Desvié la mirada. Sentí que sus ojos me preguntaban qué era eso que le escondía.

—Hablo en serio —insistió, poniendo su mano en mi mejilla izquierda para que volviera a mirarlo.

Pude sostenerle la mirada.

—¿Crees que es muy pronto para decirte que te quiero? —musitó, exponiendo sus sentimientos.

Pasé saliva al escucharlo.

—El tiempo es relativo, ¿recuerdas? —refuté para hacerle saber que estaba bien que sintiera lo que quisiera.

Rocé mis labios con los suyos. Puso su mano sobre mi cintura y exhaló por la nariz. Su frente se pegó a la mía y dijo:

—Hoy es nuestra última noche.

—Lo sé —asentí.

—Voy a extrañar esto.

—Yo igual.

Steve estaba junto a su padre. Practicaba boxeo en el jardín de la entrada. Sus ojos estaban llenos de ansiedad y un brillo particular por golpear el saco como su padre lo hacía. Nadie podría borrar ese entusiasmo que Steve reflejaba al ser motivado por su padre, quien sabía perfectamente que por más de que él lo intentara, sus golpes no serían lo suficientemente fuertes; aun así, él no dejaba de gritar con efusividad que lo estaba haciendo bien, y lo mejor de todo, se veía cuánto disfrutaba pasar tiempo con su hijo.

«Hora de refrescarse», Steve escuchó a su madre. Cuando giró la cabeza la vio en una de las escaleras de la entrada, sosteniendo una bandeja y sobre ella, una jarra de limonada que sudaba a causa de lo helada que estaba. Su madre le sonrió con tanta dulzura que sintió algo en su pecho, fue algo indescriptible, algo que ni siquiera yo pude entender. Su padre le hizo una señal con la

cabeza para que fuera a tomar limonada. Era tiempo de descansar y pensar que tal vez ya era hora de un buen baño y algo de video juegos si su madre estaba de acuerdo. Steve salió corriendo a recibir un vaso de limonada helada, porque justo ese día el sol había decidido hacer su aparición y ese tipo de actividades le generaban cansancio.

Su madre descargó la bandeja en aquella pequeña mesa de madera que el padre de Steve había construido para que él hiciera sus tareas ahí, o simplemente para que compartiera alguna merienda con sus amigos, pero casi siempre era utilizada para merendar con sus padres como en ese momento. En lo más profundo de los pensamientos de Steve, se alojó una frase mientras veía a su fornido padre beber limonada y hablar con tanta naturalidad con su amada esposa: «Es tan increíble. Algún día seré como él», y ese sentimiento de querer superarse y ser alguien de admirar, se quedó por siempre en él, como un tatuaje imborrable. Más que hacer sentir orgullosos a sus padres, quería tener la dicha de vivir una vida como la que ellos tenían: ser un buen hijo, un buen amigo, un buen vecino, un buen esposo, un buen padre y por qué no; tal vez un buen militar también.

No jugaron video juegos como lo había pensado. Su padre le enseñó a armar una carpa y a hacer nudos con cuerdas gruesas. Lo más importante de todo: en qué momentos utilizar esa cuerda. Estaba maravillado con lo que aprendía. Su padre era su héroe, la persona que más admiraba en el mundo; y por un instante sintió que quería quedarse atrapado en ese momento por siempre si fuera posible, aunque lo reviviera una y otra vez. Su padre frunció el ceño de repente y se aclaró la garganta. Steve cambió su expresión, pasando de la alegría a la tristeza en solo un segundo. «Quiero que cuides a mamá mientras no estoy», le pidió su padre como lo hacía todas las veces días antes de marcharse. Steve solo asintió, enseñándole una mirada marchita y acongojada. A ninguno de los dos les gustaba las despedidas, así que esa conversación era la manera de despedirse. «Te amo, hijo, y todos los días estoy orgulloso de ti». El abrazo de su padre lo encontró, Steve cerró los ojos y lloró. Lo sentí, lo escuché desconsolado. Quería quedarse. Le costaba asimilar aquellas palabras. Se sentía culpable por haberle prometido a su padre que cuidaría de su madre mientras él no estuviera y haber fracasado de una manera tan absurda no era algo que pudiera perdonarse fácilmente. Además, extrañaba terriblemente volver a escuchar esas palabras salir de su boca, o tan solo el sonido de su voz.

Tuve que hacerlo volver a la realidad. Steve no quería regresar, repitió una y otra vez ese recuerdo, el último que tuvo de su padre antes de ir a la guerra y morir. No me gustaba entrometerme en los recuerdos que las personas decidían revivir de nuevo, pero me consumía la mezcla de todas las emociones que sentían. Steve tosió con fuerza y precipitó su espalda contra la pared para recuperar la compostura. Su habitación se llenó de una satisfacción agri dulce. No supe qué decirle, así que esperé a que su pulso y respiración volvieran a regularse. Le ofrecí un vaso de agua y bebió dos sorbos. Flexionó las piernas y descargó la frente en su mano derecha al apoyar el codo en el muslo. Me senté frente a él, observándolo. No estaba muy segura de si yo entendía que sus recuerdos eran mucho más dolorosos que los míos o solo sentía mucha tristeza por el hecho de que tenía sentimientos fuertes por él. Desde que me levanté ese día, tenía el estómago revuelto. No fui capaz de comer un bocado porque la ansiedad no me lo permitió. Como si de una estrella fugaz se tratara, el día de marcharse había llegado y teníamos tanto por decirnos, que no éramos capaces de pronunciar una sola palabra. Cuando llegué a casa de su tío, lo primero que me pidió fue que lo dejara volver a un recuerdo porque no podía irse sin escuchar la voz de sus padres una última vez. Steve levantó la cabeza y me miró al alinear los labios. Lo hice igual, como si fuera nuestra manera de sonreír. Me extendió su mano y yo la estreché

acercándome un poco más. Un sollozo quiso escaparse de mí, pero lo detuvo al besarme sin esperar que lo hiciera. Sentí un nudo en la garganta. Separé mis labios de los suyos. Incliné la cabeza. No pude soportarlo más. Lloré porque la presión era más fuerte que mi control.

—Oye, oye. Estaré bien, no te preocupes —me dijo con la intención de tranquilizarme.

Me pareció tierna su ingenuidad. En el fondo sentía que no merecía que se le ocultara.

Su mano sobre mi mejilla derecha me hizo levantar la mirada.

—Estoy embarazada —revelé al mirarlo a los ojos.

Su rostro palideció. La angustia que sentía por verme llorar desapareció. La noticia provocó que su cuerpo se paralizara.

—¿Qué?

—Lo siento. No sé qué pasó.

—¿Cómo que no sabes lo que pasó? —reprochó, alzando la voz—. Me dijiste que te cuidabas, Savannah, y usé condón todas las veces —recalcó, bajando la voz. Habló casi entre dientes.

—Lo sé, Steve, pero no sé qué pasó —reiteré. Crucé los brazos, regulando el llanto. Los labios me temblaban—. Tampoco entiendo cómo pudo pasar. Tal vez uno de los condones se rompió y no te diste cuenta —supuse. Era la única explicación lógica que existía.

Steve exhaló profundo por la nariz y se cubrió la frente con la mano derecha.

—¿Cuándo lo supiste?

Desvié la mirada y apreté los labios, limpiándome los restos de lágrimas de las mejillas.

—Savannah, ¿cuándo lo supiste? —acentuó las palabras otra vez.

—Hace tres días —contesté sin mirarlo.

Steve se llevó las manos a la cabeza.

—¿Y creíste que era un buen momento decírmelo ahora? ¿Justo cuando estoy a punto de irme? —me reclamó exaltado, pero sin levantar la voz.

—Lo siento. Quise decírtelo antes, pero no encontré el momento. Ninguno parecía ser el indicado, entré en pánico y no supe qué hacer. —Volví a llorar.

Steve llevó sus manos a la cabeza y caminó por la habitación de un lado a otro. Golpeó la mesa de noche con su pie izquierdo y me sobresalté. Empuñó las manos, haciendo evidente su respiración agitada. Me llené de preocupación al ver su reacción.

—¿Te das cuenta de lo que acabas de hacer? —me cuestionó, arqueando el cuerpo hacia adelante para poner las manos sobre la mesa de noche.

Lo miré a la expectativa.

—Acabas de hacerme sentir miedo, Savannah —confesó con los ojos cerrados en la misma posición.

Un suspiro salió de mi boca y cerré los ojos.

—Está bien. No pasa nada.

—¡No! ¡No está bien, Savannah! —alzó la voz, incorporándose para quedar frente a mí—. Estaba bien antes de conocerte, ahora todo es diferente... Ahora tendré un hijo, ¡por Dios santo!

Lo entendí todo. Toda su frustración era porque se veía obligado a mantenerse con vida para volver. Toda la confusión y enojo que se reflejaba en su rostro era porque de repente el miedo se apoderó de él. Sintió miedo de morir, de fallar, de estropearlo todo, de no ser suficiente. Era tan frágil y vulnerable. Sintió que ya no quería irse, que quería quedarse por el bien de quienes lo necesitaban ahora más que nunca. Aun así, a pesar de que entendía cómo se sentía, no merecía que me acusara de esa manera.

—¿Estás culpándome? —indagué, bajando el tono de voz. Dejé de llorar.

Steve exhaló, desviando la mirada.

—No, claro que no. Solo estoy siendo realista, Sav.

Asentí sin creerle.

—¿Realista? —repetí sin entender lo que significaba esa palabra en la situación en la que estábamos—. Solo prométeme que volverás a casa y lo intentaremos.

Quería aferrarme a las palabras, aunque fueran una ilusión.

—No es tan sencillo —sentenció pesimista.

—Es tan sencillo como el que yo esté dispuesta a esperarte el tiempo que sea necesario.

Los ojos de Steve se marchitaron y me miró con pesimismo.

—No existen las promesas sencillas, Savannah. Y no voy a prometer algo que no sé si puedo cumplir —objetó, bajando el tono de su voz.

Steve era más racional, mas centrado. Yo siempre impulsada a actuar por las emociones del momento. Cuánta razón tenía. Cuánta verdad existía en sus palabras y su mirada.

—Entonces ¿es todo? ¿Así es como termina? —pregunté decepcionada.

Él frunció el ceño.

—¿De qué hablas? —Rio incrédulo, poniendo una mano en su frente. No entendí la razón de su risa—. ¿Crees que voy a dejarte sola en esto?

Encogí los hombros.

—Jamás haría algo así —refutó, recuperando la compostura.

Se me llenaron los ojos de lágrimas al escucharlo. Qué alivio sentí.

Steve se acercó a mí.

—Quisiera haber reaccionado de otra manera, pero mi cabeza está en otro lado, lo sabes —apuntó y yo asentí—. Lo que sí sé, es que no voy a dejarte sola. Lo haremos juntos.

Me lancé a abrazarlo. Lo apreté con todas las fuerzas que tenía y él hizo lo mismo. Bajamos a la sala donde Brenda y el señor Jacobs nos esperaban en completo silencio. La mano de Steve entrelazó la mía con precisión. Los dos se levantaron de las sillas y el señor Jacobs dio un paso al frente sin dejar de mirar a Steve. Hizo una mueca de nerviosismo hacia un lado con sus labios y le dio una palmadita en el hombro.

—Ya es hora, hijo —anunció en voz baja.

Steve asintió, respirando hondo, pero con disimulo.

—Hay algo que debo decirles primero.

El corazón se me aceleró al escucharlo. Iba a decírselos. Quise soltarme de su mano, pero me apretó más fuerte. Brenda y su tío lo miraron con expectativa. Steve bajó la mirada a mí inquieto. Sacudí la cabeza con sutileza para que no lo hiciera. No era el momento. Aunque, qué sabía yo de momentos indicados.

—Savannah está embarazada —reveló, volviendo la mirada a ellos.

Cerré los ojos e incliné la cabeza. La vergüenza me cubrió. Ambos dejaron salir un sonido de sorpresa. Brenda se cubrió la boca con las manos.

—Lo siento —susurré al levantar la mirada.

—Pues yo no —refutó él—. Si las cosas sucedieron de esta manera, debe ser por alguna razón, y quiero que sepas que me haré cargo —explicó al dirigirse a su tío.

El señor Jacobs fruncía el ceño. Abría la boca para decir algo y luego volvía a cerrarla. Quedó en shock el anciano. Como parecía no tener palabras, se limitó a asentir.

Steve se encargó de que el momento no fuera tan incómodo. No habló avergonzado ni arrepentido por lo que había pasado. Todo lo contrario, habló con seguridad, con madurez. Era

un hombre de veinticinco años haciéndose cargo de las consecuencias de sus actos. Fue el primero en salir de la casa sin soltar mi mano. Brenda y el señor Jacobs fueron detrás de nosotros. Nadie pronunció una palabra de camino al aeropuerto. Un avión nos esperaba con destino a la base militar en Virginia. Me parecía que había estado en un sueño, hasta que me vi sentada en una de las sillas del avión junto a Steve, a punto de despegar.

No me gustaba ir a Virginia y estar ahí me provocó jaqueca de repente. Lo que hubiera durado siete horas en auto, solo duró tres en avión. La brisa fresca y el cielo opaco de la ciudad nos dio la bienvenida al aterrizar. Suspiré con cansancio porque empezaron a caer algunas gotas de lluvia. Entendí la razón por la que no me gustaba Virginia: era su clima. La mayoría del tiempo el cielo mantenía lleno de nubes negras y llovía de repente por largas horas. Un auto nos esperaba fuera del aeropuerto y al ingresar en él, Steve volvió a sujetarme la mano, sudaba frío y su mirada iba de un lado a otro cada segundo. Como lo habíamos hecho antes, esa vez tampoco dijimos una sola palabra en el trayecto y cuando divisé la base militar a unos cuantos metros de distancia, cerré los ojos deseando no llegar allí. Steve me miró a los ojos y exhaló profundo. Ya debíamos bajar del auto y enfrentar aquel miedo que consumía nuestra tranquilidad.

Vimos un bus de color verde al que subían varios hombres después de despedirse de sus familiares. Vi todas aquellas escenas pasar frente a mis ojos: Soldados despidiéndose de sus hijos, esposas, novias, madres; aferrándose a la esperanza en un beso y un abrazo que duraría para siempre en sus memorias. Verlas y verlos llorar hizo que algo dentro de mí se activara de una manera incontrolable y un nudo en la garganta se intensificó al hacer lo posible por no dejar que las lágrimas se derramaran. Steve anunció su llegada y firmó su ingreso.

—Cuida a Savannah por mí, por favor —le pidió a Brenda al darse la vuelta y quedar frente a ella.

—Lo haré, hijo. —Brenda asintió, permitiendo que las lágrimas salieran y mostraran su sentimiento.

La maleta que Steve tenía colgada en el hombro derecho cayó al suelo cuando Brenda se lanzó sobre él para abrazarlo.

—Dios te bendiga a donde sea que vayas. Cuídate mucho, por favor.

Él asintió y tensó la mandíbula.

Cuando se soltó del abrazo de Brenda, ella dio un paso al lado izquierdo donde estaba yo. Enganchó su brazo al mío mientras el señor Jacobs se debatía en silencio buscando palabras para decirle a su sobrino.

—Bueno... —Intentó iniciar, pero la voz se le quebró, así que se aclaró la garganta y continuó: —quiero que sepas que pase lo que pase, estoy muy orgulloso de ti, como tu padre lo estaría si estuviera aquí.

Steve inclinó la cabeza al escucharlo y pasó saliva.

—Te amo, hijo —dijo con amor y Steve levantó la vista otra vez—. Asegúrate de volver a casa sano y salvo.

Steve volvió a asentir. Se fundieron en un profundo abrazo que tocaba las fibras de quien pudiera verlos.

El señor Jacobs se veía tan triste, que, aunque fuera de pocas palabras, era visible el afán que sentía por la seguridad de su sobrino.

Steve volvió a quedar frente a mí. Brenda soltó mi brazo y se unió al señor Jacobs para darnos espacio. Steve sujetó mis manos con suavidad. Alineó los labios al mirar a su tío y Brenda antes de hacer que camináramos unos pasos más cerca del bus que lo esperaba. Se aclaró la garganta y

miró al suelo buscando qué decirme. La brisa se hizo más fresca y sentí la nariz fría mientras mi cabello se movía al ritmo del viento que pasaba por en medio de nosotros.

—Te llamaré siempre que pueda. Todos los días si es necesario —prometió, sujetando mis manos con fuerza.

Asentí y le di un beso en los labios. Sus ojos se marchitaron por la presencia de las lágrimas. Tensionó la mandíbula para hacerse el fuerte y no llorar.

—Te escribiré cartas si no puedo llamarte, pero siempre trataré de estar en contacto contigo —continuó.

—Está bien —asentí. Yo no era tan fuerte como él. Las lágrimas resbalaron por mis mejillas.

Se detuvo por un instante a mirarme. Como si quiera llevarse una fotografía de mi rostro en su mente para recordarme en las noches solitarias e intranquilas.

—Si algo me pasa... —Rozó mi mejilla derecha con su pulgar.

—Shhh —siseé, sujetando la mano con la que me acariciaba la mejilla—. No digas nada, por favor.

—Adiós, te veré pronto —anunció.

Asentí, apretando los ojos. Dejó un beso en mis manos antes de soltarlas. Sentí la brisa rozar la punta de mis dedos cuando Steve me soltó. Levantó su maleta y me dio la espalda. Lo vi caminar hasta que se detuvo en la puerta del bus. Giró la cabeza y nos miró a los tres, sonrió sin hacer un esfuerzo por que fuera una gran sonrisa y subió al bus. Sentí que algo se desprendió de mí cuando vi que se puso en marcha y aquellos hombres se iban de nuestro lado por meses, sin saber si volveríamos a verlos o no. Me refugié en el pecho de Brenda, ella me rodeó con sus brazos y puso una mano en mi cabeza al acercarse. Después de que aquel lugar que minutos antes estuvo lleno de hombres valientes ahora quedaba lleno de mujeres guardando la esperanza de volver a verlos un día.

12

Me detuve frente a la casa de Dylan. Él iba saliendo justo cuando yo llegaba, quizá iba a buscarme. Cerró la puerta detrás de sí y levantó la cabeza. Nuestras miradas se encontraron. Él ya lo sabía, me di cuenta por su expresión. Para cuando quise ir a contárselo, Brenda ya se lo había dicho a la señora Jones. Alineó los labios segundos después de mantenernos en ese juego de miradas que intentaban decirse las cosas. Extendió sus brazos y me acerqué a él para estrecharlo en un abrazo. Dylan era el significado de la palabra protección. Me sentía fuera de peligro en sus brazos. Era como mi hermano mayor, a quien siempre podía contarle todo lo que me pasaba y cómo me sentía. Nunca me juzgaba, solo se preocupaba e intentaba aconsejarme lo mejor posible. Todos saben que los amigos que quieren verte bien siempre se convierten en tu familia.

Su madre no llegaba aún de hacer las compras, así que nos sentamos en el césped del patio trasero de su casa. Desde que empecé a pasar tiempo con Steve, no había tenido la oportunidad de hablar con él como solíamos a hacerlo. El sol era poco cálido, pero se podía ver en medio de las pocas nubes que aún cubrían el cielo de Charleston. Para comienzos de marzo la primavera empezaba a pronunciarse, poco a poco la temperatura iba aumentando, y el cielo se despejaba. De marzo a mayo era la época que más disfrutábamos antes de que llegara el verano. La temperatura se mantenía en un promedio en el que no era tan frío, pero tampoco tan caliente, aunque el mar aún parecía que mantenía refrigerado.

Entrelacé las manos, mirando las converse negras que decidí usar ese día.

—Lo sabes, ¿verdad? —Fue mi manera de iniciar la conversación.

Dylan asintió al alinear los labios.

—¿Cómo te sientes?

Encogí los hombros. ¿A qué se refería? ¿Al hecho de que Steve ya se había ido? O, ¿al hecho de que estaba embarazada?

—Siento de todo un poco.

Dylan asintió. Era más perspicaz de lo que él mismo pudiera imaginar, pero esta vez había fallado de una manera absurda. Sabía que algo sucedía, pero nunca imaginó que fuera a ser algo tan... tan Williams de mi parte.

—Creí que querías tener hijos a los treinta —supuso, recordando alguna conversación que tuvimos en el pasado.

Cerré los ojos y levanté las cejas. Suspiré. Olvidé que alguna vez fue lo que quise.

—Yo igual.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé. Seguiré trabajando en Cafecito y Burger Shop como lo he hecho hasta ahora —

contesté.

No tenía otros planes más que seguir trabajando y esperar... esperar a que Steve volviera. Esperar a que las cosas cambiaran de manera positiva para mí porque por alguna razón, sentía que era la única afectada en todo.

Dylan clavó la mirada en la hierba y se dedicó a jugar con algunos trozos de hojas verdes.

—Dylan... —lo llamé, pero no levantó la vista—, tu silencio está matándome. Por favor, dime algo —supliqué, frunciendo el ceño angustiada.

Suspiró e irguió la espalda para ver al frente. Cruzó los brazos y sacudió la cabeza.

—Es que no sé qué decirte —dijo y me miró.

—¿Estás molesto conmigo?

—No, claro que no. Creo que solo estoy en shock por la noticia. Ser tío no es fácil, no estaba preparado —bromeó al final.

Aquello desvaneció la intriga y la culpa que sentía. Sonreí aliviada.

—Dale tiempo —continué divertida.

Él asintió. Su expresión de seriedad se suavizó. Sonrió de medio lado y volvió a mirar al frente. Un pequeño pájaro se paró en el cerco de madera que dividían su jardín y el del vecino.

—Debió ser difícil despedirse —intuyó, cambiando de tema.

—Mucho más de lo que imaginé —afirmé.

—¿Crees que va a funcionar?

Giré la cabeza para verlo.

—¿El qué?

—Tu relación con él. ¿Crees que va a funcionar?

Suspiré filosóficamente. Lo peor de todo, era que no tenía idea. Pensar en el futuro era ambiguo y solo me traía desconcierto. Existían tantos finales para esa historia.

—Eso espero.

Mis palabras tuvieron un aire de esperanza al salir de mi boca. Muy en el fondo de mi corazón anhelaba que pudiera ser así.

—Bueno... Casey White quedó embarazada seis meses antes de graduarnos, ¿recuerdas? —mencionó, frunciendo el ceño, un rayo de luz solar invadió su cara. Asentí—. La vi hace poco por Burger Shop, caminaba junto a Josh con el niño. Supongo que lo superaron. Parecían felices —me contó, pero no sonó convencido por completo.

Alineé los labios y bajé la mirada al césped.

—No quería que me pasara lo mismo que Alana.

—No pasará. Tal vez no fue como debió suceder, pero Steve no parece ser de ese tipo de personas. Solo dale tiempo. Debe sentirse abrumado —me aconsejó.

Alana se dejó embarazar dos meses antes de graduarse en la preparatoria. Quería ir a la universidad como todos, pero su mundo y todo lo que la rodeaba dejó de existir cuando se enamoró. Nadie más que Jordan existía para mi hermana. Estaba convencida de que su amor tenía futuro, que ambos lograrían muchas cosas juntos y que, además, se casarían. «Perdón, Alana, pero no estoy preparado para esto. Soy muy joven para ser padre», fue lo que le dijo el día de la graduación. Al día siguiente Alana se lo contó todo a nuestros padres, para cuando papá quiso ir a poner a Jordan en su lugar, ya se había ido de la ciudad. Su sueño era estudiar en Columbia, y lo consiguió. Había salido para Nueva York temprano en la mañana. Cuando papá habló con los padres de Jordan, se llevaron la misma sorpresa que nosotros. Ellos no lo sabían. Jordan no dijo nada, creyendo que podría librarse de la responsabilidad al estar a millas de

distancia. Afortunadamente, Alana tuvo el apoyo de los padres de Jordan, económicamente hablando, pero entre ellos dos nunca se solucionaron las cosas. Luego de la muerte de mamá, Alana cambió para mal y sus problemas con el alcohol aumentaron. Jordan dejó de visitar a la niña y luego ella se marchó, dejándome la responsabilidad a mí. Como sea, estuve enojada con ella por meses. Reproché sus acciones y la juzgué sin pensar que en algún momento algo como lo que le pasó, podría pasarme a mí también.

—¿Quieres algo de tomar? —Dylan me preguntó.

Asentí al volver a la realidad. Se levantó del césped, estirándose.

—Iré por un par de sodas —anunció antes de desaparecer.

Quise hablar con Alana en ese momento. Saber si ella se sintió de la misma manera que yo. Aunque, pensándolo bien, eran situaciones diferentes. Por lo menos Steve no me contestó como Jordan a ella. Aun así, quería saber cómo fue para ella esa experiencia. Se me hizo un nudo en la garganta. Por más de que lo quisiera, no sucedería. Era persistente con las llamadas y los mensajes de texto, pero ella nunca contestaba. No tenía idea de cómo estaba ella, ni Madi. Las extrañaba. Sobre todo, a la niña.

Dylan volvió a aparecer. Levanté la mirada y le sonreí. Extendió su mano para entregarme la lata de soda mientras se sentaba de nuevo en el césped junto a mí. La destapé y el sonido del gas al escaparse, hizo que sintiera sed. Bebimos un sorbo de soda y dejamos salir un suspiro de saciedad.

—Puedes contar conmigo siempre —recalcó con cariño.

—Lo sé —asentí al girar la cabeza para verlo.

—¿Amigos hasta la muerte? —Extendió el dedo meñique.

—Hasta la muerte —afirmé, entrelazando su dedo con el mío.

Ese mismo día, salí de Burger Shop cerca de las nueve de la noche. La ciudad estaba iluminada y llena de turistas. Nos acercábamos al fin de semana, lo que ameritaba comida, bebidas y diversión. Bethany Campbell se atravesó en mi camino para detener mis pasos. Me sorprendió verla allí. ¿Qué hacía en Charleston? ¿Por qué lucía preocupada?

—Hola, Sav —me saludó.

—Hola —contesté—. ¿Qué haces aquí?

—¿Tienes un minuto?

Asentí sin dudarlo. No quiso quedarse en la calle. Prefirió que compramos algo de comida y fuéramos a casa. Una vez en el interior, Bethany observó toda la casa: desde las fotos enmarcadas colgadas en la pared, hasta la alfombra y el color de las paredes. Mencionó que se sentía acogedora y algo triste. Asentí, tenía razón. No era fácil vivir en esas cuatro paredes.

Me acompañó a la cocina y me ayudó a servir la comida en platos pandos. Desde que llegamos hasta que terminamos de comer, se pasó recordando momentos que compartimos en la secundaria, incluso cosas que ocurrieron y fueron objeto de rumores y burlas durante todo el año. Bethany parecía una cámara fotográfica o una memoria USB llena de material escolar al que podía acceder cuando quisiera. Recordaba el noventa por ciento de todo lo que sucedió en la escuela. Me hizo reír y me agradó estar con ella en ese momento, pero sabía que lo estaba haciendo para desviar la atención de lo que verdaderamente importaba: la razón por la que estaba en Charleston, en mi casa, conmigo.

—¿Qué sucede, Bethany? ¿Por qué estás aquí? —indagué, después de reír tras el último recuerdo que mi excompañera trajo a colación.

Ella bajó la mirada a su plato vacío. Los restos de salsa de las costillas que comimos, era lo único que relucía.

—Necesitaba hablar con alguien —contestó, encogiendo los hombros. Volvió la mirada a mí.

La preocupación envolvió sus ojos de nuevo.

—Lo sé —asentí—, ¿qué pasa?

—Cuando llegué a la universidad sentí que entré a un mundo nuevo. Que iba a empezar desde cero y me preparé para eso. Dejé atrás el pasado, aunque me costó y me centré en lo que tenía frente a mí —comenzó a relatar—. Un semestre después de empezar clases, Cole me encontró. —Una lágrima salió de su ojo derecho—. En la escuela hablamos muchas veces de lo que haríamos al graduarnos, de las universidades a las que iríamos, y supuse que aún lo recordaba, porque fue capaz de encontrarme.

Bethany inspiró, contuvo el aire y luego lo dejó salir por la boca. Puse mi mano sobre la suya para reconfortarla a que siguiera hablando. Por alguna razón era difícil para ella tocar el tema de Cole, quizá porque su historia de amor se frustró mucho antes de lo que hubieran querido. Les faltó tiempo.

—Yo estaba tan emocionada. Seguimos saliendo en secreto por más de un año. —Sonrió con malicia—. Nadie más sabe esto, solo tú.

La miré con empatía.

—¿Y qué pasó después?

Bethany rodó los ojos y dejó salir un sonido de su garganta como si fuera a reír.

—¿Qué crees que pasó? Nuestros padres, claro.

Fruncí la cara al escucharla.

—Después de que se dieron cuenta comenzamos a tener grandes peleas por cualquier cosa. Todo lo bonito que habíamos construido en meses, se derrumbó en semanas. Nos dimos cuenta de que ya no podíamos seguir juntos y terminamos.

Bethany inclinó la cabeza y hundió la cara en sus manos.

—Cómo lo siento, Beth.

—Hace dos días me enteré que tuvo un accidente y está en cuidados intensivos —reveló al descubrir su cara. Sus manos empezaron a temblar.

—¡Dios mío! ¿Cómo fue?

—No lo sé. Solo sé que fue horrible y está muy grave —contestó—. Yo quisiera ir, quisiera verlo y estar con él. Tal vez si sabe que estoy ahí se recupere pronto.

Su llanto se pronunció con más afán. Era más sufrimiento que cualquier otra cosa en ese momento.

—¿Puedo darte un consejo?

Bethany cerró los ojos aliviada al escucharme.

—Por favor. Ahora mismo estoy hecha un desastre.

—Ustedes dos se aman, Beth. A quién le importa lo que piensen los demás. Solo ustedes saben lo intenso que ha sido el amor que se tienen el uno al otro. Ya no estás en la escuela, ya no eres una niña —comencé a aconsejarla. Bethany asintió—. Nadie puede controlar sus emociones o sentimientos, ya no más. —Hice una pausa, ella sorbió por la nariz—. Ve. Demuéstrale cuánto lo amas. Sé valiente, y ten carácter para enfrentar a sus padres y a tu mamá. Ya es suficiente —finalicé. Sus ojos se iluminaron al escucharme.

En el fondo sabía que debía hacerlo, solo necesitaba un pequeño impulso que le confirmara que su idea no era tan descabellada. Apretó los labios. Las lágrimas seguían su curso por sus mejillas.

Me levanté de la silla y fui por pañuelos. Volví con la caja y la puse sobre la mesa. Me agradeció y asentí. Tomó un pañuelo y se limpió las mejillas. El poco maquillaje que decidió aplicarse ya se había mezclado con lágrimas. El cansancio se veía reflejado en sus ojos mayormente. Serví un vaso de agua y se lo ofrecí. Bebió dos sorbos y se tranquilizó. Volví a sentarme frente a ella. Nuestros platos seguían sobre la mesa.

—Sabía que eras la única que lo entendería, por eso vine —afirmó, dejando otro pañuelo sobre la mesa.

Asentí, mirándola con cariño. Fui capaz de remover cielo y tierra para conseguir el número de teléfono de Cole solo para que pudieran seguir en contacto. Claro que entendería esto y mucho más. Bethany era afortunada. Cole fue su primer amor y al parecer se convertiría en el último si tomaba las decisiones adecuadas. Al marcharse, apoyé la espalda en la puerta después de cerrarla. Su visita me puso a pensar en muchas cosas. Una de esas, en la habilidad que tenía para aconsejar a los demás, y mi incapacidad para poder aplicar esos mismos consejos a mi vida.

Segunda Parte

13

Tenía seis meses de embarazo. Steve estaba por regresar y mi ansiedad se elevó por las nubes. El tiempo pasó por encima de nosotros mucho más rápido de lo que pude imaginar. Nos mantuvimos en contacto casi a diario. Nos escribíamos cartas cuando no podíamos hablar por llamada y me sentí más cerca de él con cada conversación telefónica. Los sentimientos se magnifican y se consolidan en la distancia cuando sabes que quieres tener cerca a esa persona y no puedes. Te hace extrañarla con mas intensidad y aumenta las probabilidades de amarla con sinceridad y esperanza. Sabes que el encuentro será inolvidable y sembrará el deseo de querer hacer las cosas bien siempre.

Tendríamos una niña y su nombre aún no lo decidíamos. Podíamos discutirlo durante toda la conversación, pero nunca llegábamos a algo. El señor Jacobs vivía fascinado e ilusionado. No hacía más que hablar de mi embarazo cuando nos veíamos. Me llamaba todas las mañanas para cerciorarse de que estuviera comiendo bien, para saber si me sentía bien, y a la más mínima queja o expresión de dolor, se preocupaba exageradamente. Fui obligada a tomar vacaciones para evitar tanto esfuerzo físico y descansar, porque era lo que más necesitaba.

La semana en la que Steve volvería se sintió eterna. No se contactó con nosotros y con cada hora que pasaba perdíamos la paciencia. El martes de la siguiente semana fui a casa del señor Jacobs. Brenda me había dicho que estaba un poco enfermo, pero cuando llegué a casa, estaba en su sillón leyendo un libro. No se veía enfermo, al menos no físicamente. Entonces pasé a pensar que su enfermedad era otra: le dolía el corazón por la zozobra que dejaba como resultado la larga espera. El teléfono sonó de repente y el señor Jacobs detuvo su lectura, yo me sobresalté al escuchar el sonido y Brenda apareció en el pasillo. Todos permanecemos alertas, escuchando por segunda vez aquel timbre agudo. Brenda no quería contestar, pero no tuvo otra opción. Caminó hasta la mesa donde yacía aquel viejo teléfono de color beige, con ganas de que no fuera una mala noticia.

—¿Diga? —contestó con la voz temblorosa.

El semblante de Brenda cambió al levantar el teléfono y ponerlo en su oreja. Sus labios y rostro se pusieron pálidos y no había manera de que pudiera disimular eso. Sus ojos bailaron de un lado a otro por un momento, hasta que se centraron en el señor Jacobs y los cerró, respirando aliviada.

—¡Oh! Claro que sí, muchas gracias. Pasaré por ellos mañana en la tarde —respondió y colgó, sonriendo—. Era de parte de la doctora García, sobre sus medicamentos —nos contó, mirando al señor Jacobs.

El anciano y yo suspiramos aliviados con disimulo. De alguna manera esperábamos recibir noticias tristes e intentábamos estar preparados, pero no puedo mentir, nunca lo estuve. El color

volvió al rostro de Brenda quien antes de volver a la cocina, me pidió que me sentara. Había preparado algunos postres y quería que los probara. Los antojos para esas fechas seguían ligados con las náuseas, aunque hiciera lo posible por no recordarlas.

Me senté en el sofá que quedaba frente al sillón del señor Jacobs. Él ya había vuelto a recuperar su postura de lectura: una pierna cruzada, su espalda perfectamente erguida y una mano sobre su rodilla mientras sostenía el libro con la otra. El teléfono volvió a sonar y el señor Jacobs levantó la vista por encima de sus lentes para mirarme. Sus ojos estaban llenos de misterio al igual que los míos. ¿Quién contestaría? ¿Esperaríamos a que Brenda volviera a aparecer en el pasillo para que ella lo hiciera? O ¿debería hacerlo yo? Después de todo el hombre era un anciano y había estado delicado de salud. Yo, aunque embarazada, podía caminar sin ningún problema. Tomé impulso para levantarme del sofá, pero el señor Jacobs puso su mano al frente para detenerme. Retiró la pierna que tenía sobre la otra y dejó el libro sobre la mesa que tenía a un costado del sillón donde se hallaba una lámpara muy coloquial. Se levantó diciendo que él podía contestar y después de sonreírme, caminó unos seis pasos lentos hasta llegar a aquella mesa. Levantó el teléfono con mucha paciencia y lo puso en su oreja. No parecía estar nervioso o a la expectativa de escuchar algo terrible, simplemente permaneció como siempre. La tranquilidad era su estado natural.

—¿Diga? —preguntó con expectativa.

A mí me provocó comerme las uñas de los dedos a causa de la ansiedad.

—Sí, soy yo —contestó a una pregunta que le hicieron.

De repente frunció el ceño. Yo cambié mi expresión al ver la suya, y me levanté del sofá cuando vi que el señor Jacobs se llevó una mano al pecho y agarró con fuerza su camisa.

—Señor Jacobs, ¿está bien? —pregunté preocupada.

Un sollozo salió de la boca del anciano y se tambaleó hasta caer al suelo. No alcancé a llegar para darle una mano o sostenerlo para que no cayera. Llamé a Brenda entre gritos, quien apareció rápidamente en la sala. Sus ojos abiertos con amplitud se llenaron de miedo, un miedo que hizo que mi piel se erizara. Lloré mientras Brenda revisó su pulso e intentó reanimarlo. Dijo que había tenido un infarto, y sin perder un minuto, buscó ayuda de los vecinos para que la ayudaran a subirlo a su auto. Esa fue la primera vez que Brenda condujo como nunca imaginé que lo haría. Tardamos más en subirlo al auto, que llegar al hospital. Mientras vi todo lo que había hecho desde que lo vio tendido en el suelo hasta que lo ingresaron, admiré la labor de Brenda como enfermera, era asombrosa y única en la manera como se preocupaba por que las personas estuvieran bien.

Brenda y yo estábamos en la sala de espera; ella orando para que el señor Jacobs estuviera bien y yo, moviendo la pierna izquierda a un ritmo inusual por la angustia. Si el señor Jacobs se había puesto así de mal, solo podía significar una cosa: la llamada fue sobre Steve. Y por más de que intentara tranquilizarme, no dejaba de pensar en qué pudo haberle pasado para que el señor Jacobs hubiera reaccionado así. Solo las emociones fuertes podían afectarle de tal manera, como para ocasionarle un infarto y al parecer, ese había sido el caso. Después de esperar horas ahí sentadas, el doctor apareció frente a nosotras, sacándonos de nuestros pensamientos. Su expresión no fue del todo alentadora. Cuando se quitó la máscara que cubría su nariz y boca, lo vi. Pude notar que nos daría una mala noticia, y me sentí mal por Brenda, porque ese hombre era lo más cercano que tenía a la palabra familia. Me sentí mal por mí, porque ese anciano me dio amor y estuvo junto a mí cuando mi padre no fue capaz de hacerlo.

—Hicimos todo lo posible, Brenda —dijo el doctor.

Ella se cubrió la boca con las dos manos cuando un sollozo se le escapó.

—Entró en coma —anunció, tratando de no verla a los ojos.

Froté la espalda de Brenda para consolarla. Ella levantó las manos y se secó las lágrimas con afán.

—Creo que teniendo en cuenta el historial del señor Jacobs, a este punto lo mejor es...

—No voy a desconectarlo —aseveró Brenda al interrumpir al doctor.

—Brenda...

—Doctor, no insista. No lo haremos —intervine porque Brenda no pudo pronunciar palabra.

Mucho antes de que la esposa del señor Jacobs muriera, Brenda estuvo siempre junto a él. Además de haberse convertido en su enfermera personal, veía en él una figura paterna, como todos los demás lo hacíamos. Para cualquiera pudo significar una tragedia dolorosa, pero para Brenda y para mí era mucho más que eso.

Nos turnamos con Brenda y Dylan los siguientes tres días para visitarlo y estar algunas horas junto a él por si despertaba en algún momento. Siempre llegábamos al hospital con esperanza y volvíamos a casa con inquietud e impotencia. El viernes exactamente, Dylan llegó para reemplazarme y yo fui a casa del señor Jacobs para hacerle un poco de compañía a Brenda. Los días eran cálidos en Charleston para ese mes y se podían apreciar bellos atardeceres, aunque no se estuviera en la playa.

La puerta de la entrada se abrió al girar la perilla. Entré llamando a Brenda para que se diera cuenta de que había llegado. No me contestó, pero al llegar a la sala, la vi sentada en el sofá acompañada de dos hombres vestidos con uniforme militar. El corazón me latió con fuerza. ¿Qué más podía significar esa visita? ¿Por qué no estaba Steve sentado allí en lugar de ellos? Todo empezó a tener sentido, aunque yo no quise aceptarlo todavía.

—Ella es Savannah Williams, está embarazada del soldado Jacobs —comentó Brenda a los hombres.

Ellos se pusieron de pie y extendieron sus manos para que yo las estrechara. Brenda seguía sentada, pero por alguna razón no me miraba.

—¿Qué está sucediendo? —pregunté confundida.

Los soldados cruzaron miradas entre sí, buscando la manera de dar la noticia o más bien, preguntándose el uno al otro quién lo haría.

—El soldado Jacobs... —Intentó decir uno de ellos.

—¿Sí? —pregunté con expectativa.

El soldado pasó saliva con dificultad, nervioso por su obligación en ese momento.

—Él, falleció en combate, señorita Williams —anunció el otro soldado, terminando la frase que el primero no pudo decir.

La visión y la audición se me nublaron al escucharlo. ¿Qué era esa fuerte presión en el pecho que no me dejaba respirar con normalidad? Sentí que me iba a ahogar, que no había más oxígeno para respirar.

—El funeral y la ceremonia se realizarán en el cementerio Nacional de Arlington —continuó, explicándome lo que pasaría después.

Podía escucharlos hablar, pero se sentía como si me estuviera sumergiendo en el agua y las voces no fueran suficientemente claras.

—Esto fue lo único que encontramos cuando hallamos el cuerpo —mencionó, extendiendo su mano y aquello me hizo volver a escuchar con claridad.

El soldado me entregó una pequeña fotografía sucia, manchada de sangre y rasgada en una esquina. Una fotografía mía. Guardaba la esperanza de que fuera una equivocación, pero al verla, supe que era real lo que estaba ocurriendo. Recordé el día que se la di. Para los soldados, una fotografía en medio de una guerra representa esperanza, vida. Es como un amuleto, un ángel que se encarga de cuidarlos y mantenerlos a salvo. ¿Qué sucedió entonces? ¿Por qué no fue suficiente? Me cubrí la boca con una mano, los labios me temblaron. Apreté la fotografía al empuñar la mano que la sostenía. No encontré consuelo en nada, ni encontraba qué decir en ese momento. De todas maneras, qué podría decir ante eso. Me estaban informando su muerte, lo que fuera que dijera, no le devolvería la vida. Un fuerte dolor en el vientre me hizo caer de rodillas al suelo de madera y perder el conocimiento.

Cuando el ser humano experimenta por primera vez la pérdida de un ser querido, sufre. Se siente una leve y molesta opresión en el pecho que le hace pensar que podría morir ahogado por no poder respirar con moderación; un constante desánimo que elimina por completo el apetito o el sueño, y lo reemplaza por llanto. La depresión hace su aparición y todas las emociones o sentimientos se magnifican: la culpa, el dolor, el enojo, desespero, ansiedad, estrés, entre otras cosas... Algunas personas suelen alejarse de todos a su alrededor, y se concentran en todo lo malo que esa pérdida dejó en sus vidas; pierden el rumbo. Otras personas no pueden llorar, ni expresar el dolor como normalmente lo haríamos todos. Dicen que esas personas son las que más sufren porque no pueden desahogarse. La depresión es capaz de llevar a alguien a la muerte.

Desperté en una habitación de hospital, con muchos cables conectados a mis brazos y con una sensación de mareo y desaliento que no me dejó abrir bien los ojos. Dylan estaba de pie, a los pies de la camilla. Se veía bastante preocupado y ansioso por querer que despertara.

—¡Savannah! —exclamó al abrir los ojos con amplitud al ver que reaccioné.

—Mmm —murmuré—. ¿Qué pasó? —Me sentía perdida.

—Estás en el hospital. Sufriste un desmayo.

—¿Qué?

—Tranquila, todo está bien. La bebé está bien. Solo que la noticia que recibiste te causó bastante conmoción —aclaró para que no me preocupara.

Una lágrima se desbordó de mi ojo derecho hacia un lado y mojó mi cabello. Lo recordé. Cerré los ojos y giré la cabeza. No quería hablar, no quería saber nada. Quería dejar de sentir, era lo único que me importaba.

Me quedé dormida sin la intención de querer hacerlo. Cuando abrí los ojos otra vez, Dylan estaba sentado en el pequeño sillón que se ubicaba a un extremo de la camilla. Se había quedado dormido y roncaba. Sonreí de medio lado, el pobre debía estar exhausto. Se despertó al escucharme toser. Se acercó a la camilla con prisa.

—Estoy bien, tranquilo. Solo sentí molestia en la garganta —mencioné para que su preocupación menguara.

Sirvió un poco de agua en un vaso de cristal y me ayudó a incorporarme para beber un sorbo.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó al sentarse en el borde de la camilla.

No sé qué esperaba que respondiera. No era una buena pregunta. Sentía el cuerpo maltratado, me sentía cansada, y con ganas de querer dormir por largas horas.

—Estoy bien —mentí. Dylan descargó el vaso en la pequeña mesa junto a la camilla.

—¿Quieres algo de comer? —preguntó.

Sacudí la cabeza. No tenía apetito.

—Tienes que comer algo —insistió.

Suspiré. Lo que necesitaba era convencerme de que todo era un mal sueño. De que el señor Jacobs estaba en su casa leyendo un libro y Steve estaba volando en un avión de vuelta a Charleston. Eso era lo que necesitaba: que las cosas estuvieran en su lugar como debía ser. ¿Qué se podía esperar de las personas que vivíamos para ver cómo la vida nos arrebatara todo lo que más amábamos? ¿Qué se podía esperar de mí? Uno supondría que sería más fácil poder superarlo cuando ya se ha pasado por algo así, pero no es verdad; cada muerte, cada abandono, cada desaparición, se lleva una parte de nosotros; y cada día se hace más y más difícil poder ver la vida como solíamos verla antes de saber que el mundo afuera es malo, y que no siempre es justa con los que son buenos.

—Tal vez más tarde —contesté para tranquilizar la preocupación de Dylan.

Él alineó los labios y asintió resignado. No quería abrumarme, intentaba darme mi espacio, aunque la situación lo afectara y su urgencia por querer verme bien sobrepasara los límites. Volví a recostarme sobre la almohada. La espalda me dolía y sentí alivio al acostarme. Dylan puso sus manos sobre las mías y las acarició. Era su manera de consolarme, en lugar de decir algo que me provocara dolor y ganas de llorar.

—Jamás voy a dejarte sola. Siempre vas a contar conmigo —aclaró, por si lo había olvidado.

—Lo sé. —Sonreí sin ganas e hice una pausa—. Dylan, ¿crees que estoy maldita? —pregunté con curiosidad. El pensamiento de que lo estaba se aferró a mi mente.

—¿Qué? —Dylan me miró confundido.

—Debe ser una maldición el que todos a mi alrededor mueran o decidan marcharse —supuse, encogiendo los hombros.

Dylan sonrió con tristeza, inclinando la cabeza. Mis palabras le dolieron más a él que a mí misma.

—Tú —puso su mano sobre mi cabeza—, no estás maldita. Tampoco tienes la culpa de que las personas mueran o decidan marcharse. La gente muere porque lastimosamente ese es el ciclo de la vida, Sav. Para algunos más temprano que para otros, pero al final será inevitable.

Sus palabras me hicieron recordar la conversación con Steve sobre el miedo a morir. Tenían pensamientos similares. Eso lo hizo aún peor.

—Solo es una irónica casualidad que tengas que vivir todas esas tragedias casi que al mismo tiempo. Por otro lado, no somos perfectos. —Encogió los hombros—. Todos los días cometemos errores, pero tú no eres responsable de las decisiones que tomaron las personas que se fueron de tu vida; los responsables son ellos, y tú deberías ir tratando de desprenderte de ese pasado que solo te trae amargura, Sav. Disfruta de las personas que tienes aquí y ahora, vive el presente sin mirar atrás. Pensar en ellos no hará que vuelvan. —Dylan concluyó su consejo con sabiduría, como siempre lo hacía.

Hizo que un par de lágrimas se me escaparan, pero la verdad es que ya estaba cansada de llorar; los ojos me ardían, sentía resequedad en la garganta y un leve dolor de cabeza que pasaba a ser desesperante. ¿Cómo podía dejarlos? No era justo. El remordimiento no me dejaba.

—Quiero ir a su funeral —anuncié después de pasarme las manos por las mejillas para secar las lágrimas.

—Sav, no creo que sea conveniente.

—Por favor, Dylan. —Cerré los ojos—. Necesito hacerlo, y quiero que me acompañes —continué al abrir los ojos otra vez.

—Por supuesto que lo haré. —Descargó su mano sobre la mía y rozó mi piel con su pulgar.

—Lo enterrarán en Arlington —señalé.

—Si esto es lo que quieres, entonces te apoyaré.

Dylan pasó su mano por mi mejilla derecha al asentir con determinación. Nada me daría más fuerzas que su compañía.

14

Esperaba mucho más esa mañana al despertar. Esperaba despertar e ir a trabajar a la cafetería, ver al señor Jacobs entrar por la puerta, devolverle la sonrisa y servirle café. Esperaba terminar el turno y salir a dar un paseo con Steve o sentarnos en el sofá de la sala de mi casa a ver una película mientras comíamos palomitas de maíz y bebíamos gaseosa. Más exactamente, esperaba que Brenda entrara a la habitación y me dijera: «Steve está en la sala esperándote». Con tremenda ilusión esperaba muchas cosas que sabía no pasarían. Me puse el mismo vestido que utilicé en el funeral de mamá, Brenda le hizo unos ajustes para que pudiera quedarme. Por alguna razón ya no era necesario esforzarme tanto para no permitir que el dolor me torturara, se había quedado conmigo. Me abrazaba todo el tiempo y me susurraba al oído que nunca me dejaría.

Dylan tocó la puerta dos veces con suavidad y la abrió para asomarse. Entró y se detuvo frente al tocador para anunciar que Brenda ya estaba esperándonos afuera. Salimos de la habitación una vez me abrazó y me dijo que todo estaría bien. Me pregunté mientras bajábamos las escaleras, por qué las personas tienen la costumbre de decir que todo va a estar bien. Es cierto; eventualmente el dolor mengua y el tiempo ayuda a sanar muchas heridas, pero hay momentos en los que se vuelve innecesario escucharlo. Al final se convierte en una frase que nuestro cerebro programa para decirla de manera automática cuando alguien pasa por un momento difícil. Lo único que quería en realidad, era que no me dejaran sola. Nada era más importante que sentirme acompañada, sin necesidad de escuchar palabras de consuelo.

Un grupo de militares nos esperaban al llegar al aeropuerto. Desde que llegamos, hasta el momento en el que subimos al avión y descendimos, siempre se preocuparon por que nada nos hiciera falta y estuviéramos cómodos. No le tenía miedo a viajar en avión, pero justo ese día sentí todo el pánico que nunca había sentido. Recordé cuando tenía doce años y papá salió de la ciudad para asistir a una conferencia sobre liderazgo en Chicago. Le gustaban esas cosas de motivación y superación personal. Más bien quería dedicarse a eso, supongo que para este punto ya no importa porque lo dejó; un día dijo que no era lo suyo y el tema quedó olvidado. Lo acompañé esa vez porque quiso que fuera con él y yo, ingenuamente creí que sería divertido. En realidad, lo fue, a excepción de la aburrida conferencia donde solo vi hombres mayores tratando de buscar la forma de no caer en el fracaso.

Estaba nerviosa y se me aceleró el corazón al pensar en esa sensación de vacío que se genera en la boca del estómago en el momento que se elevó el avión. Intenté disimularlo, pero mi respiración agitada los alertó a todos. Un hombre se acercó y me preguntó con voz grave si necesitaba algo. Con un movimiento de cabeza le indiqué que estaba bien, pero insistió al punto de mencionar que había un equipo médico en el avión por si necesitaba atención médica. Algo

para reconsiderar. Me sorprendió su hospitalidad, así que le pedí una taza de té, porque creí fielmente que me ayudaría a controlar los nervios mientras llegábamos a Arlington. Aquel hombre me sonrió con amabilidad y después de asentir a mi petición, me dio la espalda para traer la bebida caliente.

Al descender y ubicarnos en una caseta que había organizado el equipo militar, el grupo de médicos me revisaron para comprobar que todo estuviera bien con mi embarazo y mi salud. Nos dieron comida, descansamos unos minutos y luego nos hicieron subir a un vehículo. Otra vez sentí el corazón acelerado y la ansiedad desbordándose por todo mi ser. Dylan sostuvo mi mano durante todo el camino para tratar de menguar mis nervios.

El Cementerio Nacional de Arlington en el estado de Virginia a las afueras de Washington D.C., es uno de los cementerios militares más grandes de Estados Unidos, en el que descansan más de 400.000 militares, entre otras personas que han hecho cosas significativas por el país. Hacía allá nos dirigíamos. Ese era el lugar en el que Steve tendría el honor de descansar para siempre. El auto se detuvo y pensé: esto no está pasando. ¿Cómo le decía a todos que no podía bajar del auto? Las manos me empezaron a sudar frío y el estómago se me revolvió. Dylan y Brenda salieron del auto, esperando a que yo lo hiciera también, pero por más de que quise, me sentí paralizada. A través del parabrisas tenía la vista del enorme césped y las lápidas de todos los que ocupaban un espacio en el cementerio. Qué lugar más silencioso y trágico.

—Savannah. —Dylan me sacó de aquellos pensamientos ansiosos.

Centré la mirada en sus ojos.

—¿Vamos? —preguntó con suavidad.

Asentí segundos después de pensarlo dos veces. Asistir a un funeral conserva algo de masoquismo. Vas a ver a esa persona por última vez, vas a presenciar cómo lo entierran metros bajo tierra, y vas a recordar una y otra vez todas las cosas que compartiste con esa persona y las cosas que no dijiste. Vas a recordar el dolor que sientes y lo cruel que será la ausencia desde ese momento en adelante. Si me preguntan a mí, prefiero no asistir a un funeral, pero luego pienso en que será mi última oportunidad y por muy masoquista que sea en ese momento, le brindo a mi alma y corazón un poco de consuelo.

Me cubrí los ojos con las gafas de sol antes de salir del auto. Dylan me dio la mano y nos dirigimos hacia donde iba la pequeña multitud que nos acompañaba. Todos vestidos de negro, excepto el grupo de militares que llevaban el féretro. Sentí escalofrío al verlos y mi piel se erizó. Vecinos y gente que conocía al señor Jacobs y su sobrino, asistieron y lloraron la muerte de Steve como si hubiera sido alguien muy cercano a ellos. Brenda no pudo evitar el llanto desde que vio a los hombres cargar el féretro. No solo sufría yo. Ella también estaba devastada. No era sencillo asimilar la muerte de alguien tan joven como Steve, de alguien que siempre fue una buena persona y aún le faltaba tanto por vivir. En esos momentos es cuando reprochamos el por qué de las cosas, y le exigimos a Dios explicaciones de los sucesos como si tuviéramos esa libertad de hacerlo.

Nos sentamos en las cuatro sillas negras de metal que ubicaron frente al lugar donde Steve sería enterrado. No parecía ser un día apropiado para un funeral. Nada combinaba con el dolor que se sentía en el aire porque el día estaba soleado y los colores eran vivos. Era verano. Dylan sostenía una sombrilla amplia para protegernos del sol. La señora Jones estaba junto a Brenda, ella era quien la consolaba en ese momento. Una fila de militares que marchaban se detuvo frente a nosotros. Los seis hombres que traían el féretro de Steve lo descargaron sobre una base arriba del profundo agujero en el que sería sepultado en unos minutos. Una bandera de los Estados

Unidos cubría el cajón de color amaderado. Entonces, la ceremonia militar comenzó. El general dijo algunas palabras y al terminar, una melodía solemne y desgarradora se escuchó a unos metros de distancia. Al girar la cabeza vi a otro grupo de militares tocando instrumentos. Eran quienes la interpretaban. La melodía cesó y el mismo hombre que dio unas palabras minutos antes, vociferó: «¡carguen!». Cuatro hombres a un extremo halaron el cerrojo, alistando sus armas. «¡Apunten!», continuó. Los hombres elevaron sus armas hacia el cielo. «¡Fuego!», finalizó el general. Los cuatro militares accionaron las armas al mismo tiempo y el estruendo me hizo estremecer. Aquello se repitió dos veces más y todas esas veces me sobresalté y apreté el brazo de Dylan. Una trompeta se escuchó por unos segundos, indicando el cese del fuego. Todos los militares hicieron una última venia, y los hombres alrededor del féretro, doblaron la bandera. Podría decirse que Brenda y yo íbamos en representación del señor Jacobs ya que él no pudo asistir al funeral. El general que parecía dirigir la ceremonia puso sobre la bandera perfectamente doblada, una medalla y se inclinó frente a nosotras, apoyándose en la rodilla derecha.

—El gobierno de los Estados Unidos de América, reconoce al soldado Steve Jacobs su compañerismo, valentía y esfuerzo dedicado a su patria, y agradece el tiempo consagrado a sus misiones durante cinco años de servicio militar. Hoy le rendimos homenaje por haber perdido la vida en combate y convertirse en un héroe de nuestra país.

Las palabras del militar fueron contundentes. Su expresión de seriedad y respeto por lo que hacía y decía en ese momento, movieron las fibras de mi corazón. Sus brazos se extendieron un poco hacia nosotras y junto a Brenda, recibí la bandera. El militar se levantó e hizo un saludo militar frente a nosotras. Las lágrimas salieron inevitablemente. Steve recibió el corazón púrpura. Medalla que reciben los soldados que resultan heridos o muertos en combate. Pasé mis dedos por el metal y la poca tela, y levanté la cabeza. Vi a Harry cerca a uno de los autos estacionados. Estaba en silla de ruedas, con la cabeza inclinada. Tres personas estaban detrás de él: dos hombres y una mujer. Me retiré los lentes de sol para que se diera cuenta de que lo estaba observando, pero en cuanto nuestras miradas se encontraron, giró la cabeza para no tener que mantener contacto visual conmigo. Por un momento sentí un poco de esperanza al verlo, pero luego se desvaneció al comprender su actitud. La ceremonia terminó. Steve quedó sepultado bajo tierra y con él todo el amor que no pudimos demostrarnos. Harry me miró con el ceño fruncido. Di un paso para acercarme, pero cruzó palabras con la chica de atrás y se marchó del cementerio antes de que pudiera alcanzarlo.

Harry perdió parte de su pierna izquierda y tuvo que empezar terapias para no perder la mano izquierda. Supe que fue condecorado también y volvió a casa. Todos los demás murieron: Luke, Travis, Eddie y Steve. Harry fue el único sobreviviente. El chico que algún día contaría la historia de lo que sucedió en Afganistán. Las personas desconocen muchas cosas que pasan alrededor del mundo porque cada uno está encerrado en su propio mundo, allá en su país, en su ciudad y en su propia vida. Y es exactamente la razón por la que pensarían que una cadena de sucesos trágicos y situaciones dolorosas no pueden ser posibles; porque nunca lo han vivido tan cercano o nunca han escuchado hablar de ello. Sin embargo, aquí estamos los demás. Los que, por cosas de la vida, tuvimos que pasar por todo eso.

15

Recordar. Probablemente es una de las cosas más íntimas, especiales e increíbles que un ser humano puede hacer. A través de los recuerdos revivimos un sin fin de emociones y sentimientos. Le permitimos un respiro a nuestra mente y alma, un descanso y una razón para seguir avanzando. Es la manera como acariciamos nuestro corazón y disfrutamos de la soledad positivamente. En pocas palabras, recordar es apreciar la manera como el pasado nos llevó al presente. Es mantener en secreto cicatrices e impulsos que nos ayudan a formar y sostener el carácter que antes nos costó conseguir. Ahí nos damos cuenta de que muchas cosas cambiaron. Recordar es una acción extraordinaria que encumbra momentos y emociones para siempre.

Todos tienen diferentes maneras de sobrellevar una pérdida. La mía era inusual, y para muchos, extrañamente sobrenatural. Nunca habría sido posible sobrellevar todo lo que sentía intentando pasar página mientras los días transcurrían, el tiempo pasaba y yo esperaba a que llegara el día en el que dejara de sentir que era miserable. Todos parecían convencidos de que yo estaba bien, que sorprendentemente me reponía a la ausencia de Steve con facilidad. Qué ingenuos eran. Nada en este mundo podría hacerme sentir diferente después de su muerte. Si antes me sentía estancada, ahora era aún peor. La depresión se apoderó de mí en un abrir y cerrar de ojos. Empecé a encerrarme en mi cuarto para entrar en esos recuerdos que tenía de Steve; recuerdos en los que me sentía viva y llena de esperanza. Donde era una mujer enamorada que veía un futuro a su lado a pesar de que la guerra amenazara nuestro amor, mostrándonos el lado negativo de las cosas. Empecé a hacerlo por quince minutos todos los días y luego la intensidad aumentó, pasé de encerrarme en un recuerdo de quince a treinta minutos, y después perdí la noción del tiempo. La situación se me salió de las manos y complicó muchas cosas. Cada decisión que tomamos en nuestra vida trae consecuencias; positivas o negativas, y jamás podremos pasar desapercibidos frente a ella. Todo en exceso es malo y entre más pronto nos apresuremos a entenderlo y aceptarlo, menos sufriremos.

“Estaba en el puente que está sobre el río Cooper, y Steve estaba ahí junto a mí. Hablaba, me contaba una de sus anécdotas. No me había fijado en lo guapo que lucía al mezclar el color gris de sus ojos, la forma recta de su nariz y el grosor de sus labios. Sus cejas eran pobladas y un par de cicatrices adornaban su frente y mentón. Admiré lo increíble que se veía con esa camisa blanca que Brenda le había ayudado a escoger para nuestra primera cita, y deseé poder lanzarme sobre él y decirle cuánto lo extrañaba.

—¿En qué piensas? —Steve preguntó.

—En nada —mentí en voz baja.

Puse una mano en su mejilla y acerqué mis labios a los suyos. Sus labios eran suaves y estaban

fríos. Qué beso más sensual y candente.

—¿Te gustaría salir conmigo otra vez? —me preguntó al separarse de mis labios.

—Me encantaría —contesté enseguida y volví a besarlo.”

Abrí los ojos de golpe. El sonido incesante del timbre de la casa logró traerme de vuelta. Me incorporé en la cama asustada. Temblaba más de lo usual. Toda la espalda, la frente y el cuello los tenía empapados de sudor. Un sudor frío y excesivo. Me asomé por la ventana de la habitación, solo veía la silueta de un hombre parado en el porche, esperando a que alguien abriera la puerta. Me sequé el sudor con rapidez y me cambié la blusa por una limpia. La que tenía puesta estaba completamente mojada. Me alisé el cabello para tratar de verme un poco más presentable y bajé las escaleras sin afán. Tampoco podía caminar a la velocidad que lo hacía antes. Un intruso estaba dentro de mí.

—¡Jordan! —admiré al verlo frente a mí una vez abrí la puerta.

—Hola, Sav —me saludó. Bajó la mirada a mi estómago y levantó las cejas.

No pudo disimular la sorpresa que sintió al verme.

Me cubrí el estómago con las manos, como si eso pudiera ocultar el hecho de que estaba embarazada.

—¡Qué sorpresa! —exclamé. En realidad, lo era.

Jordan no había vuelto por la casa mucho antes de que Alana se fuera de Charleston.

—Lo sé. No quiero incomodarte. Solo vine a ver a Madison y hablar con Alana. ¿Podrías decirle que quiero hablar con ella, por favor? —me pidió y lo miré con pesimismo—. Solo serán cinco minutos, lo prometo —agregó antes de que pudiera tirarle la puerta en la cara, como probablemente pensó que haría.

Sacudí la cabeza.

—No, Jordan, no es eso. Es que... Alana ya no vive aquí —le conté, manteniendo la mano en la puerta.

—¡Oh!... ¿Dónde está viviendo?

Alineé los labios. Sentí lástima por él. Cuánto anhelé poder saberlo y decírselo. Parte de la infelicidad de Alana era saber que no pudo tener una historia de amor como un cuento de hadas. Una vida perfecta a su manera. Culpaba a Jordan. Culpaba a todos los que la rodeaban. Todos excepto ella, eran culpables de su desgracia.

—No lo sé, Jordan. También quisiera saberlo.

Mi excuñado desvió la mirada al girar la cabeza. Asintió, aceptando la realidad que lo golpeaba. Aunque quisiera, la vida parecía no estar de acuerdo con que tuviera la intención de hacer las cosas bien en su intento de redención.

—¿Si llegas a verla podrías decirle que quiero hablar con ella? Que me llame, tengo el mismo número —me pidió. Su voz se escuchó llena de esperanza.

Lo miré con sospecha. ¿Qué estaba tramando?

—¿Quieres pasar? —ofrecí, extendiendo una mano hacia el interior.

Jordan alineó los labios y asintió, dando un paso dentro de la casa. Él, al igual que todos los demás, observó la casa a detalle y sonrió, recordando momentos que pasó en esas cuatro paredes.

Nos sentamos a la mesa de vidrio que adornaba el patio trasero. Una jarra de limonada y dos vasos de cristal estaban sobre ella. Jordan vestía una pantaloneta, una camiseta sin mangas y sobre ella, una camisa de tela delgada. Usaba sandalias y un reloj en su muñeca derecha que parecía costoso. Una cicatriz cerca de su labio superior resaltaba con precisión y la piel de su

rostro se veía reseca, como si necesitara crema hidratante. Tuve que contarle lo que ocurrió para que no guardara la ilusión de tratar de arreglar las cosas con Alana. Estaba muy enojada y sentida por lo que él había hecho. Todos tienen derecho a una segunda oportunidad, pero Alana era demasiado orgullosa como para que los demás pudiéramos soportarlo. Jordan solo era un muchacho con ilusiones, que tomó una decisión equivocada impulsado por el miedo en ese momento. Aunque yo resaltaba sus logros. Se graduó de la universidad y tenía una vida económicamente estable como para poder formar una familia. Estaba arrepentido y quería recuperar el tiempo perdido. La vida para Alana sería totalmente diferente si pudiera dejar a un lado el rencor y el orgullo. Todavía lo amaba. Era obvio. De no ser así, su vida no sería tan desastrosa como lo era hasta ese momento.

Jordan bebió un sorbo de limonada y miró hacia el horizonte. El sol empezaba a ocultarse y la tarde se refrescaba. El sol era candente por esos días.

—Me gusta el verano —señaló sin apartar la vista. Yo lo miré—. En Nueva York no tienes mucho tiempo para ir a surfear.

Me miró sonriendo al concluir. Le devolví la sonrisa. En la secundaria, ese era su pasatiempo: mantener en la playa, surfeando y alardeando sus habilidades para que Alana se emocionara de ver su cuerpo semi desnudo sobre una tabla, con la piel tostada por el sol y el cabello goteando agua salada.

—¿Te gusta la vida en la gran ciudad? —pregunté curiosa.

Jordan hizo un gesto.

—No me quejo.

—Debe ser fascinante.

—Lo es. Deberías ir un par de días. ¿Qué dices? —propuso a la expectativa.

—No, claro que no. Yo no... podría.

—¿Por qué no? Mis papás se están quedando conmigo y hay mucho espacio en el apartamento. Seguro les encantará verte —insistió.

Bajé la mirada dudando. Apenas habían pasado un par de semanas desde que Steve murió. No podía planear viajes para divertirme. No era apropiado.

—Lo voy a pensar y te aviso —mentí.

Jordan asintió convencido de que lo haría, pero yo no pensaría nada. Solo fue una manera de terminar con esa conversación.

Los empresarios jóvenes de Nueva York tenían mucho futuro por delante, Jordan era uno de esos. Al verlo, no podía creer que lo había logrado. De Alana destacaba que buscaba involucrarse con hombres inteligentes porque durante la secundaria, siempre se dijo así misma que era hermosa, inteligente, con carácter y merecía lo mismo de un hombre. No supe dónde quedó esa mujer.

—Supe lo que sucedió —mencionó, cambiando de tema. Levanté la mirada, su expresión era diferente—. Lo siento mucho.

La paz que sentí mientras hablaba con él, solo duró un instante. No existía un momento, ni una situación en la que alguien evitara hablar de Steve al menos por un segundo. Todo el mundo se empeñaba en recordármelo, en revivir el dolor dentro de mí. Solo necesitaba un minuto de sosiego. Era todo lo que pedía.

—Gracias —musité.

Rodeé el vaso con ambas manos. Ya no me sentía con el mismo ánimo.

—¿Piensas seguir viviendo aquí en Charleston? —indagó.

—Creo que no tengo más opciones —contesté, cerrándome al mundo de oportunidades que existían.

—Siempre las hay —refutó—. En la Universidad Estatal de California puedes estudiar fotografía si aún te gusta. —Me miró a la expectativa. Asentí—. Bueno, tengo un amigo en Long Beach, seguro que puede darnos una mano si te decides.

—No lo creo —negué—. Suena costoso.

Jordan chasqueó la lengua.

—Ni siquiera has visto el campus. No te adelantes a las cosas.

Por la manera en la que me hablaba sentía que quería ayudarme, que era la verdadera razón por la que había ido a la casa. Que lo de Alana fue solo un cortina de humo. Eso fue lo que pensé después de emocionarme con la idea de estudiar y vivir en un lugar que no fuera Charleston. Contuve una respuesta impulsada por esa emoción.

—Claro —me limité a decir—. Estaremos hablando entonces.

Jordan asintió. Cada vez que avanzábamos en la conversación, se convencía de que todo lo que contestaba con una afirmación, lo haría realidad. Era una pena que no conociera a fondo cómo era en realidad y hasta dónde podía llegar mi pesimismo.

Se levantó de la silla, anunciando que ya debía irse. Echó un vistazo al reloj y corrió la silla en la que estaba sentado, por debajo de la mesa para dejar todo ordenado. Me ayudó a llevar la jarra y los vasos a la cocina y nos despedimos en la puerta de la casa. Al horizonte el cielo se tiñó de naranja y Jordan suspiró profundo.

—Ahora entiendo por qué sigues en Charleston —admiró con una sonrisa en su rostro que dejó ver sus dientes.

Sonreí sin ganas. Esa no era la razón, Jordan, pero buen intento. Sentí una punzada en el pecho.

Metió las manos en los bolsillos de su pantaloneta y me miró.

—¿No te gustaría mudarte algún día?

Claro que quería hacerlo. Todo el tiempo, pero había tantas cosas que me ataban a esa ciudad, que no valía la pena contárselo.

—Tal vez algún día, pero por el momento estoy bien aquí —mentí.

Una hipoteca y el recuerdo de las personas que amo estaban encerradas en esas cuatro paredes de las que Jordan estaba a punto de salir. Nunca entendería la sensación de soledad constante y vacío insaciable. No él. Su vida era totalmente diferente. El destino le brindó la oportunidad de ser feliz.

Él asintió con satisfacción al escuchar mi respuesta. Me hizo apuntar su número de teléfono para que lo llamara cuando estuviera lista para ir a Nueva York. No tenía que esforzarse por parecer una buena persona, Jordan lo era, aunque fuera distraído y no supiera identificar cuando alguien más está sufriendo. Desde que estaba en la secundaria y comenzó a salir con mi hermana lo noté. Siempre tuvo la intención de ayudar a los demás. Es irónico. Podía salvar a cualquiera a su alrededor, pero no fue capaz de salvar a mi hermana, aún cuando supuestamente la amaba. Nunca fuimos tan cercanos. Era mayor que yo dos años, al igual que mi hermana, y para cuando yo me estaba graduando, el terminaba el cuarto semestre de universidad. Algunas veces nos cruzábamos en los pasillos de la escuela y me saludaba levantando la cabeza hacia atrás y sonriendo. O cuando iba a casa para visitar a mi hermana: «Hola, Sav. ¿Está Alana?», decía al llegar. Yo asentía y la llamaba. Eran las únicas palabras que cruzábamos. Ese día fuimos más lejos de lo que pensé.

Me dio un beso en la mejilla y me dijo que le dio gusto verme. Le dije lo mismo. No tuve que

mentir. Eso sí fue verdad. Lo único real después de todas las cosas que hablamos. Me quedé parada en el porche mientras lo veía irse. Sin ninguna prisa se dirigió a su auto, entró en él, lo puso en marcha, encendió la radio y condujo de vuelta a su casa. Crucé los brazos. Así como la visita de Bethany me hizo reflexionar meses atrás, la visita de Jordan me dejó ansiosa por pensar en un futuro distinto al que me esperaba si me quedaba en Charleston por siempre.

16

Abrí los ojos y observé toda la habitación. ¿Me había quedado dormida? O ¿se trataba de un recuerdo? Me incorporé y me senté al borde de la cama. Había mucho silencio y el clima era tan fresco que no parecía verano. Al mirar a través de la ventana, el árbol y el jardín se veían frondosos; entonces deduje que era primavera. Fruncí el ceño porque la quietud y tranquilidad que sentía no era normal. Incliné la cabeza hacia mi estómago, pero estaba plano. Levanté la blusa y puse mi mano sobre él para confirmar si estaba embarazada. ¿Qué había pasado? ¿Cómo era posible que no recordara el nacimiento de mi hija?

«Savannah», me llamó y mi corazón se aceleró al escuchar su voz. Salí de la cama y caminé descalza por el suelo de madera que lucía bastante limpio. Salí de la habitación y bajé las escaleras a la sala; estaba ordenada. Una manta de lana estaba doblada sobre un extremo del sofá, y un libro sobre la mesa de centro. Algunos mechones de cabello cayeron hacia adelante, cubriéndome el rostro y los aparté con la mano poniéndolos detrás de mi oreja. «Savannah», volví a escuchar. Aquella voz hizo eco en toda la casa. Su tono se escuchaba tan irreal que me dolió el pecho de solo pensarlo. Me dirigí a la cocina y continué por el baño, pero no encontré nada. La casa seguía sumergida en el silencio y el misterio crecía. Me dirigí al patio trasero entonces y al levantar la mirada, vi a Steve allí sentado en una silla de playa, con las piernas estiradas; usando una playera, pantaloneta, gafas de sol y leyendo concentrado. Todo dentro de mí se removió y las piernas me temblaron. Me acerqué sonriendo y llorando porque se sintió tan real que no pude evitar extrañarlo.

—¿Steve? —pregunté con la voz quebrada.

Él giró la cabeza y me miró. Retiró las gafas de sol de su rostro, sonrió y cerró el libro. Se incorporó y esperó a que me acercara lo suficiente como para hacer contacto.

—¡Mira quién decidió despertar! —admiró con una sonrisa y se levantó de la silla.

Incliné la cabeza, dejando escapar media risa.

—Lo siento —me disculpé, volviendo a mirarlo.

—Está bien, necesitabas descansar —aceptó, rodeándome la cintura con sus brazos.

Detallé cada parte de su rostro y toqué sus ojos, labios, nariz, mejillas y cabello para sentirlo una vez más. Para convencerme de que podía ser real. Él ladeó un poco la cabeza y pasó su mano por mi cabello para acariciarme.

—No puedo creer que estés aquí —susurré incrédula.

—¿Dónde más podría estar?

—¿Por qué? ¿Por qué estés aquí? ¿Qué es esto?

—Estoy aquí porque tú quieres que esté aquí.

La presión en el pecho volvió. Lloré.

—¿Qué pasa? ¿Por qué lloras? —preguntó preocupado, poniendo sus manos en mis mejillas.

—Porque no eres real —contesté en medio de un sollozo.

Steve hizo una mueca de compasión y descargó su frente contra la mía. Rodeé su cintura con mis brazos y él hizo lo mismo. Poco a poco el sentimiento se alejó y una luz blanca se magnificó. Mientras tanto, escuché una voz a lo lejos.

—Savannah, despierta, por favor —escuché finalmente con claridad.

Sentí unas leves palmadas en las mejillas con el propósito de que reaccionara. Abrí los ojos y vi a Dylan frente a mí.

—¡Dios! ¡Por fin! —exclamó en un suspiro.

—¿Qué sucede? —pregunté confundida.

Dylan me miró frunciendo el ceño y se masajeó la frente al cerrar los ojos. Mientras tanto, me pregunté cómo era que había llegado a la habitación de Steve. No pude recordar que fue lo que hice antes de que pasara eso. ¿Qué significó lo que vi antes de que Dylan me despertara? ¿Fue una especie de sueño o un recuerdo manipulado por mi mente? Enarqué las cejas al pensar en ello, de pronto me sentí cansada y quise dormir para recuperar fuerzas.

—Es lo que queremos saber —contestó, haciendo que mi mirada volviera a él. Abrió los ojos y me miró.

Fruncí el ceño, preguntándole con un gesto a qué se refería. Él se acercó a la puerta y la cerró para cerciorarse de que Brenda no escuchara la conversación que tendríamos.

—No despertabas, Savannah. Brenda me dijo que le habías dicho que querías dormir, pero pasaron cinco horas. Era obvio que iba a preocuparse —acentuó al poner sus manos en la cintura.

Su preocupación empezó a convertirse en enojo.

—Lo siento, estaba muy cansada —mentí.

Dylan me miró sorprendido.

—No puedo creer que seas capaz de mentirme —negó dolido—. Savannah, sé que no estabas durmiendo.

Se quedó callado, esperando a que me retractara. Me dio la oportunidad de que me disculpara por haberle mentido, pero tampoco lo hice. Dylan tensó la mandíbula y me dio la espalda dispuesto a marcharse. Así como podía ser incondicional y seguirme la corriente en cada cosa que se me ocurriera, podía enojarse cuando yo actuaba irracionalmente, que podía ser la mayor parte del tiempo. Se ofendía con facilidad cuando la gente le mentía o cuando le hablaban por hipocresía. Siempre se preocupó por ser una persona transparente y sincera con los demás, solo pedía a cambio lo mismo. Dylan era tan excelente en casi todo lo que hacía, que siempre terminaba herido por personas que no sabían apreciar esas virtudes y cualidades en él, como yo.

Sujeté su muñeca cuando vi que me dio la espalda. Detuvo su paso por un momento y le pedí que no se marchara, pero al preguntarme si aceptaría lo que había hecho, solté su muñeca y él dejó escapar un ligero suspiro lleno de cansancio.

—Un minuto —interrumpí nuestra discusión.

Fruncí el ceño y me dirigí hacia el armario de la habitación. Abrí las puertas y lo encontré vacío. Toda su ropa y sus pertenencias habían desaparecido. Volví a las mesas de noche y abrí cada cajón. No había nada tampoco. Sentí que la locura empezó a apoderarse de mí.

—Sav, cálmate —intentó tranquilizarme.

—¿Dónde están sus cosas? —pregunté, levantando la voz.

—No sé dónde están, pero le preguntaré a Brenda. ¿De acuerdo? Cálmate.

—¡No me digas que me calme!

Que lo dijera solo me hacía sentir más furiosa e histérica.

—Esto no está bien —advertí, saliendo de la habitación.

Bajé las escaleras al primer piso con lo que yo creía rapidez y urgencia, pero solo era mi mente yendo a la velocidad que mis piernas no podían. Brenda estaba en la sala, limpiando el polvo del buró y las repisas.

—¿Dónde están sus cosas? —pregunté, exigiendo una respuesta, como si me la debiera.

Brenda giró el cuerpo y me miró frunciendo el ceño. Estaba muy lejos de pensar que podría amedrentar a Brenda con una actitud altanera y grosera como la que estaba teniendo.

—¿Disculpa? —preguntó con un tono de voz que me daba la oportunidad de retractarme por la manera en la que le hablé.

Los ojos se me llenaron de lágrimas por la impotencia y la ira que sentía.

—Su habitación está vacía. ¿Dónde pusiste sus cosas? —Repetí, acentuando las palabras. Estaba perdiendo la paciencia.

Brenda cruzó los brazos. Dylan estaba detrás de mí, dispuesto a evitar cualquier situación desagradable.

—No voy a decírtelo —negó con firmeza al mirarme a los ojos—, y lo mejor es que bajes el tono de tu voz.

Brenda volvió a girar el cuerpo para seguir limpiando el polvo. Empuñé las manos y tensioné la mandíbula.

—¿Quién te crees que eres para decidir algo así? ¿Acaso vas a tener un hijo suyo? ¿Estabas enamorada de él? —reclamé enojada.

Para cuando Brenda volvió a mirarme, mis mejillas ya estaban llenas de lágrimas, pero de mi boca no salía un sollozo.

—¡Savannah! —Dylan me reprendió.

Brenda levantó el dedo índice al mirar a Dylan. Ella podría manejar la situación. No necesitaba que él se involucrara.

—Esta es la casa del señor Franklin Jacobs, no tuya, y he trabajado aquí durante años. Sé perfectamente bien que empacar las cosas de Steve y ponerlas en una caja en el sótano es lo que él habría querido —aseveró sin titubear siquiera un poco. Su mirada seguía penetrando la mía—. Ya pasaron tres meses, Savannah. Supéralo y sigue adelante como todos los demás lo estamos haciendo —sugirió con seriedad.

Sacudí la cabeza con exageración al escucharla. No podía aceptar que, de una manera tan cruel, de la que no me hicieron partícipe, las cosas de la persona que amé quedaran escondidas en un rincón de la casa, donde ni siquiera podían recibir el sol, donde siempre olería a guardado y viejo.

—Pues no —objeté, alzando la voz.

—Cuida el tono de tu voz cuando me hablas, jovencita, porque no voy a tolerar tus caprichos ni groserías.

Le di la espalda en cuanto vi su mirada retadora. Quería saber si era capaz de volver a hablarle como lo hice, y yo quería saber qué sería capaz de hacer si le contestaba. Apuesto que Brenda me abofetearía. No correría el riesgo de descubrirlo. Empujé a Dylan hacia un lado para continuar mi camino. Brenda suspiró con cansancio. Sabían hacia donde me dirigía, pero Brenda no hizo nada para detenerme. Dylan fue el único que fue tras de mí.

—Basta, Savannah. Detente —me ordenó con suavidad.

Evitaba subir la voz para no alterarse. No me detuve como me lo pidió. Continué hasta llegar a

la puerta que permitía bajar al sótano. Giré la perilla con brusquedad, pero no se abría. Golpeé la puerta con las manos empuñadas por el enojo, tal vez así lograría derribarla.

—¡Abre la maldita puerta, Brenda! —grité hacia el interior de la casa.

—Savannah, ya basta. —Dylan volvió a intervenir.

—¡Déjame en paz! —grité al mirarlo a los ojos.

—¡Brenda! ¡Abre la maldita puerta! —Ahora las lágrimas que planeaban salir de mi interior eran de dolor—. ¡Por favor! —sollocé.

Apoyé la frente en la puerta y lloré. Dylan me dio tiempo para que lo hiciera, hasta que sentí su mano en mi espalda.

—Vamos, Sav. Volvamos.

—¿Puedes dejar de agobiarme por un maldito segundo? —reproché el que estuviera siempre para mí—. Estoy cansada de tener que lidiar con todo esto. ¿A quién le importa?

—¡A mí me importa! ¿De acuerdo? —gritó al fin, tal como yo lo hice.

Dylan nunca me había alzado la voz. Nunca lo vi enojado de esa manera conmigo. Supongo que mi terquedad y obstinación lo llevaron al límite de su frustración.

—Me importa porque te amo, y porque lo hago es que no soporto ver cómo te hundes en la miseria —reveló, manteniendo el tono de su voz por encima de lo que debería ser.

Mi llanto se detuvo. La respiración de Dylan era agitada.

—¿Qué acabas de decir? —cuestioné su confesión.

Brenda apareció al final del pasillo.

Dylan cambió su expresión al darse cuenta de su confesión en el momento menos indicado.

—Dylan, creo que deberías irte a casa —sugirió Brenda al intervenir en nuestra discusión.

—No. No te vas a ningún lado hasta que me digas qué fue lo que dijiste —repetí sin dejar de mirarlo a los ojos.

Desvió la mirada y suavizó su expresión. Ya podía pensar con claridad.

—Lo siento, pero es la realidad —musitó y me dio la espalda.

Sentí que un balde de agua fría cayó sobre mí. Quería que se retractara, era mi intención, pero en lugar de eso, confirmó lo que no quería volver a oír. Cuánta confusión sentía en mi cabeza y en el pecho. Un enorme nudo se me enredaba cada día en la boca del estómago y esa sensación no me dejaba pensar con claridad.

Una punzada en la parte baja del vientre me hizo jadear de dolor y arquear el cuerpo hacia adelante. Un chorro de agua que salió de mi interior ensució el suelo amaderado y Dylan volvió a mirarme al escuchar mi quejido. Brenda se alarmó y se acercó para sostenerme.

—Rompió fuente —anunció Brenda al mirar a Dylan—. Rápido, al hospital.

Dylan se apresuró a encender el auto, mientras Brenda me ayudaba a caminar. Una vez dentro en el asiento trasero, los dolores aumentaron. Las contracciones empezaron y con ellas, las ganas de que el dolor desapareciera.

La situación más angustiante y dolorosa ya había pasado. Miraba a través del cristal de la ventana cómo la lluvia cubría la ciudad. El cielo estaba cubierto de nubes negras y sentí frío. Al bajar la mirada, vi a la niña con sus ojitos cerrados y durmiendo profundamente. Acaricié una de sus delicadas y diminutas manos, y deseé que hubiera nacido en condiciones diferentes. Le di un beso en la frente y la arrullé para que no fuera a despertarse. Las pequeñas cobijas en las que estaba envuelta la mantenían lejos de poder sentir frío. Sonreí. El sentimiento de tenerla entre mis brazos, de saber que era un pedazo de mí, me hizo sentir la mujer más afortunada en todo el

mundo. Me sentí invencible con ella en mi regazo.

Dylan ingresó a la habitación. Usaba una bata azul, un gorro y una máscara que cubría su boca y nariz. Se acercó a la cama y la observó. Sus ojos se llenaron de lágrimas al verla.

—Es hermosa —susurró para no despertarla.

Asentí, sonriendo. No podía dejar de mirarla. El milagro de la vida estaba frente a mí, y me sentí egoísta por todas las veces que pensé en la muerte como una opción para escapar de los problemas y el dolor.

Recosté a la niña en la pequeña cuna que ubicaron en mi espaciosa habitación. Gracias al seguro médico que el señor Jacobs pagaba, disponía de muchos beneficios como ese. Volví a sentarme en la cama, Dylan me ayudó. Recosté la espalda y la cabeza hasta quedar cómoda. Él se sentó frente a mí en una de las sillas.

—Lo siento —musité arrepentida.

—Está bien, no tienes por qué hacerlo —me contradijo antes de que pudiera terminar de hablar.

—Sí, sí tengo.

—Soy yo quien debe disculparse.

Desvié la mirada. No quería hablar de ese tema en ese momento.

—No te preocupes, no voy a tocar el tema. Ya tendremos tiempo de hablarlo —mencionó, aliviando mis nervios.

Volví a mirarlo. Le regalé una pequeña sonrisa. Nunca imaginé que algo así pudiera pasar entre Dylan y yo. Nunca lo vi con otros ojos que no fueran los de la amistad o hermandad. Saberlo, abrió mi mente a verlo de otra manera, a contemplar su belleza física como no lo había hecho antes. A considerar su preocupación y protección como un acto de amor de alguien que ha estado enamorado por años de su mejor amiga sin importarle que ella se hubiera enamorado de otro hombre.

17

Perdí la habilidad de volver a los recuerdos. Me paré frente a la ventana de mi habitación a llorar. La tristeza me invadió. El último recuerdo en el que estuve fue de Steve. Me faltó ver a mamá y mis hermanos. Necesitaba otra oportunidad para tomarlo como una despedida, teniendo en cuenta que nunca más podría volver. No estaba segura si se trataba de algo definitivo o temporal. Tuve tiempo para pensar mientras estaba parada ahí, que el nacimiento de la niña pudo influir en ello. Sabía que en algún momento pasaría. Debía estar preparada, pero soy Savannah Williams, nunca estuve ni estoy preparada para nada.

El llanto de la niña me alertó enseguida. La cogí en brazos. Era tan diminuta que me daba miedo apretarla con fuerza al sujetarla. Apenas sintió que estaba entre mis brazos, su llanto cesó. Se sintió sola y desprotegida, eso fue lo que pasó. En cuanto yo la tuve en mis brazos, la preocupación por no poder volver a mis recuerdos especiales se desvaneció como cuando la nieve se deshace al llegar la primavera. Con lentitud y hermosura. Su nombre es Tamara. Se le ocurrió a Dylan y todos estuvimos de acuerdo. Volvió a quedarse dormida y sonrió. Verla hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas. Fue tan tierno que no quise apartar la mirada. Quise quedarme con ella todo el tiempo. Tami era como una cura para mi alma. Solo tenía unos días de nacida, pero era capaz de consolar todo mi dolor y el sufrimiento por el que pasé siendo tan joven.

Me senté en uno de los sillones que tenía mi habitación. Dylan la ubicó junto a la ventana para tener una mejor vista mientras la amamantaba o la hacía dormir. Tarareé una canción para mi pequeña hija. La vista de afuera era magistral. El clima era suficientemente frío, las ventanas estaban empañadas y la melodía que intentaba cantar, era dulce y tranquila. Mamá solía cantarnos canciones cuando nos llevaba a la cama. A Peter le leía cuentos de aventura, eran sus favoritos. A Alana y a mí nos cantaba siempre. Su voz era hermosa, angelical, afinada. Steve se cruzó por mi mente mientras cantaba. Me quedaría con la curiosidad de saber cuál habría sido su reacción al verla. Si todo hubiera salido bien, estaría en ese momento conmigo, escuchándome cantar, viéndola dormir. Tal vez habría sido él quien la tendría en brazos y le cantara. Tantas posibilidades que nunca se confirmarían.

Brenda abrió la puerta de la entrada de la casa del señor Jacobs. Me sentí avergonzada al mirarla a los ojos. Nunca fui altanera ni grosera con nadie. Siempre fui muy educada y ese día con Brenda perdí los estribos. Se sintió aún peor por la manera en la que me miró: con cariño, con simpatía, con alegría. Sin juzgarme.

Me hizo seguir al interior de la casa y nos sentamos a la mesa del comedor a beber té. Cuando

llegaba el invierno solíamos reunirnos en casa del anciano para beber té y jugar algún juego de mesa. Así transcurrían nuestras tardes. Madison caía profunda en el sofá de la estancia y Brenda la cubría con mantas de lana gruesa para que el frío no la despertara. La chimenea mantenía encendida y adentro siempre se sentía acogedor. No daban ganas de salir de casa. Esa vez, la soledad fue implacable. La casa no se sentía acogedora como las otras veces, aunque Brenda tuviera encendida la chimenea. Ya no tenía sentido pensar en los juegos de mesa, no si el señor Jacobs no estaba. Él era quien ambientaba esos momentos.

—Lamento mucho como te hablé el otro día, Brenda —me disculpé, iniciando la conversación. La mujer de ojos y cabello castaño alineó los labios y puso su mano sobre la mía.

—Descuida.

Me mostró una sonrisa que dejó ver sus bonitos dientes.

—Me sentía muy... mal.

Sé que no tenía excusa, pero podía intentar remediarlo.

—Lo entiendo. De verdad —asintió, demostrándome empatía.

A pesar de sus respuestas llenas de cariño, no me sentí aliviada ni satisfecha. Por el contrario, me sentí más culpable.

—Sé que has pasado por muchas cosas desde muy joven, pero debes aprender a controlar tus emociones —me aconsejó.

“Aprender a controlar tus emociones”. Sonó a algo que yo le diría a mi hermana en medio de sus ataques de histeria. Cosas de familia, al parecer.

Asentí, alineando los labios.

—No quiero que me malinterpretes, pero ¿has pensado en ir a terapia? —indagó. Su voz sonó insegura.

Le preocupaba que no reaccionara de manera positiva a su intento de ayudarme a mejorar. La verdad es que, no lo tomé a mal. Me puso a pensar en la idea. Nunca lo vi como una posibilidad, hasta ese momento cuando su voz me hizo reconsiderarlo.

—La verdad, no lo había pensado.

—Hablar con un profesional puede ayudar.

Brenda era enfermera. Claro que una de sus opciones para salir del hoyo en el que me había metido, era la ayuda psicológica. Cada cosa que decía me hacía reflexionar. Nunca le dije a nadie cómo me sentía. De hecho, existían cosas que guardaba como enormes secretos que pensaba nadie entendería. Todo generado después de la muerte de mi madre. ¿Cuántos traumas podían existir dentro de mí?

—Supongo que tienes razón.

—No tiene que ser ahora. No quiero presionarte si no te sientes lista. Puedes hacérmelo saber en cuanto te sientas cómoda, me encargaré de todo.

Vi en sus ojos la urgencia por querer ayudarme a sanar. La preocupación y el amor con el que me miraban era como el de una madre, aunque ella no lo fuera.

Brenda se casó alguna vez, pero su matrimonio no funcionó. Nunca tuvo hijos, no pudo tenerlos. Y luego de su separación, se internó en casa del señor Jacobs para distraerse. Pensar en cómo pudo terminar un matrimonio de diez años, fue algo que la mantuvo inquieta por varios años, hasta que logró superarlo y avanzar. No volvió a tener citas románticas. No quiso intentarlo una segunda vez. Cuando le preguntábamos, decía que así estaba bien y no quería más dolores de cabeza. Esa paz y tranquilidad que tenía ahora era suficiente para ella. Amaba su trabajo y vivir rodeada de nosotros.

—Está bien —accedí a pensar en su propuesta.

Brenda expresó satisfacción. Guardó la esperanza de que lo haría, yo también la guardaba, aunque me resultara incómodo pensar en ello en ese momento. Todo giraba en torno a mi pequeña y no quería estropearlo.

—Quiero pedirte un favor —anuncié.

Brenda bebió un sorbo caliente de té y me miró a la expectativa.

—Quiero ir al sótano —revelé—. Tenías razón, necesito superarlo.

No quería decirlo en voz alta, pero iba a despedirme. Steve al igual que mi madre, no regresaría. Y aunque aún no era capaz de soltarla a ella, me sentí con el valor suficiente para dejarlo ir a él, aunque sintiera que mi pecho se quemaba al pensarlo.

Brenda se sorprendió. Mi solicitud fue inesperada.

—Claro —asintió, volviendo a poner una mano sobre la mía.

Encendí el bombillo que colgaba de la cubierta. Brenda me dejó sola ahí abajo. No recordaba cuándo fue la última vez que estuve en ese lugar. Se sentía frío, pero un frío diferente. Me parecía escuchar el murmullo de las voces de los fallecidos, esparcirse por todo el lugar hasta desaparecer. Las paredes de madera quedaron impregnadas con sus voces. Ese lugar ya no pertenecía al señor Jacobs, pertenecía a quienes ya no estaban con nosotros.

Un grupo de cajas estaban apiladas sobre la mesa, otro grupo en el suelo y las estanterías estaban llenas de herramientas de trabajo que el señor Jacobs ya no usaba. Todas las cajas estaban marcadas con el nombre a quien pertenecían. La señora Mary Jacobs, su esposa; el señor Samuel Jacobs, su hermano; y Steve Jacobs, su sobrino. La única familia que le quedaba. Ahora, con la muerte de Steve y él en coma, el apellido Jacobs y su generación desaparecería. Fue deprimente pensar en ello. Me acerqué a las cosas de la señora Mary. Solo husmeé por encima. Alcancé a ver fotografías y debajo de ellas, ropa y cofres que contenían seguramente sus joyas. Continué el recorrido y me paré frente a las cajas del padre de Steve. Tenía curiosidad por verlo una vez más. Guardaba una imagen borrosa de su apariencia. Levanté las tapas de la caja y vi una fotografía enmarcada. Era a blanco y negro. Estaba desgastada y perdía vitalidad a pesar de estar protegida por el marco. La sujeté con ambas manos. Los señores Jacobs posaban en la foto. Al extremo inferior estaba escrito unos números que parecían indicar una fecha: 10/09/1979. Eran muy parecidos cuando eran jóvenes. Ambos sonrieron y se abrazaron para el retrato. Una foto debajo de esa lo retrataba a él junto a sus padres y su hermano. Al extremo inferior se hallaba otra fecha: 24/03/1967. Ahí eran niños. Uno de ellos tenía rasgos similares a los de Steve. La caja estaba repleta de puras fotografías familiares. Los recuerdos que el señor Jacobs compartía con su hermano y su padres. La caja junto a esa guardaba los recuerdos de Samuel Jacobs con su esposa y su hijo. Se encargó de hacerlo memorable. Por cada logro en su vida, existía una fotografía. Verlas en orden como una línea de tiempo me hizo sentir que lo viví junto a ellos. Luego me acerqué a sus pertenencias. Me senté en el suelo y acerqué las cajas hacia mis piernas. Su ropa olía a limpio y no tenía arrugas. Todo estaba perfectamente doblado. Aspiré el olor de su ropa una y otra vez al cerrar los ojos. Esa combinación del jabón y su perfume me embriagó. Vi sus zapatos de deporte. Los que utilizaba para salir a correr en las mañanas. Era un obsesionado con el ejercicio y las rutinas. Todos los días despertaba a las seis de la mañana para trotar por algunos lugares de la ciudad. Ya estaba acostumbrado a esas actividades y actitudes. El ejército te da la disciplina que te cuesta conseguir. Sus fotos, relojes, gorras y libretas estaban al fondo dentro de cajitas de plástico para conservar su calidad. Lloré. Lo extrañé. La sombra de Steve me abrazó por la espalda. Qué doloroso es desprenderse de lo que nos hace bien.

—No se necesitan meses ni años para llegar a amar a alguien. Unas semanas son suficientes para amar como yo te amé a ti —sollocé.

Puse su foto contra mi pecho y levanté la cabeza para controlar el llanto. Volví a mirarlo y pasé mis dedos por el vidrio del portarretrato.

—Ojalá hubiéramos tenido más tiempo. Ojalá pudiera verte otra vez —me lamenté—. ¿Ahora cómo te digo adiós?

Ese dolor en el pecho que al final termina siendo un ardor constante me quemó la garganta. No quería irme. Con las pocas fuerzas que me quedaban, deseé que Steve volviera. Aún lo necesitaba junto a mí. El amor no podía ser tan breve como lo fue su vida.

Fui capaz de levantarme después de sentirme cansada por llorar. Todo en el sótano volvió a quedar tal cual como estaba antes de entrar. El silencio se adueñó del lugar otra vez. Me llevé de ese lugar un sentimiento agri dulce y apagué la luz antes de salir.

18

Abrí la puerta de la entrada. Tuve que abrigarme bien porque la temperatura bajaba a 10° C. El viento era impetuoso, suele suceder con las ciudades costeras en invierno. Bajé las escaleras temblando de frío. Las mejillas se me entumieron y sentí los hombros pesados. El frío hace que no puedas moverte igual. Me dirigía al buzón para recoger la correspondencia. Un montón de sobres blancos estaban dentro. Me detuve a pasar uno detrás del otro, solo para corroborar que fueran los mismos sobres de siempre. Facturas, facturas y más facturas. Hasta que me tope con un sobre corrugado de color crema. Levanté las cejas. La letra en la parte de atrás era elegante: «Para: Savannah Williams», en cursiva y dorado brillante. No ponía remitente, lo cual aumentó mi curiosidad.

—¿Sav? —Dylan pronunció extrañado. Giré la cabeza para verlo—. ¿Qué haces afuera? Está haciendo mucho frío.

—Solo vine por la correspondencia.

—Hubieras esperado a que yo llegara. Vamos, entra.

Rodé los ojos. Su intranquilidad por mi bienestar superaba los niveles de la exageración.

—No puedo mantener todo el tiempo encerrada. Necesito hacer algo o me voy a volver loca.

Mientras volvíamos adentro justificaba mis acciones refutando sus órdenes. No corría ningún peligro si iba a buscar la correspondencia o bajaba las escaleras para tomar un vaso de agua, pero Dylan vivía alarmado todo el tiempo. Mi amigo cerró la puerta detrás de nosotros y resoplamos al sentirnos cálidos ahí dentro. Hacía demasiado frío afuera. Retiramos los abrigos que usábamos y los colgamos en el perchero al extremo derecho de la puerta.

Dylan echó un vistazo a la chimenea que estaba encendida y me miró con cara de reproche.

—¿Por qué lo hiciste?

—No fue nada. Estoy perfectamente bien, puedo hacer algo tan sencillo como encender la chimenea. Relájate.

Él meneó la cabeza. Atizó los pequeños trozos de madera que empezaban a teñirse de negro al consumirse por las llamas, y yo me senté cerca de Tamara. La última vez que Dylan estuvo en casa, llevó una cuna para mantenerla en la sala. Así podría estar ahí con la niña y recibir visitas. Crucé las piernas después de sentarme y suspiré girando la cabeza para echarle un vistazo a la niña. Dormía plácidamente. No hacía más que eso. Sonreí y volví la mirada al montón de sobres que tenía entre las manos. Los descargué todos sobre la mesa de centro y me concentré en el corrugado de color crema. Me mordí el labio inferior con intriga, lo giré y destapé. Una tarjeta estaba dentro del sobre. Al sacarla dejé salir un jadeo de asombro. Los nombres Bethany Campbell y Cole Baldwin estaban escritos en letra cursiva y resaltaban. La tarjeta era elegante y formal.

—¿Qué sucede? —preguntó Dylan.

Me cubrí la boca con una mano y lo miré con emoción.

—¿Qué? —insistió, frunciendo el ceño.

—Bethany y Cole... Van a casarse —revelé, manteniendo la mano en mi boca.

—¡Qué! —Dylan expresó mucha más sorpresa que yo.

Reí, asintiendo.

No dejé de preguntarme una y otra vez si aquella decisión fue impulsada por el consejo que le di el día que estuvo en mi casa. Qué excitante se sintió haber sido partícipe de eso. Quería saber los detalles. Quería hablar con ella y preguntarle cómo había sucedido. Qué tuvieron que hacer para que sus padres los dejaran en paz al fin. La curiosidad me carcomía, pero la felicidad que sentí por ellos sobrepasaba mi estatura.

Dylan se levantó y se acercó para ver la tarjeta de invitación. Se la entregué para que pudiera apreciarla de la misma manera que yo lo hice. Su risa estruendosa despertó a Tamara y yo le lancé una mirada asesina. Costaba mucho hacer que se durmiera y justo cuando lo lograba, él se encargaba de despertarla. No alcanzó a pasar una hora y ya tendría que ver cómo volvía a dormirla.

—Lo siento —susurró, cubriéndose la boca con ambas manos.

Meneé la cabeza, rodando los ojos. No podía perdonárselo.

Batallé quince minutos con la niña en brazos, tratando de hacerla dormir otra vez y cuando lo conseguí, volví a dejarla en su cuna. Me senté junto a él y suspiré cansada. Dylan me miró y se rio. Fruncí el ceño al verlo.

—¿Te estás burlando de mí? —pregunté, esperando que no fuera así.

—Lo siento, es que, es gracioso verte vestida así.

Puse las manos sobre mi pecho, inclinando la cabeza para ver mi atuendo: medias oscuras y gruesas, pantalón de lana suelto y camión ancho. El cabello lo llevaba recogido en un roscón.

—¿De qué hablas? Es la ropa más cómoda y acogedora que puede existir.

Me rodeé con los brazos, balanceándome hacia los lados.

Dylan sonrió.

—¿Irás a la boda? —preguntó, volviendo al tema inicial.

—Tal vez, aun falta mucho tiempo. Es en marzo.

Dylan asintió, arqueando los labios.

Lo miré curiosa por unos segundos. Teníamos una conversación pendiente. Nos acercábamos al primer mes del nacimiento de Tamara y prometimos hablarlo, pero siempre terminaba por huir de la conversación. Dylan no estaba en mi casa solo porque fue a ver a la niña, fue porque quería intentar la conversación una vez más.

—¿Cuándo empezó? —lo interrogué sin apartar la vista.

Decidí enfrentarlo y empezar la conversación. Algún día debíamos hacerlo y no era justo para Dylan que las cosas quedaran inconclusas.

Mi amigo quedó como congelado en el tiempo.

—¿Qué cosa?

—Sabes a lo que me refiero.

Giró la cabeza con lentitud hasta mirarme.

—El último año de secundaria.

Cerré los ojos, sintiéndome fatal.

Estábamos hablando de años. Años enamorado de alguien a quien nunca se le pasó por la

cabeza que lo estaría. Para ese entonces, era novia de Will todavía. No había mucho que pudiéramos hacer.

—¿Por qué no me lo dijiste después? —le reclamé.

—Por favor, Sav. Tu mamá acababa de morir, y luego de terminar con Will no hacías más que llorar. Las cosas se complicaron con tus hermanos. No era el momento.

Rodé los ojos, levantando las cejas.

—¿Y luego? Tuviste muchas oportunidades.

—¿Habría cambiado algo si te lo decía?

La respiración se me cortó por tres segundos. Es cierto, no habría cambiado nada. Encogí un hombro e incliné la cabeza, como si le diera el beneficio de la duda para que no se sintiera mal por lo que ambos sabíamos que habría sucedido.

Me sentí mal por todas las veces que le conté cosas sobre mi vida sentimental. Por las veces que le pedí un consejo y por restregar en su cara los besos que disfrutaba con Steve. De haberlo sabido, nunca habría hecho nada de eso.

—Lo siento, nunca me di cuenta.

—Descuida. He sobrevivido.

Silencio. Un largo silencio se impuso en medio de los dos.

—¿Y ahora qué? —pregunté con curiosidad.

Me intrigaba saber qué planeaba o quería él.

—No lo sé. —Encogió un hombro—. ¿Tú... quisieras salir conmigo alguna vez?

Dylan me preguntó eso muchas veces. Cientos de veces. Nunca se escuchó tan incómodo y comprometedor como en ese momento. Pasé saliva. Si aceptaba hacerlo, alimentaría su ilusión y le daba esperanzas de que podía existir algo entre nosotros dos. Si lo rechazaba, probablemente estaría cometiendo un error. Dylan era un buen hombre: responsable, amoroso, dedicado, comprometido, con buen sentido del humor, con muchas cualidades más. Podría ser feliz a su lado, ahora que las cosas resultaron diferentes para mí. Podría tener lo que siempre quise en mi vida: estabilidad y una familia.

—Claro. —Me arriesgué.

Las palabras de Brenda retumbaban en mi cabeza. Avanzar. Superarlo. Dejarlo atrás. ¿Qué más podía perder?

Los ojos de Dylan se iluminaron. No imaginó que mi respuesta fuera a ser esa. Estaba preparado para escuchar un no de mi parte, pero al escuchar lo contrario, su rostro se relajó. Parecía tenso.

—¡Genial! Entonces es una cita —afirmó.

Necesitaba decirlo en voz alta para convencerse de que era cierto y real. Honestamente yo no entendía cómo era posible que alguien como él pudiera estar enamorado de alguien como yo. No me menosprecio. Sé que he tenido que librar muchas batallas, pero seguía estancada en Charleston; él por su parte, tenía un futuro prometedor donde quisiera ir. Aun así, me mentalicé a que debía estar a la altura de él si en algún momento algo sucedía entre los dos.

Él se levantó del sofá y fue a la cocina por palomitas de maíz. Ese día empezábamos el maratón de películas navideñas. Todo el mes lo hacíamos. Clásicos, estrenos y las que estaban en medio de esas dos. A la señora Jones le encantaba cocinar. Se la pasaba horneando galletas, e incluso el día de acción de gracias se lució con el delicioso pavo al horno. En fin, una bandeja de galletas estaba guardada en el horno de la estufa. Perfectas para comer con leche tibia ese día. Al volver le regalé una sonrisa. Los pequeños ojos oscuros de Dylan se inundaron de felicidad. Miré a

través de la ventana hacia afuera. Empezó a llover. ¿Cómo podía ser tan egoísta con él después de todo lo que había hecho por mí? Se lo debía.

19

El día amaneció tranquilo. La brisa no era tan feroz como el día anterior, entonces decidí visitar al señor Jacobs. Desde que Tamara nació no había vuelto a hacerlo. Necesitaba explicarle las razones por las cuales había dejado ir a Steve. No sabría si me escucharía. Llevaba cuatro meses en coma. Yo había perdido la esperanza, pero Brenda seguía aferrada a sus oraciones diarias y siempre nos decía: «Él va a despertar. Lo sé». A comparación de mí, ella lo visitaba todos los días sin falta. Siempre.

Al entrar, la terrible imagen que vi me golpeó la cara. Estaba mucho más delgado. Su rostro palidecía y su cabello perdía vitalidad y brillo. Cuando me senté frente a él y acuné su mano izquierda entre las mías, sentí una punzada en el pecho. Estaba frío, el calor había abandonado su cuerpo. Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando vi la cánula de oxígeno en su cara. Extrañaba las charlas que teníamos sobre los libros que leía. Cada mes leía uno diferente. Extrañaba verlo entrar a Cafecito y servir su café preferido. ¿Por qué no despertaba, señor Jacobs? ¿Qué esperaba?

—Traje uno de sus favoritos —anuncié, limpiándome las mejillas.

Deslicé el bolso que colgaba en mi hombro por el brazo. Saqué un libro: Lo mejor de mí, Nicholas Sparks. Esos eran sus favoritos. El autor había escrito cientos de novelas para esa fecha y todas el señor Jacobs ya las había devorado. Releía los libros una vez terminaba toda su colección porque decía que un libro nunca va a significar lo mismo dos veces. Siempre encontrarás algo nuevo cada vez que lo lees. Parecía muy sabio mencionándolo. Luego iba a la librería y compraba dos o tres títulos del mismo autor. Alguno nuevo o viejo que se le hubiera escapado antes. Para sus cumpleaños, acostumbrábamos a obsequiarle libros. Siempre expresaba la misma sorpresa al destapar los paquetes, como si no se lo esperara. Era una de sus cualidades más bonitas.

—Recuerdo que alguna vez me dijo que este era su favorito —continué, echando un vistazo a la portada y luego a él.

Lo miré con expectativa, como si creyera que me iba a contestar. Ingenua.

Lo descargué en la mesa que estaba junto a su cama, donde estaba la fotografía de su esposa, y otras cosas que Brenda había traído para que él se sintiera familiarizado. Suspiré, alineando los labios.

—Es una niña y se llama Tamara —le conté al inclinar la cabeza—. Cada vez que la miro siento que se parece a él.

Levanté la cabeza para mirarlo. Seguía inmóvil, sin una señal de que en algún momento su cabeza daría un giro para mirarme, o que abriría sus ojos y me contestaría algo. Qué impotencia.

No fui capaz de continuar, de decirle algo sobre Steve. Su sola presencia me haría sentir culpable. Me levanté de la silla y acaricié su frente y cabello.

—Hasta pronto, señor Jacobs —me despedí.

En unos días volvería con un libro nuevo y renovaría las cosas que estaban sobre la mesa.

Pasé por la librería con Tamara en el coche cuna. Escogí un par de libros de ficción e infantiles y me dirigí a la caja para pagar. Me percaté de que Tamara siguiera dormida y luego de recibir el cambio y el paquete con los libros, me retiré de la fila. De pronto alguien obstruyó mi camino. Harry se había apresurado para hacerse frente a mí y no dejarme salir de la librería como me lo proponía. Nos miramos fijamente, se me hizo un nudo en la boca del estómago al verlo.

—Hola —dijo al fin.

—Hola, Harry.

—¿Cómo has estado?

Pude darme cuenta que le costó iniciar la conversación. La voz le tembló y se notó que le dolía mantenerse de pie por un buen tiempo.

—Bien, he estado... bien —mentí—. Ya sabes... —agregué, señalando el coche cuna con la mirada.

—¡Me imagino!

Al parecer lo creyó, o no quiso profundizar más en el tema porque solo se limitó a sonreír y asentir.

—¿Y tú cómo has estado? —pregunté.

—Bueno, ya sabes —dijo, señalando su pierna con los ojos—, hay días buenos y días malos —continuó, encogiendo los hombros.

Asentí, bajando la mirada.

—Supongo que todavía tienes que ir a terapias.

Volví a mirarlo.

—Sí, claro. Tres veces por semana. El doctor dice que voy progresando. —Se escuchó animado.

—¡Esas son buenas noticias!

—En realidad, lo son. Antes pensaba que no volvería a caminar.

—Me alegra saber que podrás hacerlo.

—Ha pasado mucho tiempo —señaló a la bebé con su mirada.

—Sí, bastante —suspiré.

Hicimos contacto visual. Se nos acabó el tema de conversación.

—Bueno, creo que ya debería irme.

Estar frente a él me puso más nerviosa de lo que pensé. Su presencia hizo que pudiera recordar absolutamente todo de Steve con mucha más facilidad que al intentar entrar en un recuerdo.

—Claro, debes tener mucho que hacer. Yo también debería irme —dijo, retrocediendo un poco para que pudiera avanzar.

—Me dio gusto verte, Harry. Cuídate.

—Gracias, tú también.

Seguí caminando con lentitud. Sentí el estómago revuelto y una sensación de náuseas me invadió en un instante. Me causó tristeza ver su expresión; del chico alegre y divertido que conocí meses atrás, no quedó mucho.

—Savannah —me llamó en un intento desesperado por detenerme, que intentó disimular.

Cerré los ojos y respiré profundo cuando lo escuché. Giré un poco el cuerpo para verlo. Se acercó a mí con dificultad nuevamente.

—¿Te gustaría ir por un café? —me invitó, evitando mirarme a los ojos.

—Amo el café —asentí, sonriendo.

Harry dejó escapar una risa pequeña e inesperada. Sus ojos se iluminaron al escucharme.

Nos dirigimos a la cafetería que quedaba a una cuadra de la librería. Nos sentamos a la mesa y ordenamos dos cafés con leche. Entrelacé las manos y las descargué en la mesa, esperando a que Harry dijera algo, pero no lo hizo. Solo intercambiamos miradas y sonrisas que anunciaron la incomodidad que sentíamos al estar ahí. La mesera apareció con las tazas de café en la mano y las descargó en la mesa, nos regaló una sonrisa y se marchó.

—Así que ya no eres mesera. —Harry dedujo divertido al mirarme.

Dejé escapar una sonrisa espontánea y sacudí la cabeza.

—No por ahora, estoy de licencia. Pero en unos meses volveré cuando alguien más pueda cuidar a esta pequeña por mí mientras trabajo.

—Eres muy trabajadora —me halagó.

Asentí con un movimiento de cabeza para agradecer sus palabras. Harry guardó silencio. Me miró sin parpadear como si estuviese pensando en las palabras que quería decirme. Su mirada era profunda y me causó sufrimiento entender cómo aquella era la encargada de hacer que alguien se viera triste o feliz.

—Lamento no haberte hablado antes, Savannah —soltó de repente sin dejar de mirarme.

¿Qué era esa expresión en su rostro? ¿Desconsuelo?, ¿culpa? Algo me hizo sentir que sus ojos me querían contar a gritos todo sobre el remordimiento que sentía. Se notó a leguas en sus gestos faciales, en su forma de hablar y de mirar. Tal vez simplemente era un vacío indescifrable. Era el vivo recordatorio de las cosas que eran indecibles, pero que lograban ser reflejadas, y aunque yo lo intentara, no podría descubrir qué había debajo de todo el caos que se había desatado en él. Detrás del posible trauma que no lo dejaba ser el mismo.

—No me sentía preparado para hablar de lo que ocurrió y sé que querías saberlo, pero yo... no podía —agregó. Su voz sonó terriblemente sincera.

El momento que estuve esperando meses atrás, llegó al fin y sentí miedo. Ya no estaba tan segura de querer escucharlo decirme cómo murió Steve. Una voz interna me dijo que mejor mantuviera el recuerdo de él tal cual como lo conocí. Decidí dejarlo todo atrás, no era necesario remover el pasado de una manera tan dolorosa como esa. Ya no.

—Está bien, no tienes que disculparte. Debió ser difícil para ti enfrentar todo esto —empaticé, suavizando mi voz.

No era necesario que lo supusiera. Si yo no alcanzo a describir el dolor que sentí cuando lo supe, no podía imaginar lo que Harry sintió sabiendo que lo presencié todo y no solo vio morir a Steve, sino a todos sus compañeros y amigos.

—¡Vaya que lo ha sido! —admiró con la mirada perdida.

—¿Por qué decidiste hacerlo ahora?

—Porque no tienes la culpa de lo que pasó y quería saber cómo estás. La hija de mi mejor amigo nació y yo no... —No pudo terminar la frase—. Además, creo que querrás escuchar cómo sucedió todo.

Me removí en la silla al escucharlo.

—¡Ah! —suspité después de contener la respiración por unos segundos porque no supe qué responder—. Harry... en realidad no estoy segura de querer saber qué fue lo que pasó. Antes sí

quería saberlo, pero ahora... no lo sé —desistí sin mirarlo a los ojos.

El punto de avanzar, supongo que es ese. Dejar que las cosas se mantengan en su sitio.

—Está bien, lo entiendo.

Sonreí al verlo a los ojos rápidamente y desvié la mirada al cristal de la ventana que permitía la vista hacia la calle. Las luces navideñas parpadeaban en el local que quedaba frente a ese café.

—¿Cómo se llama? —preguntó por la niña, cambiando de tema.

—Tamara —contesté, dirigiendo la mirada a él nuevamente.

Sonrió.

—Es un lindo nombre. ¿Puedo verla?

—Claro que sí.

Levanté el cobertor que estaba sobre el coche cuna para que Harry pudiera verla. Sus ojos se iluminaron y de inmediato extendió sus brazos para sacarla de allí.

—¿Puedo? —me preguntó antes de sacarla.

Yo asentí y volvió la mirada a ella con ilusión. La tomó en sus brazos con delicadeza sin dejar de observarla. La niña se removió y bostezó con ternura. Harry se sorprendió y rio. Me reí con él igualmente y aprecié el momento en el que comenzó a hablarle como si esa no hubiera sido la primera vez que la veía.

—Me atrevo a decir que te luce —interrumpí su fraternal momento.

—No me digas —negó, sonriendo—. ¡Dios!, si Steve estuviera aquí, estaría loco de felicidad —apuntó.

Bajé la mirada a la taza de café y le di un sorbo.

—Lo siento. No quise...

—No, está bien. Tienes razón. Si él estuviera aquí, sería una locura.

—Steve hablaba todo el tiempo de ti —mencionó y me sentí triste—. Todos los días, todo el tiempo —reiteró.

Yo le mostré una sonrisa débil. Sus palabras me encogieron el corazón.

—También hablaba de lo asustado que estaba porque sería papá —rio con fuerza.

Reí también y los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Pero estaba emocionado —continuó y su risa se apagó—. Él se enamoró de ti, Savannah. Sé que lo de ustedes duró muy poco tiempo, pero se enamoró de ti.

Le creí al escucharlo. Bajé la mirada y me sequé los ojos con una servilleta para evitar llorar más.

—Yo también me enamoré de él. Espero que se haya dado cuenta.

—Él lo sabía. Claro que lo sabía.

Harry y yo tomamos un taxi. Me acompañó a casa y durante el camino me habló de los planes que tenía, ya que el ejército quedaba descartado en su joven vida. Estudiar, trabajar y aprender a cocinar. De repente se dio cuenta de que la cocina lo hacía sentir diferente. Al volver a casa y estar tanto tiempo allí sin poder hacer muchas cosas, se dio cuenta de que tenía buena sazón y de que realmente disfrutaba hacerlo. Lo hacía olvidar el dolor que sentía en su pierna y en su pecho. Le hacía convertir la incomodidad de usar muletas o sostenerse en un solo pie, en habilidades que no sabía que tenía y eso lo hizo sentirse importante, útil de nuevo, sin tener que llevar un arma colgando de su hombro.

Me ayudó a bajar el coche cuna del baúl del taxi y me apresuré a sugerirle que pasara a visitarnos al día siguiente. Le dije que prepararía un pastel de naranja y al escucharme, su sonrisa

se amplió. Volvió a subir al taxi, acordando volver al día siguiente para visitarme. Hacia el horizonte no había una majestuosa vista para apreciar, más que el cielo cubierto de enormes nubes negras. Giré el cuerpo y me dirigí a casa con Tamara.

20

Fui al supermercado y a las tiendas navideñas para comprar algunas cosas que nos faltaban. Planeábamos una enorme cena el día de navidad. Me faltaba comprar los regalos de Harry y la señora Jones. Ya tenía en mi habitación el de Brenda, Dylan y Tamara. Me emocionaban esas fechas. Me devolvían la esperanza.

Salí de la tienda después de comprar el regalo de la señora Jones, y moría por volver a casa y ver a mi pequeña. No me gustaba dejarla. Apenas salía de casa sentía que quería volver. Todo el tiempo pensaba que nadie la cuidaría como yo lo hacía, aunque confiaba en Brenda.

Vi a Dylan una calle más arriba de donde yo estaba. Sonreí al verlo y levanté una mano para que me viera al agitarla. Una mujer se acercó a él y mi sonrisa se borró al ver que le dio un beso en los labios. Fruncí el ceño. Se tomaron de las manos y comenzaron a caminar en dirección a donde yo estaba. ¿Por qué no me dijo nada de eso? ¿Se supone que estaba saliendo con alguien? De repente levantó la mirada y nuestros ojos se conectaron. Su sonrisa se desvaneció y su rostro palideció. No soltó la mano de la mujer que iba con él. Entonces giré el cuerpo y continué mi camino yendo por otro lado, para no tener que pasar junto a él. Una extraña fuerza me invadió el cuerpo y empuñé las manos. Sentí la cara caliente. ¿Qué me estaba pasando? No podía ser posible que estuviera sintiendo celos. Dylan era mi amigo. Mi mejor amigo. Necesitaba controlar esos extraños impulsos que de repente me nublaban la mente.

Volví a casa. Azoté la puerta de la entrada principal con enojo. Brenda venía de la cocina. Expresó miedo al ver mi rostro.

—¿Cómo te fue? —preguntó curiosa.

Me quité la bufanda con brusquedad.

—Bien —contesté cortante.

El estúpido abrigo que llevaba puesto no quería dejar mis brazos. Batallé con él hasta que salió y cayó al suelo. Brenda frunció el ceño extrañada por mi comportamiento. Dejé salir una bocanada de aire y lo levanté. Lo colgué en el perchero y volví al sofá para coger la bolsa de las compras y dirigirme a la cocina. El timbre sonó y me apresuré a abrir la puerta. Dylan apareció frente a mí. Lo miré con ganas de asesinarlo y le tiré la puerta en la cara sin darle la oportunidad de explicar algo. Caminé a la cocina. Brenda me miró perdida.

—Sav, por favor. Abre la puerta. —La voz de Dylan se escuchó ahogada.

Brenda abrió y rodó los ojos. En la isla de la cocina descargué la bolsa de comida que traía. Desempaqué cada una de las cosas para luego guardarlas en el refrigerador o los cajones.

—Gracias, Brenda. —Lo escuché decir.

Continuó su camino hacia las escaleras como si creyera que estaba encerrada en mi habitación.

—Está en la cocina —le avisó Brenda y cambió su trayectoria.

—¿Qué fue eso? —preguntó al aparecer en el salón.

—Lo siento, no sé de qué me hablas.

El tono de mi voz fue puro sarcasmo. Ni siquiera me molesté por mirarlo a los ojos.

—No actúes como si no supieras de qué te hablo, Savannah.

—Vete de mi casa —ordené al lanzarle una mirada rápida.

Un sonido producto de la ironía del momento salió de su boca. Sonrió dejando ver sus dientes y se pasó una mano por la frente, como si estuviera agobiado.

—¿Qué es esto, Savannah? —insistió.

Abrí la puerta del refrigerador y metí las carnes. Volví a la isla. Dylan me miraba a la expectativa.

—Te estoy hablando, Savannah —advirtió, sujetándome el brazo al acercarse.

Me detuve tal como lo quería y clavé la mirada en sus ojos.

—No lo sé, dímelo tú —lo reté, levantando la voz—. ¿Qué...? ¿Qué fue eso? ¿Estás saliendo con alguien? —balbuceé.

—No —negó, soltándome el brazo. Puse las manos en la cintura para escuchar sus excusas—, no hagas esto. Te recuerdo que lo dejé en tus manos y nunca más volviste a hablar del tema. ¿Qué querías que hiciera? ¿Sentarme a esperar? No tienes ningún derecho a reclamarme nada.

No tuvimos la cita que planeamos semanas atrás. Se suponía que me estaba dando espacio para que lo decidiera en el momento que creyera conveniente. Casualmente, nunca sentí que ese momento llegaría. Mantuve postergándolo y evitando el tema. Caí en cuenta del error tan grande que estuve a punto de cometer. Dylan era mi mejor amigo. ¿Qué pasa con los amigos cuando las relaciones no funcionan? Exactamente eso. No podía permitirlo. Eran dieciséis años de amistad, cómo podía ser capaz de arruinar algo así.

Bufé y desvié la mirada. Volví a poner mis manos en los productos. El pánico me invadió.

—Pues qué rápido lo superaste, Dylan. Te felicito. —Estreché las manos en sonoros aplausos. Él frunció el ceño— ¡Es increíble! ¡De verdad, es increíble!

Dylan guardó silencio y un suspiro se escapó de su interior. Hundió la cara entre sus manos y me dio la espalda. Dejé de intentar organizar las cosas que había comprado. Quise hacer lo mismo que él para tranquilizarme. En cuestión de segundos habíamos subido la voz y discutíamos como un par de adolescentes. Cerré los ojos para controlar lo que sentía y recuperar la compostura. Dylan volvió a mirarme y descargó las manos en la isla.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Savannah? Cuando te dije que sentía algo por ti cambiaste conmigo. Te alejaste. Pero tampoco quieres que esté con alguien más.

Bajó el tono de su voz. Aquellas palabras me hicieron un nudo en la garganta.

—No sigas, por favor —le pedí en un susurro.

—Sé que esto no era lo que ninguno de los dos tenía planeado y lo siento. Me enamoré de ti y sé que no estaremos juntos, entonces déjame intentar olvidarte.

No fueron las palabras que dijo, fue la urgencia con la que quería soltarse de sus sentimientos por mí. Fue el desespero que sintió apoderarse de él porque justo en medio de tantas situaciones acumuladas, aquel pensamiento de que, si tan solo tuviera una oportunidad de poder ser junto a mí, guardaría la esperanza y una razón para continuar insistiendo. Aquella conexión que teníamos y que nos unió por una amistad que construimos por tanto tiempo, se quebró.

Puse las manos en mi cabeza, agarrándome el cabello y lloré al fin. No pude evitar sentirme presionada y confundida. Quise lanzarme sobre él para abrazarlo y besarlo, pero al mismo

tiempo solo quise salir corriendo.

—Dime, Savannah. ¿Qué es lo que quieres de mí? Dime qué, porque esto solo me confunde más —insistió.

Abrí los ojos respirando con brusquedad.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que también siento algo por ti? ¿Es lo que quieres oír?

Dylan tensó la mandíbula. Probablemente lo era.

—Eres mi mejor amigo. Si hacemos esto todo se arruinará y no quiero perderte —confesé.

Los ojos de Dylan se cristalizaron por la aparición de las lágrimas que no pudo retener. Me puse una mano en la frente y otra en el pecho para tratar de controlarme.

—Lo sé —afirmó—, tampoco es fácil para mí.

Lo miré directo a los ojos. Necesitaba comprobar si lo que sentía por él iba más allá de nuestra amistad. Solo serían unos segundos. Unos cortos segundos.

Me acerqué cuatro pasos hacia él y estreché mis labios contra los suyos. Lo besé. Puse mis manos en sus mejillas y lo hice con efusividad. Sus manos sujetaron mi cintura. No sabía qué tanto anhelaba ese momento, hasta que lo hice. Fue liberador.

Brenda se aclaró la garganta detrás de nosotros. Había olvidado que ella estaba en casa. Dylan y yo nos separamos. Me cubrí la boca y bajé la mirada al suelo. Él frunció el ceño y se aclaró la garganta también. Brenda nos miró con desaprobación al cruzar los brazos.

—Creo que deberías irte a casa, Dylan —sugirió con suavidad.

Dylan asintió y se marchó sin decir una palabra.

Brenda se mantuvo frente a mí, mirándome con los ojos rasgados. La puerta se escuchó al cerrarse y entonces habló:

—¿Qué es lo que estás haciendo?

No fue un tono de voz acusador. No tenía intenciones de reprochar mis acciones. Fue un tono de voz lleno de preocupación. Estaba perdida y parecía que seguía tomando el camino equivocado para continuar perdiéndome.

La miré desconcertada. No entendía qué había pasado. Me dejé llevar por el impulso, por la emoción, por la tentación y la curiosidad, y terminé justo como Brenda pensaba.

—Yo... no lo sé —contesté confundida.

Brenda alineó los labios. Se acercó y me atrapó en un abrazo suave y cálido.

—Si juegas con fuego te quemas —advirtió, acariciándome el cabello.

No pude darle la razón, estaba equivocada. No me arrepentí de besar a Dylan. Todo lo contrario, me sentí... viva. Sentí que quise volver a hacerlo. Sentí ganas de besarlo todos los días, por siempre.

Veinticinco de enero. Brenda puso una tiara de flores en mi cabeza. Mi rubio cabello caía por mis hombros con perfectos rizos definidos. Estaba nerviosa. Me ofreció una copa de champaña y bebí un sorbo. Revisamos que el vestido estuviera perfecto antes de salir. No queríamos tener algún percance antes de la ceremonia. Dos golpes en la puerta nos hicieron girar la cabeza. La señora Jones entró con un pequeño ramo de flores en sus manos. Me miró con una sonrisa cómplice y me lo entregó. No veía a Dylan desde la noche anterior y para mí se sintió como una eternidad. Bajé la mirada a la delgada argolla de compromiso que posaba en mi dedo anular. Estábamos a minutos de volver a vernos. «Es hora», anunció la señora Jones. Solté una bocanada de aire contundente y Brenda suspiró con más lentitud. «¿Estás lista?», me preguntó, poniendo sus manos en mis hombros. Asentí.

Ambas salimos de la habitación. Brenda bajó las escaleras conmigo y enganché mi brazo al suyo. Cindy, Alex, la mamá de Dylan, Harry... ¿Harry? De todos, fue el que menos esperé ver ese día, pero ahí estaba. Me sentí feliz de verlo. Dylan estaba junto al notario, dándole la espalda porque me miraba a mí ir hacia él. Sonreía ansioso. Brenda y yo nos detuvimos frente a él, ella extendió mi mano y Dylan la sujetó. Brenda se sentó cerca a la señora Jones y el notario inició la ceremonia. Dylan fue el primero en firmar el acta y luego lo hice yo. «Legamente son marido y mujer. Felicitaciones», anunció y todos los presentes aplaudieron. Dylan y yo nos fundimos en un corto beso cariñoso.

Seguíamos en invierno. Las probabilidades de celebrar una boda en una iglesia, con una enorme recepción, eran nulas. Así que la celebramos en casa. Fue algo muy íntimo y discreto. Así fue como lo quise y Dylan no se opuso. Capturamos algunas fotografías, ambientamos el lugar con un poco de música y Brenda se encargó de la comida y el pastel. Fue algo muy pequeño, pero hermoso.

Después de aquel beso que me dejó sin aliento en la cocina de mi casa, Dylan y yo no desperdiciamos ni un segundo. Me prometí aprovechar al máximo cada momento que me presentara la vida. Nunca se sabe cuándo pueda ser la última vez, o el último día. El treinta y uno de diciembre, celebrando el año nuevo, Dylan se arrodilló y me pidió casarme con él. La emoción fue mucho más grande de lo que puedo contar, y ahí estábamos, haciéndolo oficial.

Después de que el notario se marchara, nos quedamos en la sala, contando anécdotas. Luego noté que Harry no estaba en el grupo y lo busqué con la mirada hacia el interior de la casa. Me levanté del sofá y me dirigí al patio trasero. Harry estaba de pie, viendo hacía la calle. El viento corría con fuerza. Me cubrí con un abrigo antes de salir. Levanté el vestido con mis manos para que no se arrastrara ni me hiciera caer. Me paré junto a él. Su mirada estaba perdida y sus manos en los bolsillos de su pantalón.

—Hace mucho frío, ¿por qué no vuelves adentro?

—No te preocupes, estoy bien. Solo quería pensar un poco.

Alineé los labios e incliné la cabeza.

—Gracias por haber venido, pensé que no lo harías.

—¿Por qué no lo haría?

Encogí un hombro.

—Ya sabes...

Harry suspiró.

—Al principio me enojé, no voy a negarlo. Luego me di cuenta de que esto hace parte de avanzar.

Algo en el tono de su voz decía todo lo contrario.

—Así es, avanzar —repetí, tratando de convencerme.

Harry giró el cuerpo para quedar frente a mí.

—Realmente deseo que seas muy feliz, Savannah. Te lo mereces.

Sonreí. Harry me rodeó con sus brazos. Hizo un esfuerzo grande por demostrar que estaba feliz, pero le costó trabajo. Aunque lo dijera, su rostro y su mirada decían algo diferente. No asimilaría en un buen tiempo el hecho de que me hubiera casado a cinco meses de la muerte de Steve. Yo intentaba avanzar, él lo hacía también, pero parecía costarle mucho más a él.

21

El sonido agudo del teléfono me despertó. Me había quedado dormida en el sofá con la niña en brazos. Cuando abrí los ojos recordé que la estaba amamantando, se había quedado dormida también y al ver lo profunda que estaba, sonreí. Me levanté con cuidado y la recosté en su cuna. Miré por la ventana al correr un poco la cortina y fruncí el ceño al notar que empezaba a oscurecer. Desde que Tamara nació, ya no mantenía pendiente del tiempo. Solo me percataba del clima. Me preocupaba el que lloviera, corriera brisa o cualquier otra cosa porque no quería que se resfriara. Me di cuenta de que el teléfono dejó de sonar y respiré resignada pensando que, si era importante, volverían a llamar. Recogí las cosas que estaban sobre la mesa de centro. Organicé un poco el desorden y llevé algunos platos y vasos a la cocina. El teléfono volvió a sonar y me estremecí al escuchar cómo irrumpió en el silencio.

—Sí, diga —contesté.

—Hola, cariño. Acabo de salir de la oficina. ¿Quieres que te lleve algo? —Dylan habló al otro lado del teléfono.

—Está bien. Hace falta algunas verduras. ¿Podrías traer cebollas, tomates y zanahorias, por favor? —le indiqué al echar un vistazo en la despensa.

—Claro. ¿Cómo está la niña? —preguntó, cambiando de tema.

—Está bien, Dylan. No creo que su estado de salud cambie si preguntas cada cinco minutos.

—Vale, ya entendí. Te veré en un rato. Te amo.

—Está bien, yo también te amo.

Dylan se graduó de la universidad. Estudió finanzas y trabajaba en el área comercial del banco de Carolina del Sur. Puesto que consiguió con la ayuda de sus profesores por ser un excelente estudiante, y por supuesto con su esfuerzo. En cuanto a mí, continué trabajando en Cafecito y me faltaba poco para terminar la deuda de la hipoteca. Dejé de trabajar en Burger Shop porque ya no era necesario como antes.

La puerta de la casa se abrió y Dylan se anunció:

—Ya llegué, Sav.

Salí de la cocina a la sala y le sonreí al verlo. Lo saludé al dejar un suave beso en sus labios. Traía muchos paquetes en la mano. Enarqué las cejas con sorpresa al verlas y me masajee el cuello.

—¡Vaya!, no imagino lo que hubiera sido si faltaran más cosas en la despensa.

Dylan descargó los paquetes sobre la mesa al dirigirse al comedor.

—Lo sé, lo sé. Solo me anticipé. Tampoco son muchas cosas: leche, huevos, pan, algunas frutas, algunas verduras —enumeró las cosas mientras las sacaba de las bolsas y las ponía sobre

la mesa—. Algunos juguetes para Tami, biberones, ropa diminuta y un libro que se llama: *cómo ser un buen padre sin morir en el intento* —enfaticó, como si todas las cosas que compró fueran necesarias.

Crucé los brazos y apreté los labios al escucharlo hablar con tanta emoción. Fue divertido.

—Ya. En primer lugar, no creo que Tamara pueda jugar con muñecas. Es una bebé aún.

—Sí, pero en algún momento crecerá, lista —contradijo, encogiendo los hombros—. Además, algunos son necesarios para el desarrollo de ciertas habilidades que los bebés entre los primeros meses y los cinco años necesitan para... ya sabes, para que sean inteligentes, extrovertidos, amables y esas cosas —puntualizó como si en realidad supiera del tema.

—¡Oh!, claro. Esas cosas —repetí, manteniendo la misma posición y él asintió— ¿Qué será de nosotros cuando Tamara crezca y empiece a exigir cosas costosas?

Crucé los brazos.

—Bueno, aún falta mucho para eso, pero en caso de que suceda, ya me estoy ocupando de ahorrar dinero —bromeó.

—Dylan —lo reprendí.

Rio y se acercó a mí.

—Es broma.

Sus labios rozaron los míos en un suave beso.

Tamara se despertó en la madrugada, y después de hacerla dormir, yo no pude volver a quedarme dormida. Bajé a la sala y me senté en el suelo, frente a la ventana. Observé cómo algunos adolescentes seguían por ahí en la calle, fumando un cigarrillo mientras escuchaban música y hablaban; lo que para mí se reducía a una manera de evitar la soledad y la ansiedad, aunque ellos no lo supieran. Recordé mi infancia y adolescencia con ganas de querer volver a ese día. Apreté los ojos después de respirar profundo con ganas de refugiarme en alguno de esos bellos recuerdos que tenía, pero me contuve. No sabía si seguía lejos de poder lograrlo, porque no había vuelto a intentarlo. No quería descubrirlo. Flexioné las rodillas y escondí la cara en medio de mi pecho y las piernas.

—Si los chicos que están debajo del árbol frente a la casa a punto de besarse se dan cuenta de que estás llorando, les arruinarás el momento. —Dylan me sorprendió al hablar en voz baja tras de mí.

Me estremecí cuando lo escuché y levanté la cabeza para verlo. Sonrió con ternura, como siempre y se sentó junto a mí. Incliné la cabeza y me limpié la nariz con las manos. Volví a mirar por la ventana; el chico besó a la chica y después de semejante demostración de amor, ella sonrió con timidez, apartando la vista de sus ojos. Él no dejó de mirarla y frotarle el cabello. Se notó que había química entre ellos.

—¿Crees que duren? —me preguntó Dylan mientras los observaba también.

—Eso espero —contesté esperanzada.

Sus manos cubrieron mis hombros y dejó un beso en mi cuello.

—¿Qué pasa, Savannah? Estuviste dispersa en la cena.

—No lo entenderías —sollocé.

—Al menos déjame intentarlo —insistió, masajeándome los hombros.

Seguí mirando a través de la ventana de un lado a otro.

—Estoy cansada —manifesté al encontrar la palabra que definía todo lo que sentía.

—¿De qué estás cansada?

Por un momento pensé: qué pregunta más estúpida. Pero luego me di cuenta de que hay tantas definiciones para el cansancio. Justo ese día sentí que me sofocaba la ansiedad al no dejar de pensar que me había quedado estancada. ¿Qué sería de mi vida en cinco años?

—De todo —contesté sin alterarme por su pregunta.

Dylan no dijo nada.

—¿No dirás nada?

—Te estoy escuchando.

Estaba tan acostumbrada a escuchar sermones motivacionales que no esperé que dijera eso.

—¿Qué pasa si un día me doy cuenta de que tengo cuarenta y no hice nada con mi vida? —indagué.

—¿A qué te refieres?

—Soy patética, mírame. Ya casi tengo veinticinco y no he hecho nada en la vida. No estudié una carrera, no viajé por el mundo como lo planeé cuando estaba en último año de preparatoria. No seré profesional ni tendré un buen trabajo. ¿Qué pasará conmigo cuando tenga cuarenta? —le confesé a Dylan mi miedo más grande.

—Oye, ¿acaso piensas que ser madre no es nada?

—Puede sonar egoísta, pero no quiero ser solo una madre que se queda en casa y cocina. Puedo hacer mucho más que eso. Tenía otros planes antes de ser madre.

—Claro que los tienes aún —afirmó con seguridad—, pero tu vida no se ha acabado porque ahora eres madre, Savannah.

Alineé los labios, pensando que para él era fácil decirlo.

—Lo mejor de tener veinticinco es que aún tienes mucha juventud para aprovechar. Si quieres estudiar, hazlo. —Hizo una pausa—. Tamara no será una bebé toda la vida, algún día tendrá que crecer —concluyó divertido.

Su comentario me hizo reír.

—Te propongo un trato —se dispuso a contarme su plan—. Espera a que Tamara cumpla un año. Contrataremos una niñera a tiempo completo y así podrás ir a la universidad, tener compañeros, hacer amigos, y yo te apoyaré en lo que sea que quieras estudiar. Podemos pedir un préstamo al banco, o algo se nos ocurrirá. ¿Qué opinas?

Me incorporé un poco para verle el rostro. Me dio la impresión de que lo tenía planeado antes de que tuviéramos esa conversación.

—¿Entonces?... —Volvió a preguntarme al notar mi silencio. Solo lo miré pensando en lo mucho que me amaba.

—No lo sé. Suena bien, pero... —Dejé la frase sin terminar.

Llegué a emocionarme al pensar en ese brillante futuro que podría tener. Una fotografía de veintinueve años, viviendo fuera de Charleston. Como fuera, no teníamos el dinero ni la capacidad de adquirir una deuda como esa solo para que yo dejara de sentirme miserable e inútil.

—No podremos pagar una niñera a tiempo completo, ni un semestre de universidad, Dylan. No es así de fácil —especifiqué las razones por las que prefería negarme a su propuesta.

—No te preocupes por eso. Aún faltan diez meses para que Tamara cumpla un año. Ahorraré durante este tiempo lo que más pueda. No te desanimes, no es imposible —me alentó otra vez.

Me asustaba ilusionarme con que lo haríamos para que al final los planes quedaran en el aire.

—Está bien —convine en voz baja.

—Eres una excelente madre —aseguró con tanta dulzura que no tuve más remedio que creer sus palabras.

Volví de cafecito sobre las cuatro de la tarde. Lucy, la niñera, apareció en la sala con Tamara en brazos. Dylan tenía turnos rotativos. A veces en las mañanas, y otras en las tardes. Entonces él cuidaba de Tami hasta las doce del medio día y Lucy, la cuidaba hasta las cuatro que yo volvía. Cuando Dylan debía trabajar en las mañanas, La niñera cuidaba a la niña desde las ocho hasta la una de la tarde mientras yo regresaba. Lucy tenía dieciséis años, pero era una chica muy responsable, muy inteligente y con un gusto increíble por los niños. Brian, mi antiguo jefe, me la recomendó. Tamara aún era una bebé y Lucy la cuidaba con mucho mimo. Me entregó a la niña y le di veinte dólares, pagándole sus servicios. «Gracias, señora Jones. La veo mañana», me contestó al recibir el dinero. Cogió su abrigo del perchero y se marchó.

Me senté en el sofá y me puse a jugar con Tamara.

—¿Extrañaste a mamá? Claro que lo hiciste. Mamá también te extrañó demasiado.

Estreché la cara de la niña contra mi mejilla y cerré los ojos al sentir su piel suavcita. Inspiré el olor a nuevo y al perfume de bebé que Lucy le había aplicado. El motor de un auto al apagarse se escuchó afuera y abrí los ojos. ¿Quién podría ser a esta hora? El auto de Harry no sonaba así cuando se estacionaba. Me levanté y me asomé por la ventana. El mismo auto en el que Alana se llevó a Madi estaba frente a mi casa. El corazón se me aceleró. Dejé a la niña en su cuna y la cubrí con una manta. Empuñé las manos antes de salir. Giré la perilla de la puerta y abrí. Una ráfaga de viento me invadió. Alana estaba parada en la acera, usando una chaqueta que parecía no protegerla del frío como ella quisiera. Una maleta negra estaba en el piso y otra colgaba de su hombro, y Madi permanecía a su lado. El auto estaba tras de ella. El mismo viejo y destartado auto rojo.

Me paré en el primer escalón de las gradas.

—¡Tía! —La niña corrió hacia mí sin esperar a que alguna de nosotras diera el primer paso.

Flexioné las piernas y extendí los brazos, esperando a que llegara para atraparla en un abrazo. Se lanzó sobre mí con fuerza y tuve que poner una mano en la madera para apoyarme porque su impulso me hizo balancearme. Admiré lo alta y bien cuidada que estaba. En realidad, no había cambiado mucho. Su carita seguía viéndose igual, solo había crecido unos cuantos centímetros más. Sus mejillas estaban coloradas y su cabello era más brillante, más rubio y suave de la última vez que recordé haberlo tocado.

—Estás preciosa, cariño —la halagué.

—Tú estás muy hermosa también, tía. ¿Te estás poniendo mascarillas todas las noches? Tienes la piel muy suave —señaló con ternura al rozar mi rostro con sus dedos. Su voz sonó un poco más clara.

Me reí al escucharla.

—Bueno... hago lo que puedo, pero sí. Me las estoy poniendo —contesté sin darle muchos detalles de la realidad.

La verdad es que no me había vuelto a poner mascarillas, ya no me quedaba tiempo.

Alana caminó hacia nosotras con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, con los labios alineados simulando una sonrisa y los hombros medianamente encogidos. Algo en su rostro se veía diferente. El poco maquillaje que acostumbraba a aplicar en sus ojos estaba perfecto. Su cabello estaba bien peinado y por primera vez en mucho tiempo, al fin había crecido y ya le cubría la mitad de la espalda. Y entonces aquel pensamiento de que Alana había dejado el alcohol, se cruzó por mi mente. Madison se apartó de mi vista y entró en la casa con prisa. Tal vez el frío la hizo tomar esa decisión.

Me levanté, mirando a Alana. Crucé los brazos a la expectativa.

—Lo siento. —Fue lo primero que dijo.

¿Por qué se estaba disculpando? ¿Por nunca haber contestado mis llamadas? ¿Por desaparecer? ¿Por no haber estado ahí cuando le pedí muchas veces que estuviera? ¿Por cómo me trató la última vez?

—Por todo —dijo como si hubiera escuchado mis pensamientos.

Empezó a llorar. No dejaron de salir lágrimas gruesas de sus ojos y yo no pude evitar sentirme conmovida. Me acerqué a ella y la abracé. Hacía mucho tiempo que Alana y yo no nos abrazábamos de esa manera. Exactamente puedo recordar la primera y última vez que lo hicimos como si hubiera sido ayer. Cómo podría estar ahí viendo su lado más frágil y no ser capaz de decirle que la perdonaba. Nunca he sido una persona a la que le cuesta perdonar. Por el contrario, me conmuevo con tan solo ver llorar a alguien.

—Lo siento mucho, Savannah —se disculpó otra vez.

—Está bien, está bien —la consolé mientras seguíamos abrazadas.

De repente se separó de mí y me sujetó los brazos. Me miró fijamente con los ojos llenos de culpa y arrepentimiento.

—Perdóname por todo lo que te hice, por todo lo que te dije. Te extrañé demasiado, por eso estoy aquí. No quiero que me odies.

Alana era una persona muy fuerte. Nunca lloraba por más preocupada o triste que estuviera. Su manera más acertada de demostrar el dolor que sentía era siendo agresiva, guardando silencio o poniéndose a la defensiva. Nunca entendí el porqué de sus ataques iracundos. Nuestros padres nunca le dieron ese ejemplo, y nuestras vidas siempre fueron tranquilas.

—Ya basta —le pedí sin dejar de llorar también—, te perdono y no te odio. También te extrañé demasiado.

Alana apretó los ojos y tiró de mis brazos para abrazarme otra vez. Me frotó el cabello con paciencia, sus sollozos eran grandes. Comenzó a llover. Las pequeñas gotas de agua fría sobre nuestras caras, nos hizo avanzar al interior de la casa para protegernos.

Preparé chocolate caliente y nos sentamos en la sala. Ella encendió la chimenea porque empezaba a caer la tarde y el frío se intensificaba. Alana ya sabía de la existencia de Tamara. No quiso decirme cómo se enteró. Incluso supo de la muerte de Steve. No tocó el tema, sabía que las muertes de las personas eran difíciles para mí.

—Felicidades. Supe que te casaste con el flacucho —brindó, levantando la taza de chocolate. No reflejó mucha felicidad.

Curiosamente también se enteró de eso. Era como si hubiera vivido entre las sombras para estar pendiente de mí todo el tiempo.

—No le digas así —la reprendí.

Alana rio bajito.

—¿No te parece que fue muy apresurado?

—¿De qué hablas? Dylan y yo hemos sido amigos casi toda la vida. Nos conocemos perfectamente, va a funcionar.

Alana levantó las cejas. Mi respuesta no la convenció mucho.

—Lo amo. No hay más que decir.

Ella asintió, pero su expresión de desaprobación se mantuvo.

Bebió un sorbo de chocolate y suspiré. No quería hablar de mí, no de esa manera.

—¿Por qué decidiste volver? —Mi voz sonó demasiado aguda.

Alana miró a Madison quien se concentraba en beber su chocolate sin tratar de inmiscuir en la conversación que tenía con su madre.

—Cariño, ¿por qué no vas a ver televisión? Échale un vistazo a tu prima —sugirió con suavidad.

Se escuchó tan diferente. No parecía que fuera ella.

La niña asintió, sonriendo y se levantó de la silla. Alana no apartó la vista de ella hasta que desapareció en el camino. Su mano masajeaba la parte de atrás de su cuello con ansiedad.

—Servicios sociales me quitó a Madison —confesó y mi respiración se detuvo.

El miedo cubrió sus ojos, como si recordarlo la hiciera sufrir. No es fácil para una persona con problemas de alcoholismo cuidar de alguien tan frágil y vulnerable como lo es un niño. Alana sabía que se acercaba al final de su camino. Cada vez que creía que avanzaba, en realidad daba un paso hacia atrás, y era arrastrada al vacío de su dolor e inseguridades. El hombre con el que empezó a vivir no era una buena persona, tal como todos los hombres con los que alguna vez Alana intentó tener algo después de Jordan. Carter, el nuevo novio con el que había decidido vivir en Virginia cuando se llevó a Madison, ayudó a que la niña fuera entregada a servicios sociales gracias a sus violentas acciones.

—Querían dársela a Jordan —continuó.

Abrí la boca con sorpresa. ¿Será la razón por la que vino a verme meses antes?

—¿Y qué pasó? —pregunté interesada en el desenlace.

—Ya sabes, lo de siempre. Compromisos, papeleo, la niña en quién sabe dónde. Tuve que volver a rehabilitación y conseguir un empleo. Solo así la recuperé.

—Jordan estuvo aquí —le conté.

Alana levantó la mirada con agilidad impulsada por el impacto de la noticia.

—¿Qué te dijo?

—Quería hablar contigo y ver a Madi.

Alana apretó los ojos.

—Dejó su número de teléfono para que lo llames —continué, pero Alana no dijo nada—. Me dio la impresión de que quiere arreglar las cosas contigo.

Alana sacudió la cabeza sin poder creerlo. Más bien, sin darle el beneficio de la duda a su intento de recuperar el tiempo perdido. Seguía dolida, como lo intuía cuando Jordan apareció.

Mi hermana podía tener miles de defectos y una personalidad bastante complicada, pero siempre decía que Madison era lo único bueno que le había pasado en la vida y daría esa vida por ella si fuera necesario. Claro que lo haría, todas las madres seríamos capaces de eso y mucho más en algún momento.

Madison no lo supo. Todavía era muy niña para poder entender algo como eso, pero gracias a ella, su mamá pudo encontrar una mejor versión de sí misma; se perdonó, aceptó las cosas que sucedieron en el pasado, se dio cuenta de lo fuerte que puede llegar a ser y unió de nuevo los lazos de hermandad que se había roto entre las dos. Pero lo más importante, Alana pudo darse cuenta de que sí es posible cambiar.

22

El césped debajo de la manta se sentía fresco. El sol no era fuerte y la brisa era liviana. No quería levantarme de allí, todos los problemas parecían dejar de existir. Hacía mucho tiempo no estaba en un lugar como ese; tan lleno de quietud y tranquilidad. Había muchas flores de diferentes colores y tamaños alrededor y empezaba a convertirse en mi lugar favorito para descansar de todo. No estaba dormida, pero pretendía hacerlo. Mantenía los ojos cerrados para concentrarme más en escuchar los sonidos de la naturaleza. Aquel susurro del viento y el canto de los pajaritos era una majestuosa melodía que realmente no producía más que paz.

Me recosté de lado, a la derecha. El libro que había estado leyendo, estaba justo a la altura de mi abdomen sobre la manta.

—Savannah. —Escuché a lo lejos que susurraban mi nombre.

Quería dormir, era en lo único en lo que podía pensar.

—Savannah. —Volví a escuchar la voz.

—¿Qué pasa? —contesté sin abrir los ojos.

—Tienes que despertar.

No presté atención a aquello.

—Savannah. —Esta vez escuché la voz más cerca. Ya no era un susurro.

Al escucharla, sentí el roce de una mano en mi brazo. Abrí los ojos y vi a Steve frente a mí. Nos separaba una intensa luz blanca que no me dejaba verlo por más de dos segundos.

—Tienes que despertar —me dijo, tocándome otra vez.

Abrí los ojos exactamente en el momento que me pidió que despertara. Lo primero que vi fue la mesa de noche de mi habitación. Un escalofrío me pasó por el cuerpo y la piel se me erizó. Fue el sueño más lucido que había tenido en mucho tiempo. De hecho, era el único hasta ese momento. Me incorporé para sentarme y estudié toda la habitación con mis ojos. Puse una mano sobre mi pecho y me percaté de que el corazón me latía muy rápido. Al girar la cabeza, vi a Dylan acostado junto a mí. Dormía profundo y tranquilo. Giré la cabeza en la otra dirección para ver la hora: tres de la mañana. Fruncí el ceño y me llevé una mano a la frente para masajearla. Respiré profundo y me dejé caer sobre mi espalda para seguir durmiendo. El problema fue que no pude hacerlo. No soñaba con Steve hacía mucho tiempo. La última vez que sucedió, fue en diciembre del año anterior. Me asusté, por un momento llegué a pensar que se trataba de una señal. Tuve que levantarme e ir a la cocina por un vaso de leche para tranquilizarme e intentar conciliar el sueño otra vez. Funcionó después del segundo vaso y sintiendo los párpados pesados, volví a la cama. Me recosté de lado, mirando a Dylan mientras dormía. Me sentí culpable por haber soñado con Steve mientras estaba junto a quien era mi esposo. Pensé que incluso un sueño era una manera de ser infiel o algo parecido, aunque en realidad no lo fuera. Segundos después pude quedarme dormida, pero al despertar en la mañana tuve en mente la idea de que debía ir al

hospital a visitar al señor Jacobs.

De un momento para otro sentí que el haber soñado esa noche con Steve me había desorientado por completo. ¿Era posible que todavía me importara de la misma manera como en un principio? Me aterraba saberlo, porque no quería confundirme y estropear lo que tenía: una familia hermosa, a mi hermana de vuelta, amigos y un trabajo que, aunque no fuera el soñado, me hacía feliz.

Visité al señor Jacobs como lo pensé. Le hablé de muchas cosas, entre esas, que Alana había vuelto, pero no fui capaz de mencionarle nada sobre el sueño que había tenido con su sobrino. Tampoco le conté que me había casado con Dylan empezando el año. Consideré que sería incómodo hablar de ese tema con quien era el tío del padre de mi hija. Era como intentar decírselo al mismo Steve. Observé al señor Jacobs unos segundos antes de salir de la habitación, y repasé todo el lugar como si quisiera encontrar algo. Después de ver el libro que estaba sobre la mesa de noche cerca a la cama, hice una mueca con los labios y salí de la habitación pensando en que la próxima vez debía llevar uno nuevo.

No supe por qué tuve la idea de que, si visitaba al señor Jacobs, los sueños con Steve pararían. Tal vez mi mente me hizo creer que esa era una manera de intentar desviar la atención, pero seguí soñando con él los siguientes cuatro días. Durante esas noches desperté siempre a las tres de la mañana para ser exacta; empapada en sudor, con el corazón a punto de salirse de mi pecho, un poco mareada y con temblor en las piernas y los brazos. La segunda y tercera vez soñé que me buscaba en medio de muchas sábanas blancas que colgaban de ramas de árboles durante el otoño. Yo sonreía, escondiéndome de él mientras me buscaba con afán. Con ganas de encontrarme pronto. La siguiente vez, ocurrió en mi habitación, Steve entraba y se sentaba al borde de la cama junto a mí para despertarme. Me miraba sonriendo, rozando mis mejillas con los nudillos de su mano izquierda y tomando una de mis manos con su mano derecha para darle un beso, mientras me decía que ya era hora.

—¿Qué pasa? —preguntó Dylan al ver que me incorporé de golpe. Estaba sentado al borde de la cama frente a mí.

Miré toda la habitación buscando a Steve.

—Nada —contesté cortante.

—¿Estás bien? —me preguntó preocupado, tocándome la cara para verificar si tenía fiebre—. Hablaste dormida anoche y dormiste más de lo usual esta mañana —agregó sin dejar el tono de preocupación.

—¿Hablé dormida? —pregunté sorprendida. Dylan asintió—. ¿Qué dije?

—Dijiste que no querías hacerlo, ni querías que se fuera. ¿Qué soñaste?

—Ya no lo recuerdo, pero no te preocupes, estoy bien.

—De acuerdo. Ven a desayunar.

Dylan me dio un beso en la mejilla al alborotar mi cabello. Sonrió y se levantó de la cama para salir de la habitación. Le devolví la sonrisa, sintiéndome mal. No fui capaz de decirle que los últimos días había estado soñando con Steve. Era incómodo para mí, más lo sería para él. Me levanté de la cama y fui al baño a lavarme la cara y los dientes. Me quedé frente al espejo para ver mi reflejo y decirme a mí misma que solo eran sueños y no tenían ningún significado. No estaba loca y tampoco quería soñar con él, al menos no de esa manera como lo hacía.

Alana estaba sentada a la mesa junto a Madison. Yo tenía en brazos a Tamara mientras Dylan se encargaba de servir mi desayuno. La mesa estaba llena de platos y comida. Me senté a un extremo y sonreí cuando Madison me saludó.

—¿Estás bien? —preguntó Alana mientras yo me servía café.

—Sí, estoy bien —contesté cortante.

—¿Segura? Te ves terrible —señaló.

—Ya te dije que estoy bien —contesté alterada.

Alana me miró asombrada por mi manera de contestar. Dylan estaba detrás de nosotras, quien detuvo sus pasos al escucharme. Suspiré cansada después de darme cuenta de que estaba allí.

—Lo siento, solo no he dormido bien estos días —me disculpé, mintiendo.

—Claro —aceptó Alana sin insistir.

Dylan continuó caminando y puso el plato sobre la mesa, frente a mí. Me frotó la espalda con su mano izquierda y yo le sonreí. Se sentó a mi lado e intenté poner buena cara mientras desayunaba, aunque tal vez hubiera fallado en el intento. Dylan se fue al trabajo, yo me encargué de limpiar la casa con ayuda de Alana. No fui capaz de ir a trabajar. No me sentía bien. Aseé a Tamara, la alimenté y la hice dormir. Después de que me diera una ducha, salí a sentarme en las escaleras de la entrada. Aprecié el árbol frente a la casa, frondoso, colorido y vivo gracias al verano. Hacía tiempo no me sentía inestable, sentimental, triste y con una sensación tan extraña que me desubicaba por completo. Era como un presentimiento, pero no sabía de qué. Alana se sentó a mi lado, mirando el árbol también. Suspiró con fuerza y yo rodé los ojos hacia el cielo. Supe que no se quedaría tranquila hasta que le contara lo que me pasaba.

—¿Qué? —Encogí los hombros.

—¿Vas a decirme la verdad? —preguntó con expectativa.

A pesar del tiempo que estuvimos separadas, aún me conocía lo suficiente.

Me froté las manos al entrelazarlas.

—He estado soñando con Steve los últimos cinco días —confesé después de suspirar.

Me sentí aliviada de poder decirlo al fin. Alana soltó una pequeña risa.

—¿Y?... ¿Por qué te preocupa eso? —preguntó como si fuera algo irrelevante.

—Porque son sueños que se sienten demasiado reales. Casi podría jurar que en realidad pasó.

—Ya. ¿Segura que es eso lo que te preocupa?

La miré con el ceño fruncido.

—¿De qué hablas? ¿No me crees?

—Sí, te creo, pero quiero saber si estás segura de que lo que te preocupa es soñar con él... y no otra cosa.

—No empieces, Alana.

Me levanté del suelo para ir al interior de la casa, pero ella me detuvo al intentarlo.

—Espera, espera. Ya deja de evadir la conversación. ¿Qué es lo que sucede contigo? Si no amas a Dylan, ¿por qué te casaste con él?

—Tú no tienes idea de nada.

Me solté de su mano y entré. Me enojó el hecho de que supusiera cosas con tan solo ver una expresión en mi rostro. Alana siguió tras de mí sin intención de querer dejar la conversación.

—¿Sabes por qué te cuesta tanto decir algo? Porque no estás enamorada de él. Porque si lo estuvieras, algo tan ridículo como soñar con tu exnovio muerto, no te afectaría como te está pasando.

Me detuve al escucharla. Giré el cuerpo, Alana cerró la puerta y cruzó los brazos. Me sentí impotente porque no supe qué decirle para contradecir sus argumentos que empezaban a ser completamente válidos. Solo llevaba un día en casa con nosotros y ya parecía saberlo y entenderlo todo. Se me hizo un nudo en la garganta. Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—¿Por qué te casaste con Dylan? —Volvió a preguntar y sentí una punzada en el corazón.

Negué, inclinando la cabeza. Una lágrima cayó al suelo de madera. Los sollozos no me dejaban contestarle. ¿Qué quería escuchar? ¿Qué lo había hecho por despecho?, ¿por lástima?, ¿por no sentirme sola?, ¿porque él parecía ser la solución a mis problemas de ansiedad y depresión? No. No sentía que fuera así. En realidad, sentía que lo amaba.

—Amar y estar enamorado de alguien, son cosas muy distintas —me advirtió, suavizando la voz.

Ella más que nadie lo sabía.

—Pero tampoco amas a dos personas de la misma manera. Los sentimientos son diferentes —objeté al levantar la cabeza y mirarla a los ojos.

—Tienes toda la razón —musitó—. Y sé que amas a Dylan. Solo me pregunto si en algún momento te enamoraste de él.

Apreté los labios y una lágrima resbaló por mi mejilla derecha.

El teléfono interrumpió aquella complicada conversación. Inhalé y exhalé por la boca, me limpié las mejillas y me dirigí al buró para contestar la llamada.

—Diga. —Intenté disimular la voz ahogada por el llanto.

—Savannah, cariño... el señor Jacobs despertó. —Brenda informó con felicidad al otro lado del teléfono.

—¿Qué? —pregunté atónita.

—¿Qué pasa? —preguntó Alana con ganas de saber lo que ocurría.

El timbre de la casa se escuchó una vez. Alana giró el cuerpo y dio un paso adelante para abrir la puerta. Dejé caer el teléfono al suelo. Una pequeña bocanada de aire entró por mi boca al sorprenderme. Mi cuerpo se paralizó. Un atoramiento en la boca del estómago y hormigueo en todas las extremidades se apoderó de mí. Steve estaba ahí, mirándome a los ojos, después de que Alana abriera la puerta.

Tercera Parte

23

El ser humano y sus múltiples maneras de reaccionar ante una situación. La teoría cognitiva afirma que las respuestas humanas se rigen por las emociones, y que las emociones pueden llegar a apoderarse de nuestra lógica: la cognición. Nuestras respuestas a diferentes situaciones dependen de esas situaciones que en psicología se conoce como estímulos.

No sabía cuál era el sentimiento más grande en ese momento: la felicidad de saber que en realidad estaba vivo o los nervios por no saber qué decirle. El verlo frente a mí era ese estímulo del que hablaba la psicología que me hacía reaccionar de esa manera. Steve avanzó un paso para entrar en la casa, apoyándose en un bastón. Harry y otro hombre entraron detrás de él, juntos con la cabeza inclinada. Se notó en el rostro de Harry que quería demostrar toda la felicidad que sentía, pero la reprimió, tal vez porque conocía las circunstancias. Deseé que no le hubiera dicho nada. Yo avancé un paso también, empuñando las manos con fuerza. El cuerpo se me tensionó cada vez que pensé en hacer algo. Quise correr y abrazarlo; sentir sus brazos, sus manos al tocar mi cabello, sus ojos al detallar todo mi rostro, y sonreír al sentir sus dedos rozar mis mejillas. También quise decirle que el futuro es tan incierto y que, así como muchas cosas pueden pasar en meses, pasan en tan solo un día, sin ni siquiera dar tiempo de pensarlo con cabeza fría. Cómo podría decirle que había hecho una nueva vida con mi mejor amigo a quien amaba con todo mi corazón y le debía parte de mi felicidad; una vida en la que él no estaba incluido, una vida en la que jamás imaginé que regresaría y alteraría cada célula de mi cuerpo. Verle allí, tan ansioso por querer lanzarse sobre mí para abrazarme, me dio esperanza de nuevo; como un rayo de luz tibio y cálido que se posa sobre un ventanal a finales del invierno. Verle a los ojos, a esos ojos grises llenos de tanto amor y ganas de refugiarse en mí, me hizo sentir la mujer más privilegiada de todo el mundo. Me hizo pensar que tuve tanta suerte de existir y haber coincidido con él, aunque hubiera sido tan corto el tiempo y tan inesperado el camino. Verle, me hizo dar cuenta de que la fuerza del amor que aún sentía por él era mucho más grande que las ganas de querer mantenerlo en secreto.

Alana flexionó los brazos para cubrir su boca con las manos. Vi como las lágrimas salieron de los ojos de Steve. Ladeé la cabeza al ver que me sonrió. Juntos dimos un paso, dudando entre si debíamos continuar o mejor debíamos retroceder. ¿Quién podría decirnos cuál era la forma adecuada para saludarnos? Sus brazos, sus manos, y cuello tenían cicatrices. Su mirada estaba llena de caos y su pierna herida, lo hacía luchar por mantener el equilibrio. Sentí dolor al ver el conjunto de marcas que dejaron las tragedias en la vida de Steve.

—Steve —lo llamé con tanta ternura, que la voz retumbó dentro de mí.

Él asintió, dejando que las lágrimas cayeran.

—¿Eres... tú? —pregunté con la voz quebrada.

—Soy yo, amor. He vuelto.

Una punzada me atravesó el pecho al escucharlo decirme *amor*. Su voz fue el impulso que necesité para acercarme. Ambos nos estrechamos en un abrazo.

—¿Qué está pasando? No entiendo nada —sollocé al presionar la piel de sus brazos con la yema de mis dedos.

Quería estar segura de que en realidad estaba pasando.

—Lo sé, te lo explicaré todo. Lo prometo.

Sus manos acunaron mis mejillas y yo sentí que todo era un sueño.

Alana se aclaró la garganta haciendo un sonido fuerte que me hizo centrar la mirada en ella. Incliné la cabeza y pasé saliva, retrocediendo un poco para apartarme de Steve con disimulo.

—¿Recuerdas a mi hermana? —pregunté al cruzar los brazos.

—Claro, cómo olvidarla —respondió al girarse para verla.

Alana sonrió incómoda, asintiendo al cruzar miradas con Steve.

—Me da gusto que estés... bien —Dijo Alana, alineando los labios.

En realidad, la pobre estaba en shock. Tal como yo. Mencionar la palabra *vivo*, sería muy crudo.

—Gracias. —Steve asintió.

—Hola, Harry —saludé al verle detrás de Steve.

—Hola, Savannah —me sonrió, levantando una mano.

Le pedí a Steve que me acompañara al segundo piso. Hizo un esfuerzo por subir las escaleras, pero lo logró. Al final habría valido la pena. Abrí la puerta de mi habitación, la que compartía con Dylan. La niña había despertado, pero estaba quieta y silenciosa. No lloró al sentirse sola, todo lo contrario, parecía disfrutar de su soledad. La expresión en su rostro cambió al verla. Sus mejillas se ruborizaron, frunció el ceño un poco y sus ojos se cristalizaron. Se llenaron de esperanza y fulgor. No fue capaz de preguntarme si era su hija. En cada intento, no pudo terminar la frase. Tuve que decírselo para que se convenciera de que así era. Escucharlo hizo que todo tuviera sentido para él. Se llevó las manos a la cabeza sorprendido, luego cubrió su boca, extendió los brazos para querer tenerla en brazos, pero se arrepintió y flexionó los brazos para poner las manos sobre su boca otra vez.

—Está bien. Levántala —lo animé.

Steve volvió a extender los brazos para sacar a la niña de la cuna. La sujetó con mucho cuidado y precaución para no lastimarla o dejarla caer. Tamara hizo sonidos con su boca al estar en sus brazos y juntos reímos. Cuando al fin la sostuvo, un suspiro se escapó de su interior y cerró los ojos al intentar abrazarla.

—¡Oh, Dios! —admiró en voz baja—. Es tan pequeñita.

—Se llama Tamara —continué.

—Qué lindo nombre tienes, Tamara —halagó, dirigiéndose a la niña.

Tami lo miró por unos segundos. ¿Quién era ese hombre que la sostenía en brazos y le sonreía con lágrimas en los ojos? Nunca lo había visto. Le causó bastante intriga. Sus ojitos no se despegaron de su rostro. Lo examinaba como si nada más importara.

—Estás tan asombrada como yo, ¿eh? —comentó Steve, como si Tamara le fuera a entender.

La niña echó la cabeza para atrás y continuó mirándolo con la boca abierta.

—Soy papá —susurró—, y estoy feliz de conocerte al fin.

Tami, en medio de su asombro y confusión por ver un nuevo rostro, sonrió sin moverse. Atenta

a cada gesto y palabra, a la voz de ese hombre, a su mirada y su sonrisa.

La niña se quedó dormida en sus brazos segundos después. La recostó en la cuna y la cubrió con la manta.

—¿Cuándo llegaste a Charleston? —pregunté al cruzar los brazos.

Me paré a un extremo de la habitación. Él no se apartaba de la cuna.

—Hace unas horas. Estuve en Virginia casi toda la mañana, me hicieron muchas preguntas. Apenas salí de ahí, vine a buscarte.

—¿Y quién es el otro hombre que te acompaña?

—Es John. Un amigo que hice en estos meses.

Se alejó de la cuna y se sentó en el sillón donde solía sentarme a amamantar a nuestra hija. Si Steve había salido de la oficina a buscarme, entonces no sabía nada de lo que le había pasado al señor Jacobs. Lo miré. Tenía dibujada en su rostro una sonrisa de suficiencia.

—Steve, ¿ya viste a tu tío?

—No, aún no. Precisamente quería pedirte que me acompañaras. No sé cómo pueda reaccionar al verme después de tanto tiempo.

La esperanza acompañó aquella sonrisa.

—Oh, no —me quejé, frunciendo el ceño. La angustia me invadió.

—¿Qué pasa? —Su sonrisa desapareció.

—El día que llamaron para darnos la noticia de que habías muerto, tu tío...

—¿Qué le pasó a mi tío?

Se levantó del sillón con agilidad.

—Tuvo un infarto y entró en coma.

Steve comenzó a cojear al caminar. Frunció la cara. El dolor parecía ser grande, pero no le importó. Necesitaba ir a verlo.

—Espera, Steve. Él está bien, ya despertó.

Me atravesé a medio camino dentro de la habitación.

—El señor Jacobs está bien —repetí.

Sus mejillas ya estaban empapadas de lágrimas. Su pecho se levantó y volvió a bajar al tranquilizarse. Levanté las manos y acuné su rostro con ellas. Steve arqueó un poco el cuerpo hacia adelante y apoyó su frente en la mía.

—Tu tío despertó hoy. No sé cómo pasó, pero Brenda llamó para decirme que el señor Jacobs había despertado, y luego... luego apareciste tú —le expliqué sin todavía entenderlo.

Steve cerró los ojos y sujetó una de mis manos, sintiendo cómo rozaba sus mejillas con la punta de mis dedos.

—Necesito verlo —pidió con urgencia.

—Claro que sí, iremos a verlo. Lo prometo —asegué para que se tranquilizara.

Su mano continuó acariciando la mía y la otra la puso en mi mejilla izquierda. Entendí que tenía la intención de besarme y el corazón se me aceleró. Su mirada se desvió hacia un lado e irguió la espalda sin quitar la mirada de lo que llamaba su atención. Giré la cabeza para ver también y al volver a mirarlo, sus ojos se llenaron de decepción, se marchitaron por la aparición de las lágrimas. Puso las manos en la cintura e inclinó la cabeza. Sorbió por la nariz. No parpadeaba. Un frío desesperante me invadió el cuerpo.

—Lo siento, Steve. Iba a decírtelo —hablé antes de que el silencio siguiera consumiéndonos.

Sobre la mesa de noche descansaba una foto del día de mi matrimonio.

—Claro —dijo con un hilo de voz—. No llores, lo entiendo. De verdad.

A pesar de que escuché sinceridad en su voz, no pude evitar pensar que se sentía derrotado y humillado. Sus dedos rozaron mis mejillas, limpiando las lágrimas. Me abrazó con delicadeza, frotó mi espalda y después de regalarme una triste sonrisa, se apartó para marcharse. Sentí que algo se desprendió de mi pecho al verlo irse, otra vez.

24

Esperé a Dylan para que juntos fuéramos al hospital. Su madre ya estaba en camino y llegaría antes que nosotros. Empaqué algunas cosas en el bolso de Tamara, ansiosa por pensar en la manera como le contaría que Steve estaba vivo y había vuelto. Los gritos y risas de Madison se escucharon por toda la casa mientras saltaba y hacía sonar el suelo amaderado de una manera irritante. Rezongué en voz baja porque no soportaba escuchar su repelencia, estaba estresada, pero tampoco iba a pedirle que hiciera silencio. Miré el reloj para cerciorarme de que no fuera a hacerse tarde. Alana aun no llegaba tampoco, había salido al supermercado por algunas cosas que hacían falta en la despensa y la espera me hacía perder la paciencia. Escuché la puerta cerrarse y la voz de Dylan al saludarme. Detuve lo que hacía y me quedé mirando a la pared, deseando no estar en esa situación. Sus pasos sonaban con tranquilidad al golpear la madera de los escalones que llevaban al segundo piso y cerré los ojos al sentir que entró a la habitación.

—¿Qué pasa? ¿No me escuchaste? —preguntó, suavizando la voz.

No había manera de hacer que Dylan sonara irritado o enojado alguna vez. Siempre tenía que hablarme con ese tono de voz que me desarmaba por completo.

—Te escuché, lo siento —contesté al girar para quedar frente a él.

Sonreí al acercarme para darle un beso en los labios.

—¿Cómo estuvo el día? —pregunté, intentando ser lo más natural posible.

—¡Uh! Ya sabes, lo mismo de siempre: gente solicitando créditos, gente queriendo más tiempo para pagar las cuotas de los créditos. Gente, gente y más gente —se quejó de manera divertida.

Caminó hasta la cuna de Tamara y su mirada cambió de inmediato. Podía sentirse cansado, pero verla, hacía que todo en él se renovara.

—¿Cómo está mi niña favorita en todo el mundo? —preguntó, cambiando el tono de voz.

Tamara hizo sonar uno de los juguetes que tenía en medio de sus piernas. Sonrió al escuchar la voz de Dylan.

—Te alegra verme, ¿eh? Lo sé, también me alegra —respondió como si entendiera lo que Tamara expresaba con sus balbuceos.

Me reí bajito.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó al mirarme.

—Nada —negué sin dejar mi risa burlona.

—¿Qué? ¿Crees que no entiendo lo que quiere decir? Cariño, una de mis cualidades además de ser un excelente asesor comercial, es entender y hablar el idioma bebé —explicó divertido, pero con seriedad. Como si fuera cierto.

—Claro, no me sorprende —coincidí, como si fuera cierto.

Dylan volvió a acercarse a mí sonriendo.

—¿Te gustaría descubrir otras increíbles cualidades que tengo? —preguntó con maldad.

Me rodeó la cintura con sus brazos y apretó su cuerpo contra el mío. Los brazos se me erizaron.

—No lo creo. No me gusta tener expectativas y luego decepcionarme —continué su juego.

Puse mis manos sobre su pecho alisando el traje que tenía puesto.

—¡Uh! —exclamó en voz baja, frunciendo el ceño—. Eso fue un golpe bajo, señorita — agregó, inclinándose un poco para besarme en el cuello—. Tú te lo pierdes —susurró.

Cuando volvió a mirarme, me besó. Caminó hacia adelante llevándome con él. Cerró la puerta y le puso seguro. En un solo esfuerzo me levantó y me descargó en la cama. Se quitó el traje con agilidad y soltó la corbata con una sola mano, mientras la otra la subía por debajo de mi blusa. Escuché que sus zapatos cayeron al suelo, se dispuso a quitarme la blusa y en ese momento recordé todo lo que había pasado horas antes.

—Espera, Dylan —lo detuve.

—¿Qué pasa?

—No podemos. La niña está ahí y Madison está afuera.

—Llevaré a la niña a la otra cuna —dijo antes de levantarse.

—No —lo detuve al sujetar su mano—. Es que... no podemos ahora, debemos irnos.

—¿A dónde?

—El señor Jacobs despertó.

—¿Qué?

La sonrisa que Dylan me mostró no cabía en su rostro.

—No puedo creerlo, Sav. ¡Es un milagro! —admiró sin dejar de sonreír.

—Lo es —asentí, sonriendo también.

—Bueno, pero es una buena noticia. Es motivo de celebración, ¿por qué no pareces contenta?

Sí lo estaba, pero...

—Es que hay algo más. Otro milagro —afirmé, dándole vueltas al asunto en mi cabeza.

—¿Qué es?

Dylan me miró con expectativa. Se me revolvió el estómago de un momento para otro y sentí ganas de vomitar, muchas ganas de vomitar.

—No puedo hacerlo.

Mi voz sonó inaudible, apenas me pude escuchar yo misma.

—¿Qué dijiste?

Mi respiración se agitó tanto que sentí que me iba a ahogar con mi propio aire.

—Creo que voy a vomitar.

Salí de la habitación con prisa, buscando llegar al baño antes de hacer un desastre en el pasillo. Me sostuve el estómago mientras vomitaba y Dylan me sostenía el cabello para que los mechones que me cubrían la cara, no se fueran a llenar de vomito.

—Toma. —Dylan me ofreció un vaso de agua.

Lo recibí y bebí tres sorbos sin parar. Respiré profundo y le devolví el vaso. Me senté en el suelo con las piernas flexionadas. Las manos se me pusieron frías y me temblaron como si estuviera enfermándome.

—¿Te sientes mejor? —preguntó preocupado.

Asentí.

—Solo tengo un poco de mareo.

—Te llevaré al hospital, vamos.

—No, ya estoy mejor. No te preocupes.

—Pero te ves pálida y estás fría, amor. No quiero que te enfermes, vamos.

—No estoy así porque vaya a enfermar, Dylan.

—Entonces por qué. —Hubo silencio—. No me digas que... ¿Sav, estás embarazada? —preguntó atónito.

Fruncí el ceño con pánico al pensar en la idea, y negué con urgencia antes de que pudiera convencerse de que lo estaba. Ese brillo que se había alojado en el iris de sus ojos se desvaneció al escuchar mi respuesta negativa hasta quedar de nuevo en completo silencio, a la expectativa de lo que realmente sucedía.

—Steve... regresó. Está vivo —revelé. Mi voz sonó temblorosa y grave.

—¿Qué? —preguntó atónito.

Dylan se dejó caer hacia atrás por el impacto que le causó la noticia. Buscó apoyar la espalda en la pared también mientras su mirada se perdió al pensar en el nombre del hombre que había dejado dos amores a la deriva. Guardó silencio y yo igual. Las risas de Madison se escucharon al fondo otra vez; sonoras y bulliciosas. Fue lo único que se pudo apreciar de otra manera en medio del incómodo silencio que habíamos impuesto ambos en nuestro intento de conversación.

—Dime algo por favor. —Rompí el silencio finalmente.

Sus ojos iban y venían. Tal vez buscando las palabras correctas. Siempre intentaba ser sensato en lo que decía porque le importaba que sus actos y palabras tuvieran coherencia y, sobre todo, no lastimaran a los demás.

—Es que no sé qué decir —expresó sin poner intención en su voz.

Levantó la mirada a mis ojos y así nos quedamos hasta que Alana nos interrumpió.

—¿Qué está pasando? —preguntó mi hermana al descubrirnos sentados allí como si planeáramos jugar al escondite.

La miré. Su expresión cambió en ese instante. Levantó las cejas y alineó los labios, como si esa fuera su manera de decirme que aplaudía el hecho de que se lo hubiera contado. De cualquier forma, no tenía otra opción. Tarde o temprano se enteraría.

—Lo siento, tortolos, pero si no nos damos prisa se hará tarde y debemos salir ahora si queremos alcanzar a ver al viejo —intervino Alana con brusquedad como siempre.

—Claro —musité al lanzarle una mirada rápida a Alana— ¿Vendrás con nosotras? —le pregunté a Dylan antes de levantarme.

—Dame un minuto —me pidió sin verme a los ojos.

—De acuerdo.

Me levanté despacio y me di cuenta de que la revoltura en el estómago y las náuseas, ya habían pasado. Me quedé esperando un momento, como si él fuera a cambiar de opinión en esos cortos segundos. Alana me sujetó de un brazo al rodar los ojos y me llevó hasta la habitación a paso ligero.

—¿Qué haces? —preguntó, frunciendo el ceño.

Cerró la puerta con seguro al notar que no obtendría una respuesta rápida.

—No te entiendo —contesté, cruzando los brazos.

—Se lo dijiste, ¿no? —supuso, bajando el tono de voz.

—Sí, se lo dije.

—Entonces deja de actuar como si fueras miserable.

—¿Miserable? Alana, acabo de decirle que el padre de mi hija, la niña que ha estado cuidando desde que nació, regresó porque está vivo. Solo me preocupo por saber cómo se siente —expliqué, justificando mi reacción.

—¿Y? ¿Supones que es un problema el que Steve haya vuelto? —preguntó con ese tono de voz que utilizaba para hacerme ese tipo de preguntas que me dejaban en medio de la confusión.

—No, Alana. Ahora no. No estoy de humor para responder tus preguntas como si estuviera en terapia de parejas.

—Me importa un comino si estás de humor o no. Sabes que no soporto estas mierdas —lanzó sin temor a decir lo que pensaba.

—No seas grosera, por favor. No hay necesidad.

La verdad es que no quería discutir. Mi estado de ánimo entre aquellas dos noticias y el ansioso pensamiento sobre el futuro de nuestra relación con Dylan, me hacía sentir exhausta.

—Entonces no me provoques. Ninguno de los dos debería estar a la expectativa de nada, pero lo están. Tú estás nerviosa porque sabes que todavía sientes algo por Steve; y Dylan lo sabe. Lo que pasa es que ninguno es capaz de aceptar la realidad —señaló con seguridad.

—Tú no sabes nada —acentué cada palabra.

No sé por qué me empeñaba en hacer las cosas más difíciles de lo que ya eran. Si tuviéramos el valor de aceptar las cosas como Alana lo hacía, todo sería más sencillo.

—¡Claro que sí! —Hizo una pausa—. La vida es un maldito espejo, Savannah. Y entre más tarde quieras aceptar las cosas, más sufrirás tú, ellos y tu hija.

No pude dejar de mirar a Alana mientras me decía las cosas como si conociera exactamente cada una de las situaciones que nunca presencié porque no estuvo junto a mí cuando la necesité, y eso me hizo enfadar. Siempre opté por guardar silencio, me producía cansancio discutir, pero supongo que esa vez fue la excepción.

—Claro. Estuviste lejos de mí por meses. No llamaste, no viniste a verme. No te acordaste de mi cumpleaños, ni siquiera estuviste aquí para acción de gracias o navidad. Ahora crees que tienes el derecho de aconsejarme como si fueras qué, ¿mi madre? ¡No lo eres! —reproché sin hacer pausas para tomar aire y continuar acusándola.

Todos en algún momento sentimos la necesidad de culpar a alguien más por las decisiones que tomamos en el pasado, decisiones que tal vez no eran las más convenientes. El buscar culpables nos hace sentir un poco mejor, así no existen faltas ni remordimientos. Al menos no al nivel que yo sentía que estaría si dejaba que siguiera señalándome hasta aceptar que tenía razón en todo lo que me decía.

—No es justo, Savannah. ¿Por qué me echas en cara algo que ya pasó? Te pedí disculpas, lo hice de verdad y sabes lo que me cuesta hacer esas cosas. Se supone que me perdonaste.

—Lo hice, te perdoné.

—Pues no parece. Solo intento hacer las cosas bien ahora. Quiero ayudarte, estar ahí para ti. ¿Por qué te enoja tanto que lo haga? Me esfuerzo, de verdad.

Sus palabras me desarmaron. ¿Qué podía decirle para ganar la discusión? ¿Por qué sentía la necesidad de querer ganar una discusión?

—Lo siento —me disculpé después de entender que, a pesar de su brusquedad, intentaba ayudarme.

—Está bien —aceptó, encogiendo los hombros.

De las cosas que más admiraba en Alana, era su nobleza. Por eso no tenía sentido que se viera tan ruda y fuera tan tosca a la hora de hablar.

Dos golpes se escucharon en la puerta. Alana abrió y Dylan apareció frente a nosotras. Probablemente había escuchado gran parte de nuestra discusión. Deseé que no.

—¿Nos das un momento, por favor? —Dylan le pidió a Alana.

—Claro. —Ella asintió.

Mi hermana salió de la habitación, no sin antes mirarme al alinear los labios. Esperé por un intenso y largo minuto a que Dylan dijera algo. Pasé saliva sintiendo tensión en todo el cuerpo y agradeciendo que Tamara no hubiera empezado a llorar en medio de tanto ruido y discusiones. Al final se paró frente a mí, viéndome con ilusión.

—Solo quiero hacerte una pregunta —dijo al sujetar mis manos—. ¿Debería preocuparme?

—¿Preocuparte?

Dylan cerró los ojos y volvió a abrirlos para repetir la pregunta. No quiso hacerlo, odió que lo hubiera obligado a hacerlo.

—¿Debería preocuparme que Steve haya vuelto?

Se me hizo un nudo en la garganta. Nunca escuché su voz llena de tanto miedo e inseguridad como en ese momento. Sentí compasión por él. No quería que sufriera.

—No, claro que no —respondí sin vacilar.

Acaricié su mejilla derecha y él cerró los ojos al sentir mi mano. Sonrió aliviado, aunque lejos de convencerse. Mi respuesta no lo reconfortó como pensó. Me besó y me abrazó después de respirar profundo. Esa conversación solo significó una cosa: continuaríamos luchando contra la corriente.

25

Tenía más ganas de colgarme de cabeza en la rama de un árbol, que entrar a la habitación del señor Jacobs. Allí estaban Steve y Brenda. Palidecí imaginando el escenario en el que Dylan y Steve se vieran a los ojos. Durante todo el camino nos mantuvimos en un silencio abrumador, casi espeluznante. Tampoco supe cómo evitarlo, entonces me resigné a que así se mantuviera y esperé a que el tiempo solo pasara y al fin llegáramos al hospital para que todo esto terminara. Alana fue quien abrió la puerta sin pensárselo un solo segundo. Cerré los ojos al sentir la rapidez con la que actuó y en seguida el corazón se me aceleró. Entramos en fila detrás de Alana, y nos paramos frente a la cama, viendo al señor Jacobs sentado. Una manta le cubría las piernas, Brenda le daba de comer gelatina y Steve estaba sentado a un extremo sosteniendo la mano derecha de su tío. Se enderezó en la silla y noté cómo tensionó el cuerpo al verme entrar. Miró a la niña, a mí y luego a Dylan. Al final su mirada se apagó, como si la felicidad que reflejaron sus ojos fuera lo suficientemente efímera como para decírnos a gritos de una vez que se sentía muy afligido. Inclino la cabeza sin dejar de sostener la mano del señor Jacobs y volvió la mirada a él después de tomarse el tiempo de recuperar la compostura tras ver el triste cuadro que le recordaba su desgracia.

El señor Jacobs sonrió al vernos y nosotros le sonreímos de vuelta.

—¡Miren nada más que tenemos aquí! —exclamó divertido.

Su voz se escuchó bastante afónica.

—Entonces nos recuerda —afirmó Alana con entusiasmo.

Le lancé una mirada tierna al escucharla hablar así.

—Pero claro que los recuerdo, a todos. Excepto a esa chiquilla que está en brazos —señaló con ganas de querer tenerla en los suyos.

Me acerqué a él por el extremo donde estaba Steve sentado.

—Su nombre es Tamara —me dirigí a él con suavidad y se la entregué.

Sus ojos se iluminaron al verla.

—Tío, ella es...

—Tu hija, lo sé —interrumpió a Steve antes de que pudiera explicarle quién era la niña.

Juntos lo miramos sorprendidos, pero él parecía muy tranquilo.

—¿Qué? No necesitan refrescarme la memoria, solo con verla puedo darme cuenta —replicó sonriente.

Steve y yo nos miramos otra vez, como si fuéramos los padres más afortunados.

—Tú tienes los mismos ojos de tu madre —señaló a Steve—, y tú tienes los mismos ojos de tu padre —señaló a la niña.

Tamara hizo los mismos gestos que hizo al ver a Steve y el señor Jacobs se sintió en otro

mundo. Una cosa era cuidar a Madi y acostumbrarse a su enérgico comportamiento, otra muy diferente, era tener en brazos una pequeña y diminuta parte de su sobrino en brazos. Era maravilloso. Rozó su pequeño rostro con los nudillos y continuó comiendo después de devolverme a la niña. Me aparté enseguida. Estar al lado de Steve me ponía nerviosa y saber que Dylan presenciaba esas situaciones lo hacía aún peor.

—Me alegra mucho que haya despertado, señor Jacobs —expresó Dylan.

—Gracias, muchacho —agradeció, agitando una mano, como si no fuera la gran cosa haber despertado de un coma de seis meses—. Le digo a Brenda que nada de esto es necesario, pero ella insiste. Estoy perfectamente bien, me siento bien —enfaticó con mucho entusiasmo.

Quería demostrarnos que tenía suficiente energía como para salir del hospital, pero las decisiones las tomaban Brenda y Steve a partir de ese momento.

—Claro. Usted puede estar a punto de morir, pero no va a aceptarlo. Ni siquiera porque esté en su última hora. No es nuevo, no me va a convencer —objetó Brenda, descargando la taza sobre la bandeja que estaba en la mesa de rodachines.

El señor Jacobs chasqueó la lengua como si exagerara todo. No pude identificar quién estaba más feliz, si él o ella. Brenda tenía una cara que indicaba que había vuelto a nacer. Incluso su piel se veía rejuvenecida.

—¿No es suficiente para ti todo el tiempo que he perdido por estar postrado en esta cama? —insistió, pensando que lograría hacer cambiar de parecer a Brenda.

—Nada de lo que diga funcionará.

Puso una mano sobre su cabeza y volvió a la mesa de rodachines con el ánimo de salir de la habitación.

—Supongo que ninguno de ustedes me apoya —dedujo al lanzarnos una mirada ligera a todos en la habitación.

Todos sacudimos la cabeza para confirmarle que no podía contar con nuestro apoyo. Dejó salir un sonido de resignación de la garganta y negó alineando los labios al darse por vencido.

Reímos unánime al ver su expresión. A pesar de todo lo que había pasado, mantenía el humor.

—Entonces, supongo que deben estar viviendo en la casa —concluyó al mirarnos a Steve y a mí—, ¿o te mudaste a su casa? —le preguntó a Steve, pensando en las múltiples posibilidades.

La respiración se me cortó por varios segundos que se hicieron eternamente largos. Miré a Steve y aparté la vista en cuanto él me miró. Balanceé a la niña con ansiedad y sentí el codo de Alana golpeando mis costillas. Levanté la mirada con el ceño fruncido. Me hizo un movimiento de cabeza, alineando los labios, para que prestara atención al señor Jacobs, como si yo no hubiera escuchado antes. Hice una mueca de disgusto y volví a mirar al señor Jacobs.

—No tío. No me mudé a su casa ni vivimos en la tuya —respondió Steve en voz baja.

Podía hacer un esfuerzo para que su voz no sonara tan desanimada. Es que era muy evidente. Todos lo notaron.

—Oh ¿Entonces compraron una nueva? —preguntó con inocencia y una gran sonrisa.

Steve sacudió la cabeza para responder a su pregunta.

—Steve regresó apenas hoy, señor Jacobs —le expliqué con dificultad.

Su sonrisa se desvaneció poco a poco hasta quedar en silencio, obligándonos a conservarlo también. Incluyó la cabeza pensativo y volvió a levantar la mirada a nosotros.

—Bueno, no importa. Pueden pasar el tiempo que quieran en mi casa. Sabes que es tu casa también, hijo. Además, es muy grande. Hay mucho espacio —le recordó a Steve al mirarlo.

Él sonrió sin ganas de hacerlo.

—Ya. Es que eso no será posible, tío.

Dylan se aclaró la garganta y cruzó los brazos. La incomodidad lo cubrió por completo. Me sentí avergonzada.

—¿Por qué no?

—Porque Savannah...

—Steve, no creo que sea buena idea —lo interrumpí.

No quería que lo dijera. No en ese momento.

—Savannah está... casada con Dylan —expuso, al ignorar mi sugerencia.

Se impuso un silencio inquietante porque el señor Jacobs nos miró con el ceño fruncido. Su sorpresa fue enorme y no podía disimularlo.

—¡Oh! —admiró con la voz apagada.

—Me disculpan, yo iré a buscar a mi madre —anunció Dylan y salió de la habitación.

—Gracias —me dirigí a Steve con un tono de voz que sonó a reclamo.

Le pasé la niña a Alana y salí de la habitación para ir tras Dylan. Tuve que trotar un poco para alcanzarlo porque caminaba rápido y sus pasos eran mucho más largos que los míos.

—Dylan, espera —le pedí, empezando a agitarme.

En realidad, se dirigió a la salida. Ni siquiera tuvo intenciones de buscar a su madre que según nos había dicho, estaría en la cafetería comprando cafés para todos.

—Detente —insistí, sujetando su brazo para que parara.

Se detuvo, pero no se giró para verme. Solté su brazo y me paré frente a él.

—¿Qué pasa? ¿Por qué saliste de la habitación así? —pregunté, esperando que me dijera cómo se sentía.

—¿En verdad quieres saberlo?

—Sí, quiero saberlo.

—Pasa que no puedo con esto. Pasa que pensé que podría manejarlo, pero no puedo, Savannah. Es muy pronto para intentar actuar como si nada pasara o hacer de cuenta que todo esto es normal. Lo siento, pero no estoy listo. Dile al señor Jacobs que lamento haberme ido así, pero no me sentía muy bien. Te veo en casa.

Dylan explotó al fin. Tenía razón, ninguno de los tres estábamos listos para afrontar todo lo que se nos venía encima. El regreso de Steve supuso tantas cosas. Entre esas frustración, miedo y confusión. Volví a la habitación y Brenda ya no estaba; había salido con la mesa de rodachines. Alana tampoco estaba y el señor Jacobs dormía. Steve tenía a la niña en brazos y la detallaba con tanto amor, que sus mejillas se sonrojaron. Levantó la mirada cuando sintió que entraba y su sonrisa se desvaneció poco a poco.

—Lo siento, Alana me pidió que la cuidara mientras ella llevaba a Madison al baño —se disculpó como si estuviera haciendo algo malo.

Se dispuso a devolverme la niña.

—No tienes por qué disculparte. También es tu hija —lo contradije, agitando las manos en el aire para que no me la devolviera.

Steve me mostró una gran sonrisa y volvió a acomodar a la niña entre sus brazos.

—Parece que se lo pasa muy bien contigo. No llora, no se incomoda, solo se ríe y se divierte. Conmigo no hace eso, al menos no después de tenerla diez minutos en brazos.

—¿En serio? —preguntó asombrado— ¡Vaya! No ha pasado ni un día y ya me tiene cariño.

—Eres su padre, Steve. Los hijos pueden sentirlo.

Steve puso su mirada en mí, asintiendo. Me acerqué, pasando saliva y golpeando mis piernas

con la yema de los dedos.

—Se me ocurre que puedes pasar todas las mañanas a verla, si quieres —propuse, haciendo un esfuerzo para que no se me quebrara la voz.

—¿Puedo?

—Claro que sí —asentí—. Puedes pasar después de que vayas a correr. Bueno, si es que todavía te gusta correr o puedes hacerlo.

Steve se rio.

—Estoy en recuperación. Mi pierna derecha está un poco maltratada todavía, así que solo voy a terapia y a caminar un poco.

—¿Pero estás bien? —pregunté, frunciendo el ceño al mirar su pierna, como si fuera a encontrar el problema que lo aquejaba.

—No te preocupes, ya estoy bien. Mientras estuve en Francia, cuidaron de mí. Me pusieron en terapia y ahora puedo caminar mejor. Igual necesito seguir yendo a terapia, pero lo haré desde aquí.

—¿Francia? —pregunté, sacudiendo la cabeza confundida.

Steve sonrió, teniéndome paciencia.

—Pasaron tantas cosas ahí fuera, Savannah-

Por un momento su mirada se perdió, recordando aquello que había sufrido; porque era evidente que había sufrido.

—Eh, eh... ¿por qué vas a llorar? —me preguntó al dar dos pasos cortos y quedar más cerca.

—Nada, no es nada. Lo siento, solo estoy un poco abrumada. Son muchas cosas para asimilar en solo un día —expliqué, limpiándome las mejillas y arrugando la nariz.

Steve me acarició una mejilla, intentando limpiarme el resto de las lágrimas que quedaban en ella y sentí una pequeña descarga eléctrica al percibir el contacto de su mano. Levanté las mías y sujeté la suya. La acaricé lo suficiente como para darme cuenta de que ya no se sentía igual. Steve me acercó a él para abrazarme, mi cabeza descansó en su pecho y su mano acarició mi cabello con movimientos tiernos.

26

Alana y yo habíamos decidido preparar el estofado de carne en salsa de tomate y queso que mamá solía cocinarnos cuando éramos niños. Nos reprochábamos el desastre que éramos en la cocina mientras Madison se encargaba de entretener a Tamara con sus juegos.

Steve fue a casa las últimas semanas en las mañanas para pasar tiempo con Tamara. No lo veía el resto de la tarde hasta el día siguiente, y así se repitió la misma rutina durante varias semanas. Fue una situación difícil para todos, solo tratamos de hacerla menos extraña. Así Dylan no se cruzaba con Steve en el pórtico, ni lo veía sentado en el sofá mientras me hablaba. Los primeros días no fue fácil tratarnos como si fuéramos desconocidos otra vez, o más bien, como si fuéramos un par de amigos que se turnaban para cuidar de un bebé.

El timbre de la casa se escuchó. Steve apareció frente a mí sonriente, levantó una mano para saludar y entró en casa después de invitarlo a pasar. Siempre le ofrecía algo de tomar, por lo general jugo o café. Esa vez me pidió una soda.

—¿Una soda? ¡Vaya! Meses atrás jamás habrías pedido eso.

Steve encogió los hombros, alineando los labios.

—Bueno, ya sabes, siempre hay una primera vez —apuntó sin intención de cambiar de opinión.

—Bien, pues una soda será.

Fui a la cocina y volví a la sala con una lata de soda en la mano. Steve estaba sentado en el sofá con los brazos sobre los muslos y las manos entrelazadas, viendo a través del cristal de la ventana de la sala. Me recibió la soda y bebió casi la mitad del líquido sin hacer pausas. Levanté las cejas al observarlo. Eso era nuevo en él, o tal vez no alcancé a tener tiempo para darme cuenta de que eso ya hacía parte de él. Me aclaré la garganta y le avisé que iría por la niña. Él asintió. No tuvo intención de detenerme para que me quedara a hablar y aquella indiferencia me lastimó. Mientras organizaba a Tamara escuché la voz de Alana al fondo, tratando de interactuar con Steve de alguna manera. Sacudí la cabeza porque lastimosamente, por más de que Alana hiciera el esfuerzo, no le fluían las palabras con naturalidad. Para ella, todavía se sentía como si estuviera viendo un fantasma.

Minutos después Alana anunció que saldría al supermercado. Escuché la puerta al cerrarse y en cuestión de segundos, la casa se sumergió en un silencio inquietante. Se había llevado a Madison con ella, se notó. Saqué la pañalera del armario y al girar hacia la cuna de Tamara vi a Steve de pie debajo del marco de la puerta.

—¡Dios! Casi me matas de un susto —exclamé al verlo y pensar en lo silencioso que había sido.

—Lo siento, no fue mi intención. Solo quería ver lo que hacías —se disculpó, retrocediendo dos pasos.

—Solo le estaba cambiando el pañal.

—Eres toda una profesional.

Sonreí por su exagerado comentario.

Steve se quedó mirándome sin decir nada. Me pasé la mano por el cuello y me aclaré la garganta.

—Estaba pensando que tal vez podría quedarme una hora más... si no te incomoda —propuso de repente.

—¿De verdad?

—Solo quiero hablar y pasar tiempo contigo y la niña.

—Claro. No hay problema —acepté, soltando los brazos.

Metí las manos en los bolsillos traseros del pantalón y Steve relajó el rostro, exhalando con fuerza. No me había dado cuenta de que aguantaba la respiración. Se dirigió a la cuna y cogió a Tamara en brazos. Juntos se sonrieron al verse, como si se activara algo en ellos en el momento que sus miradas se encontraban.

Preparé sándwiches y jugo. Steve estaba en el patio trasero, sentado en una de las sillas playeras. La primavera se anunciaba. Para esos días adecuamos el patio para más comodidad. A parte de la mesa y las sillas playeras, ubicamos una sombrilla grande que daba suficiente sombra; a un extremo, una pequeña piscina inflable para hacer más divertido el primer verano de Tamara —cuando llegara—, y varias pelotas por todo el césped.

Nuestra hija descansaba en el pecho y abdomen de Steve disfrutando de la vista. Y él no hacía más que hablarle de cosas que claramente la niña no entendía.

—No lo sé, déjame pensarlo. Tal vez cuando tengas dieciséis o diecisiete pueda considerarlo. Eso sí, no quiero que vayas a llegar a casa un día, diciendo que quieres un tatuaje. Peor aún, que digas que ya te lo hiciste porque entonces no habrá trato, nunca. Estarías castigada hasta que vayas a la universidad. —Steve le explicaba a Tamara las condiciones para darle un auto cuando creciera.

—¿No crees que es muy pronto para condicionarla? Ni siquiera tiene su licencia todavía —intervine con diversión.

Me senté junto a ellos y descargué la bandeja con la merienda sobre la mesa de centro. Steve tomó un sándwich y le dio un mordisco a la punta.

—Solo me preparo para cuando llegue el momento en el que de verdad vaya a tener esta conversación —señaló, masticando aquel bocado.

Me reí.

—Espero que no vaya a dar problemas —deseé con esperanza.

Y entonces imaginé el momento en el que mi hija tendría dieciséis años. Levanté la vista al cielo. Estaba despejado y ese azul claro intenso le daba vida a todo el paisaje. Por primera vez desde que había iniciado la primavera, admiré los colores, los sonidos y cada detalle que hizo posible la existencia de tanta naturalidad en aquella estación del año. Giré la cabeza y miré a Steve. Bebió un sorbo de jugo, habló con Tamara, le dio un mordisco a su sándwich y continuó jugando con la niña. Ya había olvidado todo lo que le angustiaba tanto cuando Tami creciera. Sin preverlo, mi sonrisa se desvaneció en el momento en que pensé que aún no hablábamos de lo que había pasado en Afganistán. Cómo había logrado sobrevivir y volver meses después. Me daba miedo tocar el tema y abrir esa herida que tal vez él estaba intentando cerrar, pero quería saberlo. Quería escucharlo.

—¿Crees que algún día puedas contarme lo que sucedió? —pregunté de repente.

Steve dejó de balancear a Tami y la seriedad cubrió su rostro. Tensó la mandíbula y su mirada se oscureció.

—¿De verdad quieres saberlo? —Su voz se escuchó grave.

Asentí con expectativa. Steve endureció su expresión. Se levantó de la silla e hizo un movimiento de cabeza para que lo siguiera al interior de la casa. Dejó a la niña en la cuna que estaba en la sala y empuñó las manos al girarse y toparse con mi mirada. Se sentó en el sofá y yo me senté frente a él en el sillón. Se pasó la mano izquierda por el mentón varias veces. Supuse que le costó trabajo hablar del tema, o solo se tomó el tiempo de buscar en su mente el orden de cómo pasaron las cosas para que no se le escapara ningún detalle, aunque dudo que algo así se pueda olvidar con facilidad. Pasé saliva, esperando atrapada en el silencio. No quería presionarlo, solo quería escucharlo, hacerle saber que estaba ahí si me necesitaba algún día. Que en mí siempre encontraría apoyo. Que estaría dispuesta a entenderlo y darle una palabra de aliento o un abrazo cuando lo quisiera, aunque ya no estuviéramos juntos.

Steve empezó a contarme lo que había sucedido después de que su mirada vacía quedara perdida y fija en algún lugar de la sala: Él y su equipo estaban haciendo ronda. Luke estaba junto a él, escuchando como le hablaba de mí. Steve le mostró mi foto, «Es muy bonita para estar con un idiota como tú», Luke dijo divertido al sostener la foto. Todos sus compañeros se burlaron. Solo era una de esas clásicas bromas que suelen hacer los hombres cuando ven que su amigo se está enamorando de una chica. Se sintió importante a pesar de las burlas, porque al fin podía presumir que alguien más aparte de su tío, lo esperaba en casa al volver después de estar por tanto tiempo en un lugar como ese, aunque solo hubiera gastado un par de semanas conmigo. De repente los atacaron. Empezaron a dispararles y no tuvieron tiempo de reaccionar para contraatacar. Solo pudieron pensar en salvarse como fuera posible. La explosión de una granada los arrojó a todos a unos metros de distancia. Cuando Steve abrió los ojos no pudo escuchar nada más que solo el ruido aturdidor de la explosión que dejó sus oídos tapados y aquel agudo e interminable bip que desorienta a cualquiera.

Luke estaba a unos metros de distancia de él, tenía el rostro cubierto de sangre, la pierna derecha destrozada y el costado izquierdo herido. Parte de sus costillas eran visibles, pero aún seguía con vida. Se quitó el chaleco que llevaba puesto y lo puso sobre su pecho. Lo arrastró hasta un muro para protegerlo del continuo ataque y le aseguró que volvería por él. Iba a pedir ayuda, esa era la intención, y aunque Luke le suplicó con los ojos que no lo dejara allí solo y por más de que Steve hubiera querido quedarse, no pudo hacerlo. Su deber era buscar ayuda y en el camino, tratar de auxiliar a todos los soldados que más pudiera. Tomó el arma y empezó a disparar para abrirse paso. No tuvo tiempo de pensar, otra granada cayó cerca de donde estaba Luke, explotó cerca de su cuerpo y el muro que lo protegía cayó sobre él. Steve lo presencié todo. Ver cómo murió su amigo lo paralizó por unos segundos. El sonido de un disparo lo hizo volver a reaccionar, y a pesar de que sus manos temblaban exageradamente, disparó con seguridad hasta matar a cinco de esos hombres antes de que otra granada cayera cerca de él. Quedó atrapado debajo de los escombros. No pudo mover las piernas, las tenía rotas. Y si intentaba mover los brazos, todos los escombros caerían sobre su cara. No supo cuánto tiempo estuvo desmayado, tampoco supo cuántos días estuvo ahí atrapado. No podía pedir ayuda porque se arriesgaba a que los hombres lo escucharan. Pensó que, si iba a morir, prefería hacerlo ahí debajo de esos escombros a ser masacrado por hombres que tenían la mente retorcida y en

definitiva no entendían el significado de la vida. ¿Qué sentido tendría morir en manos de genocidas como ellos?

En medio de cada momento en el que se desmayaba por causa del dolor y volvía a despertar, tuvo suficiente tiempo para pensar. Estaba muriendo lentamente, pero lo único en lo que podía pensar era en mí y en todas las cosas que no alcanzó a decirme o en las que no tuvimos tiempo de compartir. Pensó: «Cómo me encantaría poder volver al día en el que la conocí». Cerró los ojos y lo intentó, con la esperanza de poder entrar en un recuerdo como yo lo hacía, pero inútilmente desgastó sus fuerzas en ello. Lloró. También tuvo tiempo de hacerlo. Porque no quería morir, aunque hubiera pensado que prefería hacerlo debajo de los escombros. Se quiso aferrar a la vida, no por él, sino por las personas que querían y necesitaban mantenerlo en sus vidas. Por las cosas que esas personas querían hacer junto a él y por la felicidad que seguramente él podría brindarles. La verdad es que nadie quiere morir. Quien dice que quiere hacerlo, solo quiere que el sufrimiento acabe porque la vida se siente diferente cuando no hay rencores, inseguridades, prejuicios ni frustración. Drásticamente se piensa que es la única manera de acabar con todo porque al llegar al límite de lo que podemos soportar, no quedan fuerzas ni más salidas. Pero el miedo a dejar de existir siempre estuvo, siempre está y siempre estará.

Steve se dio cuenta de que todo se veía diferente desde ese lugar, como si un aire denso y un color gris opaco siempre cubriera el espacio y todo lo que los rodeaba. Ese ambiente nunca les brindo esperanza, por el contrario, siempre sintieron que la muerte les susurraba al oído. La vida tenía un significado diferente allí, y producía un sentimiento agridulce pensar en ello.

Después de que el agua se acabó, se desmayó resignado a morir, pero luego despertó en una camilla, en otro país. Un equipo de otro campamento lo rescató. Los enviaron para buscar los cuerpos de los soldados sepultados. Su uniforme no estaba completo, así que no supieron cuál era su nombre. El chaleco sobre el cuerpo de Luke tenía el nombre de Steve. El ataque repentino no le dio oportunidad de devolverle mi foto y la sostuvo en su mano hasta el momento en el que recuperaron su cuerpo. La segunda granada afectó su rostro, así fue como confundieron los cuerpos y pasaron por muerto a Steve. Y según ellos, el cuerpo de Luke y otros soldados fueron incinerados durante todo el ataque.

Las contusiones y el estrés postraumático de aquel ataque terrorista, le causó pérdida de la memoria. Estuvo a punto de perder las dos piernas y al despertar, solo esperó con ansiedad poder recordar algo algún día, por lo menos su nombre. Cuando lo hizo, pensó que por fin podría volver a casa para verme.

En total murieron diez soldados en ese ataque, y solo dos fueron rescatados con vida: Harry y Steve. Curiosamente fueron separados cuando los rescataron y ninguno de los dos supo que ambos estaban vivos. Supe llorar durante todo el tiempo que escuché a Steve contarme la historia. Tal como pasaron las cosas, solo me pude convencer de algo: siempre vería aquel suceso como un milagro.

Eran las dos y cuarenta de la mañana cuando el fuerte llanto de Tamara nos despertó. Me levanté sin vacilar. Dylan se despertó, pero se quedó en la cama esperando a la expectativa de lo que pasara. Por lo general, dormía hasta las cinco de la mañana del día siguiente sin ningún problema. Nunca, en los tres meses de nacida, se despertó en la madrugada como esa vez. Me acerqué a su cuna con la vista borrosa, los ojos me hormigueaban.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Extrañas a mami?

La mecí sin intención de sacarla de la cuna, pero su llanto en lugar de menguar aumentó.

Dylan se levantó de la cama y encendió la lámpara. Apreté los ojos al sentir molestia por la luz y parpadeé poco a poco hasta adaptarme. Cogí a la niña en brazos. Las mejillas, la frente y la punta de su nariz estaban rojas, como si las hubiera pintado con un marcador. Puse la mano en una de sus mejillas para corroborar su temperatura y fruncí el ceño. El corazón me latió rápido. «¿Qué pasa?», escuché a Dylan arrastrar las palabras. Era la primera vez, desde que Tamara había nacido, que se enfermaba y no supe cómo reaccionar.

—Tiene fiebre —espeté. Mi voz era más preocupación que voz.

Dylan se levantó de la cama de inmediato. La tocó tal como yo lo hice, para corroborar mi afirmación.

—Vamos al hospital, rápido.

Salimos de casa con prisa. No tuvimos tiempo de cambiarnos la ropa. Salimos en pijama, con una pañalera que siempre tenía lista por si ocurría alguna urgencia.

—Pareciera que la fiebre estuviera aumentando, Dylan. Date prisa —le pedí con urgencia.

Tamara no dejaba de llorar, y yo tampoco. Dylan fue el único que se mantuvo enfocado.

—Cálmate, ya estamos cerca.

Su intento por querer calmarme no funcionó. Cada segundo que pasaba era un sufrimiento y tortura para Tamara. Me sentí inútil por no poder hacer nada para detener su llanto. Era tan frágil y chiquita, que me dolió el pecho al ver su desespero.

No alcanzó a estacionarse cuando yo ya estaba bajando del auto, con la niña en brazos envuelta en varias mantas para que el frío de la madrugada no la afectara. La ingresamos por urgencias y tuvimos que quedarnos en la sala de espera hasta que nos dijeran qué era lo que tenía. Minutos después Alana llegó. Vino hacia nosotros por el pasillo con mucha prisa y preocupación.

—¿Cómo está? ¿Les han dicho algo? —preguntó agitada.

Me llamó minutos después de que salimos con urgencia de la casa. No le pedí que fuera, ella lo decidió.

—Todavía no —sollocé. Mi voz sonó bastante afligida.

—Tranquila. No le va a pasar nada malo. Esto es normal en los bebés. ¿Recuerdas que Madi

nos dio un susto así también cuando tenía seis meses?

Asentí.

—También estaba muy asustada porque tenía mucha fiebre. Al final solo fue un resfriado y se recuperó cuando la trajimos al hospital. Ya verás que se va a poner bien —continuó, alentándome.

—Le dije lo mismo, pero está muy nerviosa —intervino Dylan, acercándose a mí. Puso su mano sobre mi hombro y yo puse la mía sobre la de él. Mis manos temblaban.

Asentí sin contradecirlos. Aunque tuvieran razón, no podía dejar de sentirme nerviosa y asustada. ¿Qué hubiera hecho mamá?, me pregunté en ese momento. Como cuando una idea llega de repente, así mismo se cruzó por mi mente ella. ¿Qué hubiera hecho yo si mi mamá estuviera viva? La habría llamado —me contesté a mí misma—, y su voz me habría tranquilizado seguramente.

—Ven aquí. —Alana extendió sus brazos para rodearme, y me dejé abrazar después de salir de mis vagos pensamientos.

—Savannah. —Escuché la voz de Steve detrás de nosotros.

Mi hermana me soltó y se giró para verlo venir hacia nosotras. Caminaba con prisa, pero con dificultad. Arrastraba la pierna derecha, aunque intentaba disimular. Su mano izquierda sostenía un bastón, con el que se apoyaba para poder caminar mejor. La preocupación en su rostro me hizo sentir que veía mi reflejo en un espejo.

—Steve —pronuncié aliviada.

Lo abracé al acercarme. Su cuerpo estaba frío y su respiración agitada.

—¿Qué fue lo que pasó?

—La niña se despertó llorando en la madrugada. Tenía mucha fiebre y sus mejillas estaban muy rojas —balbuceé al explicarle.

—¿Dónde está? Quiero verla.

—No nos han dejado verla ni nos dicen nada aún. Debemos esperar.

Steve se cubrió los ojos y la frente con la mano derecha.

Esa expresión de impotencia en su rostro me confirmó que yo no exageraba al reaccionar como lo hice. Él me entendía. Sabía lo que yo sentía.

—Cálmate, va a estar bien —intervino Alana, frotando su brazo derecho.

Steve asintió soltando una bocanada de aire. Él sí parecía tener la intención de hacer caso a las palabras de mi hermana. Para Alana, ese tipo de cosas eran gajes del oficio. Con una niña de siete años, le sobraba experiencia en algunas cosas. Dylan nos miró con un gesto de seriedad, aunque quiso evitar que se notara. Me percaté de su reacción y me alejé. Me dirigí a una de las sillas y me senté tratando de disimular el temblor en mis manos. Aparté la vista de ambos con sutileza, me dediqué a mirar las losetas del suelo y a esperar noticias de mi niña, porque era lo único que me importaba en ese momento.

—Dylan —saludó Steve, haciendo que mi atención se centrara en él.

Lo miró a los ojos con seriedad.

—Steve —contestó Dylan de la misma manera, asintiendo un poco con la cabeza—. ¿Cómo va todo? —le preguntó, señalando la pierna que tenía lastimada.

—Hay días buenos y no tan buenos, pero mucho mejor. Gracias por preguntar —contestó Steve, haciendo el mismo esfuerzo que Dylan por demostrar interés en querer tener una buena relación.

—Me alegra escuchar eso.

Mis ojos iban y venían de un extremo a otro viendo cómo intentaban interactuar. La conversación terminó en ese momento cuando Steve asintió y Dylan se aclaró la garganta, porque no existía manera de que pudiera haber una conversación normal entre ellos dos.

—Dylan, ¿me acompañas por unos té? —preguntó Alana, para salvarnos a todos de aquella situación.

Dylan no dejó de mirar a Steve, y él no dudó en seguir su juego como si con una batalla de miradas todo pudiera solucionarse.

—Dylan —insistió Alana.

De repente la miró a ella.

—Claro —aceptó finalmente. No sin antes lanzarle una última mirada al padre de mi hija.

Steve se acomodó a tres sillas de distancia de mí después de suspirar. Crucé los brazos y él entrelazó las manos.

—Tiene un temperamento fuerte —mencionó Steve, refiriéndose a Dylan.

Levanté la ceja derecha.

—No es así todo el tiempo. Solo está estresado y preocupado —lo defendí, justificando su actitud.

—Ya. Si tú lo dices... —replicó con un tono sarcástico.

Fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres con eso?

—Me refiero a que tú lo conoces mejor que yo. Mucho mejor.

Su mirada se clavó en mí al contestarme. Apreté los labios. Su tono de voz tenía un aire de acusación. ¿Qué era lo que pretendía al hacer ese tipo de comentarios? No tenía ganas de entrar en una discusión. Solté una risa corta, pero fue más un sonido de molestia. Alana y Dylan volvieron con té, y después de beberlo, apoyé la cabeza en el hombro de Alana. El pediatra apareció en la sala después de abrir una puerta que estaba a un extremo frente a nosotros, a unos quince pasos de distancia. Traía un estetoscopio colgando del cuello, y las bolsas debajo de sus ojos ya se veían marcadas por el cansancio de la noche. Todos nos apresuramos a levantarnos de las sillas y nos paramos frente a él con expectativa. A diferencia de mi expresión de angustia — que era obvia—, el doctor lucía bastante tranquilo.

—Tranquila —me dijo antes de que me lanzara a preguntarle cómo estaba la niña—, Tamara está bien —anunció, sonriendo.

Suspiramos aliviados. El doctor puso una mano en mi brazo y lo frotó con suavidad.

—¿Qué era lo que tenía? —preguntó Alana interesada.

—Una infección estomacal. Por eso era la fiebre y la diarrea, pero ya está mucho mejor. Ahora está profundamente dormida, así que lo mejor es dejarla descansar un poco. Todavía está deshidratada, le estamos aplicando suero para que recupere las fuerzas. La fiebre ya bajó, estoy seguro de que en unas horas puedes llevártela a casa —explicó el doctor.

Su voz era demasiado pacífica. Me deslumbró ver cómo tenía la habilidad de conservar la calma. Deseé ser pediatra en ese momento, así mantendría a salvo a mi niña todas las veces que se enfermera.

—Gracias, doctor —asentí con los ojos llorosos.

—Tranquila. Ahora procura descansar —sugirió.

Asentí, manteniendo las manos entrelazadas debajo del mentón.

—En un rato te paso la receta de los medicamentos —señaló y yo asentí. Hizo una pausa y

luego continuó—. Me alegró verte otra vez, Savannah, aunque no en estas condiciones. Ya me tengo que ir, debo revisar a otro pequeño paciente. —Anunció con ternura al revisar su planilla.

El doctor Giró el cuerpo y se marchó, haciendo anotaciones en ella al caminar sin prisa. Sin darme cuenta, Steve estaba de pie a mi lado. Me abrazó después de sonreír aliviado, lo peor ya había pasado. Aquella expresión de desasosiego había desaparecido.

—¿Quieres comer algo? —preguntó en voz baja.

—Claro —asentí.

—Bien. Iré por unos sándwiches y café —anunció—

Asentí, alineando los labios. Miré la hora. Ya eran las cinco de la mañana. Levanté las cejas. Sentí sueño ahora que sabía que Tami estaba bien.

—Yo te acompaño —intervino Alana.

Me quedé con Dylan mientras mi hermana y Steve volvían. Me cubrí de seriedad cuando vi su rostro.

—¿Qué pasa? —pregunté sin muchas ganas de querer saber.

—Eso te pregunto yo. ¿Qué pasa?

Fruncí el ceño.

—No entiendo.

—¿Tú lo llamaste para que viniera?

—¿Disculpa?

Dylan no contestó. Abrió los ojos un poco más a la expectativa de mi respuesta.

—Pues claro que lo llamé, Dylan. Es el padre de mi hija. Tiene tanto derecho como tú y como yo, de saber lo que pasa con ella.

No pude evitar sentirme enojada por su reacción. Entendía perfectamente que le molestara que Steve estuviera cerca de mí, pero no podía pretender que se mantuviera alejado de Tamara.

—Espera. —Intentó detenerme al sujetarme el brazo cuando le di la espalda.

—No —me solté de su brazo—. Hablaremos de esto en casa.

Dylan inclinó la cabeza, resignándose a aceptar que ya era tarde para retractarse. Me senté en una de las sillas, esperando a que Alana y Steve regresaran. No volví a dirigirle la palabra a Dylan, hasta que volvimos a casa alrededor de las siete. Podría parecer que sabía cómo manejar la situación, pero por dentro estaba hecha un enredo, y la actitud que manejaban ambos, no me ayudaba a ser objetiva.

28

Unas semanas después de que Tamara hubiera enfermado, fuimos a casa del señor Jacobs para celebrar su cumpleaños. Cuando mamá estaba viva, siempre celebramos el cumpleaños del anciano. Incluso después de que ella muriera, no dejamos la costumbre. Era el primer cumpleaños que el señor Jacobs celebraría junto a nosotros en compañía de su sobrino. Anteriormente, solo le enviaba postales o lo llamaba. Ese mismo día en la tarde, recibía un regalo de su parte. Fue lo que nos contó.

Brenda estaba afuera, cerca de la parrilla. Ya habían instalado todas las cosas para la barbacoa. Tres sombrillas altas y amplias le daban sombra a tres mesas que habían organizado en el jardín de la entrada. Steve salió de la casa con un tazón en la mano y lo descargó en la mesa que estaba cerca a la parrilla, mientras Brenda se encargaba de la carne.

Honestamente no creí que Dylan aceptara ir. No después de la discusión que tuvimos por los celos y la inseguridad que comenzó a apoderarse de su mente. Cuando le comenté sobre el cumpleaños del señor Jacobs, no hizo buena cara, pero aceptó ir solo porque se trataba del anciano. Curiosamente todos nos habíamos criado junto al señor Jacobs, y era imposible decir que no a algo cuando se trataba de él, aunque eso significara tener que verle la cara a Steve y que él estuviera cerca de mí.

Bajamos del auto y Madi corrió a tirarse sobre Steve. A pesar del tiempo que estuvo lejos de Charleston, no dejó de sentir afecto por él como lo hizo al principio. Madi nunca se enteró de lo que había pasado con Steve, de que había muerto y había regresado milagrosamente. Tampoco había necesidad de abrumarla con algo como eso. Steve tenía puesto un suéter de lana color azul claro, unas gafas de sol y una gorra blanca que dejaba ver algunos mechones de su cabello negro sobre la frente. Cuando regresó a Charleston noté que su cabello había crecido. Las pantalonetas que decidió ponerse ese día dejaron al descubierto las heridas que tenía en las piernas. No había tenido la oportunidad de ver lo grave que fue, ni pude entender cómo fue que no perdió la movilidad después de todo. Ambas piernas estaban rodeadas por placas de hierro de unos cuatro centímetros de ancho y quince centímetros de largo. Le rodeaban las piernas a los lados, al frente y atrás, justo debajo de las rodillas. El frío por esos días ya no era tan intenso como los primeros días de marzo. El sol salía, aunque se mantuviera fría la ciudad y las personas podían vestir justo como Steve lo hizo.

—¿Qué te pasó en las piernas, tío Steve? —preguntó Madi con una mezcla de inocencia y preocupación.

Su angelical rostro expresó seriedad. Y sí, aún le decía tío Steve, como le decía a Dylan también.

—Tuve un accidente, pero no es nada grave. Estoy bien —contestó sin darle mucha

importancia para no preocuparla.

La niña terció los labios, dudando al escuchar su respuesta.

—¿Quieres tocar? —Steve le preguntó para darle confianza de que en realidad estaba bien.

Madison negó al sacudir la cabeza y fruncir el ceño.

—Hazlo, tócala. No me duele —insistió, dándole un golpe a la placa frontal en la pierna izquierda.

Madison no lo hizo, ni se dejó convencer, aunque Steve le mostró una sonrisa.

—Si no te duele, ¿por qué usas un bastón como el abuelito Franklin? —le preguntó, señalando el bastón que tenía en la mano izquierda.

—Bueno, lo utilizo porque a veces me falla el equilibrio y evita que me caiga —contestó, agitando su mano izquierda en el aire.

Madison lo miró a los ojos con recelo, Steve le guiñó un ojo y la niña sonrió al fin. Se acercó a la pierna izquierda con confianza y abriendo su manita, la pasó por la placa de adelante. «Es muy gruesa», señaló y Steve asintió, dándole la razón. Hizo lo mismo con las demás y frunció el ceño, como si no pudiera entender por qué esas placas de metal estaban en la pierna de Steve, y al ver algunas puntadas con hilo y cicatrices profundas, se quejó asombrada.

—Oye, ve a saludar a mi tío, que hace rato está preguntando por ti. —Steve le sugirió para que olvidara el tema de sus piernas heridas.

Madison asintió, mostrándole una sonrisa y corrió al interior de la casa. Nosotros nos acercamos después de terminar de sacar las cosas que teníamos en el auto. Habíamos llevado un pastel y comida para completar el banquete. Steve y yo hicimos contacto visual y sentí algo en el pecho. Me miró de pies a cabeza, pude notarlo. Me sonrió con levedad y yo hice lo mismo. Di un paso para caminar en su dirección, mientras la señora Jones saludaba a Brenda y empezaban a hablar del vestido que había comprado la semana pasada y no le había quedado. Seguramente se ofrecería a hacerle algunas costuras para que pudiera usarlo.

—Hola. —Steve me saludó con suavidad.

Quise suspirar al escucharlo, pero en lugar de eso, contesté su saludo. Al ver a Tamara hacer palmitas, puso su mirada en ella. La cogió en brazos y comenzó a balancearla. Una expresión de dolor se reflejó en su rostro de repente y detuvo el juego que tenía con la niña. La sostuvo contra su pecho mientras puso su mano en la pierna derecha por instinto. Acerqué una silla para que se sentara y descansara. Dejó salir una bocanada de aire al dejarse caer con dificultad, pero por la expresión en su cara, el dolor no parecía disminuir. Me pidió que trajera unas pastillas que tenía en su habitación porque no podría caminar ni subir las escaleras para ir por ellas. Ni siquiera dejé que terminara de hablar, me dirigí a paso ligero al interior de la casa. El señor Jacobs estaba en la cocina hablando con Madi, sacudí la cabeza al escuchar las ocurrentes preguntas que la niña no dejaba de hacerle y él fascinado contestaba entre risas.

La puerta de la habitación estaba abierta. Todo estaba impecable y perfectamente ordenado. Respiré con profundidad y sentí el olor de su habitación llenar mis pulmones. En la repisa tenía fotos familiares y sobre un pequeño armario, una foto enmarcada de él con sus compañeros de misión. Compañeros no, amigos. Pasé mis dedos por los bordes del portarretrato y recordé que necesitaba las pastillas, las busqué en cada cajón de la habitación, pero no las hallé. Al abrir uno de los cajones de la mesa de noche ubicada al extremo derecho, una fotografía en la que Steve y yo estábamos juntos, abrazados y mirando a la cámara, se encontraba boca abajo, guardada en medio de todas las otras cosas que tenía olvidadas allí. Me senté en el borde de la cama a

contemplarla. Se me llenaron los ojos de lágrimas, recordando ese día en el que tomamos esa foto. Acordamos que él se quedaría con ella y yo había olvidado aquel momento. Un impulso loco me hizo querer cerrar los ojos para volver a ese recuerdo y revivirlo una vez más. No estaba segura de que funcionaría, pero por lo menos lo podía intentar. Si lo lograba, volvería a caer en el abismo del dolor que me dejaban al regresar a la realidad, pero no me importaría. Podría soportarlo.

—Aquí estás. Hace rato estoy buscándote —Alana interrumpió mi intento impulsivo—. ¿Encontraste las pastillas? Steve se siente muy mal.

Giré la cabeza, escondiendo la foto de su mirada. Me levanté de la cama y dejé la fotografía como la había encontrado. Tomé el frasco de pastillas y asentí al volver la mirada a ella.

—¿Estabas llorando? —me preguntó al sujetarme un brazo.

La miré, esperando a que entendiera mi respuesta sin tener que contestarle con palabras. Me solté de su mano y continué caminando. Alana iba detrás de mí hasta que al bajar las escaleras di vuelta a la izquierda para ir a la cocina por un vaso de agua y ella continuó a la derecha para salir al jardín. El señor Jacobs y Madi ya no estaban ahí teniendo su interesante conversación. Volví al jardín con el vaso de agua y las pastillas para Steve. Dylan tenía a la niña y estaba sentado debajo de una de las grandes sombrillas. El color de sus ojos negros se intensificaba cuando endurecía el gesto, lo que me hizo desviar la mirada. Steve abrió el frasco con desespero y tomó dos pastillas con afán.

—¿Te sientes mejor? —pregunté, cruzando los brazos.

Steve negó con los ojos cerrados. Durante unos segundos me sentí frustrada por su condición. La pierna derecha parecía estar un poco hinchada y quise alertarlo, pero me arrepentí después de ver que Dylan no dejaba de mirarnos.

—Creo que mejor voy a descansar un poco —consideró al poner sus manos en los brazos de la silla para intentar levantarse.

—Te ayudo —me apresuré a hacerlo.

Steve se rio.

—¿Qué? —pregunté confundida.

—Hace mucho no tomas el sol, ¿verdad? —señaló al ver mis pálidas piernas.

Era inevitable notarlo. Desde que comenzaba la primavera acostumbraba a usar shorts de jean y suéteres. El problema es que mantenía en casa casi todo el tiempo y no lograba broncearme, aunque lo intentara. Nunca recibía suficiente sol. Sonreí, asintiendo. Steve se apoyó en la pierna izquierda y cogió el bastón. Un quejido ahogado salió de su interior y tensó la mandíbula al cerrar los ojos. Sentí que todo el peso de su cuerpo quedó en mis brazos y no podría sostenerlo por mucho tiempo.

—¿Necesitas ayuda? —Dylan preguntó al acercarse.

Lo miré de reojo, la niña ya no estaba en sus brazos.

—Estoy bien. —Steve contestó cortante.

Justo después de contestarle, perdió el equilibrio. Dylan alcanzó a poner una mano en su espalda, y a sujetarle el brazo derecho con la otra, el que se suponía que yo sujetaba con fuerza.

—Vamos, te ayudo. —Dylan se ofreció.

—No es necesario, viejo —negó con seriedad.

—Steve, necesitas subir las escaleras al segundo piso y creo que soy tu única opción —insistió.

Me hice a un lado y crucé los brazos esperando que Steve dejara el orgullo a un lado. Me miró con seriedad. Asentí, alineando un poco los labios cuando hicimos contacto visual. Steve rodó lo

ojos y asintió. Dylan flexionó un poco las piernas para que Steve pasara su brazo por encima de su cuello. Cogió el bastón con la mano izquierda y encogió la pierna derecha para no tener que apoyarla. Mientras avanzaban a paso lento y con dificultad, la cara de Dylan se puso roja y las venas de su cuello y frente sobresalieron. Brenda, el señor Jacobs, la señora Jones y Alana —quien tenía a Tamara en brazos—, no le dieron mucha importancia al hecho de que Dylan era el apoyo de Steve en un momento de vulnerabilidad. Nadie lo vio como algo asombroso.

—Sav, ven a probar esto. Está delicioso —me llamó Alana para que me acercara a la mesa que estaba junto a la parrilla.

Suspiré yladeé los labios mientras caminaba hacia ella. Alana masticaba un bocado de lo que tenía en la mano y estaba a punto de darme a probar.

—¡No! ¡Es alérgica al pimentón! —Dylan y Steve exclamaron al unísono.

Alana dio un pequeño brinco producto del grito alarmado de ambos. Todas los miramos sorprendidas. Steve y Dylan cruzaron miradas rápidas y se aclararon la garganta. Steve le pidió a Dylan que avanzaran porque no soportaba el dolor y continuaron su camino. Alana levantó la cejas al silbar y los ojos de Brenda se conectaron con los míos. Esa mirada de: «entiendo perfectamente la situación en la que estás, pero es tu culpa que estés metida en todo esto. Te lo dije, te dije que, si juegas con fuego, te quemas». Sí, Brenda, lo entendí en ese momento. Me preocupaba más saber que esos dos podían quedarse hablando de mí en cuanto estuvieran en la habitación.

Me encargué de lavar los platos y limpiar la cocina mientras los demás recogían las cosas del jardín. Almorzamos sin Steve porque había logrado quedarse dormido. El señor Jacobs nos comentó que el dolor era tan fuerte y desesperante que a veces lo despertaba en la madrugada, lo hacía llorar y sudar. A eso se le sumaban las pesadillas constantes que no podía apartar de su mente por más de que lo intentara. Era una situación desgastante y angustiosa para el señor Jacobs. Sobre todo, para Brenda, quien era la que se encargaba de ayudarlo a sobreponerse para que pudiera volver a dormir. Se me hizo un nudo en la garganta. Steve no me dijo nada sobre las pesadillas que tenía. Me sentí excluida, quise saberlo todo. Saber lo que pensaba, cómo se sentía, lo que quería... Pero no estaba en la posición de exigir nada.

Un golpe seco se escuchó, y dos segundos después otro y otro, y así sucesivamente hasta que cesó.

—¿Cómo estás? —Steve apareció de repente en la cocina.

Su bastón fue el creador de los golpes escuchados anteriormente.

—Bien. —Sonreí—. ¿Qué tal tú? —señalé su pierna.

—Mucho mejor —contestó—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Eres feliz?

Ni siquiera se tomó el tiempo de pensarlo. Fue directo al grano.

Dejé de lavar platos. El corazón me latió fuerte.

—¿Por qué me preguntas eso?

—No lo sé, curiosidad. —Steve encogió los hombros.

Pensé muy bien qué responderle.

—No pienso tener esta conversación contigo. No quise. Sentí miedo de lo que pudiera decirme, de lo que pudiera seguir preguntando. Sentí miedo de mis respuestas y su reacción a ellas.

—¿Por qué no? ¿Acaso no lo eres?

—Sí lo soy, Steve —me apresuré a contestar. De todas formas, no pararía hasta obtener una respuesta.

Inclinó la cabeza al escucharme. Me arrepentí de haber respondido.

—Me alegra saberlo. Aunque no estemos juntos, me hace feliz que seas feliz.

Me dolió escuchar la sinceridad con la que lo dijo. Me mordí el labio inferior y volví la mirada a los platos.

—¿Es todo lo que dirás? —le reclamé al levantar la mirada—. ¿Te hace feliz que yo sea feliz con otro hombre que no seas tú? ¿En serio?

—¿Y qué pretendes? ¿Quieres que te diga que me rompe el corazón verte con él?, ¿es lo que quieres escuchar? No, Savannah. No lo haré.

Sollocé. A pesar de negarlo, sabía que era lo que quería decir.

—¿Me amas? —Bajé la voz. Necesitaba saberlo.

Steve se tomó el tiempo para contestar. No me miró.

—Claro que te amo. No he dejado de hacerlo.

Me cubrí la boca con una mano. Sentí que podía morir por la punzada que sentí en el pecho.

—Es tan injusto —sollocé.

—No deberías prestarle atención a esto. Ahora tienes una familia y amas a Dylan. Por eso te casaste con él, ¿no?

Sacudí la cabeza y apreté los ojos con fuerza. No quería seguir escuchándolo. Steve se acercó y puso su mano sobre mi cabeza para frotarme el cabello.

—Lo siento mucho. De verdad lo siento. —Aquello salió del fondo de mi corazón.

Al pensar en sus palabras me sentí acorralada. Amaba a Dylan, claro que lo hacía, pero siempre que estaba cerca de Steve o junto a él, algo dentro de mí cobraba vida y me hacía sentir que todo tenía sentido de repente. Que muchas cosas podían ser posibles y que algo invisible me atraía hacia él una y otra vez.

—Igual yo. —Acunó mis mejillas con sus manos—. Pero por más de que te ame no voy a hacer nada, Savannah. Dylan no se lo merece.

Steve apoyó su frente a la mía.

—¿Lo amas? —me preguntó en un susurro que nunca olvidaría.

No pude responderle. Mi llanto se intensificó.

—Shhh, tranquila. Está bien. No pasa nada —siseó. Su voz se quebró. Me abrazó para consolarme.

Lo supo sin necesidad de responder. Quise aferrarme a él como si no quisiera dejarlo ir porque algo me decía que, con esa conversación, Steve me dejaba ir a mí, y no me sentía lista para soportarlo ni aceptarlo.

29

La luz natural se reflejaba en toda la casa. Los colores de las cosas eran más vivos y todo alrededor parecía más resplandeciente, como si una luz cálida estuviera sobre el lugar donde estaba. La puerta de la casa estaba abierta, yo la observaba desde la acera frente a ella. Las calles estaban desoladas y silenciosas. Ni una hoja se movía, ni siquiera había brisa. Miré en todas las direcciones posibles para confirmar que no era la única en todo Charleston —o lo que alcanzaba a ver de él—, y que solo se trataba de una coincidencia, pero al no obtener el resultado que quería, me dirigí a casa inquieta, con ganas de conseguir respuestas. Empujé un poco la puerta y vi a mamá sentada en su silla mecedora, tejiendo lana. Un vacío profundo se alojó en mi estómago, y reprimí un sollozo al cubrirme la boca con una mano, poniendo la otra sobre mi estómago.

—Llegas tarde —señaló sin levantar la vista.

—¿Qué? —pregunté sin entender.

Mamá dejó de tejer y me miró por encima de sus lentes.

—¿Por qué tardaste tanto? —insistió.

Su voz era música para mis oídos al escucharla hablar con tanta paciencia y suavidad.

—No lo entiendo —negué.

—Ven aquí —me indicó, señalando el suelo para que me sentara frente a ella.

Caminé cinco pasos y flexioné las piernas al sentarme. Se veía tan radiante y hermosa. Había tanta vitalidad en su rostros, que no parecía haber estado enferma. Me sonrió con amplitud, mostrándome sus dientes, y acarició mis mejillas.

—No es bueno recordar a los muertos tan seguido —susurró sin dejar de sonreír—. Te hace querer estar más en este lado que en el que deberías.

Hice una mueca de dolor.

—Yo solo quería verte —justifiqué mis acciones. Aquellas que, según yo, no había logrado cometer.

—¿Sabes? —suspiró—, una de las razones por la que un hombre millonario es millonario se reduce a que todo lo que piensa lo atrae —apuntó, inclinándose un poco más hacia mi rostro.

—No entiendo a qué te refieres —negué, apretando una de sus manos con suavidad.

Mientras esperaba a que me contestara, acerqué su mano a mi mejilla derecha para sentirla una vez más. Mamá sonrió, como si pensara que era una niña tonta e inocente.

—Te haces daño tú misma, Savannah —reveló con sabiduría.

Lloré, hundiendo la cabeza entre sus piernas.

—Mi niña —me consoló al poner las manos en mis hombros.

—No puedo más, mamá. Estoy muy cansada.

—Claro que puedes. Siempre puedes, con todo. Esta vez no es la excepción. Solo debes aprender a traerle tranquilidad a tu corazón, Savannah. Haz lo que tengas que hacer para que estés en paz. No importa nada más. Solo sigue tu corazón.

Sus palabras me hincharon el corazón.

—Te extraño tanto, mamá.

—Lo sé, mi niña. Lo sé —asintió—. No me gusta verte sufrir así. Recuerda que todo en la vida tiene solución, excepto la muerte. Eso sí que es inevitable, tarde o temprano tendrá que pasar. ¿Entiendes lo que digo?

A mamá le gustaba utilizar metáforas y hablar con profundidad cuando quería dar un consejo. Lograba hacernos llorar a mis hermanos y a mí cuando quería darnos una lección. Nunca fue una mujer violenta que pensara que todo se solucionaba golpeando o gritando a los demás. Era tan pacífica y tranquila, que llegué a envidiar la paciencia que poseía para enfrentar todos los obstáculos que llegaron muchas veces a su vida. Incluso su enfermedad y la idea de que pronto moriría.

—Te amo, mamá —declaré con amor. Me sentí libre al decirlo.

—Yo también te amo a ti, como no te lo imaginas. Ahora debes irte.

—No —negué con afán.

Mamá me miró con lástima.

—Déjame quedarme un momento más, por favor. El mundo no es el mismo sin ti —supliqué.

—Debes dejarme ir —susurró.

Fruncí la cara. No podía hacerlo. Todo, menos tener que deshacerme de lo único que aún me unía a ella: el recuerdo. Negué, contradiciéndola. Ella no lo entendía. ¿Por qué no lo entendía? ¿Acaso no me extrañaba tanto como yo a ella?

—No lo entiendes. No puedo despedirme. No quiero olvidarte.

—Entiendo mucho más de lo que puedes imaginar.

Odié el ciclo de la vida. Odié que todos los comienzos deban tener un final. Odié que mi madre hubiera muerto, y que yo no hubiera tenido la oportunidad de decirle cuánto la amaba, ni de pedirle perdón por todas las veces que la hice llorar, por las veces que no le obedecí, o las veces que en medio del enojo dije cosas que no debí. Solo quería una última oportunidad para hacerlo bien. Quería escucharla decirme que me perdonaba, era lo único que pedía, aunque sabía que ya no pasaría y saberlo me atormentaba.

*«La luna está saliendo suavemente,
las estrellas parpadeantes sorprendentemente,
bien y claro para ver.*

*Los árboles todos negros y silenciosos,
como la luz de la luna sigue brillando.
La sensación de paz y armonía.*

*La pálida y lejana luz de luna,
para verlo a través de la noche oscura
me parece maravilloso.*

Para ver el reflejo del sol

*en gloriosa perfección.
Ahora recuesta tu cabeza y vete a dormir».*

Mamá entonó la canción de cuna que solía cantarme cuando era niña, mientras me peinaba el cabello. Sentí la paz en la que vivía cuando tenía seis o siete años. Me dio un beso en la frente y cerré los ojos.

Desperté. Estudié el lugar donde estaba y me di cuenta de que era mi habitación. La luz estaba apagada y el silencio sobresalía una vez más. Había soñado con mi madre de la misma manera que soñé con Steve: algo muy lucido. Empuñando las manos con impotencia, deseé poder devolver el tiempo para quedarme ahí, entre sus manos y sus besos. Entre su voz y sus sonrisas. Entre sus sabias palabras y el consuelo que me brindaban sus ojos.

Me levanté de la cama y salí de la habitación. Algunas risas y una conversación alegre se escuchaban en el primer piso. Alana y Steve estaban hablando con confianza.

—¿Qué pasa? —me preguntó Alana al verme aparecer en la sala tan silenciosa y misteriosa.

Todavía no lograba entender lo que pasó. Estaba consternada. No lo había pensado antes, pero su voz se parecía a la de mamá, y mi cabello rubio y ojos azules se parecían a los suyos. Pero su sonrisa, esa sonrisa alegre y perfectamente curvada, era como ver la sonrisa de Peter en las tardes antes de que saliera a practicar skate con sus amigos. Su nombre, su cara, su voz, se incrustó en mi mente y no pude sacármelo de la cabeza.

—Nada —contesté en voz baja, volviendo a la realidad.

—¿Por qué estás descalza? —preguntó Steve.

Fruncí el ceño. ¿Qué hacían los dos en mi casa?

—¿En qué momento llegaron? —pregunté, señalándolos.

Alana alineó los labios y echó la cabeza hacia atrás en un movimiento sutil.

—Tú me llamaste. Dijiste que no te sentías bien —contestó confundida.

—También me llamaste —contestó Steve.

Ambos me explicaron que días después del cumpleaños del señor Jacobs, no me había sentido bien de salud. Alana me preparó ese día una sopa de pollo y Steve llevó medicamentos porque tuve fiebre durante toda la tarde. Lo curioso de todo eso era que no recordaba haber enfermado, ni mucho menos haberlos llamado para que me cuidaran. Eche de menos a Tamara, pero al levantar la mirada para ver alrededor de la casa, vi su cuna y a ella allí, jugando silenciosamente. Evitando dar problemas para que su mamá no terminara de enloquecer.

Me aproximé al refrigerador y serví un vaso de agua. Steve llegó hasta mí y se detuvo debajo del marco de la puerta de la cocina, metiendo las manos en los bolsillos.

—Te ves muy pálida. ¿Te sientes bien?

Asentí, pero no era verdad. Me puse una mano en la frente. El desaliento me invadió el cuerpo. Me senté a la mesa. Descargué los codos y apoyé la cabeza en mis manos al flexionar los brazos. Steve buscó sentarse frente a mí.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Claro que sí, lo que sea.

—Ayúdame a buscar a mi hermano. Por favor, Steve. La angustia me está matando, necesito saber que está bien. Ya no puedo seguir así —le supliqué al levantar la cabeza y mirarlo. Varios mechones de mi cabello despeinado cubrieron mi cara.

—Te prometo que voy a hacer todo lo posible por encontrarlo. Lo traeré de vuelta a casa.

Steve sonó muy seguro de que cumpliría su promesa. Asentí con esperanza. No quería ilusionarme, pero fue imposible no hacerlo al sentir la confianza que sus ojos me transmitieron.

Dylan se detuvo en el marco de la puerta. No me di cuenta de que había llegado. Estaba en una reunión del trabajo y llegó más tarde de lo usual. Me peiné el cabello hacia atrás al verlo.

—¿Interrumpo algo? —preguntó con seriedad.

Steve irguió la espalda al girar la cabeza y yo igual.

—Claro que no —respondió Steve—. Lamento que tengas que verme aquí al volver del trabajo, pero cuando vine a ver a la niña, Savannah se sentía cansada y un poco enferma. Así que me ofrecí a quedarme para cuidarla mientras ella descansaba.

Parte de su explicación era falsa. ¿Por qué no le dijo que yo lo llamé? Con eso habría eliminado la posibilidad de que Dylan sintiera un poco más de desagrado por él.

—Ya. Qué amable —admiró, levantando las cejas.

Dejé salir un suspiro de cansancio al escuchar un leve tono de sarcasmo en su voz.

—Por favor, no vayan a empezar. No estoy de humor —intervine al volver a la posición de codos en la mesa y cabeza entre las manos.

Dylan levantó las manos al frente en señal de paz.

—Ya me voy. Descansa, Savannah. Y tú también, Dylan —se despidió.

Steve salió segundos después. Dylan se sentó en una silla cerca a mí. Me dio un beso en la frente y me hizo levantar la mirada.

—¿Pasa algo? —preguntó, tratando de descifrar mi silencio.

Negué.

—Tengo un mal presentimiento, es todo —afirmé, cerrando los ojos al levantar la cabeza.

—Cuéntame, ¿de qué se trata?

—Peter.

Dylan expresó inquietud, como si tratara de recordar cuándo fue la última vez que hablamos de él o que nos preocupamos por saber algo de su paradero.

—Le pedí a Steve que lo buscara. Tiene contactos, tal vez pueda servir de algo.

—Claro. Estoy seguro de que lo encontrará, ya verás. Confía en él.

Para mi sorpresa, reaccionó como no esperaba. Estuvo de acuerdo con la idea de que él se hiciera cargo de algo que significaba mucho para mí. Me abrazó de repente con mucha empatía por mis sentimientos y la situación. No esperaba que lo entendiera, pero que lo hubiera hecho se sintió bien. Un día menos sin tener que entrar en discusión.

30

Al día siguiente obligué a Alana a ir conmigo al cementerio. Desde que mamá había muerto, nunca visitó su tumba. Evadía el tema cuando se hablaba de ella y huía cuando se sentía atrapada. Lo entendía. No quería ni siquiera pensar en ello. La desestabilizaba el hacerlo, pero necesitaba sanar, necesitaba desahogarse. Si se arrepentía de algo que no había hecho en vida, no podía llegar el día de su muerte para arrepentirse por nunca haber ido a visitar su tumba al menos una vez. No podíamos seguir viviendo llenos de remordimientos y ansiedad. Tuvimos una larga discusión un poco más de una hora en la que enloqueció negándose a ir, y finalmente cuando me di por vencida en el intento, fue a mi habitación y accedió.

De camino al cementerio no dijimos nada. Nos mantuvimos en silencio, porque era lo mejor. ¿De qué podíamos hablar? Cualquier cosa lo haría extraño. Ambas llevábamos un pequeño ramo de flores y antes de ingresar, Alana retrocedió un paso, sacudiendo la cabeza y negando con desaprobación. «No soy capaz», dijo varias veces. Los ojos se le cristalizaron. Y en cada oportunidad le dije que sí podría. Sujeté su mano con fuerza y la impulsé a ir conmigo. Caminó con dificultad. Es cierto que esos lugares te consumen, se llevan la poca energía y felicidad que queda dentro de ti. El silencio es ensordecedor y sientes que quisieras gritar, aunque no seas capaz de hacerlo. Por eso dejé de ir con tanta frecuencia, por mi bien, aunque me sintiera como la peor hija del mundo.

Vi su tumba a unos pasos. Una hilera de siete lápidas estaba antes de la suya. Fue abrumador hacer eso con Alana. Su energía consumía la mía con cada respiro que ella tomaba. Nos paramos frente a su lápida. Las flores que llevé la última vez estaban totalmente secas y algunos pétalos habían caído como ceniza sobre el concreto. Alana apretó los labios. Sus ojos iban y venían leyendo la inscripción frente a nosotras. Su nombre, y la fecha en la que nació y murió. Nos mantuvimos en silencio por muchos minutos solo observando. Las lágrimas empezaron a salir de los ojos de Alana, quien inclinó la cabeza al no soportarlo más. Solté su mano y saqué las flores secas del pequeño jarrón de vidrio. «Yo lo hago», indicó ella deteniéndome. Me quedé suspendida y volví a incorporarme. La miré y le entregué las flores. Alana respiró profundo y dejó de llorar. No tenía maquillaje ese día y se veía tan natural y diferente. Tal vez sabía que lloraría de esa manera y por eso decidió no aplicarse nada en la cara, más que protector solar. Se inclinó y puso las flores en el jarrón. Pasó su mano por las letras de la lápida y luego por el concreto. Volvió a llorar. Me arrodillé y la abracé. Lloré en silencio para no provocarle más nostalgia con mis sollozos. Miré a la lápida y sonreí, pensando: ¿Lo ves, mamá? Estamos juntas de nuevo. Lo solucionamos. Nos amamos y nunca más volveremos a separarnos.

Era la razón por la que quería que me acompañara. Quería mostrarle a mamá que ahora podía descansar en paz. Bueno, casi. Aún faltaba que Peter estuviera con nosotras o que por lo menos

supiéramos dónde estaba. Luego de decírselo a mamá, podría ir al más allá y descansar en paz porque todas las cosas volvían al sitio que pertenecían.

—Estás loca. No pienso ir —refutó Alana.

Mi sonrisa se borró y rodé los ojos. Hacer que entrara en razón era lo más difícil del mundo.

—Alana, no puedes desaprovechar esta oportunidad. No vamos a gastar un centavo en este viaje y quiere ver a la niña —insistí.

Mi objetivo de acercar a Alana y Jordan estaba lleno de convicción, pero carecía de un plan diseñado con estrategia. Me contacté con él la noche anterior, cuando volvimos del cementerio. Estaba lista para conocer Nueva York y para aceptar que mi hermana podía arreglar sus diferencias con él y empezar una nueva vida en esa enorme y caótica ciudad. Pude sentir la emoción de Jordan al escuchar mi voz cuando le dije que iríamos. Los nervios lo invadieron por un momento y balbuceó. Los vuelos fueron reservados esa misma noche para el día siguiente a las once de la mañana. Eran las ocho, tenía tiempo de convencerla de que no era tan terrible como ella creía.

—Pues que venga a Charleston. Si quiere pagarnos boletos de avión, que se pague los suyos —contestó con brusquedad.

—También quiere verte a ti.

—¡Es basura! —exclamó—. Y si fuera cierto, también puede venir, pero yo no me voy a mover de Charleston.

Suspiré cansada y cerré los ojos. Se sentó en la cama, descargando los brazos en los muslos.

—¿De verdad prefieres que venga él, en lugar de ir a Nueva York? —resalté—. Escucha bien, Nueva York... Manhattan, Brooklyn, Queens... —enumeré para seducirla con las imágenes de esos increíbles lugares que cruzarían por su mente. Nunca habíamos salido a otro lugar que no fuera Virginia.

Alana me miró, dejándose llevar por la duda. Se mordió el labio inferior y movió su pierna izquierda a un ritmo acelerado por ponerla entre la espada y la pared. En algún momento esa coraza de orgullo debía derrumbarse. No podía ser un roble todo el tiempo.

—No lo sé, Sav. No creo que sea buena idea. —Su voz se suavizó.

—Claro que lo es. Jordan aún siente algo por ti, pude notarlo. Y, Alana, no me puedes mentir, yo sé que aún sientes algo por el también.

Mi hermana inclinó la cabeza, dándome la razón en las afirmaciones que hacía. Me incliné, flexionando las piernas para quedar a la altura de ella.

—Por un momento piensa en lo increíble que podría ser tu vida si la retomas desde donde la dejaste. Estudiar enfermería, tener un esposo amoroso, una familia, darle lo mejor a Madison y la oportunidad de convertirse en la mujer de la que estarías orgullosa. ¿No te parece un final feliz?

—Los finales felices no existen, Savannah. ¡Despierta! —aseveró pesimista, con la intención de levantarse.

Puse mis manos en sus brazos para detenerla. Volvió a sentarse sin chistar.

—Solo piénsalo por un segundo. Inténtalo. No sabes qué pueda pasar. ¿Qué pierdes si lo haces?

Me miró indecisa al rasgar los ojos y se quedó callada por varios segundos que se hicieron eternos.

—Está bien —accedió al fin y yo chillé al celebrar—. Pero solo dos días. Nos regresamos en dos días.

—Lo que tú digas —acepté sin objetar.

Me incorporé y le di un beso en la frente. Le alboroté el cabello y salí de su habitación corriendo a la mía para terminar de empacar.

Solo viajamos Alana, Madi, Tami y yo. Dylan debía seguir trabajo, y que Steve fuera con nosotras no era una opción. Un hombre nos esperó en el aeropuerto para recogerlos. Jordan vivía en Manhattan, y era gerente de una pequeña empresa a la que su padre le ayudó a ingresar por medio de contactos. «Típico», refunfuñó Alana al rodar los ojos cuando se lo conté mientras arrastrábamos las maletas camino al apartamento. Me reí al ver su expresión. Le irritaba escuchar las cosas buenas que le habían pasado en los años que estuvieron separados. Parecía una adolescente.

Las puertas del ascensor se abrieron y la vista de un lujoso y cómodo piso, nos recibió. Quedamos con la boca abierta al ver la pulcritud, limpieza y organización del lugar. El hombre que nos recogió en el aeropuerto extendió su brazo para indicarnos que podíamos seguir. Admiramos todo: las paredes, la alfombra, los muebles, la cubierta, las lámparas, la cocina, y el pasillo que llevaba a las habitaciones y el baño. Quise vivir en Manhattan. Jordan salió de una de las habitaciones que estaban al final de ese pasillo que admiraba con sorpresa. Vestía un pantalón de tela negro y una camisa manga larga blanca. Sus zapatos clásicos negros relucían, parecían nuevos.

—Bienvenidas —pronunció.

Alana giró el cuerpo y lo vio. No pudo evitar sostener la mirada. Verlo después de tanto tiempo, era como ver un fantasma. Todas las emociones y sentimientos que tenía por él se revolvieron en su interior trayéndole recuerdos. Jordan tampoco quitó la mirada de sus ojos. ¿Cómo podían iniciar la conversación? Me sentí incómoda al presenciar ese juego de miradas silencioso.

Me aclaré la garganta.

—Gracias por invitarnos, Jordan.

Nuestro anfitrión desvió la mirada y me miró a mí al escuchar mi voz.

—Fue un placer —asintió, sonriéndome.

Sus ojos se centraron en Madison y su rostro palideció. Fue más sorprendente ver a su pequeña hija, que reencontrarse con su viejo amor.

—Hola, Madi —la saludó—. ¿Me recuerdas?

Conservó la esperanza en su voz, de que la niña lo recordaría, pero ella negó confundida. Solo tenía seis años, era imposible que pudiera recordar las veces que iba a verla cuando tenía uno o dos años.

Él sonrió sin curvar los labios con amplitud.

—Soy Jordan, tu papá —reveló de repente.

La niña abrió los ojos como si se le fueran a salir. Alana tosió por la sorpresa que le causó su revelación.

La expresión de Jordan cambió. Se dio cuenta de que fue una mala idea hacerlo así, tan apresurado.

—¿Quieren comer o tomar algo? —preguntó, para tratar de dejar en el olvido lo que había dicho.

—Yo quiero una soda, por favor —pedí sedienta.

—Yo quiero jugo de mandarina —dijo Madi con su aguda vocecita.

Jordan se dirigió a la cocina abriéndose paso por en medio de nosotras. Abrió la puerta del

refrigerador y se inclinó hacia adelante para buscar la soda y el jugo.

—Yo quiero un Martini —pidió Alana con descaro.

—Alana —Jordan y yo reprochamos al unísono.

—¿Qué? —Encogió los hombros, manteniendo el descaro—. Es un buen día y es Manhattan, merezco beber un Martini.

Jordan sonrió.

—Veo que aún conservas el carácter.

Alana suavizó su expresión y se acercó a la barra, donde Jordan preparaba las bebidas. Se sentó frente a él.

—Te sorprenderías.

Jordan curveó su sonrisa hacia un lado. Qué rápido se había desvanecido la tensión. Y qué rápido Alana perdió el control que juró mantener. Apreté los labios y llené de aire mis mejillas. La niña y yo sobrábamos en aquel cuadro que empezaba a llenarse de química. Le indiqué con señas que camináramos al balcón. Allá nos quedamos mientras mi hermana limaba asperezas con su exnovio. Di pequeños saltos en mi interior. Todo iba por buen camino. Lo que más anhelé en ese momento, fue que mi hermana pudiera encontrar su camino a la felicidad otra vez.

31

Alana y yo entramos en casa ahogadas de la risa. Dylan llevaba a Madison en sus brazos. Se había quedado profundamente dormida de camino a casa. Lo que inicialmente serían dos días en Nueva York, se triplicó a seis. Fueron las mejores minivacaciones más disfrutadas de toda mi vida. No podía alejar de mi mente la imagen de los rascacielos, el Empire State y el Central Park. Nueva York sobrepasaba los halagos que pudiera hacerle. Una vez pones un pie en la ciudad, tu mentalidad cambia y te sientes invencible. Allí todo es posible. Dylan subió las escaleras al segundo piso para acostar a Madison en su cama, yo saqué a Tamara de su coche cuna y la pasé a la cuna de la sala. Nos sentamos con Alana a la mesa del comedor, destapamos una botella de vino y seguimos hablando. De repente teníamos tantos temas de conversación que parecían divertidos en nuestra mente. Después de todo lo que sucedió, estaba completamente segura de que Alana y Jordan volverían a intentarlo. Se lo merecía. Estreché su copa con la mía varias veces, brindando porque al menos una de las dos sería completamente feliz. No pensaba hablar de mí y mi caótica vida sentimental. No en ese momento, cuando la risa era nuestra mejor compañía. No quería terminar deprimida y llorando. Quería seguir riendo con mi hermana, atesorar ese momento, aunque no fuera a revivirlo después.

—¿Podrían hacer silencio? —Dylan nos pidió hablando muy bajito.

Las dos soltamos una carcajada hacia adentro.

—¿Quién eres?, ¿el policía del ruido? —bromeó Alana.

Me reí con fuerza. Dylan sacudió la cabeza y sonrió dándose por vencido.

—No creo que deban seguir bebiendo esto —sugirió al acercarse y quitarme la botella de vino de las manos.

—Oye, eso es mío.

El timbre se escuchó. Dylan se llevó la botella de vino para evitar que siguiéramos bebiendo. No estábamos ebrias, solo estábamos felices. Bebí un sorbo de vino después de que Dylan desapareció del comedor.

—Chicas —pronunció Dylan al volver.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Deberían venir —señaló la entrada de la casa con un movimiento de cabeza.

Alineó los labios e inclinó la cabeza, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón. Su expresión no fue alentadora.

Alana y yo nos miramos frunciendo el ceño. Fuimos tras de Dylan. Steve y Harry estaban de pie a un costado de la puerta.

—Oh, hola —saludé divertida.

—Sav... —me llamó.

Sus ojos iban de Alana a mí, buscando la manera de decir lo que tenía que decir. Al no encontrar las fuerzas para hacerlo, contuvo la respiración y bajó la mirada para exhalar. Desde que los vi, impusieron un silencio que frustraba.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Encontramos a tu hermano —reveló con la voz triste.

—¿Qué? —pregunté atónita. Por su expresión, supe que no eran buenas noticias. La diversión se fue de mi lado.

Alana palideció cuando escuchó a Steve.

—¿Dónde está?

Steve pasó saliva.

—Está... muerto, Savannah —descubrió sin mirarme a los ojos.

Me quedé inmóvil. Lo miré desconfiada.

—¿Qué dices? —resoplé y reí—. No es cierto.

Mi salud mental no sería capaz de soportar una muerte más. Ya no.

Steve me miró sin cambiar su expresión. Me sentí fría.

—¿Cómo sabes eso?

Steve no dejó de mirar a Alana de vez en cuando, como si en ella se pudiera encontrar las respuestas.

—Creo que Alana puede responder eso —dijo al mirarla en un parpadeo y volver a poner su mirada en mí.

Giré la cabeza para verla. Cruzó los brazos y evitó mirarme a los ojos.

—¿Qué? —pregunté confundida.

No le quité los ojos de encima. Me miró de soslayo y se dio cuenta de que aún seguía mirándola, esperando por una explicación a todo el enredo detrás de la desaparición de nuestro hermano. Le lanzó una mirada de disgusto a Steve y volvió a inclinar la cabeza.

—Lo siento, Alana. Tenía que decírselo. —Steve contestó a la mirada de mi hermana.

Levantó la mirada al fin. Mi rostro fue lo primero que sus ojos encontraron, pero la angustia que yo reflejaba, la hizo desistir. Soltó los brazos ansiosa, buscando las palabras que quería decirme sin saber cómo hacerlo.

—Lo siento —dijo Alana al fin.

Una punzada en el pecho hizo que las manos me hormiguearan.

—¿Lo sabías?

No. No podía ser posible que mi hermana mayor supiera que nuestro hermano menor había muerto y hubiera escogido ocultármelo. ¿Por qué haría algo así?

Alana suspiró mordiendo su labio inferior. Intentaba contener las lágrimas dentro de ella.

—Sav, déjame explicarte. —Buscó el lado más empático de su personalidad que nunca había relucido, para hablarme como lo hizo en ese momento.

Puse las manos sobre mi cabeza, sintiéndome traicionada. Di un paso hacia atrás y luego otro cuando vi que Alana intentó acercarse a mí.

—¡Tú, maldita perra! —Las lágrimas resbalaron por mis mejillas acompañando cada insulto que le lancé.

Alana cerró los ojos, ladeando la cabeza al sacudirla, como si me dijera que no era verdad que tuviera la intención de decir y creer ese tipo de cosas. Nunca la había insultado.

—¡Sav! —Los chicos exclamaron al unísono.

—¿Hace cuánto lo sabes? —la interrogué, ignorándolos.

No me contestó.

—¡Hace cuánto lo sabes! —Grité. Me lastimé la garganta.

Ella cerró los ojos al estremecerse por mi grito.

—¡Quiero que te largues de mi casa ahora! ¡No quiero volver a verte nunca más en mi vida! —aseveré al ver que prefirió guardar silencio.

—Savannah, cálmate —dijo Dylan en voz baja.

—Por favor, Sav —suplicó ella entre sollozos.

—¡Lárgate!

El estruendo de mis palabras la hizo retroceder. Alana salió de la casa enseguida. Sin mirar atrás. Harry y Steve giraron la cabeza al seguirla con la mirada.

Tamara lloró y Dylan desapareció con ella en brazos.

—¿A dónde vas? —preguntó Steve al detenerme.

—Quiero estar sola —contesté.

—No creo que sea una buena idea, Sav —intervino Harry.

—Estoy harta de que me digan qué es lo que tengo que hacer. ¡Harta! —solté al fin, subiendo el tono de mi voz.

Nadie intentó detenerme otra vez. Subí las escaleras y me encerré en mi habitación. Quería llorar en silencio. No quería tener a nadie cerca diciéndome cuánto lo sentía, ni diciendo que todo estaría bien. Solo quería escuchar mis propios sollozos, mis propios gritos, mi propia voz recriminándome las cosas que no hice y las que pude hacer mejor. No pude controlar el enojo dentro de mí. Grité sin contenerme sobre la almohada. Deshice la cama. Tiré al suelo todas las cosas que estaban sobre la mesa de noche, la repisa y el armario. Me sentí inútil al querer ir a un recuerdo de Peter y no lograrlo porque todos se abultaron en mi mente uno detrás de otro. Sentí que el aliento se iba de mi cuerpo porque ni siquiera podría tener una última oportunidad para verlo, abrazarlo, sonreírle, escucharlo hablar. Caí de rodillas al suelo, levantando la mirada a la cubierta. Más allá de ese trozo de madera y concreto que dividía el cielo y la tierra, había alguien que me estaba viendo sufrir. Puse mis manos en el pecho, cansada de llorar y sentir dolor. Cansada de vivir atada al pasado como si algo diferente fuera a ocurrir. Como si vivir ahí, fuera a devolverme lo que perdí durante mi juventud. Él era mi refugio en ese momento. ¿Quién más podría ser? Le pedí que desapareciera mi ansiedad, que aliviara la carga y el peso que sentía sobre mis hombros, y me devolviera las ganas de vivir, porque cada día perdía las esperanzas en todo. Si había alguien que siempre me iba a escuchar y a entender sin juzgarme, era Él. Tal como siempre me lo dijo mamá, aunque hubiera tardado en darme cuenta de ello.

No sabía qué hora era, ni cuántos días habían pasado. En ese momento había encontrado sosiego y refugio en el silencio y la oscuridad. Las cortinas cubrían las ventanas y no dejaban que ni un rayo de sol se filtrara. Todos esos días que estuve encerrada en mi habitación, no dejé de soñar con Peter: dormía, soñaba con él, despertaba, lloraba, y me quedaba despierta por muchas horas sin poder controlar el sentimiento de tristeza; y todo se repetía como un círculo vicioso. A pesar de que no hablaba y no me levantaba de la cama, Dylan siempre estuvo a mi lado, apoyándome, aunque estuviera tan ensimismada.

Peter había muerto en Hampton, Virginia. Sin embargo, Alana se encargó de que su entierro fuera en Charleston. Fui a su tumba. Había muerto hacía un mes y medio. Sentí mucho más enojo que antes. ¿Cómo había sido posible que mi hermano muriera y me diera cuenta después

de un mes y medio? Solía ser dura conmigo misma, pero en ese momento sí me sentí completamente responsable por lo que le había pasado a Peter. Nunca estuvimos para él. Hubiera dado lo que fuera para que me buscara a mí en lugar de buscarla a ella. No entendí cuáles fueron las razones por las que no lo hizo, pues siempre fuimos muy unidos. Nos contábamos todo y siempre tuvimos una buena relación. Incluso una mucho mejor que con Alana. Murió a los diecinueve años, sin saber lo que era realmente el amor, ni la oportunidad de haber tenido un futuro brillante. ¿Qué pensaría mamá de nosotros si estuviera viva? ¿Qué tan decepcionada se sentiría de ver cómo lo único que hacíamos era equivocarnos? ¿Dónde estaba papá? ¿Lo sabría también?

32

La luz de las lámparas de la casa me lastimó los ojos. Decidí salir de la habitación al fin, con esfuerzo, pero con la necesidad de dejar de sumergirme en la tristeza. Sentía que poco a poco me sepultaba. Dylan giró la cabeza y me vio acercarme, se levantó de inmediato y se apresuró a darme una mano para que me apoyara en él. Una sonrisa le iluminó el rostro al verme, a pesar de que la preocupación lo invadía. Era de noche y lo único que se escuchaba eran los grillos afuera en el jardín. Corrió una silla hacia afuera para que me sentara y se dispuso a prepararme algo de comer. Mencioné que no era necesario, pero aun así insistió.

Dylan puso un plato frente a mí con un sándwich de lechuga, tomate y pollo desmechado sobre él; y una malteada de fresa. Sentí hambre al percibir el olor y ver la comida. Me dio un beso en la cabeza, poniendo una mano sobre mi hombro para masajearlo. Me dispuse a comer. Él por su parte, estaría arriba tratando de organizar un poco el desastre que teníamos por habitación. No me lo había dicho, pero sabía que lo haría. No me moví de la silla después de terminar de comer. Me quedé suspendida en el tiempo mientras los segundos, minutos y horas pasaban. Dylan volvió a la cocina. Puso una mano sobre mi hombro y regresé a la realidad. Giré la cabeza para verlo de soslayo y volví a mirar al frente.

—¿Qué tal estaba el sándwich? —preguntó para hacerme hablar. Últimamente no lo hacía mucho.

—Estaba delicioso, gracias.

Dylan se sentó en una de las sillas del extremo derecho.

—¿Crees que podrás perdonarla algún día?

Su pregunta me hizo fijar la mirada en él.

Incliné la cabeza al plato, donde reposaban algunas migajas de pan.

—No lo sé. Lo intento, pero...

—Te entiendo, tu hermana ha hecho muchas cosas que te han lastimado —convino—, pero si no dejas ir todo eso que está lastimando tu corazón ahora mismo, nunca vas a estar en paz contigo misma.

Lo miré de soslayo, pasándome una mano por el cuello.

—Tal vez la manera como hizo las cosas no fue la mejor, pero todo lo hizo pensando en ti. Le preocupaba que supieras todo por lo que pasaba tu hermano y luego tuvieras que ver cómo moría —continuó, abogando por ella.

—Era mi decisión, no la suya —objeté.

Dylan me miró por unos segundos.

—¿Crees que habrías sido capaz de pasar por todo lo que pasó Alana al cuidarlo sin derrumbarte?

Apreté los ojos con impotencia. Dylan hizo la pregunta correcta, la pregunta que me desarmó por completo y me hizo luchar contra el enojo que sentía. No podía mentir, no era lo suficientemente fuerte como para poder soportarlo de la manera que Alana lo hizo. Ella sí lo fue en muchos aspectos. A pesar de que vio cómo mamá moría lentamente, fue capaz de ayudar a Peter a salir del abismo al que había caído y al no conseguirlo, lo guardó todo para sí misma. Llevó el dolor de su muerte en sus hombros como un secreto indecible, solo para proteger la debilidad que me recubría todo el tiempo.

—No —afirmé—, pero al menos hubiera querido enterarme a tiempo de que había muerto. Tenía derecho a saberlo, Dylan.

—Cariño —me dijo al girar su cuerpo y acunarme las mejillas con sus manos—, tu hermano no quería que lo supieras. Era consciente de todo lo que has sufrido y quiso evitarte una tristeza más.

—Pero igual sufrí al descubrirlo.

—No se compara con que lo hubieras tenido que vivir.

Incliné la cabeza. Ya no tenía argumentos para refutar nada. Me arrepentí de todo lo que le había dicho a mi hermana. Me dolió saber que había llegado a tratarla de la manera que ella lo hizo muchas veces. Decir lo que pensamos en un momento de ira, no nos hace sentir mejor, aunque lo parezca. Solo alimenta el resentimiento y la amargura. Esas palabras no se las lleva el viento como estamos acostumbrados a decir; las palabras sí duelen, si lastiman y sí se quedan en la mente, en los recuerdos y en el alma para toda la vida. Dejan huella y una imagen de quien realmente somos, de todo el dolor que somos capaces de hacer sentir.

—Lo extraño tanto —sollocé y él coincidió conmigo.

Se levantó de la silla y nos fundimos en un abrazo lleno de consuelo. Todos sufríamos, esa era la realidad. Cada uno lo hacía a su manera. Nadie soporta el dolor del mismo modo que yo y lo entendí en ese momento. Hay quienes somos más frágiles como el cristal y otros, que pueden llegar a resistir un poco más como el parabrisas de un auto.

Steve caminaba hacia la entrada de la casa con un libro debajo del brazo. Me vio sentada en la silla que estaba a un extremo, cerca de las barandillas. Dylan la había colgado de la cubierta con cuerdas gruesas para que quedara flotando y diera la sensación de que estaba en un columpio. Sonrió al verme con Tamara, jugando con ella como de costumbre.

—No pensé que estuvieras despierta tan temprano —señaló.

—Tamara no quiso dormir más después de las seis —alegué con cansancio.

Arqueó las cejas divertido.

—No es gracioso —advertí antes de que pudiera decir algo.

Levantó las manos en señal de que no diría nada.

—No sabía que te gustaba leer —señalé al ver el libro que tenía debajo del brazo.

—En realidad tampoco sabía que me gustaba. Paso mucho tiempo en casa y necesito ocupar la mente en algo —explicó, yo asentí—. Es de mi abuelo, él sí es un fanático de la lectura. De su gran colección de Nicholas Sparks. Es un romántico.

—No lo dudo —coincidí con él.

Steve se acercó y cogió a la niña. Se sentó en la silla junto a mí y comenzó a impulsarse un poco para provocarle una descarga de adrenalina a Tamara. Ella empezó a sonreír al sentir el viento y tal vez el vacío que le producía el movimiento acelerado del columpio. Dylan apareció a un costado, cerrando la puerta detrás de sí, con su maletín en la mano, su traje bien planchado y

su cabello bien peinado. Su mandíbula se tensó y la seriedad cubrió su rostro sin intentar disimularlo. Steve se levantó de la silla con rapidez y dejó de jugar con Tamara al verlo venir hacia nosotros. ¿Por qué lo había hecho?

—Buenos días, Dylan.

—Buenos días, Steve.

Crucé los brazos al escuchar la incomodidad de ambos al intentar ser cordiales.

—Dejé café en la estufa. —Dylan se dirigió a mí.

—Gracias —contesté con una sonrisa.

—Bien, ya me voy —anunció después de mirarnos al apretar los labios.

Se acercó y me dio un beso en la boca. Steve se giró para no vernos.

—Te amo —susurró con suavidad al poner su mano en mi mejilla.

Sonreí.

—También te amo.

Dylan me guiñó el ojo izquierdo y se marchó después de asentir al mirar a Steve para despedirse. Juntos lo vimos entrar al auto que puso en marcha.

—No te agradecí por lo que hiciste por mí —retomé nuestra conversación.

—Me hubiera gustado darte la noticia otro día. Supe que estabas muy feliz al volver de Nueva York. Lamento haber dañado esa felicidad.

Sacudí la cabeza para detenerlo.

—Hiciste bien en decírmelo. Un día más habría sido más doloroso de soportar.

Steve alineó los labios.

—Bueno, creo que yo ya me voy también. Volveré luego.

—¿No te quedas a desayunar? Prepararé pancakes.

—No. Te agradezco, pero prefiero irme.

—Está bien. —Incliné la cabeza resignada. Steve me dio la espalda—. ¿Hice algo que te molestara? —le pregunté al no poder soportar la ansiedad.

Él giró el cuerpo para verme. Ya había bajado las escaleras.

—No. No has hecho nada —negó cortante.

—¿Entonces a qué se debe el cambio de actitud tan repentino? —reclamé como si él debiera darme explicaciones.

Steve encogió los hombros.

—No es nada. Solo trato de mantener distancia. Eres una mujer casada, Savannah, y yo solo soy el padre de tu hija.

Aquella afirmación se escuchó más cruel de lo que el mismo Steve pudo imaginar. Odiaba el sonido implacable de la realidad: tan certero, tan cruel, tan latente, tan mortal, tan... tan necesario.

—¿Ni siquiera podemos intentar ser amigos?

Dejó salir una pequeña risa que anunciaba ironía.

—¿Amigos? —repitió incrédulo—. Savannah, tú y yo jamás podríamos ser amigos.

Incliné la cabeza. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Quería mantenerlo cerca de mí, aunque no fuera como ambos hubiéramos querido, sin importarme lo egoísta que pudiera llegar a ser.

—¿Por qué no?

Solo quería que las cosas fueran diferentes. Quería poder estar cerca de él a solas sin sentir que era incómodo, sin sentir que una infinidad de pensamientos se colaban en mi cabeza tan solo con verlo. Quería poder avanzar sin tener que sufrir su ausencia, porque a pesar de lo que pudiera

estar sintiendo por él, elegiría a Dylan si tuviera que decidir.

—Alguien que se aferró tanto a la vida solo para volver a verte, no puede ser solo tu amigo — confesó.

—¿Qué significa eso? —La voz me tembló.

—Tú ya lo sabes.

—¿Entonces es todo?

—Supongo que sí, Savannah. Eso es todo.

Se me hizo un nudo en la garganta. Steve me dio la espalda para marcharse. Asentí, diciéndome a mí misma que era lo mejor que podía pasarnos. Aceptando al fin que perdía a Steve para siempre.

33

Dos golpes fuertes se escucharon en la puerta. Lavaba los platos cuando fui interrumpida. Alana estaba frente a mí una vez atendí el llamado.

—¿Podemos hablar?

Asentí con un movimiento de cabeza muy leve, que apenas se pudo percibir. Cerré la puerta detrás de mí y nos sentamos en las escaleras.

—¿Todavía me odias? —preguntó, agudizando la voz.

—Yo no te odio, Alana —refuté—, pero sí estoy... estaba muy molesta contigo.

Ella alineó los labios. El paisaje que teníamos frente a nosotras era como ver un dibujo en un lienzo. El día era tan perfecto que parecía de mentira. El cielo despejado, gente con ropa de primavera y lentes de sol sacando sus mascotas a pasear, los árboles frondosos, el clima fresco y el césped más colorido de lo normal. Sus mejillas estaban ruborizadas y vestía un short de jean que cubría sus piernas un poco más arriba de las rodillas, un top blanco y una camisa delgada y estampada para cubrir sus brazos y espalda del sol.

—Lamento habértelo ocultado —se disculpó, frunciendo el ceño.

—Yo también lamento haberte hablado como lo hice. En verdad lo siento.

—No, me lo merecía después de cómo te he tratado los últimos años. Estamos a mano. —Una sonrisa se dibujó hacia el lado izquierdo de su rostro.

Alineé los labios al ver su expresión.

—¿Por eso volviste a buscarme? —pregunté curiosa, volviendo al tema de Peter.

—De hecho, me dejé arrastrar por el alcohol después de su muerte —contestó inclinando la cabeza—. Luego sucedió lo de Madison y servicios sociales, el resto ya lo sabes. No quería perder a la única hermana que me quedaba.

Sopesé su respuesta, recordando las palabras que Dylan me dijo noches atrás. Seguir enojada con ella, no le devolvería la vida a Peter. No se trataba de perdonarla por ella ni por nadie, era por mí. Por mi paz mental.

—Tampoco quiero perder a la única hermana que me queda —coincidí con ella.

Alana levantó la cabeza y me miró. Se me llenaron los ojos de lágrimas y me abrazó después de luchar contra el impulso de hacerlo por miedo al rechazo. Segundos después, irrumpió el silencio al pedirme algo: permitirle entrar a un recuerdo en el que pudiera ver a mamá y a Peter por última vez. Lloró con mucha más intensidad que antes al escucharme decirle que ya no podía hacerlo. Ella sabía que tenía aquel *don* como mamá lo llamaba. Siempre lo supo, pero nunca quiso aceptarlo. Casi diez años después, reunió el valor que necesitaba para pedirme que le permitiera la oportunidad de verlos una vez más, aunque fuera en un recuerdo, aunque fuera el

pasado. Se lamentó arrepentida por el hecho de no haberlo pedido mucho antes, cuando aún tenía oportunidad. El problema con los seres humanos es ese: creemos que tenemos tiempo, que las cosas suceden a nuestro ritmo y que todo se ordena a medida que van pasando nuestros días, cuando no es así. No tenemos los días comprados, mucho menos el tiempo, pero damos por sentado que al día siguiente despertaremos sin más, como si las cosas sucedieran por inercia y no por piedad.

Volví de hacer compras cerca de las siete de la noche. El maletín de Dylan estaba sobre el sofá. Alana no estaba en casa, Madison se había quedado dormida viendo televisión y un sonido agudo y acústico se escuchó al interior. Me dirigí al patio trasero, allí estaba Dylan, con la espalda apoyada en la pared. Cantaba concentrado en aquel sentimiento que transmitía la melodía.

—Hace mucho no te escuchaba cantar ni tocar la guitarra —apunté cuando terminó la canción.

Su padre se la había obsequiado cuando cumplió quince años. Todavía la mantenía en buen estado. Al ponerla bajo la luz, brillaba con intensidad, como si estuviera totalmente nueva. Recién sacada del estuche. Por un tiempo quiso dedicarse a la música, decía que era su pasión. A esa edad se era muy influenciable. Escuchó varios rumores de que el guitarrista principal de su banda favorita tenía problemas de alcohol y lo habían demandado por maltrato intrafamiliar. Siempre apretaba los puños con enojo porque no quería buscar aquella información por su cuenta y darse cuenta de que era verdad. Al final terminó haciéndolo y se sintió tan herido por lo que hizo su ídolo, que abandonó la idea de dedicarse a la música. Un día simplemente dijo que lo conservaría para él, como un escape de todo lo horrible que podía vivir en el mundo. Y entonces allí estaba, tratando de escapar de algo.

—Hoy me siento inspirado —suspiró sin verme.

Fruncí el ceño.

—¿Te pasa algo? —pregunté, acercándome.

—¿Y a ti? ¿Te pasa algo? —me devolvió la pregunta mientras me sentaba en una silla frente a él.

—Yo... estoy perfectamente bien, no entiendo qué pasa. —Pero sí lo sabía. Mentí, como casi siempre lo hacía.

Suspiró, se levantó y descargó la guitarra sobre la mesa. Se sentó a mi lado en una silla y luego me besó con mucha suavidad. Lo miré confundida cuando se apartó.

—Te amo, Savannah.

¿Qué era eso? La canción que tocó, la cercanía, el beso, todo parecía ser su manera de despedirse. El corazón me latió rápido.

—Y es porque te amo, que quiero que me des el divorcio.

—¿Qué?

Dylan se levantó de la silla y caminó hacia la valla. Me levanté también y fui tras él.

—Estuve postergando este momento por tanto tiempo, pero al fin reuní el valor para hacerlo —continuó resignado al girarse para verme.

—¿De qué estás hablando?

—Sav, Steve volvió. Él es el padre de tu hija. Solo estoy poniendo las cosas en su lugar, como debe ser —me sonrió y una lágrima salió de su ojo izquierdo.

—No. Tú no puedes hacer eso. Esa es mi decisión, no tuya —sollocé en voz baja.

—Tal vez lo sea, pero estás sacrificando tu felicidad por la mía y no puedo ser egoísta contigo.

—Pero yo te amo, Dylan. —Aquellas palabras me provocaron ardor en el estómago.

—Lo sé. Yo sé que me amas, pero también lo amas a él —afirmó y yo sacudí la cabeza para convencerlo de alejar esos pensamientos estúpidos—. Además, sigues enamorada de él. Te conozco lo suficientemente bien, como para saberlo.

Incliné la cabeza como si hacerlo me ayudara a dejar de escucharlo.

—Eres mi mejor amigo. No puedo perderte. Te lo suplico, no hagas esto.

Dylan levantó la mirada al cielo y suspiró al cerrar los ojos. Algunas lágrimas volvieron a aparecer, pero controló tanto el sentimiento, que su llanto era sutil. Se acercó y me acunó las mejillas con sus manos. Yo puse las mías sobre las suyas y me aferré a ellas para que no me soltara.

—Escuché lo que te dijo Steve el día del cumpleaños del señor Jacobs. No podemos seguir sufriendo de esta manera. No es justo para ninguno —Hizo una pausa y yo cerré los ojos—. Me ofrecieron un ascenso en el banco y supe que el momento había llegado. Me mudaré a Richmond.

—No, no. ¿Qué voy a hacer sin ti?

—Vas a estar bien. Yo seguiré siendo tu amigo. Por lo menos podemos decir que lo intentamos, Sav, aunque hayamos fallado en el intento.

Su frente se pegó a la mía y apreté los ojos. Lloré desconsoladamente.

—Lamento haberte presionado. Si hubiera conservado mis sentimientos hacia ti solo para mí, nada de esto estaría pasando.

—No, es mi culpa. Yo no debí besarte esa noche en la cocina —refuté con la voz entrecortada—. Tenía tanto miedo de que esto pasara.

—No deberíamos arrepentirnos de nada. Fue una linda experiencia. Inolvidable para mí.

Nuestras miradas se encontraron. Me abrazó con fuerza, lo abracé con fuerza. Aquella fue una manera de decirnos que, aunque no quisiéramos, debíamos separarnos; y que la decisión de haber intentado coincidir, no fue en vano. Seguramente yo sería capaz de volver a besarlo para que nuestra historia de amor se repitiera de nuevo y él estaría dispuesto a dejar que lo hiciera. Ambos fuimos la prueba de que aquella frase *si amas algo, déjalo ir* es incuestionable. Que la vida estaría bien, aunque estuviéramos destinados a ser almas gemelas, en lugar de un amor verdadero que logró prevalecer. Su recuerdo sería de los tesoros más invaluables que nunca le permitiría a mi mente olvidar, y jamás volvería a ser la misma después de saber que su existencia se llevaría una parte de mí con él. Para siempre.

Dylan se separó de mí, dejando mi cuerpo desprotegido. Se secó las lágrimas con el interior de la camiseta y parpadeó repetidas veces, esperando a recuperar la compostura. Puso sus manos en la cintura, y al mirarme de nuevo, ladeó la cabeza y alineó los labios. Entrelacé las manos, dejándolas a la altura de mi abdomen. Esperaba que se retractara de aquella dolorosa idea, pero no lo hizo.

—Toma —dijo al sacar un sobre blanco del bolsillo de su pantalón.

—¿Qué es esto?

—Un cheque... Es el dinero que ahorré durante estos meses. Úsalo para estudiar.

Su mano quedó extendida en el aire, no era capaz de recibir el sobre.

—No, no puedo aceptarlo —negué, retrocediendo unos pasos. No quise recibirlo.

—Claro que puedes. Te hice una promesa y estoy cumpliéndola. —Hizo una pausa—. Ve a la universidad, por favor.

Recibí el sobre, mirándolo. Podía seguir suplicándole toda la noche que no lo hiciera. Me cubrí la boca con una mano para evitar que los sollozos me nublaran la razón.

—Si me sigues mirando así no voy a poder irme. Basta, por favor —me suplicó él a mí. Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

Incliné la cabeza para hacer lo que me pedía.

—¿Puede pedirte dos cosas por última vez?

Asentí.

—Sé feliz, por favor. Asegúrate de ponerte en primer lugar antes que todos los demás, y verás cómo cambiará tu vida. Deja de complacer a los demás, sé feliz con lo que tú quieras, no con lo que quieran los demás. ¿De acuerdo?

Asentí. Él se acercó y entrelazó su mano con la mía.

—Por último, ¿podrías darme un último beso?

Los labios me temblaron. Dylan me besó con suavidad.

Se fue esa misma noche después de empacar sus cosas en tres maletas. De la casa no se llevó nada más que una fotografía en la que estábamos los dos con Tamara. No quiso esperar al siguiente día para despedirse de los demás. Dijo que ya hablaría con ellos cuando estuviera más calmado. Le dio un último beso a Tamara mientras dormía y después de poner sus labios en mi frente, subió a su auto y se marchó. Mientras vi cómo se iba de mi vida, pensé en el valor que se necesita para poder tomar una decisión como esa y sacrificar tanto para lograr tranquilidad y felicidad mutua, aunque doliera mucho al principio. Esa fue una de las cosas más desinteresadas que Dylan había hecho por mí. Sacrificó su felicidad por la mía y nunca me alcanzaría la vida para agradecerse.

Unas semanas después, los papeles del divorcio llegaron a mi casa. Ya estaban firmados por él y con lágrimas en mis ojos, firmé resignada. A pesar de que la razón por la que Dylan se marchó fue para que pudiera estar junto a Steve, no corrí a sus brazos desconsolada. Todo lo contrario. Guardé silencio. Hice lo que debí haber hecho hace mucho tiempo, antes de que Brenda lo mencionara: Ir a terapia. Fui con Alana. Parte del proceso fue ese. Las palabras de mi madre se escucharon en voz alta: «Solo debes aprender a traerle tranquilidad a tu corazón, Savannah. Haz lo que tengas que hacer para que estés en paz. No importa nada más. Solo sigue tu corazón.». Quise concentrarme en algo diferente a tener que elegir con quién me quedaría, con quién pasaría el resto de mi vida. Mis sueños aún seguían moviendo mi corazón, seguían dándome esperanza de que podía encontrar mi propósito y recuperar mi vida desde donde la dejé, tal como un día se lo dije a mi hermana. Amaba a Steve con todo mi corazón, mi alma y las fuerzas con las que me levantaba cada día. Fue la espontaneidad con la que me habló por primera vez. Esa simpatía que cubría su rostro y lo hacía ver como alguien que iba a necesitar en mi vida. Fue la madurez con la que afrontaba situaciones en su vida y el pensamiento de cosas que podía discutir con él por horas sin llegar a aburrirme. Todo ese conjunto de cosas que caracterizaban a Steve fue lo que me hicieron enamorarme de él. Lo que me atrajo hacia él de una manera absurda. Aun así, preferí no apresurar nada. Esta vez las cosas serían diferentes. Si Steve era el amor de mi vida, todo volvería a su lugar.

Ocho meses después...

Solía tener una teoría: creamos nuestro propio destino con cada decisión que tomamos. Nosotros mismos labramos el camino por el que planeamos seguir andando. Y si queremos algo, solo basta con esforzarnos por conseguirlo y creer en que tenemos la capacidad de alcanzarlo, como nos lo han dicho siempre. Buscamos la manera de que las oportunidades de tener todo lo que soñamos, lleguen a nosotros. Luego me di cuenta de que mi teoría es cuestionable. Resultamos ser la consecuencia de una serie de situaciones que no nos encuentra por casualidad. Hay decisiones que inconscientemente nos llevan en dirección de lo que necesitamos y no de lo que queremos. Por más de que insistamos en ir por nuestra cuenta, el conjunto de circunstancias que influye en nuestras decisiones, son las que nos devuelve al lugar donde empezamos, donde pertenecemos y con quien pertenecemos. Aunque no entendamos el porqué de cada momento de impacto en nuestra existencia, el caos con el que lidiamos trae consigo el orden de todas las cosas a las que nos dimos por vencidos alguna vez. Todos entramos, nos quedamos o salimos de la vida de alguien con un propósito. Y hay cosas que simplemente están destinadas a ser, aunque pasen los años y nos obliguemos con resignación a dejarlo en el pasado.

Mi amor por Dylan y Steve iba más allá de lo que yo pudiera imaginar. Nunca entenderé por qué la amistad que tenía con la persona más increíble del mundo tuvo que quebrarse. Podríamos intentarlo una y otra vez, pero ninguno de los dos seríamos los mismos. Tampoco terminaría de entender cómo el haber conocido a Steve me llevó a ese momento que estoy a punto de relatar.

Vendí la casa después de terminar de pagar la hipoteca. Cuando Alana le dio una segunda oportunidad a Jordan, se mudó a Manhattan con él y Madison. No tenía sentido seguir viviendo allí. Supe que era el momento de avanzar, de soltar al fin lo que no me dejaba ver mi futuro con claridad: esa casa, la cual era el recuerdo latente y permanente de todo lo que significa la palabra dolor para mí. La enfermedad de mi madre, su muerte; el abandono de mi padre, el problema de drogadicción de mi hermano, el de alcoholismo de mi hermana, e igualmente su abandono. La muerte de Steve y la separación con Dylan. Tantas memorias, tantos sentimientos. Todo cayó sobre mí como una gran roca imposible de mover. Dar un paso al costado, aunque doloroso, fue más que necesario. Empezar una nueva vida lejos del dolor, lejos de los recuerdos que reavivan la ausencia, era lo más sano que podía ofrecerme después de tantos años obligándome a ignorarlo. Obligándome a luchar contra la corriente.

Jordan me envió el folleto del programa de fotografía que ofrecía la Universidad Estatal de California, un mes después de haber firmado los papeles de divorcio. Los ojos se me iluminaron

antes la posibilidad y con el pensamiento de que nunca es tarde para intentarlo. Gracias a eso, me animé a utilizar la cámara que Will me había obsequiado y no había sido capaz de usar. Me aterraba hacerlo y que no fuera lo suficientemente buena como para quererlo como proyecto de vida. Me aterraba el miedo que entumecía mis manos para no dejarme hacer lo que me apasionaba. Luego entendí el camino comenzó a despejarse para que yo pudiera atravesarlo sin problema. Me inscribí en la universidad, el dinero de la venta de la casa sería suficiente para poder lograrlo. Alana no quiso que dividiéramos el dinero. Trabajé muy duro para cumplir con los pagos de la hipoteca, merecía quedarme con el dinero. Fue lo que me dijo antes de irse a Nueva York. Además, su novio se hacía ridículamente más y más rico cada día. Nunca le haría falta el dinero. Me tranquilizaba saberlo.

Bajé las escaleras al primer piso. Recorrí toda la casa. Mis pasos hacían eco y se veía más espacioso e iluminado. Uno de los hombres de la mudanza levantó la última caja que quedaba en el suelo y atravesó la puerta de la entrada hacia afuera. Sonreí al respirar profundo por la nariz. Sentí que floté en el aire. Todos los recuerdos de los buenos y malos momentos junto a Dylan y Steve quedaron en la casa donde crecí y viví junto a mis padres y hermanos. Y al pensar en ello volví a tener otra teoría: la razón de tener la habilidad de revivir un recuerdo se reducía a una sola intención: no olvidar, sin importar la situación. Me pregunté mientras apreciaba las paredes del lugar que dejaba de ser mi hogar en ese momento, ¿cuál fue el propósito de tener esa habilidad? Sentí curiosidad por saber si aún la conservaba, pero no hice nada al respecto. Prometí dejarlo atrás con el pasado porque no solo los recuerdos son el refugio de quienes extrañan a los que no están, existen personas que se convierten en uno de los refugios más indestructibles contra todo pronóstico, y en lugar de hundirte en un abismo, te ayudan a avanzar sin saber que lo están haciendo. Es la fuerza del amor que tienen por ti. Me di cuenta de que revivir el pasado solo mantiene las heridas abiertas, mantiene un sangrado constante de las mismas, una agonía incesante al vivir en la depresión y la angustia por no ser capaz de devolver el tiempo; o en la impotencia por no poder salvar a nadie o evitar que se fueran. Aceptar y soltar es lo que nos permite mantener los recuerdos sin que duela la ausencia. Avanzar y vivir el presente, no significa que olvidaremos a los que ya no están. Por el contrario, vivimos en honor a lo que alguna vez fue su existencia en nuestras vidas.

Una bocina se escuchó afuera y salí de aquella burbuja de pensamientos y recuerdos que ya no me afligían como antes. Me paré en la puerta y vi hacia el frente. Steve apoyaba la espalda al auto que su tío le había regalado. Sonreí al verlo, me devolvió la sonrisa. Sostenía a Tamara en sus brazos. Celebramos su primer año en Charleston antes de irnos. Fue el último momento que compartimos junto a ellos antes de irnos. Prometimos visitarlos para acción de gracias y navidad.

—Es hora de irnos —anunció

Asentí y me dirigí a él. Bajé los escaleras y recibí a Tamara en mis brazos cuando él extendió los suyos para que la cogiera. Me dio un beso en la boca y subimos al auto. Steve lo encendió y yo giré la cabeza para ver una última vez la casa. Sentí nostalgia. Lo único que me faltó para sentirme completa, fue Dylan. Un vez en Richmond, todo cambió. Los primeros meses al menos preguntaba cómo estaba, luego dejó de escribir, y dejó de contestarme. Tal vez necesitaba tiempo. Todos lo necesitamos en algún momento, así que no me angustiaría. Esperaría con paciencia. Pero de algo sí estaba segura: no permitiría que nuestra amistad quedara en el olvido, no después de tanto.

Steve puso en marcha el auto, y yo volví la mirada al frente.

Llegamos a Long Beach, nuestro nuevo hogar. El equipo de mudanza ya se estaba encargando de descargar las cajas dentro de la casa. Solo se necesitó un par de horas para organizar todo. Steve descargó a Tamara en el suelo y ella apoyó sus piecitos. Daba pasos cortos y temblorosos para acercarse a mí, estaba aprendiendo a caminar. Steve sostenía sus manos para que no fuera a caer. Sus enormes ojos grises y su cabello rubio era una combinación perfecta de sus padres. Ver su enorme sonrisa al caminar hacia mí, me llenaba de tanta satisfacción, que me era difícil contenerla.

Tamara cayó profundamente dormida minutos después de querer jugar y caminar por toda la casa. Me senté en suelo del balcón a apreciar la majestuosa vista que tenía frente a mí. Me encantaba esa ciudad, me gustaba sentir el viento golpeando mis mejillas y el ruido de las hojas de los árboles. Todo era mágico en ese momento. Steve me abrazó por la espalda, me hizo sonreír y desconectarme. Podía ver con mucha claridad la luna desde ahí. Sus labios dejaron un beso cálido en mi cuello y las palmeras ubicadas a cada extremo del jardín de nuestra casa, se movieron con sutileza por causa del viento. Empezó a balancear el cuerpo a un ritmo lento, como si quisiera bailar. Al fondo se escuchó a Forest Blakk cantar *if you love her* y sus brazos me levantaron de repente. Grité y reí sorprendida por la acción inesperada. Steve rio conmigo también. Me hizo dar un giro sobre mis pies por debajo de su brazo y quedé frente a él. La luz del balcón era la única encendida y sin importarle nada más, me guio para que siguiera sus pasos. Sus manos descansaban en mi cintura y las mías en su cuello. Con pequeño apretón hizo que mi cuerpo se acercara mucho más al suyo, aunque ya no existiera más espacio entre nosotros. Doblé el cuerpo hacía atrás, mi pierna derecha se levantó al estirarse y Steve apoyó su frente a la mía, cerró los ojos y continuamos bailando muy despacio, en silencio, como si estuviéramos en un baile real.

—Eres mi vida, Savannah —pronunció y sentí ganas de quedarme en sus brazos por siempre.

—Yo te amo con mi vida —susurré, acariciando su mejilla.

Me acarició una mejilla con su pulgar y se inclinó para besarme. Su mano se pasó por debajo de mis piernas y me levantó sin esfuerzo. Rodeé su cadera con mis piernas y su cuello con mis manos sin dejar de besarlo, y por un momento ahí junto a él, en ese lugar, la vida se sintió más bonita.

Fin

Capítulo especial

Alana encontró a Peter en un callejón en medio de la basura, saliendo de un bar. Estaba muy drogado como para darse cuenta de que aquella mujer de cabello liso y rubio con el rostro cubierto de maquillaje corrido era su hermana medio ebria. Pensó varias veces en qué podía hacer en ese momento. Tal vez si llamaba a su hermana Savannah, ella la ayudaría. Se pasó las manos por la cabeza desconcertada e indecisa. Varias veces le golpeó las mejillas para que reaccionara y pudiera levantarse de allí, así sería más fácil salir a buscar un taxi por lo menos, pero no funcionó. Peter era su responsabilidad en ese momento, no podía irse y dejarlo abandonado. No otra vez.

Fue a una cafetería cercana y pidió un *espresso* doble para terminar con las vueltas que daba su cabeza. Cuarenta minutos después de sentirse mejor, era capaz de caminar derecha y de intentar conducir. Su auto siempre quedaba en el estacionamiento del bar porque usualmente salía ebria de allí. Con un gran esfuerzo, logró subirlo al asiento trasero del auto y condujo hasta su casa, donde vivía con un hombre que no tenía el más mínimo interés por ella, ni por Madison. Esperó a que su novio saliera para poder meter a Peter en casa. Lo recostó en el viejo sofá que estaba en la pequeña sala. Se sentó cerca de él inquieta, mirando la hora cada cierto tiempo. La ansiedad la consumía, quería que despertara para calmar el pensamiento de que había muerto. Cómo no pensarlo, si sus manos estaban frías, su rostro parecía un trozo de papel blanco, sus labios tenían un color morado intenso y sus parpados estaban enrojecidos. Alana lo cubrió con tres cobertores para que el calor volviera a su cuerpo, y dos horas después, Peter abrió los ojos al fin.

Vomitó, intoxicado por todas las pastillas que había ingerido. Sudó frío y después de un par de aspirinas y un caldo de pollo que su hermana le preparó, tenía mejor semblante. Se quedaron callados por un largo rato, ninguno de los dos sabía qué decir. Lo peor ya había pasado, el novio de Alana no estaba para iniciar una discusión por la condición de Peter y él no tenía la intención de dar problemas, hasta ese momento.

—¿Dónde está Madison? —Peter rompió el silencio al fin.

—Está en casa de una compañera de clase. —Alana contestó sin mirarlo.

No sabía cuál era la razón por la que no lo miraba. ¿Sería disgusto por ver cómo empeoraba cada día? ¿Lastima en lugar de disgusto? No lo sabía, pero no se atrevía a mirarlo, ni siquiera de soslayo.

—Lo siento. —Peter musitó.

Aquello fue lo que Alana necesitó escuchar para que se activara la tristeza dentro de ella. Nadie entendía por lo que pasaba, todos los demonios con los que lidiaba cada día y el peso de saber que su vida era un desastre total. No tenía familia, Madison era su única compañía y, aun así, olvidaba que por ella debía intentar ser una mejor persona. Tal vez era porque tenía la habilidad

de manipular sin esforzarse. Se quería decir así misma que no podía creerle porque volvería a engañarla, como la última vez y la anterior a esa y todas las otras de las que Savannah nunca se enteró, porque creyó que podría manejarlo sola. Era la mayor, debía ser ayuda en lugar de un problema.

—Alana, lo siento. —Peter repitió al no escuchar respuesta de su hermana.

Ella inclinó la cabeza, mirando el barniz negro que cubría sus uñas. Ya estaba perdiendo brillo y tendría que volver a pintarlas.

Se le hizo un nudo en la garganta. No había manera de poder contestarle sin que su voz sonara ahogada o se derrumbara en un mar de lágrimas frente a él. Peter se levantó del sofá y se paró frente a ella. Alana levantó la mirada sin levantar la cabeza. Vio su camiseta sucia y vieja. Peter flexionó las piernas para quedar a la altura de su mirada. Ella giró la cabeza antes de que pudiera ver sus ojos. Él la obligó a volver la mirada al frente. Tarde o temprano Alana debía enfrentar la realidad.

—Por favor, perdóname —suplicó Peter, empezando a llorar.

Alana sacudió la cabeza con los ojos cerrados. No quería escucharlo decir eso, no quería escuchar su llanto, no quería verlo reflejar desespero y angustia por querer cambiar. Al final, por mucho que lo intentara, siempre cedía y volvía a hundirse. Alana lloró al fin después de que su hermano le acunara las mejillas con sus manos. Tardó en hacerlo, pero al fin abrió los ojos y lo miró fijamente. Lo mismo de siempre: arrepentido, triste, desorientado, perdido... Ya no podía mencionar en su mente las cosas que percibía al mirarlo. Se hacía daño cada vez que lo recordaba en ese orden.

—Haré lo que sea. Lo prometo. Voy a ir a rehabilitación, haré lo que tú me digas, pero no me dejes solo. Por favor, no me dejes —prometió en medio de suplicas y un llanto que nadie podría soportar escuchar sin sentir compasión.

Alana frunció el ceño, apretó los labios y puso sus manos sobre las de él mientras seguía acunándole las mejillas. Se dejó convencer por sus palabras y su voz. Volvió a confiar en él, a creer que esa vez sí sería diferente y las cosas mejorarían; no solo para él, para ella y para Savannah también.

Alana llevó a Peter al centro de rehabilitación. Una maleta pequeña con algunas prendas de ropa que ella había conseguido para él colgaba en su hombro derecho.

Cuando los pacientes se internan voluntariamente, pueden solicitar su salida en cualquier momento. Eso era lo que tenía inquieta a Alana mientras veía a Peter frente a la puerta del centro de rehabilitación. Se veía tan delgado, pálido y decaído que la llenaba de angustia. Deseó poder tronar los dedos y ver a su hermano saludable. Pero ¿quién era ella para desear algo así cuando su vida era un desastre también?

—No le digas a Sav que estoy aquí. Tampoco le digas que me encontraste y me estás ayudando.

—No lo haré —aseguró ella.

Él alineó los labios. Sabía que no lo haría, tal como no lo había hecho las veces anteriores.

Esa fue una de las razones por las que Alana nunca le contó nada a su hermana. Decírselo solo la llenaría de más estrés, algo que Savannah no podía controlar ni soportar.

Peter le dio la espalda a su hermana para atravesar la puerta. Ella cruzó los brazos, esperando que no cambiara de opinión.

—Cuando salga de aquí volveremos a Charleston para ver a Savannah. Seremos una familia de

nuevo —aseguró al volver a mirar a su hermana mayor.

Alana hizo una mueca en respuesta a lo que escuchó, tratando de creer en lo que su hermano decía por enésima vez.

Le regaló una sonrisa débil que dejó ver sus dientes amarillos y desgastados por la droga. Levantó una mano y se despidió de ella con dulzura, a pesar de que no se pudiera notar con facilidad.

—Te quiero —le dijo Alana en un ataque impulsivo.

—Yo también, hermana —contestó Peter aliviado.

Desapareció de su vista al atravesar la puerta y una bocanada de aire salió de la boca de Alana.

Dobló el cuerpo hacia adelante y apoyó las manos en sus muslos, controlando la respiración. Subió al auto y lo puso en marcha sin dejar de mirar el lugar; precavida, esperanzada.

Seis meses después...

Alana abrió la puerta después de escuchar dos golpes contundentes. Peter estaba frente a ella. Tanto se sorprendió que su cuerpo se desgonzó. Era miércoles. Hacía sol, pero el clima era fresco. El cielo estaba despejado y cualquier cosa se esperó aquel día, menos que su hermano apareciera de repente en su casa. Se veía tan diferente. Se notaba que había subido de peso, el brillo había vuelto al castaño claro de su cabello. Y el azul de sus ojos, se veía como el color claro que se aprecia a la orilla del mar. Alana sintió calor en su pecho, como si verlo le recordara lo que fue en su adolescencia. Como si hubiera retrocedido en el tiempo y nunca hubiera conocido aquel mundo destructivo que consumía todo lo positivo que había en él.

—Peter —susurró. Su voz sonó ahogada.

Sin pensarlo dos veces se lanzó a sus brazos y lo estrujó con fuerza. Él también notó que ella se veía diferente. Su hermana no había vuelto a probar una gota de alcohol desde que él volvió a rehabilitación. No le gustaba hablar de ello porque sabía que la juzgarían. Tal vez era verdad: Alana tenía poca fuerza de voluntad. Cada vez que algo no salía bien en su vida, se refugiaba en el alcohol como si esa fuera la salida o le fuera a dar una solución a sus problemas. La diferencia entre las hermanas Williams era esa: Alana se quedaba con todo, no se desahogaba ni lo hablaba con nadie. Quizá no era la mejor manera, pero un trago de wiski ayudaba a que los recuerdos dolorosos se fueran por al menos un momento. Para ella era justo y suficiente.

Se mantuvo precavida durante la primera semana. No podía darle su confianza a Peter tan pronto. Escondió todas las pastillas que tenía en el cajón del baño y siempre se fijó en su comportamiento, en sus actitudes y expresiones. Todo parecía estar en orden, parecía que de verdad lo había dejado atrás. La siguiente semana se levantó muy temprano todos los días. Hacía un poco de ejercicio en la sala, preparaba el desayuno para Madison y para ella, le ayudaba con el aseo en casa y en las tardes ayudaba a un vecino con su huerta. Le pagaba diez dólares por hora y casi siempre ayudaba al anciano dos a tres horas diarias.

Verlo hacer todo eso hizo que Alana quisiera mejorar, la motivó a pensar en un futuro mejor para su hija. Encontró trabajo limpiando casas cuatro días a la semana, y él cuidaba de Madison cuando salía de la escuela. Y sin darse cuenta, un mes pasó en medio de todo el cambio positivo que Peter y Alana habían tenido mutuamente. Salían a cine, de compras y evitaban hablar del holgazán que tenía ella por novio. Desapareció todo ese tiempo que Peter estuvo en casa, como si fuera cosa de Dios aquella coincidencia. Alana no le prestó mucha importancia, sabía que era

normal en él; pronto volvería a seguir amargándole la vida.

A mediados del segundo mes hablaron sobre volver a Charleston. Tenían todo planeado y estaban ahorrando dinero para el viaje. De todos, tal vez Madison era la más emocionada por ver a su tía, pero Peter no veía la hora de tenerla frente a él y darle un abrazo al fin.

Madison atravesó la gran puerta de la escuela a la que su mamá la había obligado ir después de haber ido a Charleston para buscarla. Alana cruzó los brazos viendo cómo se iba alejando más y más hasta perderla de vista. Ese día trabajó motivada. Sintió que cada rincón de la casa quedó más limpio que de costumbre. Esa semana viajaría a Charleston para arreglar las cosas con su hermana y al pensar en ello, muchas ideas venían a su cabeza. Recreó escenarios en los que se encontraban, en los que dialogaban, reían y se abrazaban. Todo eso la llenaba de ansiedad, quería que pasara justo en ese momento, aunque sabía que debía tener paciencia.

Cerca de las cuatro de la tarde su celular timbró, interrumpiendo sus labores domésticas. Frunció el ceño después de ver que el número era de la maestra de su hija.

—¿Hola? —contestó la llamada confundida.

—Señora Williams, le habla la maestra Hazelwood. ¿Ya casi llega?

—No comprendo lo que me dice.

La maestra dejó salir un suspiro de cansancio.

—Señora Williams, las clases terminan a las tres en punto. Han pasado treinta y cinco minutos ya. Por favor, prometió que esto no se repetiría. —La voz de la maestra sonó contundente.

Alana empuñó la mano izquierda y se dio un golpe suave en la frente al apretar los ojos.

—Lo siento, maestra Hazelwood. Se suponía que mi hermano la recogería. Tal vez le pasó algo, voy a llamarlo.

—Por favor, apresúrese. No tengo todo el día. —Su voz ya sonaba irritada.

Alana terminó la llamada con la maestra y se dispuso a llamar a su hermano. No contestó la primera vez, la segunda tampoco y el desespero comenzó a apoderarse de ella. Su turno terminaba a las cinco de la tarde, pero ya no importaba. Un mal presentimiento la invadió y el trabajo pasó a un segundo plano. Llamó a Betty, su amiga, para que recogiera a Madison y la tuviera en casa mientras ella iba a buscar a Peter. Durante todo el camino insistió una y otra vez; y en cada intento, el teléfono no dejó de timbrar hasta terminar en el buzón de voz. «No, no. Peter no me hagas esto», dijo entre dientes, envolviendo las palabras en un toque de súplica. Mientras tanto, presionaba el acelerador de su auto con afán por llegar. Ni siquiera se estacionó. De un brinco salió del auto y abrió la puerta de su casa.

—¿Peter? —lo llamó con voz fuerte.

Él no contestó. La sala estaba vacía, todo en silencio. En la habitación estaba su ropa y su cama perfectamente tendida. Algo se activó dentro de Alana mientras veía la cama de su hermano. Corrió a su habitación y buscó como loca la caja donde estaban guardando el dinero para el viaje a Charleston que sería en tres días. Unos cuantos billetes estaban esparcidos por la caja, faltaba más de la mitad del dinero. Alana abrió la boca y los ojos se le llenaron de lágrimas. Soltó la caja dejándola caer al suelo y salió dispuesta a encontrar respuestas.

—¡Peter! —gritó, abriendo la puerta del baño, esperando encontrarlo ahí, pero no fue así.

Volvió a la sala, poniendo sus manos en la cabeza. Frustrada y llena de ira pensó que su hermano había vuelto a huir de casa, pero esta vez, con su dinero.

Dejó salir un grito que le revolvió todos los sentimientos y golpeó con su pie una silla de madera que estaba cerca de ella. La silla voló por el aire hasta caer cerca de la cocina. Ladeó la

cabeza y frunció el ceño al ver la figura de un zapato detrás de una mesa que dividía la sala y la cocina. ¿Por qué no pensó en revisar cada rincón de la casa? Dejó de llorar. Pasó de la ira a la concentración en un segundo. No quería pensar en nada. Hacerlo, condicionaba la situación y el futuro de su hermano. Se peinó el cabello por detrás de las orejas y caminó despacio hacia el lugar que llamaba su atención. Ojalá hubiera sido solo un zapato, ojalá hubiera sido un error, un mal pensamiento. Alana se cubrió la boca con las dos manos. De repente la presión en el pecho no la dejaba respirar y las lágrimas volvieron a salir como si algo dentro de ella se desbordara.

Se apresuró a socorrer a su hermano, aunque ya fuera demasiado tarde. Esa vez su cuerpo ya estaba completamente frío y un líquido efervescente que salió de su boca, se quedó en la comisura de sus labios y su mejilla. Alana se sentó en el suelo y le levantó la cabeza. Sus manos temblaban y no sabía qué hacer o cómo ayudarlo a reaccionar.

—Despierta, por favor —le suplicó, sacudiendo su cabeza, golpeando sus mejillas y zarandeándolo por los hombros.

Pensó que funcionaría, pero Peter seguía inmóvil. Puso una mano sobre su pecho y no sintió que su corazón latiera. Una jeringa estaba al lado de su cuerpo y un punto rojo en su brazo le confirmó a Alana que su pequeño hermano había muerto de una sobredosis. Había muerto solo en la cocina de su casa.

—¡No! ¡No! ¡No! —Los gritos desconsolados de Alana se escucharon por toda la calle.

Ese fue probablemente uno de los gritos más aturdidores que alguna vez alguien emitió por causa del dolor. El vecino dueño de la huerta, la vio golpeando con impotencia el pecho de Peter, y llorando como si la vida se le fuera en eso. Él llamó al 911 e intentó separarla de su hermano, pero Alana se aferró a él hasta el último momento. Descargó su cabeza contra la de él, abrazando su cuerpo en la misma posición.

—Te quiero —le dijo al oído.

Era consciente de que él no la escuchaba, pero sintió la necesidad de decírselo. Sintió que era el momento para desahogar la culpa que sentía por haberlo dejado morir de esa manera.

—Lo siento, Pet. Lo siento tanto. Te quiero, te quiero. ¿Me oyes? Te quiero.

Aquellos fueron los últimos sollozos de Alana, antes de que los paramédicos llegaran. Antes de que volviera a perder el rumbo de su vida. Antes de que tomara la decisión de volver a Charleston y recuperar lo único que le quedaba en el mundo después de su hija: su hermana.

Agradecimientos

Como siempre, vivo inmensamente agradecida con Dios por las oportunidades que me pone en el camino. En este caso, por haber escrito mi segunda novela de romance adulto. Siempre que pienso que voy a quedarme sin ideas o sin palabras en algún momento, algo se activa en mi mente y sucede la magia.

Gracias a mis lectores en Wattpad por tanto apoyo. Cada palabra que ustedes me regalan me motiva a seguir escribiendo. Significa mucho para mí que ustedes confíen en mí como escritora independiente. Es la razón por la que decidí sacar un formato impreso. A todos los que me leen desde otras partes del mundo y en otras plataformas, infinitas gracias también por darle una oportunidad a mis melancólicas historias.

Gracias a Nivelly, mi diseñadora gráfica, por la creación de la portada de este libro que personalmente es mi favorita hasta ahora. Siempre logra lo que quiero transmitir.

Gracias a mi familia por siempre apoyarme, escucharme y dejarme soñar.